
UN AUTOR BESTSELLER INTERNATIONAL
LINWOOD BARCLAY
UN GOLPECITO EN LA VENTANILLA
A VECES, HACER LO CORRECTO
ES EL MAYOR ERROR QUE PUEDES COMETER.
JENTAS

Un golpecito en la ventanilla

Linwood Barclay
Un golpecito en la ventanilla

Título original: A Tap on the Window
© 2013, Linwood Barclay. Reservados todos los derechos.
© 2025 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.
Traducción: Jorge de Buen © Jentas A/S

ISBN 978-87-428-1386-7

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Queda prohibido el uso de cualquier parte de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial sin autorización previa de la editorial.

Published by agreement with The Marsh Agency Ltd. and The Helen Heller Agency.

Un golpecito en la ventanilla

Linwood Barclay

Traducido por: Jorge de Buen Unna

Para Neetha

—¿Sabes nadar?

—¡Estás loco, tío! ¡Suéltame!

—Mira, podrías lograrlo, aunque tus posibilidades no me gustan nada. Estamos tan cerca de las cataratas que la corriente es increíblemente feroz. Antes de que lo notes siquiera, te habrá barrido. Y el camino de bajada es largo.

—¡Suéltame!

—Justo antes de llegar al borde, podrías agarrarte a una de las rocas, pero la cosa es que, si chocaras con una, es probable que mueras. Sería como encontrarte con un muro a ciento cincuenta kilómetros por hora. Si estuvieras metido en un barril, como aquellos temerarios que lo han intentado, tendrías una posibilidad entre cien. Y, vaya, si lo piensas, no está tan mal.

—Te lo estoy diciendo en serio, te juro por Dios que no he sido yo.

—No te creo. Pero, si te sinceras conmigo, si admites lo que has hecho, no te lanzaré.

—¡No he sido yo! ¡Lo juro!

—Si no has sido tú, entonces, ¿quién?

—¡No lo sé! Si supiera, te lo diría. Por favor, por favor, tío, te lo ruego.

—¿Sabes lo que pienso? Creo que cuando pases sobre el borde, vas a sentir como si volaras.

1

Un hombre de mediana edad tendría que ser un completo idiota para ligarse a una adolescente que estuviera haciendo autostop a la salida de un bar. Y, pensándolo bien, no es una idea brillante ni siquiera por parte de ella. Pero ahora estamos hablando de mi estupidez, no de la suya.

Ella estaba de pie, junto a la acera. El pelo rubio, empapado por la lluvia, le caía sobre la cara y la luz de neón del cartel de Coors, en el escaparate del Patchett's Bar, la bañaba con una luz fantasmagórica. Tenía los hombros encorvados contra la llovizna, como si eso pudiera mantenerla caliente y seca.

Era difícil adivinar su edad. Tenía bastantes años para conducir, incluso para votar, pero quizá no para beber. Desde luego, aquí no, en Griffon, en el estado de Nueva York. En Canadá, al otro lado del puente Lewiston-Queenston, donde la edad mínima para beber es diecinueve años y no veintiuno, tal vez. Pero eso no significaba que no se hubiera tomado unas cervezas en Patchett's. Todo el mundo sabía que ahí su identificación no sería sometida a un examen riguroso. Si tu carné tenía una foto de Nicole Kidman, pues les valía, aunque te parecieras más a Penélope Cruz. Su política era «Siéntate, ¿qué te pongo?».

La chica, de cuyo hombro colgaba la correa de un enorme bolso rojo, mostraba el pulgar y miraba mi coche mientras yo me acercaba a la señal de stop de la esquina.

«Ni hablar», pensé. Era mala idea recoger a un autoestopista varón; ahora bien, recoger a una adolescente ya era una estupidez monumental: un cuarentón, en una noche oscura y lluviosa, llevando en coche a una chica de menos de la mitad de su edad. Las posibilidades de que eso saliera mal eran incontables. Así que, con el pie en el freno, mantuve la mirada al frente. Y estaba a punto de pisar el acelerador del Accord cuando oí unos golpecitos en la ventanilla del acompañante.

Eché un vistazo y la vi allí, agachada, mirándome. Negué con la

cabeza, pero ella siguió dando golpecitos en la ventana.

Bajé la ventanilla lo suficiente para verle los ojos y la mitad superior de la nariz.

—Lo siento —le dije—, no puedo…

—Solo necesito que me lleve a casa, señor —me dijo—. No está tan lejos. En esa camioneta hay un tipo raro. Me ha estado mirando y… —Abrió los ojos de par en par—. Mierda, ¿no es usted el padre de Scott Weaver?

Y entonces todo cambió.

—Sí —dije. Lo era.

—Me resultaba familiar. Quizá usted ni siquiera me conozca, pero lo he visto recoger a Scott en el instituto y tal… Mire, lo siento mucho, estoy haciendo que la lluvia entre en el coche. Veré si puedo conseguir un…

¿Con qué cara iba a dejar a una de las amigas de Scott ahí, parada bajo la lluvia?

—Entra —dije.

—¿Está seguro?

—Sí. —Por un momento, me quedé quieto y me tomé un instante para reconsiderarlo, pero por fin me decidí—: Está bien.

—¡Dios, gracias! —exclamó; abrió la puerta, se deslizó en el asiento y se pasó el móvil de una mano a la otra. Luego se descolgó el bolso del hombro y lo dejó junto a sus pies. Un relámpago iluminó el interior. Se encendió y se apagó en un instante—. Cielos, estoy empapada. Lo siento por el tapizado.

Estaba calada. No sabía cuánto tiempo llevaba ahí, pero lo suficiente como para que le cayeran riachuelos de agua por el pelo, la chaqueta y los vaqueros. La parte superior de sus muslos parecía mojada, lo que me hizo preguntarme si algún coche la habría salpicado.

—No te preocupes —le dije mientras se abrochaba el cinturón. Me quedé inmóvil, esperando indicaciones—. ¿Voy recto o giro o qué?

—Ah, sí. —Soltó una risa nerviosa. Al sacudir la cabeza de lado a lado, lanzó gotas de agua como un spaniel que acabara de salir de un lago—. Como si usted debiera saber dónde vivo. Qué bobada. Siga recto.

Miré a la izquierda, luego a la derecha, atravesé el cruce y seguí de frente.

—¿Así que eras amiga de Scott? —pregunté.

Ella asintió, sonrió e hizo una mueca.

—Sí, era un buen tío.

—¿Cómo te llamas?

—Claire.

—¿Claire? —Alargué el nombre, como invitándola a que me dijera su apellido. Me preguntaba si era alguna de las que yo ya había investigado en Internet. Aún no le había visto bien la cara.

—Sí —dijo—. Como *moler*. Claire.

Soltó otra risita nerviosa. Se pasó el móvil de la izquierda a la derecha y posó la mano vacía en la rodilla izquierda. Tenía un buen arañazo de unos dos centímetros en el dorso, justo debajo de los nudillos. La piel recién rozada estaba en carne viva, a punto de sangrar.

Señalé la herida con la cabeza.

—¿Te has hecho daño, Claire? —La chica se miró la mano.

—Mierda, ni siquiera me había dado cuenta. Un idiota salió tambaleándose del Patchett's y chocó conmigo. Yo me pillé la mano con la esquina de una mesa. Tío listo. —Se llevó la mano a la cara y se sopló en la herida—. Supongo que sobreviviré —comentó.

La miré con un dejo de reproche y una sonrisa burlona.

—No pareces lo bastante mayor como para ser una clienta —le dije.

Ella captó la mirada y puso los ojos en blanco.

—Sí, vale.

No nos dijimos nada durante un kilómetro, más o menos. Por lo que pude ver a la luz del salpicadero, se había puesto el móvil bajo la mano, en el muslo derecho, con la pantalla oculta. Se inclinó para mirar por el retrovisor de su puerta.

—Ese tío le está lamiendo el culo —dijo.

Unos faros resplandecían en mi espejo retrovisor. Detrás de nosotros circulaba un todoterreno o un camión. Tenía las luces lo bastante altas como para iluminar a través de mi ventanilla trasera. Apenas pisé el freno, lo suficiente para que mis luces traseras se pusieran rojas, y el conductor se alejó. Claire no dejaba de mirar por

el espejo. Parecía muy interesada en el lameculos que teníamos detrás.

—¿Estás bien, Claire? —pregunté.

—¿Eh? Sí, sí, estoy bien.

—Pareces un poco nerviosa. —Sacudió la cabeza con una agresividad excesiva—. ¿Estás segura? —insistí.

Cuando me volví para mirarla, atrajo mi atención.

—Por completo —dijo.

No era una buena mentirosa.

Estábamos en Danbury, en una carretera de cuatro carriles. En el centro había un quinto carril para girar a la izquierda. Era un lugar repleto de restaurantes de comida rápida; y también había un Home Depot, un Walmart, un Target y media docena de establecimientos omnipresentes. Ahí uno no sabía si estaba en Tucson o en Tallahassee.

—Y bien —dije—, ¿cómo conociste a Scott?

Claire se encogió de hombros.

—En clase, ya sabe, nada más. No teníamos mucha relación, pero lo conocía. Lo que le pasó fue muy triste. —No abrí la boca—. O sea, quiero decir, todos los chicos metemos la pata, ¿no? Pero a la mayoría de nosotros nunca nos pasa nada demasiado malo.

—Sí —acepté.

—¿Cuándo fue? —preguntó—, porque parece como si no hubieran pasado más que unas cuantas semanas.

—Mañana se cumplen dos meses —respondí—. El veinticinco de agosto.

—Vaya. Y, sí, ahora que lo pienso, no había clases en ese momento. Lo normal es que todo el mundo se ponga a hablar de esas cosas en clase y en los pasillos y tal, pero no fue así. Cuando volvimos, todo el mundo se había olvidado ya. —Se llevó la mano izquierda a la boca y me dirigió una mirada de disculpa—. No quería decir eso.

—Está bien.

Había muchas cosas que quería preguntarle. Pero las preguntas parecerían duras y solo nos conocíamos desde hacía cinco minutos. No quería parecer un agente de Seguridad Nacional. Desde el incidente, yo había echado mano de la lista de amigos de Scott en

Facebook, como si fuera una especie de guía, y, aunque probablemente había visto a esa chica, aún no podía ubicarla. También sabía que una «amistad» en Facebook significaba muy poco. Scott se hizo amigo de un montón de gente a la que, en realidad, no conocía de nada; entre ellos, algunos renombrados artistas de novelas gráficas y otros famosos que aún manejaban su Facebook de manera personal.

Más tarde podría averiguar quién era esa chica. Y en otro momento, tal vez, Claire podría responderme algunas preguntas sobre Scott. En el futuro, haberla llevado a casa bajo la lluvia me procuraría algo de buena voluntad por su parte. Quizás conocía algún dato trivial que pudiera serme útil.

—Hablan de usted —dijo como si me estuviera leyendo la mente.

—¿Eh?

—Ya sabe, los chicos del instituto.

—¿Sobre mí?

—Un poquillo. Saben cosas de usted, como en qué trabaja, por ejemplo. Y saben lo que ha estado haciendo en estos últimos días.

Supongo que eso no debería sorprenderme.

—Yo no sé nada, así que no tiene sentido preguntar —añadió.

Durante un segundo, con tal de mirarla, aparté los ojos de la carretera empapada, aunque no abrí la boca.

Las comisuras de sus labios se arquearon.

—Me he dado cuenta de que estaba pensando en eso. —Pareció reflexionar sobre algo, y luego dijo—: No es que yo lo culpe por lo que ha estado haciendo ni nada por el estilo. Mi padre tal vez estaría haciendo lo mismo. Puede ser bastante severo y tener ciertos principios, aunque no *en todo*. —Se giró un poco en su asiento para mirarme—. Me parece un error juzgar a las personas hasta que no se sabe todo sobre ellas, ¿no cree? Hay que entender que en el pasado podría haber cosas que los han hecho ver el mundo de otro modo. Mi abuela, que murió como a los noventa años, siempre estaba ahorrando dinero, porque le había tocado vivir la Gran Depresión. Yo nunca había oído hablar de eso; luego lo investigué. Seguro que usted sabe lo que fue la Gran Depresión, ¿no es así?

—Sé lo que es la Gran Depresión. Pero, lo creas o no, no la viví.

—Como sea —dijo Claire—, nosotros siempre creímos que la abuela era tacaña, pero solo quería estar preparada por si las cosas volvían a ponerse así de mal. ¿Podría parar un segundo en Iggy's?

—¿Qué?

—Ahí. —Señaló a través del parabrisas.

Yo conocía el Iggy's. Lo que no entendía era por qué Claire quería que me detuviera en una simbólica heladería y hamburguesería de Griffon. Llevaba aquí más de cincuenta años, o eso me habían dicho los lugareños, e incluso seguía resistiendo después de que McDonald's pusiera sus arcos amarillos calle abajo, a menos de un kilómetro. Aunque a alguien de ahí le gustara una Big Mac más que cualquier otra hamburguesa, seguía pasándose por el Iggy's, de todos modos, para probar las patatas cortadas a mano, fritas y con sal marina, y sus auténticos batidos de helado.

Si bien me había propuesto llevar a esa chica a casa, dar una vuelta por la ventanilla del Iggy's ya era demasiado.

Volvió a hablar antes de que yo pudiera poner objeciones.

—No es para comer. De repente, siento el estómago un poco raro. La cerveza no siempre me sienta bien, ¿sabe?, y ya es bastante malo que le haya mojado el coche. No me gustaría, además, vomitar aquí.

Puse el intermitente y me acerqué al restaurante. Los faros de mi coche dieron en el cristal y rebotaron hasta mis ojos. Al Iggy's le faltaba algo de la chispa y la pulcritud del McDonald's o el Burger King. Los paneles del menú aún estaban hechos con letras de plástico negro encajadas en terciopelo blanco acanalado, pero el lugar tenía un comedor de tamaño decente. Incluso a esas horas de la noche había personas comiendo. Un hombre con pinta de vagabundo en busca de un sitio donde resguardarse de la lluvia, desaliñado y con una mochila de gran tamaño, estaba tomando un café. Un par de mesas más allá, una mujer repartía patatas fritas entre dos niñas de pijama rosa, ninguna de las cuales podía tener más de cinco años. ¿Qué historia teníamos ahí? Se me ocurrió una con un padre abusivo que había bebido de más. Habrían ido para asegurarse de que el tipo hubiera perdido el conocimiento y fuera seguro volver a casa.

Incluso antes de que el coche se detuviera, Claire ya estaba enrollándose en la muñeca la correa del bolso. Recogía todo como si estuviera planeando huir a la menor oportunidad.

Aparqué.

—¿Estás segura de que estás bien? —pregunté—. Quiero decir, aparte de las náuseas.

—Sí, sí, segura. —Forzó una breve carcajada. Cuando Claire tiró de la manilla de la puerta, me di cuenta de que unos faros pasaban junto a mí—. Vuelvo enseguida. —Saltó y cerró de un portazo.

En su carrera a la puerta, se puso el bolso delante de la cara para escudarse de la lluvia. Desapareció por la parte trasera, donde estaban los aseos. Eché un vistazo a una *pick-up* negra que acababa de detenerse a media docena de plazas. Tenía los cristales tintados tan oscuros que no pude distinguir al conductor.

Volví la vista al restaurante. Ahí estaba yo, a altas horas de la noche, esperando a que una chica a quien apenas conocía (una adolescente, además) terminara de vomitar tras una noche de borrachera entre menores. Yo sabía que no podía permitirme llegar a esa situación; pero, después de que ella hubiera mencionado al tío de la *pick-up* que estaba…

¿Pick-up?

Volví a mirar el coche negro, que, en realidad, podía haber sido azul oscuro o gris, algo difícil de distinguir bajo la lluvia. Si alguien había salido de ese coche para entrar en el Iggy's, no me había dado cuenta.

Lo que tenía que haber hecho, antes de dejar que Claire se subiera en mi coche, era decirle que llamara a sus padres. Que fueran a buscarla.

Pero, entonces, ella había mencionado a Scott.

Saqué el móvil y comprobé si tenía algún correo electrónico. No era así, aunque ese acto me ayudó a matar diez segundos. Entonces puse la 88,7, la emisora NPR de Búfalo, aunque no podía concentrarme en nada de lo que estaba oyendo.

La chica ya llevaba allí cinco minutos. ¿Cuánto tarda uno en devolver las galletas? Entrabas, hacías lo que tenías que hacer, te mojabas la cara y volvías a salir.

Tal vez Claire se sentía peor de lo que había alcanzado a notar. También había podido montar tal lío que necesitara más tiempo para limpiarse.

Estupendo.

Puse la mano en el contacto, con ganas de girarlo. «Podrías irte». La chica tenía un móvil. Podía llamar a alguien para que fuera a buscarla. Y yo podría irme a casa. Yo no era el responsable de Claire.

Solo que eso ya no era cierto. En el momento en que había aceptado llevarla en coche y asegurarme de que llegara a casa sana y salva, se había convertido en mi responsabilidad.

Eché otro vistazo a la camioneta. Seguía en su sitio.

Eché una mirada panorámica al interior del restaurante. Un vagabundo, una mujer con dos niñas. Y, en ese momento, un chico y una chica, en plena adolescencia, sentados en un reservado junto a la ventana y compartiendo una Coca-Cola y unas tiras de pollo. También, un hombre de pelo negro azabache, con chaqueta de cuero marrón, de pie en el mostrador, de espaldas a mí y haciendo un pedido.

Siete minutos.

¿Cómo se vería todo eso, me preguntaba, si los padres de esa chica aparecieran de pronto, tratando de encontrarla? ¿Y qué ocurriría si me descubrieran, a mí, a Cal Weaver, el fisgón local, esperándola? ¿Creerían que no estaba haciendo otra cosa que llevarla a casa?, ¿que si había accedido a llevarla había sido porque conocía a mi hijo?, ¿que mis motivos eran decentes?

Si yo fuera ellos, no lo compraría. Y mis motivos no eran del todo puros. Me había estado planteando la posibilidad de sacarle alguna información sobre Scott, por rápido que hubiera abandonado esa idea.

Pero lo que me retenía aquí ya no era la esperanza de obtener respuestas. No podía abandonar a una chica joven a esas horas de la noche y en esa avenida. Eso era todo. Desde luego, sin decirle que ya me iba, no.

Así que decidí entrar a hablar con ella, a asegurarme de que estuviera bien y a decirle que se buscara el modo de volver a casa

desde ahí. Y a pagarle el taxi, en caso de que no tuviera a nadie más a quien llamar. Salí del Honda, entré en el restaurante y barrí con la mirada los asientos que no alcanzaba a ver desde mi atalaya exterior, por si Claire se hubiera sentado un momento. No estaba en ninguna de las mesas, así que fui al fondo y me acerqué a las puertas de los aseos. A unos pasos de ahí, otra puerta de cristal daba al exterior.

Dudé ante la entrada de las mujeres. Al fin me armé de valor y empujé la puerta un par de centímetros.

—¿Claire? Claire, ¿estás bien? —No hubo respuesta—. Soy yo, el señor Weaver.

Nada. Ni de Claire ni de nadie más. Así que abrí un buen trecho y eché un vistazo al recinto. Vi un par de lavabos, un secador de manos montado en la pared y tres cubículos. Las tres puertas, pintadas de color canela mate y con burbujas de óxido en las bisagras, estaban cerradas. Había un palmo entre ellas y el suelo. No vi pies por debajo de ninguna.

Me interné un par de pasos, extendí un brazo y toqué apenas la puerta del primer cubículo, que no estaba bloqueada. Se abrió con pereza. No sé qué demonios esperaba encontrar allí. Incluso antes de abrir, ya sabía que no había nadie. Algo me pasó por la cabeza en ese momento: ¿y si *hubiera* habido alguien ahí dentro? ¿Claire u otra persona?

No debía estar ahí.

Salí del baño y atravesé de prisa el restaurante, buscándola. Un vagabundo, una mujer con niñas…

El hombre de la chaqueta de cuero marrón, el que estaba pidiendo comida cuando había entrado, había desaparecido.

—Qué hijo de puta —dije.

A la salida, lo primero que noté fue la plaza de aparcamiento vacía, donde había estado la *pick-up* negra. Entonces me di cuenta de todo: la camioneta volviendo a Danbury, con las luces destellando, a la espera de una pausa en el tráfico. Yo no podía saber, ante aquellos cristales tintados, si en el coche había alguien además del conductor.

La *pick-up* habría encontrado un hueco para despegar hacia el sur,

en dirección a las cataratas del Niágara, con el motor rugiendo y los neumáticos traseros deslizándose sobre el pavimento mojado.

¿Podría haber sido esa a la que Claire se refería en el Patchett's, cuando la había dejado subirse a mi coche? Y, en ese caso, ¿nos había seguido? ¿El tipo de la chaqueta de cuero era el conductor? ¿Había secuestrado a Claire? ¿O ella había decidido que el tipo era menos amenazador de lo que había pensado en un principio? ¿Lo había favorecido, entonces, con la oportunidad de llevarla a casa?

Maldita sea.

Mi corazón latía con fuerza. Acababa de perder a Claire. Aunque al principio no había querido tener nada que ver con ella, en ese momento me daba pánico no saber dónde estaba. Al mismo tiempo que trataba de elaborar un plan, mi mente daba vueltas sin control. ¿Seguir a la camioneta? ¿Llamar a la policía? ¿Olvidarme de todo?

Seguir a la camioneta.

Sí, eso era lo más lógico. Alcanzarla, acercarme, ver si la chica estaba dentro, asegurarme de que…

Y ahí estaba: sentada en mi coche. En el asiento del pasajero, correa al hombro, en su sitio, con el pelo rubio colgando sobre los ojos.

A la espera.

Respiré hondo un par de veces, llegué al coche, entré y cerré la puerta. Me dejé caer en el asiento. La luz interior había estado encendida durante tres segundos, como máximo.

—¿Dónde demonios estabas? —pregunté—. Tardabas tanto que he empezado a preocuparme.

Ella se quedó mirando a través de la ventanilla derecha, con el cuerpo hacia ese lado.

—Supongo que yo salía por la puerta lateral cuando usted ha entrado.

Hablaba casi en murmullos, con una voz más ronca. El vómito debía de haberle afectado la garganta.

—Vaya susto me has dado —dije. Sin embargo, reprenderla no parecía tener mucho sentido. No era mi hija, y en unos minutos estaría en casa.

Di marcha atrás y seguimos hacia el sur por Danbury.

Ella no dejaba de apoyarse en la puerta, como tratando de mantenerse lo más lejos posible de mí. Si entonces desconfiaba, ¿por qué no antes de haber entrado en el Iggy's? No se me ocurría nada que yo hubiera hecho como para que me tuviera miedo. ¿Haber entrado a buscarla en el restaurante? ¿Me había extralimitado?

Y me inquietaba una cosa más, algo que no tenía nada que ver con mis propios actos; algo que alcancé a distinguir durante esos cinco segundos en que mi puerta estuvo abierta.

Detalles en los que en ese momento caía en cuenta.

En primer lugar, su ropa.

Estaba seca. Sus vaqueros no parecían oscurecidos por la humedad. Aunque no podía alargar la mano y tocarle la rodilla para comprobar si estaba mojada, me parecía evidente. No podía haberse desnudado en el baño para secar los vaqueros con el aire caliente del secador, ¿verdad? Si esas cosas apenas te quitaban el agua de las manos, no iban a ser capaces, por supuesto, de secar unos vaqueros.

Pero había más, algo más desconcertante que la ropa seca. Algo que quizá me había imaginado. Al fin y al cabo, la luz solo estuvo encendida esos segundos.

Tenía que volver a encenderla para asegurarme.

A un lado de la columna de la dirección, activé el mando de la luz del techo.

—Perdona —dije—. Debo de haberme dejado las gafas de sol en el Home Depot. —Metí la mano derecha en un pequeño compartimento, a la cabeza del salpicadero—. Ah, sí, aquí están.

Y volví a apagar la luz. Eso fue suficiente para cerciorarme de algo: la mano izquierda. Estaba ilesa.

No tenía ningún corte.

2

Había visto esa herida en la mano de Claire, los trocitos de piel desgarrados, las pequeñas burbujas de sangre justo bajo la superficie, a la espera a salir. La chica había sufrido esa herida, por pequeña que fuera, unos cuantos minutos antes de subirse a mi coche en el Patchett's.

A menos que Claire fuera una de los X-Men y tuviera superpoderes curativos, quien estaba sentada a mi lado no era la misma chica que cuando habíamos llegado al Iggy's.

Mientras avanzábamos por Danbury, tuve una sensación surrealista, como si me hubiera topado con un episodio de *Twilight Zone*. Pero eso era de verdad. Tenía que haber algún tipo de explicación racional.

Y debía esforzarme por encontrarla.

La ropa de esa chica era casi idéntica a la de Claire: vaqueros azules y chaqueta corta azul oscuro. El mismo pelo largo y rubio. Sin embargo, al echar un buen vistazo, me di cuenta de que el pelo de esa chica y sus vaqueros no estaban tan mojados como los de Claire. Y había algo un poco extraño en ella, como si tuviera toda la cabeza ladeada. Llevaba una peluca, eso seguro.

Rompí el silencio.

—¿Tengo que girar o algo?

La chica asintió y señaló al frente.

—En el segundo semáforo, a la izquierda.

—De acuerdo. —Hice una pausa—. ¿Te sientes mejor? —Asentimiento—. Has pasado tanto tiempo ahí dentro que ya me estaba preguntando si estarías más enferma de lo que creía.

—Ya me siento bien —dijo en voz baja.

De repente, algo me deslumbró por el espejo retrovisor, incluso con el ajuste nocturno. Unos faros altos, otra vez.

—Me estabas contando —dije— cómo conociste a mi hijo.

—¿Eh? —preguntó la chica.

—Me preguntaba dónde había ocurrido esa escena, cuando te

derramó encima un cono de helado.

—¡Ah! —exclamó. Ya no miraba por la ventanilla, pero todavía tenía el rostro hacia abajo y a la derecha, de modo que el lado más próximo de su cara estaba oculto tras la peluca—. Sí, fue muy gracioso. Estábamos en Galleria, el centro comercial. Me topé con él en la zona de comida. Literalmente. Yo me estaba comiendo un cucurucho. El helado se cayó y aterrizó en mi blusa.

—¿De verdad? —dije. Habíamos llegado al semáforo en el que debía girar a la izquierda. El coche que había estado detrás de nosotros en ese momento se encontraba a la derecha, esperando para seguir recto. Y era un todoterreno, no una *pick-up* como la que yo había visto en Iggy's.

—¿Cuánto tiempo vas a seguir con esto? —le dije con calma antes de que el semáforo se pusiera en verde.

—¿Cómo? —Estuvo a punto de girar la cabeza para mirarme, pero se resistió.

—Me refiero a esta actuación. ¿Cuánto tiempo vas a seguir como si yo no supiera que no eres Claire? —Entonces se volvió hacia mí y, al instante, su miedo se hizo palpable. No dijo nada—. No ha estado mal. El pelo, la ropa… Todo es bastante convincente. Pero Claire tenía un corte en la mano izquierda. Acababan de hacérselo en el Patchett's.

—El corte no importa —dijo la chica en voz baja—. Esto tenía que haber funcionado a la distancia; no estaba pensado para actuar de cerca.

—¿De qué hablas?

Se mordió el labio inferior.

—Solo haga de cuenta que soy Claire, ¿vale? No haga nada raro.

—¿Por qué? ¿Crees que alguien nos está vigilando? —Levanté una mano y, con un ademán, señalé el mundo que nos rodeaba—. ¿Alguien nos está rastreando por satélite?

—Hace un rato había un coche. Tal vez era él. No lo sé. Podría haber sido otro tío.

Podía comprender por qué habían creído que podían salirse con la suya. A juzgar por el gran bolso que la chica llevaba a sus pies,

Claire había salido del coche con un bolso rojo muy parecido. Podría tratarse del mismo.

El tono de piel de esa chica era más o menos el mismo que el de Claire, casi de porcelana. Sus rasgos faciales apenas se diferenciaban. Quizá el rostro de esa era un poco más ovalado, en tanto que la nariz de Claire era un poco más corta. Eso pensaba yo, aunque al principio no la había visto bien. Tenían más o menos la misma altura y complexión. Muy delgadas, uno sesenta y ocho, quizás. Para esas chicas sería bastante fácil hacerse pasar la una por la otra en una noche oscura y lluviosa; a la distancia, sobre todo, y con esa peluca, la ropa similar y el bolso casi idéntico. Si me dijeran que eran hermanas, lo habría creído. Así que se lo pregunté.

—¿Sois hermanas?

—¿Qué? No.

—Lo parecéis —dije—. Aunque tendrías que trabajar en el pelo. Está un poco torcido.

—¿Qué?

—La peluca. Está desacomodada. —Jugueteó con ella—. Así está mejor. Bastante parecida a la de Claire. No está mal.

—Ella la encontró en una tienda de Halloween, en Búfalo —dijo—. Por favor, lléveme a casa de Claire, como al principio. No está lejos.

—Estoy tratando de entender esto. Estabas esperándola en el baño. Ella entra y tú sales, vestida más o menos con la misma ropa, y, mientras yo me meto en el restaurante, tú te vas por la puerta lateral. He ido al aseo de mujeres. —La chica me miró sorprendida —. ¿Claire estaba escondida ahí hasta que tú y yo nos hemos ido?

Me la imaginé encaramada en el retrete, en la segunda o tercera cabina, para que no se le vieran los pies. Tenía que haber seguido empujando puertas.

—Supongo —dijo con hosquedad.

—¿Así que la idea era que quien la estuviera siguiendo empezara a seguirte a ti? Ahora Claire ha quedado libre para escapar y hacer lo que le dé la gana sin que su perseguidor se entere.

—Vaya —dijo—. Es algo así como un genio.

—¿Cosas de novios? —le pregunté.

—¿Cómo?

—¿Algún chico está acosando a Claire? ¿Quiere dejarlo para quedar con un chico nuevo?

La chica emitió un suave resoplido.

—Sí, claro, eso es todo.

—Pero has dicho que podría tratarse de un tipo diferente. ¿Tiene más de un acosador?

—¿He dicho eso? No lo recuerdo.

—¿Cómo te llamas?

—Eso no importa.

—Vale, olvida lo de tu nombre. Si esto no es cosa de novios, ¿qué demonios es?

—Mire, no se preocupe. No tiene nada que ver conmigo, y estoy segura de que tampoco tiene nada que ver con usted.

—¿Claire está metida en algún lío?

—Escuche, señor… Usted es el señor Weaver, ¿verdad? Claire me ha dicho que era el padre de Scott.

Asentí.

—¿Tú también conocías a Scott?

—Sí, claro. Todo el mundo sabía quién era.

—¿Lo conocías bien?

—Algo. Mire, yo no sé nada, ¿vale? Déjeme salir. Donde sea. Aquí mismo. Olvídese de todo esto, que no es asunto suyo.

Me quedé mirando cómo los limpiaparabrisas repetían sus rítmicas pasadas por el cristal.

—Sí es asunto mío. Claire y tú me habéis involucrado.

—No era nuestra intención, ¿vale?

—¿Se suponía que alguien más recogería a Claire en el Patchett's? Y, como no ha aparecido, ¿ha hecho autostop conmigo? ¿Quién la ha recogido en el Iggy's?

—Detenga el coche.

—Venga, no puedo dejarte salir. Esto está en medio de la nada.

Se desabrochó el cinturón de seguridad y agarró la manilla de la puerta. Íbamos casi a cincuenta kilómetros por hora. No pensé que de verdad abriría, pero lo hizo. Unos cuantos centímetros, nada más, lo suficiente para provocar una enorme ráfaga de aire.

—¡Madre mía! —Me tendí hacia su lado para sujetar el picaporte.

Como no pude alcanzarlo, le grité—: ¡Cierra esa puerta! —La cerró —. ¿Estás loca?

—¡Quiero salir! —gritó lo bastante alto como para que me pitaran los oídos—. ¡Ya no importa! Claire se ha escapado.

—¿Escapado de quién?

—¡Pare el coche y déjeme salir! ¡Esto es un secuestro!

Pisé el freno y giré hacia el bordillo. Estábamos en una zona residencial y comercial. Ahí las casas antiguas se intercalaban entre tiendas de muebles y electrodomésticos. Justo delante de nosotros atravesaba una calle, donde un perezoso semáforo suspendido pasaba del amarillo al rojo y del rojo al verde y de vuelta al amarillo.

—Mira, puedo llevarte adonde quieras —le dije—. No tienes que salir. Está diluviando. Solo…

Abrió la puerta de golpe, sacó las piernas y salió corriendo del coche. En el último segundo cogió el bolso. Tropezó y cayó de rodillas sobre la hierba. Se arrancó la peluca y la arrojó entre unos arbustos. También era rubia, pero el pelo le llegaba solo a los hombros. Lo tenía más o menos la mitad de largo que el de Claire.

Desde donde yo estaba sentado, no podía alcanzar la puerta del pasajero. Así que dejé el motor en marcha, rodeé el vehículo y la cerré de golpe.

—¡Alto! —grité—. ¡Vale! ¡No más preguntas! ¡Déjame llevarte a casa!

Miró hacia atrás, apenas un segundo, y sacudió la mano en el aire. Al parecer, sostenía un teléfono móvil. Me decía que no me preocupara, que conseguiría a alguien que la recogiera.

Sus pies chapotearon en los charcos. Al llegar a la esquina, giró a la derecha y desapareció al otro lado de un taller de reparación de televisores que parecía haber cerrado hacía años.

Cuando dejó de estar al alcance de mi vista, sentí una gran inquietud. El agua de lluvia me llenaba los ojos y me goteaba en los oídos.

Trataba de convencerme de que ella tenía razón. Eso no era asunto mío, no era mi problema.

Volví al coche y di media vuelta.

Pasé junto a una *pick-up* negra que estaba aparcada al otro lado,

con las luces apagadas. No recordaba haberla visto allí cuando había pisado el freno para evitar que la chica saltara del coche.

Conduje un poco menos de un kilómetro con la maldita mosca detrás de la oreja. Al final, me acerqué al arcén, miré por los retrovisores y di la vuelta al coche. Un minuto más tarde, ya estaba otra vez en el lugar donde había visto la *pick-up*.

Se había ido.

Dejé que la inercia llevara mi coche hasta el semáforo. Miré hacia delante, a la izquierda y a la derecha. No vi ninguna señal de la *pick-up* ni de la chica.

Así que di la vuelta de nuevo y me dirigí a casa.

3

Antes, si llegaba a casa después de una locura como esa, mis primeras palabras eran «No te vas a creer lo que acaba de pasar».

Así habría sido antes, pero ya no.

Cuando entré, eran casi las diez y media. Hubo un tiempo en que, a esas horas, aunque Donna estuviera arriba, en la cama, habría bajado a recibirme con solo oír que la puerta principal se abría y se cerraba.

Como mínimo, habría gritado «¡Hola!».

Y yo le habría dicho «¡Hola!».

Pero, ya no había «¡Hola!». Ni el suyo ni el mío.

Dejé el abrigo en el banco, junto a la puerta, y entré en la cocina. Me había perdido la cena, algo habitual, pero tampoco había tenido mucho apetito esos dos últimos meses. Ya había tenido que hacerle un par de agujeros nuevos al cinturón para que no se me cayeran los pantalones, y, en las raras ocasiones en que llevaba corbata, podía meterme dos dedos por el cuello abotonado.

Mi última comida había sido a eso de las seis, sentado en el coche, mientras vigilaba la entrada trasera de una carnicería de Tonawanda. Una bolsa de patatas fritas Wise. El propietario sospechaba que alguien de su plantilla le estaba robando. Productos, no efectivo. Se estaba quedando sin carne asada ni chuletas antes de lo previsto y pensaba que, o bien su proveedor lo estaba engañando, o alguien lo estaba estafando delante de sus narices.

Le había preguntado por las horas en las que dejaba la tienda a cargo de sus empleados y esos eran los períodos en los que me había puesto a vigilar la entrada trasera, con mi Accord aparcado en un callejón desde donde podía ver bien las idas y venidas.

No había tenido que esperar mucho.

A última hora de la tarde, casi al anochecer, la mujer de uno de los carniceros se había acercado a la trastienda y había enviado un mensaje de texto. Segundos después, la puerta se había abierto y el marido había corrido hacia la ventana del coche. Llevaba una bolsa

de basura bien cerrada por arriba. Ella había cogido la bolsa, la había puesto en el asiento del copiloto y se había marchado, como si hubiera acabado de atracar una licorería.

Había hecho fotos con el teleobjetivo y luego me había puesto a seguirla. La había visto llevar la bolsa a su casa. Habría sido aún mejor acercarme con mucho sigilo a una ventana y tomar algunas fotos de esa mujer en pleno acto de meter en el horno un asado de cerdo, pero había límites a lo que podía hacer. En mi trabajo, a veces se me pedía que actuara como una especie de mirón, pero no me parecía necesario en ese caso. No tenía por qué demostrar que ella había cenado bien antes de irse a dormir.

Así que no podría decir que andaba tras la pista del Halcón Maltés ni de plutonio perdido. En el mundo real de la investigación privada, se estafaba con alimentos, materiales de construcción, gasolina, coches o camiones. Hacía un tiempo, había resuelto un caso de unos arbustos de cedro robados. Cada vez que el propietario los replantaba, alguien iba a hurtarlos otra vez.

Cuando alguien te robaba, no solo te interesaba recuperar tus cosas, sino saber quién lo había hecho. La policía estaba demasiado ocupada como para resolver delitos de poca monta, además de que le faltaba personal. Los robos al azar, esos en los que alguien se quedaba con algo una sola vez, me resultaban muy difíciles de resolver; en cambio, si había un patrón, si alguien era víctima de un delincuente en serie, lo más probable era que pudiera ayudarlo, porque yo tenía tiempo, y era cuestión de esperar a que el hijo de puta que estaba al acecho volviera a hacerlo.

No era ciencia espacial. Bastaba con sentarse y permanecer despierto.

Encontrar a gente no era muy distinto. Los maridos, las esposas, los hijos y las hijas desaparecían con la misma frecuencia que los filetes, la madera, el combustible y los Toyota, aunque, según mi experiencia, a menudo se echaban más de menos las cosas que las personas. Si alguien robaba tu camión, querías recuperarlo, sin duda; pero cuando tu marido, dos veces casado, violento y bebedor de whisky no volvía a casa una noche, tenías que asegurarte de que te hubiera sonreído la fortuna.

Y, en esos últimos tiempos, no nos había sonreído mucho.

Abrí la nevera, saqué una cerveza y fui a la sala de estar. Me dejé caer como un saco de arena en un sillón reclinable de cuero. Sobre la mesita había varias hojas de papel arrancadas de un bloc. En cada una había boceto de Scott: un perfil y un tres cuartos; y uno más, uno de frente, como foto de pasaporte. Junto a los bocetos había media docena de afilados lápices de carboncillo, unos blandos y otros duros, así como una pequeña lata de fijador en aerosol. El recipiente era del tamaño de un dispensador de crema de afeitar, como los que uno metía en la bolsa de viaje. Cuando Donna llevaba un bosquejo hasta los últimos detalles que podía permitirse (nunca los terminaba del todo, porque siempre les encontraba algún defecto), lo rociaba para evitar que el carboncillo se extendiera. Incluso guardaba como referencia los dibujos que, a su parecer, no plasmaban a nuestro hijo. Luego copiaba de ellos las partes que había hecho bien. En la habitación había un tufillo químico, testimonio de que ella acababa de usar el fijador. Ese material podría dejarte sin aliento.

Y esa era la estrategia de la que Donna echaba mano para superar las cosas: dibujar a nuestro hijo; a veces de memoria, a veces copiándolo de fotos. Yo encontraba los bosquejos por toda la casa. Aquí y en la cocina, junto a su cama, en su coche. Durante un par de días tuvo uno pegado en el espejo del baño. No dejaba de mirarlo mientras se maquillaba. A mí me parecía un retrato casi perfecto, y ella debió de pensar lo mismo, pero al final lo descolgó y lo metió en una carpeta junto con otros rechazados.

—Para mí es muy bueno —le dije.

—Las orejas estaban mal —alegó.

Para el nosotros de estos días, esa fue una larga conversación.

Yo albergaba mis dudas de que esa obsesión por captar la imagen perfecta de nuestro hijo fuera sana. Tanto para ella como para mí. Supongo que, si Donna hubiera estado igual de dispuesta a sentarse ante el ordenador a superar la pena escribiendo poemas y recuerdos, no habría sentido lo mismo. Ese habría sido un método más íntimo de asumir lo que nos había pasado. Y no me habría sentido atraído, a menos que ella me invitara a leer sus escritos.

Pero los bocetos me envolvían. No podía evitarlos. Tal vez eran terapéuticos para ella, pero, para mí, eran un recordatorio constante de nuestra pérdida y de nuestro fracaso. Y el hecho de que tantos de ellos estuvieran sin terminar, que fueran imperfectos, subrayaba lo atribulada que había sido la vida de Scott.

Por supuesto, Donna tampoco se sentía fascinada con el modo en que estaba lidiando con esas cosas.

Bajo un dibujo de Scott con un ojo inacabado, encontré el mando a distancia. Encendí la pantalla plana, bajé el volumen y dejé el pulgar en los botones para cambiar de canal. Había muchos: canales de comida, de golf y de comedias de hacía décadas. Incluso había uno de póquer: gente sentada jugando a las cartas. Vaya canal. Después de eso, ¿qué? ¿El canal del parchís? En menos de cinco minutos, hice clic en unos doscientos. Luego volví a pasar por todos.

Cada vez me resultaba más difícil concentrarme. Me había autodiagnosticado algo que llamé TDA-PT: trastorno por déficit de atención postraumático. No podía concentrarme porque siempre tenía una sola cosa en la cabeza. Conseguía hacer mi trabajo, más o menos, solo que aquello siempre estaba ahí, como ruido blanco de fondo.

Al final, me decidí por las noticias de una emisora de Búfalo.

Tres personas asaltadas fuera de una licorería en Kenmore. Un hombre de West Seneca le había ordenado a su pitbull que atacara a una mujer, a quien tuvieron que ponerle treinta puntos de sutura. El dueño del perro declaró a la policía que ella «lo había mirado raro». En Cheektowaga hubo un tiroteo «a pedales». Un ciclista disparó tres veces contra una casa e hirió en el hombro a un sujeto que estaba en el sofá viendo un viejo episodio de *Todo el mundo quiere a Raymond*. Dos hombres fueron trasladados al Centro Médico del Condado de Erie tras ser tiroteados a la salida de un bar. Otro más atracó una cooperativa de crédito de Main Street. Entregó al cajero una nota en la que decía que llevaba una pistola, aunque no se le vio ninguna. Por si eso fuera poco, la policía de Búfalo buscaba a tres adolescentes que habían apuñalado a un chico de catorce años detrás de una casa de la avenida LaSalle: lo habían rociado con gasolina en un momento y le habían arrojado una cerilla. El chico

estaba en el hospital; aún vivo, pero nadie esperaba que durara mucho.

Todo eso en una sola noche.

Apagué el aparato y me puse a hojear el *Buffalo News* del día. Lo encontré metido en el revistero de mimbre, junto al sillón, sin las secciones más delgadas, puesto que Donna ya las había puesto aparte a primera hora del día. En la página dedicada a los pueblos más pequeños de las afueras de la ciudad, un artículo discutía si nuestra policía local no había reaccionado de más durante el Festival de Jazz de Griffon, en agosto. Media docena de jóvenes matones de fuera de la ciudad, que se habían colado en el festival, habían empezado a robar bebidas de la carpa de la cerveza. En el artículo se alegaba que algunos policías de Griffon, en lugar de detener a esos tipos y acusarlos, los habían metido en un par de coches y los habían llevado delante de la torre de agua de la ciudad, donde los habían despojado de tantos dientes que podrían haberse hecho un bonito collar.

El alcalde, un tipo llamado Bert Sanders, se había planteado como prioridad llevar a esos policías ante la justicia, pero no estaba recibiendo mucho apoyo del resto del consejo ni de la buena gente de Griffon. A los vecinos no les importaba cuántos dientes perdieran los alborotadores de fuera con tal de que su población no se convirtiera en Búfalo.

Esa ciudad estaba a menos de una hora, pero, comparada con nuestro pueblo, era otro planeta. Griffon triplicaba o cuadruplicaba sus ocho mil habitantes en verano, cuando los turistas iban a pescar en el río Niágara, a disfrutar de los festivales de fin de semana, como el de jazz, o a comprar en las pintorescas tiendas de regalos del centro, las cuales se esforzaban por retener a clientes que se sentían atraídos por los Costco, Walmart y Target del oeste de Nueva York.

Como estábamos a finales de octubre, Griffon ya había vuelto a su habitual somnolencia. No teníamos tantos delincuentes como para preocuparnos. Cerrábamos la puerta con llave (no éramos tontos), pero no había zonas de la ciudad por las que te diera miedo caminar de noche. Los comerciantes, a la hora del cierre, no bajaban puertas

metálicas delante de sus escaparates. No había helicópteros con reflectores sobrevolando el pueblo a las tres de la madrugada. Pero seguía habiendo una sensación de inquietud, dado lo cerca que estábamos de Búfalo, donde la tasa de delitos violentos era de alrededor del triple de la media nacional. Por lo general, Búfalo estaba entre las veinte ciudades estadounidenses más peligrosas. Se temía que en cualquier momento se dispararían hordas indisciplinadas hacia el norte, como zombis saqueadores, para poner fin a nuestro más o menos tranquilo estilo de vida.

Así que la gente de Griffon daba a su policía cierto margen de maniobra. El presidente de la asociación de empresarios animaba a todos a firmar un compromiso de apoyo a la policía local. A los comercios del centro se los instaba a exhibir un formulario que dijera «¡Nuestros poligrifos son los mejores!», y todo el que firmaba ese formulario no solo debía sentirse satisfecho consigo mismo, sino que recibía un descuento del cinco por ciento en sus compras. Era una pequeña forma de agradecerles que mantuvieran seguro nuestro pueblo.

Tampoco era que en Griffon no pasaran cosas malas. Teníamos nuestros problemas. Griffon no era Arcadia.

Las arcadias habían dejado de existir.

Eché un vistazo a una foto enmarcada en la estantería, al otro lado de la habitación. Donna y yo y, en medio de los dos, Scott. Nos la habían tomado cuando él tenía trece años. Al comienzo del instituto, más o menos.

Antes de la tormenta.

Sonreía, aunque con cuidado de no enseñar los dientes, ya que llevaba apenas un par de semanas con el aparato y se sentía cohibido. Parecía incómodo; avergonzado, tal vez, de verse atrapado entre los brazos de sus padres. Ahora bien, a esa edad, ¿qué no te hacía sentir incómodo? Los padres, el instituto, las chicas. La necesidad de pertenecer, de encajar, era una fuerza motriz mucho mayor que el deseo de aprobar un examen de matemáticas.

Él siempre se había esforzado por encajar, pero, para conseguirlo, no podía dejar de ser él mismo.

Era un chico excéntrico, más propenso a tener a Beethoven que a

Bieber en el iPod. Le fascinaba casi todo lo que pudiera considerarse clásico: la música, el cine e incluso los coches. El Halcón Maltés, que mencioné antes, era un póster en su pared. Y en un estante tenía el modelo de un Chevy del 57. En la literatura, se limitaba a los clásicos. No era de esos que metían las narices en una novela de cuatrocientas páginas. Según los médicos, ese rasgo suyo quizás se relacionaba con un trastorno por déficit de atención (un diagnóstico más clínico que el que yo me había asignado a mí mismo), aunque nunca estuve seguro de creerlo. Pero Scott tenía todos los clásicos de la novela gráfica: *Black Hole, Vals con Bashir, El regreso del Caballero Oscuro, Maus, Vigilantes.*

Con la posible excepción de esas novelas gráficas, eran pocos los intereses que compartía con otros chicos de su edad. No le importaban los Bills, que eran, por esos lares, algo así como una religión. Prefería clavarse mondadientes en los ojos antes que ver las aventuras de los papanatas de *Jersey Shore*, las de las amas de casa malcriadas, de los acaparadores con perturbaciones mentales o de cualquiera de los otros programas de telerrealidad a los que sus amigos eran adictos. Aquella comedia sobre cuatro jóvenes científicos empollones sí que le gustaba; incluso creo que lo reconfortaba. Le daba esperanzas de que se podía ser no guay y guay al mismo tiempo.

Así que, por mucho que quisiera tener amigos, no estaba dispuesto a conseguirlos a través de fingir interés por cosas que no le importaban. Pero, entonces, en el penúltimo verano, durante otro de los conciertos de Griffon, en el que actuaban varios grupos alternativos, Scott conoció a un par de chavales del área de Cleveland que habían ido a pasar las vacaciones de verano. El desprecio de esos chicos por gran parte de la cultura popular fue el vínculo inicial para Scott. Esos nuevos amigos habían descubierto que era más fácil burlarse de un mundo que tuviera los bordes difusos, algo que conseguían con alcohol y marihuana. Desde luego, no eran los primeros.

No tengo ninguna duda de que, antes, Scott ya había tenido la ocasión de probar el alcohol y las drogas. Muéstrame a un padre que piense que su hijo vive en un barrio donde esas cosas no están

disponibles y te mostraré a un padre enceguecido. Sin embargo, hasta ese momento, por lo que alcanzábamos a ver, se había negado. Había transitado por aquella edad en la que complacer a sus padres era importante, solo que ya la estaba superando. Tener amigos estaba por encima de darles el gusto a mamá y papá.

No era una historia desconocida, que digamos.

Hubo cambios en su comportamiento. Pequeñas cosas, al principio, y una mayor afición por los secretos, pero, oye, ¿qué chico, al entrar en la adolescencia, no quiere intimidad? Entonces llegaron los problemas de confianza. Le dábamos dinero en efectivo para que comprara algunos artículos en Walgreens y, cuando volvía a casa, venía con la mitad de los artículos y sin dinero. Olvidaba cosas. Sus notas empezaron a bajar. Decía que no tenía deberes, pero luego recibíamos avisos del instituto de que no los había entregado o de que se había saltado por completo las clases. Los valores que antes apreciaba, como el ser sincero con nosotros, cumplir su palabra y respetar el toque de queda, ya no parecían importarle.

Nunca le eché la culpa a la bebida ni a la marihuana. Nunca padecí la «locura del porro», la convicción de que la yerba había deformado la mente de nuestro hijo hasta volverlo en nuestra contra. Una parte de todo eso se debía a su edad. Una parte de todo eso eran sus ansias de pertenencia. Scott había estrechado lazos con chicos para quienes emborracharse y drogarse era parte de la vida. Y, al final de aquel verano, cuando sus amigos volvieron a Ohio, los nuevos hábitos de nuestro chico estaban bien asentados.

Rezábamos para que no hubiera sido más que una fase. Todos los niños experimentaban, ¿o no? ¿Quién no se había tomado unas cervezas de más?, ¿quién no se había fumado unos porros de más? Aun así, tuvimos charlas, muchas, sobre cómo tomar «decisiones inteligentes». Madre mía, qué sarta de gilipolleces. Lo que le habría venido bien al chaval era una buena patada en el culo y quedarse encerrado en su habitación hasta cumplir los veinte años.

Eso habríamos hecho, quizá, de haber sido lo bastante listos para darnos cuenta de que se avecinaba algo más grave.

Porque, cuando le hicieron la autopsia, ya no era cerveza ni marihuana lo que encontraron en su sangre.

Donna y yo habíamos hablado sin parar de buscarle ayuda. Terapia. La inscripción en un programa. Pasábamos noches en vela buscando respuestas en Internet, leyendo las historias de otros padres, descubriendo que no estábamos solos, pero no encontrábamos suficiente consuelo. Aún no sabíamos cuál era el mejor camino. Intentamos todo lo habitual, en diversos grados, pero los fracasos eran constantes. Gritos. Castigos. Chantajes emocionales. Y, cuando mejoraba su comportamiento, recompensas. «Si apruebas el examen de matemáticas, te compro un iPod nuevo». Le inculcamos culpas. Yo le dije que sus actos estaban matando a su madre. Donna le dijo que lo que estaba haciendo era matar a su padre.

Pero debía de haber una parte de nosotros que pensaba (sé que, en mi caso, era así) que, aunque, las cosas tenían mala pinta, no iban tan mal. Durante su adolescencia, millones de chavales se metían en líos y salían airosos. Yo no me drogaba mucho cuando era adolescente; toda mi ambición semanal era una buena papelina. De alguna manera, yo había conseguido sobrevivir.

Nos estábamos engañando.

Qué estúpidos fuimos.

Deberíamos haber hecho más y deberíamos haberlo hecho antes. Eso me carcomía un día tras otro, y a Donna también, y yo lo sabía. Nos culpábamos a nosotros mismos, y, por momentos, nos culpábamos el uno al otro.

«¿Por qué no hiciste nada?».

«¿Yo? ¿Por qué no hiciste nada tú?».

En el fondo, yo estaba convencido de que la culpa era más mía que de ella. Scott era un chico. Yo era su padre. Debería haber podido comunicarme con él, ¿o no? ¿No debería haber sido capaz de conectar con él de una forma que Donna no podía? Y, para hacerlo entrar en razón, ¿no debería haber sido capaz de aprovechar las habilidades de las que me había dotado mi carrera anterior?

Leer el periódico sin asimilarlo de verdad, mirar la televisión sin tener ni idea de lo que estaba viendo, terminar la cerveza y volver a la cocina a por otra… Me llevó casi dos horas pasar por todo ese proceso y repetirlo. Supuse que, para entonces, Donna estaría dormida de verdad y no tendría que fingir.

Y así era.

Cuando subí las escaleras, la única luz encendida era la del cuarto de baño de nuestro dormitorio. Si yo hubiera subido antes, Donna habría tenido los ojos cerrados, de todos modos, pero habría estado fingiendo. Uno no podía pasar veinte años con otra persona y no saber cuándo estaba durmiendo de verdad y cuándo estaba tratando de engañarte. Pero ¿qué más daba? Tampoco iba a reclamárselo. Ese era el juego al que jugábamos por aquel entonces: «fingiré dormir para que no te sientas mal por no hablar conmigo».

Me desnudé en el baño, me lavé los dientes, apagué la luz y me metí bajo las sábanas en silencio, junto a ella, espalda con espalda. Me preguntaba cuánto duraría eso, cómo acabaría y si algo podría ayudarnos a seguir adelante.

Todavía la quería. Igual que el día en que nos conocimos.

Pero no hablábamos. No sabíamos qué decirnos. Y no había nada que decir, porque los dos estábamos pensando en la misma cosa, algo demasiado doloroso como para ponerlo en palabras.

Me imaginé dando el primer paso: me doy la vuelta, me acerco y la rodeo con el brazo. No digo nada; al menos, al principio. Imagino el calor de su cuerpo mientras la abrazo. Siento su pelo en mi cara.

Lo imaginaba tan perfectamente, que era como si estuviera sucediendo.

Me quedé despierto durante algún tiempo, mirando el techo y el reloj digital en la mesilla de noche. Dio la una, dieron las dos.

La culpa no era nuestra.

No toda.

Parte de ella, por supuesto, había sido de Scott. Claro, era un niño, pero tenía edad suficiente para entender.

Sin embargo, había alguien más. Y no me refiero a los chicos de Cleveland. Tampoco a los chicos de Griffon que pudieron haberle vendido la marihuana y el licor.

A quien yo quería encontrar era a quien le había dado la 3,4-metilendioximetanfetamina. Lo que el resto del mundo conocía como *éxtasis*.

Eso fue lo que arrojó el informe toxicológico.

Era obvio que eso había sido lo que había hecho creer a Scott que

podía volar.

Estaba dispuesto a rastrear al tipo que le había proporcionado esa última dosis fatal.

Todos teníamos mucho por lo que responder, pero ese hijo de puta, en lo que a mí respectaba, había sido quien había apretado el gatillo.

4

Por la mañana, la mujer entra en el dormitorio con una bandeja.

—Hola —le dice al hombre, que sigue bajo las sábanas.

Él se incorpora, apoyado en los codos, y observa el desayuno que la mujer le está dejando en la mesilla de noche.

Mira los huevos casi con desconfianza.

—Revueltos —dice.

—Como te gustan. Bien hechos. Deberías comértelos antes de que se enfríen.

Él saca las piernas de debajo de las sábanas y se sienta en el borde de la cama. Lleva un pijama descolorido de franela blanca con rayas azules. El pantalón está raído por las rodillas.

—¿Cómo has dormido? —pregunta la mujer.

—Bien —dice él. Coge la servilleta y la extiende sobre su regazo—. No te he oído cuando te has levantado.

—Me he levantado sobre las seis, pero he andado de puntillas por la cocina para no molestarte. ¿Has renunciado a tu afición?

—¿Qué? ¿Qué quieres decir con eso?

—¿Dónde está tu librito? Suele estar ahí. —Señala la mesilla de noche.

—Escribo cuando ya te has ido —dice él. Pone el plato encima de la servilleta, lo apoya en las rodillas y toma el primer bocado—. Buenos huevos.

La mujer no dice nada.

—¿Quieres sentarte?

—No, tengo que ir a trabajar.

Coge una tira de beicon y la hace crujir de un mordisco.

—¿Necesitas ayuda?

—¿Ayuda con qué?

—En el trabajo. Podría ir a ayudarte.

Él mastica el tocino y traga.

—Estás confundido —dice ella—. Tú ya no trabajas.

—Solía hacerlo.

—Disfruta de tu desayuno.

—Yo podría ayudar, de verdad. Sabes que soy bueno con los libros. Lo entiendo todo.

La mujer suspira. ¿Cuántas veces han tenido esta conversación?

—No —responde.

El hombre frunce el ceño.

—Me gustaría que las cosas fueran como antes.

—¿A quién no? —dice la mujer—. Me gustaría volver a tener veintiún años, pero desearlo no lo convierte en realidad.

Él sopla el café y le da un sorbo.

—¿Cómo está el día?

—Hace bueno, creo. Anoche llovió.

—Me gustaría salir, aunque esté lloviendo —comenta el hombre.

Ella ya ha tenido suficiente.

—Cómete el desayuno. Antes de irme, volveré a por la bandeja.

5

Había quedado de verme en la tienda con Fritz Brott, propietario de Brott's Brats, el negocio cárnico de Tonawanda que había estado vigilando durante un par de días. En la trastienda, tenía un despacho donde podíamos hablar en privado.

Brott llevaba más de veinte años en nuestra comunidad. Emigró de Alemania en los setenta con su mujer y una hija pequeña. A lo largo de los años, trabajó en diferentes tiendas de comestibles, pero su sueño siempre había sido tener una tienda propia. A principios de los noventa, se enteró de que el propietario de una carnicería, ya anciano, quería jubilarse. Aquel hombre había tenido esperanzas de que su hijo lo siguiera en el negocio familiar, pero, incluso antes de que el chico cumpliera los veinte años, estaba claro que le interesaban más los ordenadores que la carne roja. El padre siguió dirigiendo el negocio por su cuenta durante otro par de decenios, sin que hubiera nadie a quien traspasárselo. Así que decidió venderlo.

Y Fritz no solo sabía de carne. Era un gran cocinero y tenía una receta de salchichas alemanas que había pasado de generación en generación. Esa, según le dijo a su mujer, sería la especialidad; y también dio el nuevo nombre a la carnicería.

La mujer de Fritz, aunque era parte integrante del negocio, no estaba en la tienda todos los días. Desde casa, se ocupaba del papeleo, pagaba las facturas y calculaba la nómina, todo para que Fritz pudiera concentrarse en cocinar su *bratwurst* y vender sus gruesos y primorosos filetes veteados. Había sido la mujer la que había notado que las cuentas no cuadraban en las últimas semanas. Estaban ganando menos dinero. Los cuartos de vaca en canal colgados en el congelador no estaban dando el mismo número de filetes y carne para asar que antes.

Algo estaba ocurriendo.

Fritz tenía tres empleados: Clayton Mills, de unos sesenta años, que había trabajado para el propietario anterior. Vivía solo después de que Molly, la que había sido su esposa durante treinta y dos años,

hubiera fallecido. Vivía con frugalidad. Nunca me había parecido un sospechoso viable. Tampoco Joseph Calvelli, unos diez años más joven que Clayton, casado y con un hijo adulto que dirigía una empresa de inversiones.

De inmediato me había fijado en Tony Fisk, de veintisiete años, casado y con dos hijos: una niña de cinco años y un niño de dos. Había sido a su mujer, Sandy, a quien había visto acercarse a la puerta trasera. Ahí había estado a la espera de que Tony saliera con una bolsa verde y se la pasara a través de la ventanilla antes de volver corriendo a la tienda. Eso había ocurrido en un momento en que Fritz no estaba en el negocio.

En la silla, tras el escritorio de su pequeño despacho, Fritz arrellanó sus más de ciento treinta kilos.

—¿Qué me ha traído? —me preguntó.

Yo llevaba conmigo un pequeño portátil al que había transferido algunas fotos y vídeos.

—Señor Brott, he vigilado su establecimiento durante dos días y, por lo que he visto, no tiene nada de qué preocuparse en lo que respecta a los señores Mills y Calvelli.

Esperó. Ya sabía a dónde iba eso.

—Tony —dijo, con los labios fruncidos—. Qué hijo de puta.

Abrí el portátil y lo puse sobre su escritorio.

—Esto es de ayer por la tarde. Justo antes de las cinco.

Entrecerró los ojos.

—Yo estaba fuera. Llevé a arreglar el camión.

—Así es. —Pulsé el botón para reproducir el vídeo—. ¿Ve este coche, el que está aparcando aquí?

Fritz asintió.

—He comprobado la matrícula para confirmarlo. Está registrado a nombre de Anthony Fisk. Al volante está su esposa, Sandra. La llaman Sandy.

—Sí, la conozco. Conozco ese coche.

—No se aprecia bien en la foto, pero hay dos asientos de seguridad para niños en la parte trasera. Aunque no puedo confirmarlo, creo que llevaba a sus dos hijos.

La expresión de Fritz era pétrea.

—Vale.

—Ella detiene el coche justo al lado de la puerta trasera. Saca el móvil y lo manipula con los pulgares, así que me parece que está enviando un mensaje. Después espera unos segundos…

Fritz tenía tensa la mandíbula mientras sus ojos miraban la pantalla sin pestañear.

—Aquí sale Tony con una bolsa de basura. Se la da y vuelve corriendo a la tienda. Ella se marcha.

—Rebobine.

—¿Cómo?

—¿Puede volver atrás y congelar esto?

—¿Congelar el fotograma? Seguro. —Manipulé el panel táctil, retrocedí el vídeo unos quince segundos y lo puse en marcha de nuevo.

—Allí. Pare ahí.

Tuve que retroceder una fracción de segundo. Fritz quería echar un vistazo a la bolsa. Al parecer, estudiaba la forma del contenido, como trazando el contorno con el dedo, a un centímetro de la pantalla.

—¿Puede ampliar esto? —me preguntó.

—Claro. —Desplacé el dedo sobre el panel táctil e hice clic—. Ya está.

—Paletilla —dijo.

Sonreí.

—Supuse que usted lo sabría.

—Vaya hijo de puta.

—Podría tratar de conseguirle el mensaje de texto que le envió su mujer, pero lo más probable es que no diga otra cosa que «Aquí estoy». No creo que haya escrito «Saca la carne» ni nada por el estilo. Si usted llamara a la policía para denunciarlo, ellos podrían conseguirle la transcripción.

—¿Cree que debería llamarlos?

—Eso ya depende de usted. Me pidió que averiguara si alguien le estaba robando. Supongo que esto responde a su pregunta. Lo que ocurra después ya será decisión suya. ¿Es un buen empleado?

Fritz asintió con tristeza.

—Lleva tres años trabajando para mí. Hace lo que tiene que hacer.

Obedece. Lo trato bien. ¿Por qué me roba?

—Tiene las tarjetas de crédito al límite. Y su mujer ya no pasa cuatro días a la semana en el Walmart, sino tres.

La tristeza que hace un momento inundaba el rostro de Fritz se estaba transformando en otra cosa.

—Cuando llegué a este país, hubo días en los que no me creía capaz de mantener un techo sobre mi cabeza, pero nunca le robé nada a nadie. —Apuntó al aire con un dedo—. Ni una sola vez. —Fijó la mirada en la cubierta de su escritorio, sacudió la cabeza y clavó los ojos en la puerta metálica cerrada; como si fuera de cristal y alcanzara a ver a Tony—. Estuve en el bautizo de su hijo.

—Suele ocurrir —le dije.

—Si lo dejara quedarse, ¿qué mensaje les estaría dando a los demás? Sería como decirles: «Oye, róbale a Fritz, que terminará olvidándolo, es un blandengue». Eso pensarían.

—Como le he dicho, la decisión es suya. Voy a redactar un parte formal de mi investigación, de mis horas, de lo que…

Fritz agitó la mano.

—A la mierda con eso. Ya lo sé. —Señaló el portátil, la imagen congelada de Tony con la bolsa de carne—. Lo he visto con mis propios ojos.

—Le entregaré un informe, de todos modos —le dije—, junto con mi factura.

Sus ojos seguían clavados en aquella puerta. Yo ya tenía una idea bastante aproximada de lo que él estaba pensando y de lo que haría a continuación, aunque esperaba equivocarme.

—¡Tony! —bramó.

Y yo tenía razón. En ese pequeño despacho, fue como el trueno de un obús.

Ojalá que Fritz hubiera esperado a que yo ya no estuviera ahí antes de tomar medidas con respecto a lo que había averiguado para él. Mi labor era reunir información, no quedarme a escuchar sentencias. Cuando había confrontaciones, podía manejarlas, pero no me pagaban para eso. No era abogado, por Dios. Solo averiguaba cosas.

Eso nunca era más cierto que cuando llevaba casos de cónyuges infieles. Si uno veía las series de detectives de la tele, sobre todo las

de los años sesenta y setenta, podía llegar a pensar que este tipo de trabajo les quedaba pequeño a muchos detectives. En el mundo real, esos detectives dependían de la asistencia social. Trabajar como detective privado y no ocuparse de los divorcios equivalía a abrir una tienda de rosquillas y no vender café. Si descubría que un marido se estaba acostando con su secretaria, no iba a decirle a la esposa que lo echara a patadas, que rociara gasolina en su Porsche y le pegara fuego con una cerilla ni que perforara el fondo de su yate. Si ella quería perdonarlo y mirar para otro lado, a mí no me importaba lo más mínimo.

Lo que Fritz hiciera con Tony ya no era asunto mío, siempre y cuando yo no estuviera presente.

Solo que eso no estaba funcionando así.

Cuando la puerta se abrió, allí estaba Tony, con el delantal manchado de sangre. En la mano derecha llevaba un cuchillo también ensangrentado. El tipo parecía recién salido del plató de una película de terror. Solo le faltaba llevar en la otra mano una cabeza cortada agarrada por el pelo.

—¿Sí, Fritz? —dijo.

—¿Cuánto tiempo?

—¿Qué? —Mirada de perplejidad. Fingida, sin duda, pero genuina en apariencia.

—¿Cuánto tiempo llevas robándome?

Yo nunca había hecho ningún curso de relaciones con empleados, pero en alguna parte tendría que haber una norma según la cual uno no debe acusar de robo a un subordinado que está blandiendo un cuchillo de carnicero. Si eso llegó a preocupar a Fritz, no vi ninguna señal.

Apoyó las manos en los brazos de la silla, se irguió en toda su corpulencia, se puso en pie y rodeó el escritorio hasta el lugar donde yo estaba sentado. Pero yo también estaba de pie, y los tres formábamos un pequeño triángulo.

—No sé de qué estás hablando —se defendió Tony.

—No me mientas —dijo Fritz—. Sé lo que has hecho.

Yo no podía dejar de mirar el cuchillo. Quizá esa cosa pesaba treinta gramos, pero parecía pesar cinco kilos. Y los brazos de Tony

hacían creer que, en sus manos, ese instrumento era ligero como una pluma.

—¿Qué? —insistió—. ¿De qué demonios estás hablando?

Fritz giró el portátil y señaló la pantalla: el fotograma de Tony corriendo hacia el coche de su mujer. El empleado no dijo nada.

Sin apartar los ojos de la pantalla, parpadeó un par de veces.

—¿Qué es eso?

—Eso es un ladrón —dijo Fritz—. Y esa es la esposa de un ladrón.

Tony apretó la boca y me lanzó una mirada amenazadora. Le bastó un segundo para figurárselo todo.

—Fuera —le dijo Fritz—. Vete y no vuelvas. Te enviaré por correo tu último cheque.

Tony apartó los ojos de mí y los centró en su exjefe.

—Tú me atracaste —le dijo.

—¿Qué?

—El día que mi hija enfermó. Tenía fiebre, cuarenta. Pensamos que se iba a morir y la llevamos al hospital. No pude venir a trabajar y me descontaste un día de sueldo. —Tony negó con la cabeza.— Solo estoy cobrándome lo que me debes.

Levantó el cuchillo por encima del hombro derecho, como si estuviera preparándose para imprimirle fuerza.

—Ni se te ocurra —le dije con voz firme aunque tranquila.

Tony se volvió hacia mí. En los pocos segundos que habían transcurrido desde la última vez que me había mirado, habían sucedido muchas cosas: en ese momento yo tenía en las manos una pistola, una Glock 19, y, oculto, el permiso para usarla. Mi arma apuntaba al pecho de Tony.

—No querrás formar parte de la historia —le dije.

—¿Qué?

—Nunca le he pegado un tiro a nadie. Serías el primero. —Nos medimos el uno al otro durante cinco segundos. Al final le dije—: Todos debemos tranquilizarnos un poco.

Él, con los brazos congelados, se quedó mirando el cañón. Por el rabillo del ojo, alcancé a ver que Fritz retrocedía un par de pasos.

—Baja el cuchillo —pedí.

Tony asintió hacia mí y, con la mirada, me dijo que iba a obedecer.

Bajó el instrumento, aunque mucho más rápido de lo que yo esperaba, y lo clavó en la superficie del escritorio. Cuando soltó el mango, el cuchillo seguía recto.

Me miró.

—Yo no olvido —amenazó.

Se dio la vuelta y salió de la habitación, con las manos a la espalda, desatando los cordones del delantal.

Fritz estaba boquiabierto. Tenía la boca de un tamaño tal que podría haberle metido un asado por ahí. Sus ojos iban de la pistola a la puerta y de nuevo a la pistola. Acababan de darle un susto de muerte.

Yo también me sentía un poco nervioso. Guardé el arma.

—Pensé que eran patrañas —dijo, con la voz entrecortada—. Eso de que su niña estaba enferma. Pensé que se lo estaba inventando.

* * *

De vuelta a casa, me dolía mucho la cabeza. Tensión, lo más probable. Por lo general, llevo algún analgésico en la guantera, solo que en ese momento no había nada. En cuanto llegué a Griffon, me detuve en una gasolinera y entré en la tienda.

Tenían frascos pequeños de Tylenol, así que cogí uno, junto con una botella de agua. Mientras me acercaba al mostrador, iba buscando mi billetera en el bolsillo trasero.

—Hola, ¿qué tal? —saludó el chico de la caja registradora, aunque no era una auténtica pregunta. Solo me estaba diciendo lo que creía que tenía que decirle a todo el mundo. Era de la edad de Scott, entre quince y diecisiete años. Tenía la cara asolada por el acné. Sobre un ojo le colgaba un mechón que se apartaba cada tres segundos.

—Muy bien —murmuré. Le entregué un billete de diez y me cobró los dos artículos.

—¿Bolsa?

—¿Cómo?

—Que si quiere una bolsa.

—No.

Eché un vistazo al mostrador. Había un portapapeles con lo que parecía una petición, así como un bolígrafo colgado de un cordel.

Sin embargo, los firmantes, un número considerable, no se estaban oponiendo a algo, sino que lo apoyaban. El título decía: «¡Nuestros poligrifos son los mejores!».

—Puede firmarlo, si quiere —dijo el chico, sin el menor entusiasmo —. El gerente me ha dicho que debo invitar a todos a hacerlo.

Mientras trataba de clavar la uña bajo el envoltorio de celofán que abrazaba la parte superior del envase de pastillas, me puse a explorar el preámbulo del formulario, entre el titular y los nombres. Decía: «Nosotros, los abajo firmantes, expresamos nuestro apoyo pleno a los buenos hombres y mujeres de la policía de Griffon y apreciamos el magnífico trabajo que hacen. Nuestros policías son los mejores».

Quité el plástico, abrí la tapa y me lie un poco tratando de sacar el algodón. Si me hubieran quedado solo diez segundos de vida y una de estas pastillas fuera la de mi salvación, ya estaría muerto. Sacar el algodón me llevó casi medio minuto. Sacudí el frasco hasta extraer tres pastillas rojas, rompí el tapón de la botella de agua y me eché todo a la boca.

—Ha de dolerle la cabeza —dijo el chico.

Con el portapapeles en la mano, repasé los nombres de los firmantes de la primera hoja, que estaba llena hasta la mitad. A primera vista, no reconocí ninguno. Junto al nombre de la persona había un espacio en el que esta debía añadir el domicilio o el correo electrónico. No todos habían incluido esa información.

Pasé a la segunda hoja, que estaba llena, al igual que otras tres que había detrás. Unos siete de cada diez firmantes habían puesto algo más que sus nombres. Si alguien quería autenticar las firmas, eso le haría más fácil el trabajo.

—¿Cuántos de los que vienen firman esto? —pregunté.

El chico se encogió de hombros.

—No lo sé. La mayoría son viejos.

Sonreí.

—Gente como yo.

—Sin ánimo de ofender —dijo—. A los de mi edad, los policías de

por aquí nos detienen todo el tiempo por no haber hecho nada.

Lo mismo estuvo diciendo Scott durante el último año o algo así. Siete días antes de que lo perdiéramos, quizás menos, llegó a casa diciendo que había visto a un policía de Griffon cacheando a una chica detrás del Patchett's.

—No había hecho nada malo —relató—. El madero solo quería manosearla.

Le pregunté a Scott si la chica iba a presentar una denuncia.

—No, no va a hacerlo —había dicho—. Con esos tipos no se puede hacer nada. Supongo que el poli pensó que nadie lo estaba viendo, así que le grité: «Te he visto, gilipollas». Lo asusté mazo. Y salí corriendo como un demonio.

El chico detrás del mostrador me devolvió al presente.

—¿Va a firmarlo o qué? —me preguntó.

Vi una firma conocida.

—Donna Weaver. —La estudié un momento. Incluso pasé el dedo por la hoja donde mi mujer había escrito su nombre con ese bolígrafo.

—No hace falta —le dije.

—¿Sabe lo que pienso? —me preguntó.

—Dime.

—Creo que la policía está recogiendo estos papeles, está comprobando los nombres y las direcciones y averiguando cuáles de los que viven aquí han firmado y cuáles no.

—No me digas.

Asintió circunspecto.

—Ah, sí. Eso es lo que hacen.

—¿Puedo suponer, entonces, que tú también lo has firmado? ¿Solo por tu propia seguridad?

Sonrió y negó con la cabeza.

—El gerente me pidió que firmara y me vigiló mientras lo hacía. Pero escribí «Dougie Douche». Por ningún motivo daría mi firma para apoyar a esos payasos.

—¿No eres su fan?

—¿Alguna vez le han rociado la garganta con pintura en aerosol?

—¿Perdona?

—Ni siquiera era yo el que estaba pintando grafitis. Era un amigo mío, pero, en cuanto apareció la policía local, el chaval se largó y me dejó con las latas. Una poli decidió hacerme una pintada en la garganta.

—Eso pudo haberte matado —dije.

—Sí, bueno, solo fueron un par de chisguetes rápidos. Durante unos segundos, ni siquiera pude respirar. Tenía los dientes y los labios amarillos.

—¿«Una poli», has dicho?, ¿una mujer?

Alguien más llegó a pagar su gasolina. El chico cogió el portapapeles, me deseó un buen día y puso su atención en el nuevo cliente.

* * *

Volví al Honda, me bebí la mitad de la botella de agua y puse el coche en marcha.

Estaba a tan solo tres o cuatro minutos de casa, pero, cuando giré por nuestra calle, las pulsaciones en las sienes y encima de los ojos ya empezaban a desaparecer.

Y entonces, sin más, volvió el dolor de cabeza.

Quizá tuvo que ver el hecho de que un coche patrulla de la policía de Griffon estuviera aparcado en nuestra entrada.

Supuse que habían sido muy rápidos en descubrir que yo no había firmado la petición.

6

Eran casi las cinco.

Donna solía llegar a casa a eso las cuatro y media de su trabajo en el Servicio de Policía de Griffon. Hacía unos años le habían cambiado el nombre al edificio. Ya no era la Policía de Griffon. Eso les sonaba, no sé, un poco contundente. En realidad, demasiado cercano a la verdad. Así que le añadieron «Servicio», lo que los hacía parecer más un grupo de hostelería armado. Los poderes fácticos debían de haber decidido que, con un nombre más dulce, de alguna manera serían percibidos así.

Pero eso no sucedió.

Y, aunque Donna trabajaba allí, no le tocaba llevar pistola ni ir de patrulla ni trabajar los fines de semana ni las noches. Iba de lunes a viernes, de las nueve a las cuatro, disfrutaba de todos los días festivos reglamentarios y no tenía que llevar uniforme porque no era policía. Trabajaba con las nóminas y la administración. Se aseguraba de que los pagos mensuales de los empleados fueran ingresados en la entidad financiera de su elección, resolvía conflictos relacionados con las horas extraordinarias y se acordaba de pagar las facturas del departamento para que, cuando un residente de Griffon llamara al 911, hubiera alguien listo para responder.

Así que era posible que un coche patrulla de Griffon aparcado delante de nuestra casa no fuera motivo de preocupación, como sí podría serlo para cualquier otro ciudadano. Donna conocía a todos los miembros del cuerpo; si no en persona, al menos por su nombre y su número de la Seguridad Social. En ocasiones, llevaba cosas de la panadería y las compartía con cualquiera que pasara por delante de su mesa. Quizás se tratara de un oficial que había ido a devolverle el favor. Donna y una de las dos mujeres policía de la ciudad, Kate Ramsey, a veces iban juntas al cine, aunque en los últimos meses no. Ni ella ni yo habíamos sido especialmente sociables con nadie en esos últimos meses.

Con todo, eso no me daba buena espina.

A solo media manzana de casa, sonó mi móvil, que estaba en el asiento de al lado. Bajé la mirada y vi la palabra «Casa». Antes, Donna me llamaba al menos un par de veces cada día; para nimiedades, por lo general. Solo llamaba para charlar. Ella sabía que había muchas posibilidades de que yo no le cogiera la llamada, pero que podía marcar mi número sin problema, ya que mi móvil estaría silenciado si acaso yo me encontraba en algún lugar donde no quería que mi presencia quedara al descubierto.

Lo cogí.

—¿Sí? —dije.

—La policía está aquí.

—Estoy llegando. Pensé que tal vez era Kate.

—No. Son Haines y Brindle.

—Haines —dije con tono solemne. Uno de los policías más jóvenes del cuerpo, aunque ya llevaba más de un decenio ahí. Él había sido quien nos había dado la noticia en agosto—. No conozco a Brindle.

—Pues te espera una sorpresa —replicó.

—¿Qué pasa?

—No me dicen nada. Quieren hablar contigo. De buenas a primeras, pensé que tal vez habían descubierto al vendedor de las drogas y que habían venido a decírnoslo. —Donna era capaz de dibujar a Scott todo el día, pero le costaba escribir su nombre o decirlo en voz alta—. Pero, de haber sido eso, creo que estarían dispuestos a hablar conmigo.

Me sorprendía que la investigación sobre quién le había proporcionado el éxtasis a Scott siguiera siendo una prioridad para el Servicio de Policía de Griffon, si es que alguna vez lo había sido. Tampoco era que los policías de la zona no se preocuparan por mantener el orden: lo hacían de una manera diferente, y eso era todo. Si creían que eras un traficante de drogas, sobre todo uno de fuera, te llevaban detrás del cobertizo de alguna quitanieves de Griffon y te daban una paliza de muerte. Luego te llevaban a las cataratas del Niágara y te dejaban frente a alguna fábrica abandonada de la avenida Buffalo.

Hacía tiempo que no se contaban historias sobre el uso excesivo de la fuerza, lo que explicaba por qué Scott había dicho aquello acerca

del agente que cacheó a la chica detrás de Patchett's. Nos había contado que lo había hecho sin ningún motivo, pero, por lo que yo sabía, el agente tenía una sospecha legítima de que ella tramaba algo. Hacía tiempo, durante mi estancia en un departamento de policía, había aprendido que, cuando le concedías el beneficio de la duda a alguien, fuera hombre o mujer, reducías tus probabilidades de volver a casa al terminar el turno.

Por los alrededores, a casi nadie le preocupaban los rumores de que la policía se estaba extralimitando en sus funciones. Los ciudadanos de Griffon se sentían seguros en sus casas. Mientras continuara esa sensación de seguridad, no tendrían ninguna necesidad de conocer los detalles.

Y tengo que admitir que esa también era mi actitud cuando me sinceraba conmigo mismo. Sabía que, en cuanto encontrara a quien le había vendido a Scott el XTC o X o E o como quiera que lo llamaran por las calles esos días, yo mismo me encargaría del asunto.

—Hablamos luego —le dije a Donna, y colgué. Me detuve junto al coche de policía y vi que los dos agentes estaban dentro. Aparqué en la acera, delante de ellos. Salí, eché un vistazo a la casa y vi a Donna espiando a través de los visillos del salón.

Ricky Haines, el más joven de los dos, se bajó del lado del pasajero y asintió. Era un tío de treinta y pocos, con pelo y bigote negros bien recortados. Y también estaba en forma. Tenía el aspecto de un exjugador de fútbol americano, aunque quizás le faltaba un poco de corpulencia. Un jugador de *hockey*, tal vez, aunque ahí también la corpulencia traía réditos.

—Señor Weaver —dijo, y se tocó la frente con el dedo índice en un minisaludo.

—Oficial Haines.

—Qué buena memoria —comentó.

Era difícil olvidar el nombre quien había ido a decirte que tu hijo estaba muerto.

La otra puerta se abrió. El policía aparentaba unos treinta años, y, si alguna vez había practicado algún deporte, hacía tiempo que lo había dejado. Le calculé unos ciento treinta kilogramos. Lucía sus

buenos michelines. Tenía más pelo entre el labio y la nariz que en la cabeza.

—Le presento al oficial Hank Brindle —dijo Haines.

Asentí.

—Ah, así que usted es el marido de Donna —dijo él. Su voz era grave y áspera.

—Así es.

Asintió y se lo pensó un segundo.

—Nos preguntamos si podría ayudarnos con algo —dijo por fin.

—Puedo intentarlo.

Brindle señaló mi Honda Accord.

—¿Este coche está registrado a su nombre?

—Sí.

—¿Y estuvo conduciéndolo anoche? —preguntó Brindle.

—Sí.

—¿Puede decirnos dónde estuvo?

—Depende de la hora.

—Digamos que alrededor de las diez.

—De camino a casa.

Brindle asintió.

—¿De camino a casa desde dónde?

—Estuve haciendo un trabajo en Tonawanda.

Brindle no dejaba de asentir.

—Ricky me ha dicho que es detective privado, ¿es cierto?

Asentí, a la espera. Podía haberle preguntado de qué se trataba todo eso, pero a los policías les gustaba hacer las cosas a su ritmo y no les entusiasmaban las preguntas. Yo conocía el procedimiento.

Brindle volvió a asentir, pensativo, y luego miró a su joven compañero.

—Dejaré que te hagas cargo a partir de aquí, supongo. Estás más al tanto.

Me pareció percibir un toque de resentimiento. Volví mi atención a Haines.

—¿Al tanto de qué?

—Estamos buscando a una chica —dijo Haines—. Una adolescente.

Esperé.

—Se llama Claire Sanders. Tiene diecisiete años. Pelo rubio, alrededor de uno sesenta y cinco. Unos cincuenta y dos kilos.

—¿Por qué la buscan? ¿Ha hecho algo?

Haines eludió la pregunta.

—Es importante que la encontremos —dijo.

Insistí.

—¿Ha hecho algo o ha desaparecido?

Haines se aclaró la garganta.

—Está en paradero desconocido. Le agradeceríamos su cooperación, señor Weaver. Para serle franco, esto es una especie de investigación no oficial. Considerando quién es el padre de Claire, hemos optado por manejar las cosas con discreción.

Tuve que pensarlo solo un segundo. ¿Claire Sanders?

—¿Esa chica es la hija de Bertram Sanders? ¿Es la hija del alcalde?

—Ya veo por qué es detective —dijo Brindle.

—Nuestra información —dijo Haines— sugiere que pudo encontrarse con Claire anoche.

—¿Tiene una foto de ella?

Haines sacó el teléfono, lo pulsó un par de veces y se puso a mi lado. Lo sostuvo lo bastante cerca para que yo pudiera ver la pantalla, pero no me lo pasó. La foto parecía sacada en una fiesta. La chica reía. Tenía la cabeza echada hacia atrás y una copa de martini en la mano. Supuse que era de Facebook.

—La llevé anoche —les dije—, pero supongo que eso ya lo sabían.

Haines asintió.

—La recogió en el Patchett's.

No tenía sentido negarlo.

—Sí. ¿Me captaron las cámaras del circuito cerrado?

Haines dudó.

—Sí —reconoció.

—¿Hace eso muy a menudo, Weaver? —preguntó Brindle—, ¿recoger a chicas adolescentes?

—Tocó en mi ventanilla cuando me detuve en el semáforo. Me pidió que la llevara a casa.

—¿Y la llevó?

—Sí.

—¿Así que ya conocía a Claire Sanders? —preguntó el policía de más edad.

—No —respondí.

—Mmm —murmuró Brindle—. En mi caso, suponiendo que yo fuera conduciendo mi propio coche, no un coche patrulla, y una chica joven hiciera autostop, me sentiría un poco raro. Como si no fuera lo más inteligente del mundo.

—Ella me reconoció. Dijo que había conocido a Scott, mi hijo. —En ese instante miré al oficial Haines.

Hank Brindle ladeó la cabeza como un perro que acabara de oír un silbido.

—El que murió, ¿verdad?

Sentí algo caliente en el cuello.

—Sí.

—Hace un par de meses se drogó y salió volando por el tejado de Muebles Ravelson —dijo Brindle, como si estuviéramos reunidos para rememorar—. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí.

—Tú atendiste ese asunto, ¿verdad, Ricky? —preguntó a Haines.

—Sí. —Su rostro se sonrojó—. Tuve que darles la noticia al señor y a la señora Weaver. Me sentí muy incómodo.

—Lo recuerdo —continuó Brindle—. Aquella semana no cobré las horas extras que me correspondían, porque su mujer se había ausentado del trabajo y no me las registró.

Sentía el cuello muy caliente. Cerré los puños, no porque pensara golpear a nadie, sino solo para canalizar la tensión. Para que Brindle no pensara que estaba a punto de darle un puñetazo en la nariz, por mucho que yo lo deseara, bajé las manos.

—Le pido disculpas en su nombre por las molestias —le dije.

Brindle hizo un ademán.

—No tiene importancia. —Se aclaró la garganta—. ¿Así que se llevó a esa chica porque ella conocía a su hijo?

—En ese momento, me pareció mala idea dejarla parada bajo la lluvia. Le dije que subiera. Me pidió que la llevara a casa.

—¿Y le dijo cómo se llamaba? —preguntó Brindle.

—Solo Claire.

—¿Así que la llevó a su casa? —preguntó Haines.

Ambos me miraban muy atentos. Yo tenía un mal presentimiento, porque, sin poder evitarlo, la historia que tenía que contarles sobrepasaba los límites de la credibilidad.

—No, no la dejé en su casa. Paramos en el Iggy's, en Danbury. Claire me dijo que tenía ganas de vomitar.

—Para eso pudieron haberse detenido a un lado de la calle —dijo Brindle.

—Me pidió que la llevara al restaurante, así que aparqué y esperé en el coche. Como estuvo dentro un buen rato, entré a buscarla. No la encontré; sin embargo, al volver a mi coche, había una chica ahí sentada.

—¿Qué quiere decir con «una chica»? —preguntó Haines—. ¿Se refiere a Claire?

Negué con la cabeza.

—Al principio pensé que era ella. Esta chica quería hacerme creer eso. Llevaba una peluca para parecerse a Claire, y su ropa también era parecida, pero había diferencias que uno podía apreciar de cerca. Para empezar, Claire tenía un corte en el dorso de la mano izquierda, pero esa chica no.

—Epa, epa —dijo Brindle—. ¿Dice que Claire Sanders entró en el Iggy's y que quien salió era otra chica?

—Eso es lo que les estoy diciendo.

—¿Qué demonios le pasó a Claire?

—No lo sé.

—¿Quién era la segunda chica? —preguntó Haines.

—Ni idea. Una amiga de Claire, eso es obvio, pero no quiso decirme cómo se llamaba. Después de haber recorrido un tramo corto, me di cuenta de que no era Claire, así que se lo reclamé. Ella me dijo que siguiera como si nada, por si hubiera alguien vigilándonos.

Brindle volvió a resoplar.

—Esa es la historia más loca que he oído nunca.

—No, espera —dijo Haines—. A ver, si Claire estuviera siendo acosada o algo así y quisiera burlar a su acosador, esa sería una forma de hacerlo.

—Eso fue lo que yo pensé —les dije.

Brindle negaba con la cabeza.

—Qué mierda.

—Me exigió que la dejara bajarse del coche alrededor de Castleton y Berkeley. Y la dejé salir.

Los policías intercambiaron miradas. Entonces Haines habló.

—¿Dijo algo Claire antes de entrar en el Iggy's? ¿Algo que sugiriera que estaba a punto de cambiar de lugar con otra persona?

—No. Si yo hubiera sabido lo que estaban planeando, no les habría seguido la corriente.

—¿Le dijo algo sobre adónde se dirigía?

—A casa, nada más —contesté.

—Quizás ha sido eso —dijo Haines.

—¿Qué? —preguntó Brindle.

—Un acosador… No un asesino espeluznante, digamos, sino un exnovio o algo así. Alguien la estaba acosando y necesitaba escapar; para ver a un chico diferente, tal vez. Así que puso a su amiga como señuelo. —Sonrió y sacudió la cabeza con admiración—. Qué lista, si lo piensas un poco.

Brindle parecía poco convencido.

—Excepto por un detalle: ¿dónde está Claire ahora? —pregunté.

—Yo apostaría —dijo Haines— a que está con el chico con el que de verdad quería estar. Haciendo sus cosillas. Eso pudo haber sido.

—¿Cómo supieron que tenían que investigar en el Patchett's? —me dirigí a ambos.

Brindle señaló con el pulgar a Haines, que respondió.

—Se sabía que iba allí, así que era un buen punto de partida.

—Permítanme que les repita la pregunta. ¿Están buscando a Claire porque ha hecho algo o porque ha desaparecido? ¿Tienen alguna razón para estar preocupados por ella?

Haines se frotó la barbilla. Fue solo un gesto torpe para ganar tiempo.

—Supongo que siempre hay motivos para preocuparse por alguien cuando no puedes encontrarlo. —Dio una palmada y se frotó las manos—. Me parece que hemos terminado aquí, Weaver. Nos marchamos.

—Espero que la encuentren pronto —les deseé cuando se subieron

al coche.

Brindle fijó la mirada en mí.

—Con una historia tan extraña como la que nos acaba de contar, eso de que una chica parecida se metió en su coche, más le vale que la encontremos.

7

Vi cómo el coche patrulla hacía un giro de tres puntos y circulaba hasta la esquina. Después lo vi doblar a la izquierda y desaparecer. Cuando entré en casa, Donna me esperaba de pie.

—¿Qué pasa?

—Todo está bien —le dije.

—No te he preguntado cómo estaba todo, sino qué pasa.

—Anoche llevé a una de las amigas de Scott. Están buscándola.

—¿Una chica?

—Sí. Una chica llamada Claire.

—¿Recogiste a una chica que estaba haciendo autostop?

—No…, a una chica que estaba haciendo autostop no. Estaba frente al Patchett's y me pidió que la llevara. Me reconoció, me dijo que conocía a Scott.

—¿Cómo pudo haberte reconocido?

—Dijo algo de que me había visto dejarlo en la escuela. Y estaba lloviendo. Mira, si hubieras estado allí, tú también la habrías llevado.

—Es probable —dijo—, ¿pero ves la diferencia entre que lo haga yo y que lo hagas tú?

—Por supuesto.

—Yo podría haberlo hecho sin exponerme a tantos riesgos —dijo ella—, pero tú, ¿recoger a una chica joven a altas horas de la noche? ¿Te pareció una buena idea?

—Ya te he dicho por qué lo hice.

Cuando se dio cuenta de algo, abrió un poco la boca.

—Sé por qué lo hiciste. Pensaste que ella podría *saber* algo. Crees que todo el mundo podría *saber* algo. Si sigues interrogando a todos los menores de veinte años de esta ciudad, vas a meter la pata tarde o temprano. Presionarás demasiado a alguien y te meterás en un lío.

Ella no sabía nada.

—No la recogí por eso. Pero, sí, quizás habría llegado a preguntarle algunas cosas, solo que me cortó antes de darme la oportunidad. Dijo que no sabía nada.

—Todo el mundo desconfía de ti.

—Tienen sus motivos —espeté.

Donna no se inmutó.

—Estás obsesionado.

—¿Estoy obsesionado? ¿Tengo un cuaderno de bocetos así de grueso? —Dejé unos centímetros de separación entre mi pulgar y mi índice. Noté una contracción microscópica. Acababa de hacerle daño. En un intento de suavizar la voz, le dije—: Pensaba que tú también querías respuestas.

Tocó ligeramente la pared más cercana, como para conseguir apoyo.

—Y, para ti, ¿eso lo mejoraría todo? ¿Averiguar dónde consiguió esa cosa? ¿Quién se la dio o se la vendió? Por fin tendrías a tu culpable. Te sentirías liberado. ¿Y yo también? ¿Yo también quedaría exonerada? ¿Podrías dejar de culparme tanto como te culpas a ti mismo? —Bajó la cabeza, se tocó la frente con los dedos y se la masajeó—. Digamos que has encontrado a quienquiera que lo haya hecho. Digamos que, incluso, has conseguido que confiese. ¿Qué harás, entonces? ¿Entregarlo? ¿Le aplicarías la ley del Oeste por tu propia cuenta?

—Ahora no puedo hablar de eso —dije.

—El hecho es que, haya sido quien haya sido, si no hubiera sido él o ella, habría sido cualquier otro. Lo que no entiendes es que el problema nunca ha sido el *quién*. La cuestión es el *por qué*. En primer lugar, ¿por qué aceptó esa cosa? ¿Qué estaba ocurriendo en su vida?, ¿qué lo hacía creer que la solución era drogarse?

—Ya te lo he dicho, ahora mismo no puedo continuar con esta conversación.

—Claro que no puedes —dijo Donna con fingida aquiescencia—. ¿Cuándo sería un mejor momento? Quizá puedas concederme una cita.

—Estoy preocupado por esa chica —respondí—. No creo que haya desaparecido por culpa de un novio acosador. No creo que se hubiera tomado tantas molestias como, por ejemplo, haber hecho que otra chica se vistiera igual que ella, solo para dejar a un tío.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando —replicó Donna—.

¿Estás hablando conmigo o contigo mismo?

Sacudí la cabeza.

—Supongo que conmigo mismo.

—Ese es el problema —dijo. Se dio la vuelta y se marchó.

* * *

Yo no estaba dispuesto a dejarlo pasar y ya. No podía ocuparme de mis asuntos mientras la policía de Griffon estuviera buscando a Claire Sanders. Cuando a la otra chica, la que se había hecho pasar por Claire, le dije que me habían involucrado aun sin quererlo, se lo estaba diciendo en serio.

En ese momento, casi un día después de que hubiera llevado a Claire, y ya enterado de su desaparición, estaba recapitulando todos mis movimientos de la noche anterior. No debería haber dejado escapar a la segunda chica. Tendría que haber conseguido, al menos, su nombre. Tendría que haberla seguido cuando se había bajado corriendo del coche. Y a Claire debería haberle hecho más preguntas. ¿De verdad había un tipo vigilándola desde una camioneta? Y, en ese caso, ¿quién creía ella que era?

Debí haber hecho, habría hecho, pude haber hecho…

No le di mucha importancia a la frase de despedida del oficial Brindle, eso de que más me valía que la encontraran pronto. Pero en ello había algo de verdad: si a Claire le había ocurrido algo —ni siquiera me atrevía a pensar en lo que podía ser—, no había ninguna duda de que volverían con más preguntas.

Pero me estaba adelantando. Los adolescentes desaparecían todo el tiempo, sin que eso significara que les hubiera pasado algo malo. Sin embargo, yo sabía, tan bien como cualquiera la agonía por la que pasaban los padres cuando no recibían noticias de sus hijos, cuando no tenían ni idea de dónde estaban. Era como estar en el fondo de un pozo y sin poder salir. Yo tenía una idea de lo que los padres de Claire debían de estar padeciendo. De lo que no estaba seguro era de si la mejor forma de proceder era mandar a la policía a ocuparse de eso en secreto.

Vaya, como si yo hubiera estado en posición de criticar a otros

padres por el modo en que trataban a sus hijos.

No me apetecía esperar hasta enterarme de los avances de Haines y Brindle en su discreta búsqueda de Claire. Yo podía encontrarla tan rápido como ellos, si no más. Sabía algo que ellos no: sabía cómo era la amiga de Claire. Si pudiera averiguar su identidad, si pudiera llegar hasta ella, también sería capaz de encontrar a Claire. Esa chica tenía que saber adónde había ido su amiga. El acto de desaparición lo habían preparado juntas.

Estaba convencido de que podía descubrir su nombre sin siquiera salir de casa.

Fui a la cocina, pasé a un lado de Donna, que estaba en el fregadero, dándome la espalda, y cogí mi portátil. Me dejé caer en el sillón reclinable, donde había pasado el tiempo la noche anterior, y me conecté a Facebook.

Pero no con mi propio nombre. Yo no tenía ningún perfil en Facebook.

Tras la muerte de Scott, cuando empecé a investigar dónde podía haber conseguido el éxtasis, quise saber quiénes eran sus amigos y conocidos. Hacía diez o quince años, eso habría supuesto mucho trabajo. Una vez localizado un amigo, eso me habría bastado para conseguir los nombres de los demás. Y luego, en cada visita, habría repetido el proceso.

En ese momento, todo lo que tenía que hacer era ir a la red social más popular. Según mi experiencia, no había un solo niño que no estuviera en ella, si bien sospechaba que no pasaría mucho tiempo antes de que la generación más joven encontrara alguna otra forma de conectarse. En esos tiempos, todos los padres estaban también en Facebook, destrozándoles la vida, desplazándolos, colgando vídeos y fotos de perros y gatos y bebés monísimos y decorando todo con topicazos en forma de aforismo: «Esta es tu vida». «Sé quien quieras ser» en recuadros de colores y con letras de fantasía.

Cuando empecé a husmear por Facebook, lo primero que tuve que averiguar fue la contraseña de Scott.

Trabajé en ello, a ratos, durante tres días. Escribí todo lo que se me ocurrió, empezando por las obviedades que mucha gente utilizaba; «Password», por ejemplo. Pero sabía que Scott era demasiado listo

para eso. Así que fui a su fecha de nacimiento y probé todas las variantes: día, mes, año; año, mes, día, y así, sucesivamente. No tuve suerte.

Luego probé con los nombres de las mascotas. No habíamos tenido tantas a lo largo de los años. A nuestra caniche blanca, Mitzy, la atropelló un camión de FedEx cuando Scott tenía siete años. Por accidente, el niño había dejado salir a la perra de casa cuando fue a jugar con unos amigos. Vio a Mitzy perseguir el camión y quedar atrapada bajo las ruedas traseras. Durante un par de días lloró sin parar. Renunciamos a tener más perros.

Tuvimos también un jerbo al que llamamos Howard. Cuando Scott tenía diez años, el animalito pasó tres meses con nosotros. Pero se salió de la jaula. Una semana después, lo encontramos atrapado detrás de una estantería. No fue bonito.

No tuve éxito con «Mitzy» ni con «Howard».

Me puse a escribir, entonces, todo lo que le interesaba a Scott: títulos y personajes de películas, nombres de gente famosa, canciones y músicos favoritos, nombres de coches…

Nada funcionó.

Un día se me ocurrieron dos palabras que él utilizaba cada vez que quería llamar nuestra atención. Las gritaba desde cualquier habitación de la casa o las soltaba al entrar en nuestro dormitorio. Eran dos palabras unidas como si fueran una sola. Así había sido desde que era pequeño hasta el día en que…

Bueno, hasta ese día.

—¡Mampapá! —gritaba. —¡Mampapá!

Probé «MAMPAPA».

Eureka.

Lo malo fue que, durante varios minutos, estuve demasiado abrumado y tuve los ojos demasiado empañados para poder estudiar su lista de amigos.

Pero, una vez que lo hice, me enteré de que tenía doscientos diecisiete. Una cifra respetable, aunque no enorme. Si bien Scott formaba parte de la red, no socializaba mucho en ella. Publicaba poco y, cuando lo hacía —por ejemplo, algún fragmento de su película favorita o de un episodio de *Padre de familia* o un enlace a

un artículo de uno de sus sitios favoritos—, recibía pocos comentarios. Había un puñado de personas con las que de verdad intercambiaba mensajes, pero eran las que yo ya había comprobado en primer lugar. Algunos eran discretos en lo que decían; otros, no tanto.

Acerté al pensar que Claire Sanders aparecería como una de las amigas de Scott; sin embargo, no había ninguna interacción entre ellos. No había intercambio de mensajes privados.

En ese instante no me interesaba saber quiénes eran los amigos de Scott. Quería saber quiénes eran los amigos de Claire. Así que hice clic en su nombre, fui a su página de Facebook y de inmediato vi que tenía más de quinientos contactos. Eso llevaría algún tiempo. Sin embargo, confiaba en que cualquiera a quien Claire hubiera podido convencer de hacerse pasar por ella tenía que ser su amiga en Facebook.

Lo primero que miré fueron las fotos. La chica había colgado solo unas cuantas, incluida la que Haines me había enseñado en su teléfono. Había otro par de fotos de fiestas en las que aparecía una chica parecida a la de mi coche, aunque sin etiquetas con nombres.

Hice clic en la lista de amigos de Claire y empecé a recorrerla. Iba mirando todas las caras del tamaño de un sello de correos, a la caza de la chica que había intentado hacerse pasar por ella.

Ojalá hubiera sido así de sencillo.

Las imágenes de perfil no solo eran pequeñas, sino que también muchas de ellas estaban mal tomadas o mostraban a la persona en compañía de otras. Muchos de los amigos de Claire, como millones de otros en Facebook, ni siquiera utilizaban su propia imagen para su perfil. Usaban fotos de gente famosa. Por ejemplo, uno de los chicos, Bryson Davies, se hacía pasar por George Clooney. Otro, Desmond Flint, era Gort, el robot de *Ultimátum a la Tierra*. Varios chicos eran personajes de dibujos animados, como Cartman, el de *South Park*, o Snoopy.

Las chicas también adoptaban esa práctica. Elizabeth Pink, podría jurarlo, no era idéntica a Lady Gaga. Y si Patrice Hengle era parecida a su imagen de perfil, entonces, necesitaba ayuda. Su foto era una porción de *pizza* de *pepperoni*.

Si alguna amiga de Claire en cuyo perfil aparecía una foto de sí misma se parecía a la chica que estaba buscando, volvía a ella y hacía clic en sus páginas personales en busca de imágenes más representativas. Husmeaba, al menos, en los perfiles a los que podía acceder. Si no eran amigas tanto de Scott como de Claire, era muy probable que yo no pudiera entrar en sus páginas personales, dado que había iniciado sesión como Scott.

Todas esas nuevas oportunidades de indagar en la vida privada de las personas presentaban igual número de obstáculos.

Poco a poco, me fui desplazando por la lista y estudiando los rostros femeninos. Muchos eran fáciles de descartar de inmediato. Eran demasiado mayores o tenían el pelo o la piel de otro color. Cada vez que veía a una adolescente rubia, me detenía, hacía clic en la foto y entraba en su página personal para estudiar imágenes más grandes. Si descubría que no era a quien buscaba, volvía atrás y repetía el proceso.

—Estás invadiendo su intimidad. Sigo pensando que eso es importante.

Levanté la vista de la pantalla del portátil y vi a Donna junto la entrada de la cocina.

—En este momento, estoy invadiendo la intimidad de otra persona —dije—. Es, más o menos, como me gano la vida desde hace tiempo, por si no te habías dado cuenta.

—Déjalo.

—Ya te lo he dicho: esto no va de Scott.

—Es sobre esta chica que recogiste.

—Para llevarla a su casa —aclaré.

—¿Cómo dijiste que se llamaba?

—Claire.

—¿Claire qué?

—Claire Sanders.

Donna enarcó las cejas.

—Bertram Sanders tiene una hija que se llama Claire. ¿Es a quien recogiste?

—Sí.

—¿Y ha desaparecido? ¿Ella es por quien Brindle y su compañero te

preguntaban?

—Así es.

Se cruzó de brazos. La preocupación hizo que la ira desalojara su rostro.

—Qué cosa tan horrible para él.

—¿Él?

—Bueno, también para su mujer, es decir, su exmujer, por supuesto. Está divorciado.

—Al parecer, sabes mucho sobre él.

—Es el alcalde y todo el tiempo está en la comisaría. Y no es que sea muy bienvenido allí. Le gusta ir a arengar a Augie con regularidad.

Augustus Perry. El jefe de la policía. Alguien cuyo número de casa, uno que no figuraba en la lista, estaba, por razones más que profesionales, entre los contactos de mi propio teléfono. Pensé en el artículo que había leído en el periódico la noche anterior, aquel sobre el pleito del alcalde Bert Sanders con la policía de Griffon por las acusaciones de brutalidad. ¿Tenía sentido que el alcalde, que había cabreado a todos los que llevaban placa en esa ciudad, tuviera esperanzas razonables de que la policía lo complaciera con una discreta búsqueda de su hija?

Sin embargo, eso parecía ser lo que Brindle y Haines estaban haciendo.

Quizá Augustus Perry estaba encantado de hacerle un favor al alcalde. Era algo que podría brindarle ventajas en el futuro. Al jefe se le daba bien que la gente le debiera favores.

—¿Crees que el alcalde habría acudido a él de manera directa? —pregunté—. ¿A pedirle que lo ayudara a encontrar a su hija sin convertir esto en un asunto oficial?

—Mucha gente está dispuesta a tragarse el orgullo cuando se trata de la seguridad de sus hijos —afirmó Donna—. ¿No crees que esto podría ser, tal vez, algo en lo que no deberías meter las narices?

—Ya estoy metido —le dije, y le hice un breve relato de los acontecimientos de la noche anterior: cómo pude haberme convertido en una de las últimas personas que vio a Claire antes de que desapareciera—. ¿Qué sabes de Bertram Sanders? —pregunté.

—Era profesor en el Canisius College. Ciencias Políticas. Escribió un par de libros que tuvieron buen recorrido, creo. Uno de ellos era un perfil de Clinton, algo halagador. El tipo está a la izquierda del centro. Pudo haberse quedado a dar clases allí unos años más, pero optó por la jubilación anticipada.

—¿Por qué?

Ella se encogió de hombros.

—Tal vez había tenido suficiente. Hace diez, doce años, una de mis compañeras de trabajo tomó un curso con Sanders. Él la invitó a salir varias veces.

—¿Cortejaba a sus estudiantes?

—Eso dicen. Para él, estar casado no parecía motivo de inquietud, aunque sospecho que a su esposa sí debió de importarle, dado que terminó abandonándolo. Y, a pesar de este fracaso, él es, por lo visto, un gran idealista. Cree en algo llamado «Constitución». No le gusta lo que Augie hace para agilizar el sistema judicial.

Qué buena forma de expresarlo. Llevar a un delincuente detrás de un edificio y romperle la nariz, en lugar de denunciarlo era una forma de evitar que el sistema judicial se atascara de más.

Mientras Donna me miraba con fijeza, se hizo un silencio de diez segundos.

—¿Qué? —pregunté.

—Así era —dijo—. Así solíamos hablar. Recuerdo cómo, cuando llegabas a casa, me contabas todas las cosas en las que estabas trabajando.

—Donna…

—Esto es lo más que hemos hablado en semanas. —Otra pausa—. ¿Recuerdas a mi amiga Eileen Skyler?

—¿Quién?

—Su esposo se llamaba Earl. Trabajaba en el cruce fronterizo de Whirlpool Rapids antes de que fuera solo para los miembros de Nexus.

—Apenas la recuerdo —le dije.

—Para ellos, las cosas empezaron a desmoronarse después de que Sylvia, su hija, muriera en un accidente de tráfico. En lo alto del puente de South Grand Island, un camión de gas le cortó el paso y

se produjo un incendio. Tenía treinta y dos años. Su marido la había abandonado hacía un año.

—Sí, me acuerdo.

—Eso los afectó mucho, y no me sorprende. Estaban tan tristes, tan desconsolados que ya no sabían cómo hablar el uno con el otro. Hasta los placeres más insignificantes los hacían sentirse culpables. Y lo que mayor placer les había dado en la vida había sido estar juntos. Llegaron un punto en que vivían en pisos diferentes de la casa. Earl entraba por detrás, a un lado a las escaleras, y habitaba el piso de arriba. Ahí instaló una cocina y un frigorífico pequeño. Eileen usaba la puerta principal y vivía en el primer piso. Se montó un dormitorio. Aunque vivían en la misma casa, podían pasar semanas sin verse ni hablarse. —No dije nada—. Así que me sigo preguntando si las cosas van a mejorar por aquí o si debería llamar a Gill.

Gill Strothers era un carpintero y manitas al que habíamos recurrido en casa para varios proyectos pequeños, si bien había hecho obras más grandes para otras personas. Adiciones, nuevas cocinas… Trabajos en negro. Y era bueno.

—¿Quieres que lo llame y le pregunte si puede poner unas escaleras junto a la puerta de atrás? ¿Eso es lo que quieres que haga? No estoy diciendo que yo lo quiera; solo pretendo hacerme una idea de si es lo que tú quieres.

Sacudí la cabeza con cansancio mirando hacia abajo, en busca de algo más que las múltiples imágenes faciales cuadradas.

—Donna —dije—, no quiero que…

Y entonces la vi. Ahí, en la pantalla. Tenía la cabeza un poco ladeada. El pelo rubio, recogido detrás de la oreja, le caía en cascada por la frente. Era ella. Estaba seguro.

—Qué putada —dije.

Hice clic en el nombre junto a la foto: Hanna Rodomski.

Levanté la vista para decirle a Donna que la había encontrado, pero ya se había ido.

8

Salí de Facebook y entré en la guía telefónica en línea. Encontré a un tal C. Rodomski en el 34 de la calle Arlington, en el lado oeste de Griffon.

Cogí las llaves. Salí por la puerta principal y grité hacia el interior de la casa:

—¡Vuelvo enseguida!

No supe dónde estaba Donna ni si me había oído.

La casa de los Rodomski era un bungaló amplio, apartado de la calle y con un extenso y cuidado césped. En el centro funcionaba una fuente, algo parecido a una pileta de pájaros sobredimensionada. Encajaba en ese entorno como la insignia del capó de un Rolls en un Kia. Los Rodomski tenían la que, al parecer, era la casa más bonita de una calle aceptable. Según supe hace tiempo, gracias a un amigo que vendía inmuebles, eso no era tan deseable como tener una casa aceptable en una calle muy bonita. Las demás viviendas de Arlington echaban abajo el valor de la de los Rodomski.

Aparcados en la doble calzada, había un Ford Explorer blanco y un Lexus azul oscuro. Aparqué detrás del Explorer, me bajé del coche, crucé el camino de losas hasta la puerta principal y llamé al timbre.

Alcancé a oír gritos apagados en el interior. Una voz de hombre preguntaba si alguien iba a acudir. Una voz de mujer decía que él estaba más cerca. Esperé. Suponía que tarde o temprano llegaría alguien.

Abrió la puerta un hombre de unos cuarenta o cincuenta años, de pelo plateado. Quizás acababa de llegar del trabajo. Llevaba el cuello de la camisa blanca desabrochado, la corbata torcida y los bajos del pantalón de vestir por encima de unos calcetines negros, sin zapatos. El dedo gordo del pie derecho le asomaba por un agujero. En la mano tenía una gran copa medio llena de vino tinto.

—¿Sí? —dijo.

—¿Es usted el señor Rodomski? —pregunté.

—Sea lo que sea, no queremos nada.

—No soy vendedor. He venido a…

—¡¿Quién es, Chris?! —gritó una mujer desde otro lugar de la casa.

Él giró la cabeza y respondió.

—¡No lo sé! —Luego se volvió hacia mí y me dijo—: ¿Qué ha dicho que vende?

—Le he dicho que no soy vendedor. Me llamo Cal Weaver y soy detective privado. —Extendí la mano.

Chris Rodomski me la estrechó, pero la suya estaba tan húmeda que lamenté habérsela ofrecido.

—¿En serio?

Saqué la billetera y le mostré el carné durante medio segundo. Pude haberlo dejado mirar más de cerca, pero el hombre tenía los ojos vidriosos, así que no le vi ningún sentido.

Una mujer —supuse que sería su esposa— apareció al pie de la escalera y se volvió hacia la puerta. Tenía una gran cabellera de color castaño rojizo y llevaba, diría yo, demasiado pintalabios. Supongo que, cuando era pequeña, le costaba colorear sin salirse de la línea. Las mejillas lucían un exceso de colorete, casi como un payaso. También tenía una copa de vino tinto en la mano, a punto de ser rellenada.

—¿Quién es? —le preguntó a su marido. Daba la impresión de que arrastraba las palabras. No estaba del todo ebria, aunque, al parecer, ese era su destino.

—Es un detective, Glynis.

—¿La policía? —Más allá de los círculos rojos de sus mejillas, su piel palideció al instante. Dejó la copa sobre la superficie más cercana, una mesilla auxiliar.

Le dije mi nombre.

—No soy policía, soy detective privado.

—¿Y qué pasa? —Se llevó una mano al pecho, como para comprobar lo rápido que le estaba latiendo el corazón.

—Estoy seguro de que todo va bien —dijo el marido, y me dedicó una mirada de disculpa—. Glynis siempre supone lo peor.

—Sí, porque así es como suelen salir las cosas —replicó ella.

Señalé con la cabeza hacia el salón.

—¿Puedo pasar? —pregunté.

—Solo dígame si se trata de Hanna —dijo Glynis Rodomski—. Tengo que saber si esto va de Hanna.

—Así es —concedí—. Al menos, en parte. ¿Está aquí?

—No —respondió al instante el marido—. No, no está.

De inmediato, eso me hizo preguntarme dónde podría estar.

Nos sentamos en un salón contiguo. Yo podía vislumbrar la cocina a través de una puerta: había platos amontonados junto al fregadero, una pila de periódicos torcida, una botella de vino descorchada y una caja de Cheerios abierta. A menos que estuvieran cenando cereales, esa caja tenía que llevar todo el día en ese sitio. En cambio, el salón era todo Martha Stewart. Dos sofás a juego y dos sillas, también a juego. En todos los muebles había cojines colocados con primor.

Antes de ocupar una de las sillas, Chris Rodomski arrojó a un lado el cojín, que descendió en silencio hasta la alfombra. Glynis apenas frunció el ceño. Supuse que mi presencia le resultaba más desconcertante que el desprecio de su marido por los detalles de la decoración. Ella se sentó en uno de los sofás; yo, en la silla vacía.

—¿Saben dónde está Hanna? —pregunté.

Intercambiaron miradas.

—Ahora mismo, no —dijo él—. Hay varios lugares donde podría estar. —Quiso ser directo—. Con sus amigas, tal vez. —Me dedicó un gesto de grave preocupación—. De verdad, necesitamos saber de qué va esto antes de responder a sus preguntas.

—Es sobre ese asuntillo que tiene con su novio, ¿no? —soltó Glynis —. Le dije que eso acabaría por patearle el culo.

Chris Rodomski le lanzó una mirada.

—No sabemos si la visita del señor Weaver tiene algo que ver con eso.

—¿Negocios? —pregunté.

Hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—Díganos a qué ha venido.

Tomé aire.

—Hanna tiene una amiga llamada Claire Sanders, ¿verdad?

—Sí —dijo Glynis.

—A Claire no la han visto desde anoche y yo estoy tratando de encontrarla. Pensé que Hanna podría ayudarme.

—¿Cómo que no la han visto? —preguntó ella—. ¿Ha desaparecido?

Vacilé. Había una diferencia entre no saber dónde estaba alguien y darlo por desaparecido.

—Es preciso encontrarla —dije, nada más.

—No tengo ni idea de dónde está —dijo Glynis—. Me refiero a Claire. Viene por aquí de vez en cuando, pero solo si Hanna está en casa, y eso no ocurre mucho.

—Pero vive aquí. —Lo dije más como una afirmación que como pregunta.

—Bueno, claro, desde un punto de vista «técnico» —dijo la madre de Hanna—, solo que, cuando está despierta, la mayor parte del tiempo lo pasa con su novio.

—Y no solo despierta —se burló el marido.

Saqué una libreta.

—¿Y quién es él? —pregunté.

—Sean —dijo la madre de Hanna.

—Sean, ¿qué?

—Skilling —intervino Chris Rodomski. Se llevó a los labios la copa de vino y tomó un buen trago.

—Así es —dijo Glynis, de repente—. Sean Skilling. Siempre que intento recordar su nombre se me ocurre «esquilmo».

—¿Hanna lleva móvil?

Glynis puso los ojos en blanco. Ya parecía menos tensa. Se daba cuenta de que yo estaba ahí más por Claire que por su hija.

—¿Es coña? Lo tiene quirúrgicamente unido a la mano. —Replanteó la respuesta—: O a la cabeza. No sé dónde.

—¿Podría llamarla y pedirle que venga a casa?

—¿Y qué le digo?

—No lo sé. Que ha surgido algo. Un asunto familiar. Que necesita que vuelva a casa.

Glynis parecía escéptica.

—Puedo intentarlo.

Levantó el auricular de un teléfono fijo que estaba sobre una

mesita, junto al sofá. Se lo llevó a la oreja y esperó. Con cada tono de llamada, hacía un movimiento casi imperceptible con la cabeza.

—Ah, hola, cariño —saludó por fin—. Soy tu madre. ¿Puedes venir, por favor? Hay algo que tu padre y yo tenemos que hablar contigo, pero —me miró— no es un asunto que podamos discutir por teléfono. —Hizo una pausa y luego, con alegría forzada—: Espero que lo estés pasando bien. —Glynis colgó—. Quizás me devuelva la llamada, quizás no. Tal vez ha visto que era yo y no ha querido contestar. Si ve nuestro nombre, casi siempre se hace la desentendida. También podría mandarle un mensaje, pero eso no cambiaría nada.

Rodomski negó con la cabeza.

—Es un verdadero coñazo cuando uno necesita ponerse en contacto con ella. ¿Usted tiene hijos?

Vacilé.

—Uno.

Rodomski asintió con envidia.

—Es mejor, créame. Las chicas pueden meterse en muchos más líos.

—¿Hanna y Claire son amigas desde hace mucho tiempo? —pregunté.

—Desde séptimo, creo —contestó Glynis—. Son inseparables. Se quedan a dormir una en la casa de la otra, intercambian la ropa, se van de excursión con el instituto…

—¿Qué saben de Claire? —pregunté.

Glynis se encogió de hombros.

—Es una buena chica.

—Es hija del alcalde —agregó el marido. Una pausa—. Del mierdecilla ese.

—¿No le cae bien?

Chris negó con la cabeza.

—¿Usted ve las noticias? ¿Ve las cosas que suceden al sur de aquí, a media hora en coche? ¿Quiere que ese tipo de cosas ocurran en Griffon? Por lo que a mí respecta, los policías de aquí hacen lo que tienen que hacer, y me parece bien. Bert Sanders está más preocupado por los derechos de los alborotadores que por nuestro

derecho a dormir seguros cada noche. Yo ya firmé la petición, y más de una vez. En cada tienda que entro, firmo. ¿Y usted?

—Es como si nunca llevara un bolígrafo conmigo —le dije.

—Uno apoya al jefe Perry o no. Así es como yo veo las cosas.

—El jefe y yo tenemos una relación complicada —comenté. No me interesaba hablar de política. Me volví hacia la mujer y le pregunté —: ¿Cuándo fue la última vez que vio a Hanna?

Ella miró primero a su marido, luego a mí.

—Anoche no la oí entrar. Supongo que se fue al instituto muy temprano esta…

—Hanna no llegó a casa anoche —dijo Chris—. Por el amor de Dios, Glynis, deja de engañarte.

—Si no vino a casa, ¿dónde estaba?

—Con ese chico. Sean. Va a su casa casi todas las noches.

—¿Él vive con sus padres?

Rodomski asintió.

—Supongo que ellos no ven nada malo en eso: que una chica se meta en casa con el hijo.

—Amancebados en la casa paterna —dijo Glynis en tono de mofa—. ¿De qué siglo vienes?

—Necesito el número de móvil de Hanna —les dije a ambos—, y la dirección de Sean Skilling.

—Puedo darle el número, pero no sé dónde viven los Skilling —dijo Glynis—. Aunque han de estar en el listín, seguro.

Me dictó el número y yo lo garabateé en mi cuaderno.

—¿Van juntos a clase?

Glynis asintió.

—Además, Sean tiene coche.

—¿De qué tipo?

Sin saber qué decir, miró a su marido.

—Una *pick-up* —dijo él—. Una Ford, tal vez. ¿Usted conoce Skilling Ford, a las afueras de la ciudad? —Sí, lo conocía—. Es de ellos.

—¿En qué trabaja usted, señor Rodomski?

—Soy asesor financiero —dijo.

—¿Aquí, en Griffon?

—No, tenemos una oficina en Military Road. —Lo pronunció

«miltri», como todos los de la zona.

—Yo también trabajo —dijo Glynis con un toque de indignación—. Cuido de él y de nuestra hija. Es un trabajo a tiempo completo.

—Una de esas gracejadas de Glynis —dijo Chris Rodomski, harto—. Cree que, si es gracioso una vez, lo será cien.

Le di una tarjeta de visita a cada uno.

—Si Hanna volviera a casa antes de que yo me encuentre con ella, llámenme. Para entonces, quizás ya haya localizado a Claire.

Cogieron las tarjetas sin mirarlas.

—Una última pregunta: ¿de qué se trata ese asunto que ha mencionado?

Glynis hizo la tonta.

—¿Cómo? —preguntó.

—Cuando acababa de llegar, usted me preguntó si se trataba del negocio que traen entre manos. Usted me contó que le dijo a Hanna que eso podría devolverle una patada en el culo.

—Ese asunto no tiene nada que ver con Claire Sanders —dijo Chris Rodomski—. Creo que ya lo hemos ayudado todo lo que hemos podido.

Me acompañaron a la puerta.

Antes de volver a mi coche, di un pequeño rodeo por un costado de la casa para echar un vistazo al patio trasero. Incluso en la oscuridad, pude distinguir varios cubos de basura y un viejo columpio oxidado. Hacía años que Hanna no jugaba con eso. Pensé en el bonito traje de Chris Rodomski y en su calcetín agujerado. Salón perfecto, cocina desordenada. Hermoso patio delantero, una selva en la parte trasera.

A los Rodomski les gustaba causar una buena primera impresión, pero les importaba un bledo lo que pensaras después de haberlos conocido.

9

Cuando ella llega del trabajo y va a verlo, a comprobar que está bien y a darle comida para llevar, algo así como alas de pollo y patatas fritas, él está en la silla con una revista de coches abierta en el regazo.

—Estos sistemas de navegación no los entiendo —dice él—. Ahora todos los coches los tienen. Nunca he tenido uno en un coche.

—He oído que no funcionan tan bien —responde ella—. Supe de una mujer, una idiota, que siguió haciendo lo que le decía el sistema y terminó metida en un lago.

El hombre suelta una risa suave. Coge la caja de poliestireno y la abre.

—Esto huele a alas —comenta—. Tienen una pinta deliciosa.

—Te he traído un montón de servilletas y toallitas húmedas. —Se las tiende—. Trata de no dejar caer los huesos por toda la habitación.

Como si eso importara. Él siempre derrama la comida. Una vez a la semana, más o menos, ella intenta limpiar el desorden, pero, dicho sea con franqueza, ¿no tiene bastante que hacer? Y, aunque la habitación apesta, hace tiempo que ella dejó de notar los olores.

El hombre muerde un ala y desgarra el pollo con sus dientes grises.

—¿Has pensado en lo que te he dicho esta mañana? —pregunta.

—¿Qué me has dicho esta mañana? —Ella lo recuerda bien. Siempre sabe de qué se trata, pero su fingida ignorancia retrasa las cosas durante un tiempo.

—¿Sobre ir a trabajar? ¿O salir de aquí, nada más?

—Ya basta. Me agotas. —La mujer reúne algunas revistas sobre la cama, las hay de coches, hay una People y media docena de National Geographic, y las coloca en orden sobre la mesilla de noche —. No puedes machacar con la misma pregunta todos los días y pensar que vas a recibir una respuesta diferente. Por el amor de Dios, hay cortezas de pan en tu cama.

—Si lo que te preocupa es sacarme de aquí, creo que puedo

arreglármelas con las escaleras yo solo. Llevaría un tiempo, eso es todo —sugiere el hombre.

—No se trata de eso —alega ella—, y ya lo sabes.

Vuelve a reconcomerla algo que la ha tenido preocupada aquella mañana. ¿Dónde estará el libro? ¿Ese en la que este hombre escribe tres veces al día o más? Ahora que lo piensa, hace días que no lo ve.

—¿Dónde está tu estúpida libretita? —pregunta.

—Ya te lo he dicho: solo escribo en ella cuando te has ido.

—¿Desde cuándo?

—Lo hago así, sin más.

—¿Dónde está ahora mismo?

—Creo que se ha caído debajo de la cama. Podría estar atascada entre la cama y la pared.

—Hazte a un lado, la encontraré.

—No te preocupes —dice él—, yo lo hago.

Ella decide dejarlo en paz; al menos, por ahora.

—Más te vale que la encuentres rápido o se te olvidará lo que tienes que escribir —dice.

Tiene que marcharse. Cuando se da la vuelta para salir, él la detiene.

—Espera.

Ella se para.

—¿Qué?

—El chico. ¿Qué pasa con él?

Por un momento, ella se siente confundida. No sabe de qué chico le está hablando, si del hijastro de este hombre o del que les ha causado tantos problemas en los últimos tiempos. Ella se decide por una respuesta que lo cubre todo.

—Todo está bajo control —responde la mujer—. Estamos haciendo todo lo posible por solucionar las cosas.

—Tal vez —dice el hombre, y deja que un ingenuo resquicio de esperanza se cuele en su voz—, lo que ha sucedido sea bueno. Podría significar que las cosas cambiarán. —Sonríe con sus dientes grises—. Me vendría bien un cambio.

—No —dice ella—, eso no es lo que significa, en absoluto.

10

Todo el tiempo estaba pensando en él. Eso era así durante ese período, pero, incluso entonces, después de todo ese tiempo, sigue siendo lo mismo. Está siempre ahí, de fondo, casi como un zumbido grave, sin importar lo que esté haciendo.

Me quedé pensando en cómo era, en las cosas que hacíamos juntos. Momentos. Instantáneas mentales. Algunos recuerdos eran agradables; otros, no tanto. Algunos han sido como mojones a lo largo de un viaje.

Cuando Scott tenía ocho años, nos llamaron del cole para decirnos que se había peleado con otro niño. Donna no podía escaparse del trabajo, pero yo estaba entre un encargo y otro, así que me tocó acudir. Lo encontré sentado en un banco junto a Dirección, con la mirada fija en su regazo, las piernas lo bastante largas para apenas tocar el suelo con las puntas de las zapatillas. Balanceaba los pies de un lado a otro.

—Hola —saludé, y él levantó la mirada. Tenía los ojos enrojecidos, pero en ese momento no estaba llorando. Me senté a su lado. Nuestros muslos se tocaron y él se echó hacia mí.

—Creía que estaba haciendo lo correcto —dijo.

—Empieza por el principio.

—Mickey Farnsworth tiró una piedra a un coche y se lo conté a la profesora. Me dijo que estaba ocupada. Luego creí que se había olvidado de hacer algo, pero, en el recreo, Mickey me dijo que era un chivato y empezó a pegarme, así que nos peleamos. Ahora los dos estamos en un lío.

—¿Dónde está Mickey? —pregunté.

—Su madre ha venido a buscarlo. Ella también me ha llamado chivato.

Eso me cabreó mucho, pero tenía que dejarlo pasar. La cosa era que Scott tenía cierta reputación; de chivato. No le gustaba ver que otros se salieran con la suya, pero, al tratar de asegurarse de que se hiciera justicia, a menudo le salía el tiro por la culata.

Bienvenido al mundo.

—Está mal tirar piedras a los coches, ¿verdad? —preguntó.

—Muy mal.

—Y mamá y tú me habéis dicho que está mal no hacer nada cuando la gente infringe la ley. ¿No va contra la ley tirar piedras a los coches?

—Así es.

—Entonces, ¿por qué me han suspendido?

Lo rodeé con el brazo y le di unas palmaditas en el hombro. No se me ocurría nada que decir, nada que no me convirtiera en un hipócrita. Intenté hacerlo lo mejor posible.

—A veces, hacer lo correcto trae dolor. —Hice una pausa—. A veces, hacer lo correcto no vale la pena. Es difícil tener razón siempre. No es fácil vivir la vida así.

Scott giró la cabeza para mirarme.

—¿No haces siempre lo correcto? —preguntó.

—En lo que a ti respecta, siempre lo intento —le dije.

Apoyó la cabeza contra mi pecho.

—El director quiere hablar contigo.

—Vale.

—Y tendrás que llevarme a casa.

—Vale.

—¿Me van a castigar?

—De hecho, ya estás castigado —le dije—. Por cosas que no deberían ser, por las razones equivocadas.

—No lo entiendo, papá.

—Yo tampoco, yo tampoco.

* * *

Mientras buscaba la residencia de los Skilling, pensaba en lo que estaba haciendo y en por qué lo estaba haciendo. Necesitaba saber que Claire Sanders estaba bien. Después de haber sido arrastrado a este lío sin yo quererlo, debía saber si mis acciones la habían puesto en peligro. Y, si así había sido, tenía que ver si podía hacer algo al respecto. No me gustaba ver a los chicos metidos en líos.

«Sí, pero te encanta pegarles un buen susto cuando te conviene».

Confiaba en encontrarla. No recordaba cuántas veces me habían contratado para localizar niños desaparecidos. Unas veinte, y solo había fracasado en uno de esos casos. Y eso fue porque el chaval, un niño de doce años, volvió a casa por su cuenta antes de que yo pudiera encontrarlo.

Y, cuando por fin encontrara a Claire, fuera en casa de un novio, en un albergue infantil de Los Ángeles o en alguna playa de Florida, ¿cuál sería el plan? ¿Llevarla a rastras de vuelta a Griffon?

Eso era poco probable.

Pero le diría que, en casa, los suyos estaban preocupados por ella. Le recomendaría que llamara a sus padres y le echaría una buena bronca por haberme involucrado.

Para mí, eso sería todo.

Sean Skilling me llevaría a Hanna y Hanna me llevaría a Claire. De una forma u otra.

Encontré que los Skilling tenían su residencia a poco menos de un kilómetro, en Dancey. Antes, a mi llegada a casa de los Rodomski, estaba empezando a oscurecer, pero ahora, ya cerca de la casa de los Skilling, la noche había caído por completo. Conduje despacio por la calle, buscando números, maravillado de que hubiera tanta gente que no los ponía fáciles de ver. Uno pensaría que, si eso no les parecía importante por los bomberos, al menos se lo parecería por el repartidor de *pizzas*.

La casa tenía número par, así que debía quedar del lado izquierdo y, según mis cálculos, a un par de puertas. En ese momento vi que, en una entrada, justo delante, se encendían los faros de un coche. Lo habían aparcado marcha atrás, así que sus luces interceptaron mi trayectoria. Cegado por un instante, eché un vistazo al pasar. En una gran piedra decorativa, junto al bordillo, estaban fijados los números de latón. Ese era el sitio.

Y aquello, después de todo, no era un coche común y corriente, sino una *pick-up*. Una Ford Ranger negra. Ya sin el resplandor de los faros en mis ojos, pude ver al volante a un joven con gorra de béisbol.

Cuando la *pick-up* salió a la calle, me detuve en la acera de

enfrente. El joven arrancó tan rápido que derrapó. Se marchó en la dirección por la que yo había venido. Hice un rápido giro de tres puntos y pisé el acelerador. La *pick-up* ya había desaparecido más allá de la curva. Pensé entonces que era poco probable que el conductor se hubiera dado cuenta de que yo había dado la vuelta para ir tras él.

Un giro a la izquierda, otro a la derecha y estábamos en Danbury. Tenía una corazonada de adónde podría estar yendo.

Cuatro minutos más tarde, quedó demostrado que yo tenía razón. La Ranger cruzó la calle y entró en un aparcamiento, a espaldas del Patchett's. Me detuve en el arcén para echar un vistazo. El joven se bajó de la *pick-up* e hizo una enérgica entrada en el bar. Aunque no corría, en su zancada había una sensación de urgencia. Se movía como un atleta. Medía uno ochenta y tres y pesaba un poco más de ochenta kilogramos. El pelo rubio sucio le brotaba por debajo de una gorra marcada con dos anchas rayas horizontales en la frente. Una gorra de los Bills. En el Patchett's, no sería el único en llevar una de esas.

Cuando desapareció dentro del bar, aparqué el Honda detrás de un par de Harley-Davidson con manillar de cuelgamonos, crucé la calle y entré. El Patchett's era como otros mil bares: iluminación tenue, música alta; barandillas, sillas y mesas de roble pesado; olor a cerveza y sudor y anhelos humanos flotando en el aire. Había unas cien personas, algunas de pie en la barra. En las mesas, otras comían costillas, alitas y patatas con sus jarras de cerveza. Y había otra docena alrededor de la mesa de billar.

Yo no era el más viejo en esa sala, pero la mayoría de los clientes eran veinteañeros. Y, conociendo el Patchett's como yo lo conocía, habría varios de menos de veinte. Eran fáciles de reconocer, y no solo por lo jóvenes que parecían, sino porque eran quienes más se esforzaban por parecer guays mientras bebían. Sujetaban las botellas de cerveza por el cuello, entre los dedos índice y corazón, como si hubieran bebido así toda la vida.

Busqué a Skilling y lo encontré en la barra, hablando con un hombre. Con los altavoces tocando a todo volumen *Proud Mary*, aquel éxito de 1969 de los Creedence Clearwater Revival —ninguno

de los presentes estaba vivo cuando salió esa canción, eso no era posible; incluso yo acababa de llegar al mundo—, no pude entender lo que decían. No sé leer los labios, así que me acerqué a la barra, detrás del chico, y, mientras trataba de oír de lo que hablaba, llamé al camarero y le pedí una Corona.

Ya cerca, no me fue difícil escuchar, teniendo en cuenta que todo el mundo gritaba para hacerse oír por encima de la música. El hombre con el que Sean hablaba gritó.

—No la he visto, tronco. ¿Cuándo hablaste con ella por última vez?

—¡La vi anoche! —gritó.

—¿No contesta el móvil?

Sean sacudió la cabeza.

—Mira, si la ves, dile que me llame, ¿vale?

—¡Sí, no hay problema!

Sean Skilling se apartó de la barra y cruzó la sala para hablar con alguien. Ese otro sujeto estaba de pie en un grupo de tres, junto a la mesa de billar, donde un par de barbudos con sobrepeso y chaquetas de cuero negras, que no parecían de la zona, jugaban absortos del todo. Durante unos treinta segundos, no me moví de donde estaba. Luego cogí mi cerveza y me alejé en esa dirección.

Vi una columna a medio metro de Sean. Me apoyé en ella, de espaldas al chico, pero había demasiado ruido para captar nada de lo que decía, a pesar de que hablaba a gritos. Así que, fingiendo que observaba a los dos motoristas jugar al billar, me acerqué a Sean y a su compañero. Supuse que los jugadores eran aspirantes, tíos que no habían pasado el corte para convertirse en Hell's Angels, pero que querían parecerlo.

—¡Lo siento, tío! —oí decir a una chica—. La vi aquí, ¿cuándo?, ¿ayer? Creo que fue ayer, ¡o quizás antenoche!

¿Sabría Hanna que su novio estaba tan interesado en encontrar a Claire? ¿Era Sean Skilling el tipo de la camioneta de quien Claire intentaba escapar? Pero ¿habría ayudado Hanna a Claire a desaparecer para que su propio novio dejara de acosarla? ¿Tenía eso algún sentido?

—Vale. Si la veis, ¿me llamáis? —pidió Sean.

Todos asintieron. Un joven de camiseta negra, que portaba la

insignia de Batman, se dirigió a él.

—Oye, ¿puedo hacerte un pedido para el sábado por la noche? —preguntó.

—Ahora no, tronco.

Sean divisó a otro de sus conocidos en la esquina más alejada del salón. Yo ya no vi la necesidad de escuchar a escondidas otra conversación que iba a ser igual a las dos anteriores. Además, no había ningún lugar por allí donde yo pudiera merodear sin ser detectado.

Observé cómo Sean le hacía preguntas a un joven que estaba sentado a una mesa. Con una servilleta humedecida, el joven se limpiaba los dedos de la salsa de las alitas de pollo. Y, mientras su interrogador asentía, él negaba con la cabeza. Luego Sean se giró y escudriñó la habitación en busca de otro conocido. Localizó a una camarera y, cuando esta iba cruzando la sala con dos jarras equilibradas en una bandeja, justo por encima del hombro, la detuvo. Ella sacudió la cabeza y siguió adelante.

Sean Skilling se quedó quieto, como preguntándose qué más hacer. Buscó el móvil en la chaqueta, quizás para ver si le había llegado un nuevo mensaje de texto, y luego se lo volvió a meter en el bolsillo.

Se dirigió a la puerta.

Yo dejé la cerveza en la mesa más cercana y salí tras él.

El chico estaba a punto de doblar la esquina del edificio cuando lo llamé.

—¡Sean!

Se dio la vuelta y me miró con los ojos entrecerrados.

—¿Sí?

—¿Eres Sean Skilling?

—¿Y quién coño es usted? ¿Lo conozco?

—Soy Cal Weaver.

Ladeó la cabeza.

—¿Weaver?

—Así es.

—El padre de Scott.

—Sí —le dije

—Usted es… algo así como… el gilipollas privado. —Hizo énfasis en

la palabra donde uno esperaría que lo hubiera hecho.

—Sí —contesté.

Negó con un enérgico movimiento de la cabeza y levantó una mano con la palma hacia fuera.

—No sé nada de nada.

—Ni siquiera sabes lo que quiero preguntarte.

—Se trata de Scott, ¿verdad? No tengo nada que decirle.

—No estoy aquí por él. Estoy tratando de encontrar a Claire Sanders.

Abrió la boca, pero de ahí no salió nada durante un segundo.

—¿Qué demonios tiene que ver con eso?

La puerta del bar se abrió y se cerró detrás de mí. Una pareja salió riendo y cruzó la calle.

—Sean, escúchame. Necesito hablar con Hanna. Creo que Hanna podría saber dónde está Claire. La policía está intentando encontrarla.

Me hizo un gesto con la mano.

—Váyase a la mierda.

Di un paso hacia él.

—No he venido a causarte problemas. Solo quiero asegurarme de que Claire está bien. ¿Dónde puedo encontrar a Hanna? ¿Está con Claire?

Oí que la puerta volvía a abrirse detrás y que, durante un instante, la algarabía y la música se expandían por el aire nocturno.

—Venga —le supliqué—. Vayamos a un lugar más tranquilo y tomemos un café. Podrás ponerme al tanto.

Sean Skilling se rio.

—Sí, como si yo fuera a ir a algún sitio con usted, puto psicópata.

Creo que lo pillé mirando más allá de mi hombro durante medio segundo. Me giré para ver y, en ese momento, alguien gritó.

—¡Lárgate, tío!

No me moví lo bastante rápido para impedir que un puño me impactara, aunque sí levanté el brazo a tiempo para desviarlo un poco. Pero el golpe me alcanzó en un costado de la cabeza. Antes de que ni siquiera pudiera vislumbrar a mi atacante, yo ya estaba en el suelo.

Y desde ahí, con las estrellas no celestiales arremolinándose delante de mis ojos, oí pisadas de dos que corrían en direcciones opuestas.

—Joder —murmuré, y me llevé la mano a un lado de la cabeza. Había aterrizado de espaldas. Rodé y me puse de rodillas. No quise levantarme antes de estar seguro de que el mundo no estaba girando demasiado rápido. Desde el aparcamiento me llegaron el rugido de una camioneta y el patinazo de los neumáticos que pasaban de la grava suelta al asfalto.

—¿Estás bien?

Junto a mí había una mujer corpulenta de unos sesenta años. El pelo canoso le caía hasta los hombros en un estilo que, con toda probabilidad, no había cambiado en cuatro décadas. Me sonrió.

—Parece que te acaban de apalear. ¿Por qué no entras? Veremos si necesitas atención médica. Me llamo Phyllis. Soy la dueña de este basurero. Y creo que tengo una idea bastante buena de quién eres.

11

Phyllis me llevó de vuelta al Patchett's. Nos metimos detrás del mostrador y llegamos a un despacho. Durante un breve momento me planteé protestar y decirle que estaba bien. Pero, en primer lugar, me agarró del brazo como con una mordaza, y, en segundo, pensé que valdría la pena hablar con ella. Al pasar junto al tipo que me había servido la Corona, le dijo:

—Tráeme hielo en una toalla para nuestro Sam Spade, Bill. —Después de soltarme, señaló un sofá de cuero que tenía delante del escritorio—. Siéntate —me ordenó. Me senté. Bill apareció con una toalla de cuadros rojos y blancos en la que llevaba media docena de cubitos de hielo.

—Ponte eso en la cabeza —dijo Phyllis. Cogí la toalla y me la puse contra la sien. Tenía que admitirlo: me palpitaba.

Cuando Bill se marchó y dejó la puerta cerrada, Phyllis apoyó las nalgas en el borde del escritorio y levantó un puño delante de mis ojos.

—¿Cuántos dedos tengo levantados?

—Tiene gracia —le dije.

Extendió el dedo del corazón.

—¿Y ahora?

—Uno.

Se rio.

—Sobrevivirás, creo. Pero déjate el hielo ahí. Las lesiones en la cabeza no son ninguna broma. ¿Recuerdas cómo eliminaban a Mannix semana tras semana? Ese tipo tenía que haber sufrido daños cerebrales.

—Supongo que esas referencias a Mannix y Sam Spade significan que sabes a qué me dedico —dije.

Ella asintió.

—Te he reconocido en cuanto te he visto allí tumbado. Eres Cal Weaver.

—Y tú eres Phyllis…

—Phyllis Pearce.

—Si nos hemos visto antes, lo siento, pero no me acuerdo.

Ella sacudió la cabeza.

—No, no nos conocemos, pero sí que te he visto por ahí. Hago todo lo posible por saber quién es quién en Griffon. He vivido aquí toda mi vida, así que, cuando aparece una cara nueva en la ciudad, pregunto quién es. Te mudaste aquí hace, ¿cuánto?, ¿ocho, diez años?

—Seis —contesté.

—Siento lo de tu hijo.

Levanté la cabeza poco a poco para mirarla a los ojos.

—Gracias.

—Podría haber sido cualquiera, ya lo sabes.

—¿Perdón?

—Quien le vendió esas drogas pudo haber sido cualquiera. —Debí de haber puesto cara de sorpresa por lo que ella parecía insinuar que sabía, y eso la hizo sonreír—. Según he oído, has andado por ahí haciendo preguntas. ¿Eso estabas haciendo aquí esta noche?

—No —le dije.

—Porque —añadió, sin dejar de hablar mientras yo negaba— no puedo aceptarlo. Si quieres andar por ahí interrogando a los chicos sobre lo que le pasó a tu hijo, y no te culpo, en absoluto, no puedes hacerlo en mis instalaciones. Que comiences una pelea en los escalones del frente… No, no es de recibo. Haz lo que tengas que hacer, pero no vengas a causar problemas en mis dominios.

—Yo no he empezado ninguna pelea —dije. Me sentía como el niño que le explica a su madre que no tiene la culpa—. Y ese no es el motivo por el que estoy aquí. —Me quité el hielo de la cabeza por un segundo—. Estoy buscando a Claire Sanders.

—¿La hija del alcalde?

—Sí.

—¿Es quien te ha pegado ahí fuera?, ¿esa cosita de niña?

—No. No sé quién me ha pegado. —Estaba noqueado—. Yo quería hablar con un chico que se llama Sean Skilling. Parece que conoces a todo el mundo por aquí, así que probablemente sepas quién es.

—El hijo del concesionario Ford.

—Sí. —Hice una pausa. El hielo estaba tan frío que empezaba a doler, pero lo mantuve en su sitio—. Deberías convertirte en mi socia. Sabes mucho de lo que sucede. Me ahorrarías un montón de trabajo.

Phyllis Pearce sonrió. Extendió los brazos.

—Con dirigir mi vasto imperio tengo bastante. —Abrió los brazos de par en par—. ¿Qué querías del chico Skilling?

—Su novia es amiga de Claire. Puede que ella sepa dónde está.

Phyllis Pearce asintió con movimientos lentos.

—Entiendo. Creo que Claire estuvo por aquí hace una o dos noches. ¿Para qué quieres hablar con ella?

—Solo quiero encontrarla —dije.

—¿Para quién trabajas?

La miré en silencio.

—Ah, ya entiendo. La confidencialidad del cliente y tal. —Rodeó el escritorio y se dejó caer en su sobredimensionada y en exceso acolchada silla de oficina. Delante tenía un teclado, pero el monitor estaba puesto de lado para que pudiéramos vernos. Se apartó de los hombros el largo pelo gris y levantó la cabeza para que le cayera sobre la espalda.

—Aunque lo lógico sería que fuera su padre quien la quiere encontrar.

—Me imagino que sí —dije.

—¿Quién es la novia del chico Skilling?

Le dije el nombre.

—Hanna.

—Ah, sí, la hija de Chris Rodomski. Hace quince años, a ese borracho hijo de puta teníamos que echarlo de aquí todo el tiempo. Bueno, mi marido, yo no.

—¿Tu marido es quien vigila la puerta? —Ninguno de los que estaban en este lugar parecía una pareja apropiada para la edad de Phyllis.

—En esos tiempos, ese era uno de los deberes de Harry. Pero lo perdí hace siete años.

—Lo siento mucho.

Ella se encogió de hombros.

—No es fácil dirigir este lugar yo sola. Nuestro hijo acabó dedicándose a otra cosa, pero aquí tengo gente buena que trabaja para mí.

Dejé de presionar contra mi sien la toalla fría y húmeda.

—¿Qué hago con esto?

Señaló un lavabo en una de las paredes. Ahí tenía montado un pequeño bar. Me levanté, dejé la toalla en el fregadero y los cubitos empequeñecidos cayeron al desagüe. Escudriñé la habitación. Había unas veinte fotos en blanco y negro de Griffon en sus primeros días. En algunas de ellas se veían caballos y calesas recorriendo las calles.

Phyllis notó que las estaba admirando.

—No, no fui yo quien las tomó —dijo—. Aquello fue incluso antes de mis tiempos.

Había una toma de una Phyllis mucho más joven y delgada, con el pelo exactamente del mismo estilo, aunque oscuro. Estaba de pie, en la calle, delante del Patchett's, cogida del brazo de un hombre. Supuse que sería Harry. Más delgado que ella y unos dos centímetros más alto. Tenía el pelo rizado.

—¿Este es tu marido? —pregunté.

—Sí. Pero no Harry. Ese de ahí es el primero. Nos tomaron esa foto alrededor de 1985, antes de que él enfermara de cáncer y falleciera. A Harry lo conocí en 1993 y me casé con él un par de años más tarde. —Rio—. En esos tiempos yo pesaba como treinta kilos menos. Pero, conforme acumulaba peso, acumulaba sabiduría.

Volví a sentarme en el sofá. Quizá Phyllis esperaba que me marchara, ya que había terminado de atenderme la herida, pero aún tenía cosas que preguntarle.

—Es obvio que sabes lo de mi hijo, Scott. ¿Alguna vez lo viste por aquí?

Pensó.

—Es posible, pero no lo sé. Si alguno me da la impresión de que aún lee libros de los Hardy Boys, no entra. Es como devolver al agua un pez demasiado pequeño. Tu chico todavía era un cachorro.

—Quizá la mitad de tus clientes, estos que están aquí ahora mismo, no deberían estar aquí.

Phyllis Pearce sonrió con recelo.

—Para alguien que ha vivido aquí tanto tiempo como tú, no pareces tener ni idea de cómo funcionan las cosas en Griffon.

—Ilústrame.

Se inclinó, apoyó los codos sobre el escritorio y los pesados pechos en el teclado.

—Claro, aquí hay gente que está tomando algo o comiendo algo y que, desde un punto de vista técnico, podría tener menos de veintiún años. En 1985, el Estado de Nueva York, en su infinita sabiduría, elevó la edad mínima para consumir alcohol de diecinueve a veintiún años. Basándose en sus observaciones, señor Weaver, ¿podría certificar que eso ha impedido que los menores de veintiún años beban?

—No.

—Por supuesto que no. Me imagino que, en 1985, tú mismo tenías menos de veintiún años. —Como no dije nada, siguió adelante—: ¿Y esa ley te metió el miedo en el cuerpo o tú y tus amigos os emborrachabais igual cada fin de semana?

—Nos machacaron bastante.

—Claro que sí. Sabemos lo que van a hacer los chicos, porque sabemos lo que hicimos nosotros cuando teníamos esa edad. Es mejor que eso ocurra en un solo lugar, donde podamos vigilarlos, ¿no crees?

—Entonces nos hemos rendido. Hemos decidido que no podemos controlar *lo que* hacen nuestros hijos, así que nos conformaremos con saber *dónde* lo hacen.

Pearce me sonrió como si fuera el más listo de la clase.

—Y no solo eso, también hago lo que puedo para ayudar a la economía local. Porque, si no pudieran venir aquí, en diez minutos estarían cruzando la frontera con Canadá, donde la edad mínima para beber es diecinueve años. Con el carné adecuado, un chico de diecisiete puede pasar por uno de diecinueve. Pero a uno de diecisiete años le cuesta mucho más pasar por uno de veintiuno. Todos estos chicos, antes de venir a Patchett's, y también después, compran *pizza*, van al Iggy's a por una hamburguesa, echan gasolina y se aparecen en el 7-Eleven local. Y cruzar la frontera ya no es lo que era antes. ¿Cuántos de estos niños tienen pasaporte? Antes te

dejaban pasar en cinco segundos; pero, ahora, si no tienes pasaporte, no cruzas esa frontera ni por un lado ni por el otro. Muchas gracias, Osama Bin Laden, y que te pudras en el infierno, hijo de puta. —Se reclinó en la silla—. No te voy a decir que he conseguido tranquilizar a todos los padres de Griffon al hacerlos creer que, si sus hijos beben, lo hacen aquí. Los niños siguen celebrando fiestas en sus sótanos y siguen divirtiéndose como locos cuando sus padres están fuera de la ciudad. Hay todo un pequeño comercio que consiste en llevar alcohol a los niños que no tienen la edad suficiente para ir a las tiendas a comprarlo. Incluso se lo entregan a domicilio. —Sonrió—. Pero yo hago mi parte.

—Y la policía te deja en paz.

—Son muy… comprensivos. De vez en cuando nos llega gentuza del sur, y la policía nos cuida en ese aspecto. Ahí fuera, ahora mismo, me tienen un poco preocupada un par de tipos que han monopolizado la mesa de billar.

—Quizá la policía local es un poco tolerante contigo, porque, como ya me has demostrado, conoces los asuntos de todo el mundo. Puede que a nadie le interese cabrearte. —Entrecerré los ojos—. Y es posible que también encuentren alguna cosilla en su calcetín de Navidad.

Phyllis sonrió.

—No tienes pelos en la lengua —dijo—. Y eso de pensar que por aquí ejerzo algún poder… No hay nada más lejos de la realidad. Soy una simple mujer de negocios que trata de salir adelante. Pero te diré esto: ese Augustus Perry es un buen hombre. —Me regaló una sonrisa socarrona—. No es que tenga que decírtelo.

—Una última cosa —dije—. Me gustaría echar un vistazo a tus grabaciones de seguridad. Quiero ver quién me atizó.

—No puedo ayudarte en eso —dijo.

—Si no me las enseñas a mí, tendrás que enseñárselas a un poligrifo.

—Ay, no digas tonterías. —Me miró como decepcionada—. No vas a ir a la policía por este incidente y lo sabes bien. ¿Esto es lo que hace un verdadero detective privado? ¿Correr a ver a la policía cada vez que recibe un golpe en la cabeza? Por favor.

Tenía razón. Yo no tenía verdaderas intenciones de denunciar la agresión.

—Pero eso no tiene nada que ver con las razones por las que no te dejo ver la cinta —dijo, y sacudió el brazo por la habitación, como si estuviera a punto de descorrer la cortina de la Puerta Número Dos—. ¿Ves algún monitor por aquí? No tenemos sistema de vigilancia. No hay cámaras de circuito cerrado.

—¿Ni siquiera en el frente? —pregunté.

Sacudió la cabeza.

—Pareces sorprendido —dijo Pearce.

—Había oído otra cosa.

—Estabas mal informado. O lo habrás entendido mal.

—Puede ser —dije, y me levanté del sofá.

—Pero, si hay algo más en lo que pueda ayudarte, mi puerta está abierta —dijo ella—. Pareces alguien a quien le vendría bien un poco de orientación.

12

Mientras salía de ahí, iba tratando de asimilar lo que Phyllis Pearce me acababa de decir. ¿No había sistema de vigilancia? Ese lugar frente al Patchett's estaba a pocos pasos de donde Claire Sanders había llamado a mi ventanilla para pedirme que la llevara. ¿Cómo habían podido grabar aquello con una cámara de seguridad, pero no al tipo que me había dado el puñetazo?

De todos modos, antes de cruzar la calle para subir a mi coche, busqué cámaras en la acera de enfrente. No había ninguna. ¿No me habían dicho Haines y Brindle —uno de ellos, no recordaba cuál— que eso era lo que los había conducido hasta mi puerta?, ¿que mi matrícula había sido captada por la cámara del bar cuando Claire se subió a mi coche?

¿De verdad lo había dicho uno de ellos? ¿O solo lo había insinuado? ¿Me hicieron pensar eso cuando yo mismo planteé la sugerencia de que mi coche había sido grabado en circuito cerrado?

No recordaba con exactitud cómo había transcurrido la conversación. Además, las palpitaciones en la cabeza no me estaban ayudando. Pero, de hecho, dijeron que yo había sido captado por una cámara. Entonces, ¿por qué mentir? Si no había cámara, ¿qué los había llevado hasta mí? ¿Tenían vigilado el Patchett's? ¿Estaban siguiendo a Claire?

No era descabellado pensar que, de vez en cuando, la policía local tuviera a alguien aparcado frente al local, vigilando a la gente que subía a sus coches demasiado borracha para conducir. O tal vez tenían cuotas que cubrir y recogían a algún que otro menor solo para demostrar que estaban dispuestos a mantener Griffon como un lugar seguro y decente para la crianza de nuestros hijos, por más que dejaran que el Patchett's sirviera bebidas a menores.

Tal vez los policías habían acudido al bar por un altercado de algún tipo y, antes de marcharse, se habían fijado en una adolescente que hacía autostop con un desconocido. Entonces habrían tenido la presencia de ánimo para anotar el número de la matrícula. Y, luego,

cuando se denunció la desaparición de Claire, algún policía en la reunión informativa de la mañana dijo: «Esperad».

Busqué las llaves en el bolsillo, abrí el coche con el mando a distancia y me puse al volante. Antes de cerrar la puerta y apagar las luces, me miré en el espejo retrovisor. Tenía el pelo revuelto. Me peiné con los dedos hasta conseguir un aspecto más o menos respetable.

Cuando estaba a punto de girar la llave, los dos motoristas salieron de Patchett's y cruzaron la calle hasta sus motos, que estaban aparcadas justo delante de mí. Poco antes de que levantaran las piernas como un par de vaqueros montando a caballo, a unos cien metros se encendieron unos faros.

De manera casi instantánea, en el techo también se encendió una línea de luces multicolores y giratorias. Sonó una sirena durante cinco segundos antes de que un coche patrulla se detuviera junto a las motos.

Los motoristas se quedaron mirando a los dos policías que salían del coche. Del lado del conductor, una mujer; del lado del pasajero, un hombre. Reconocí a la mujer: era Kate Ramsey, la amiga de Donna. Treinta y tantos años, pelo rubio corto, cerca de ochenta kilos, no más de metro setenta; cabeza en alto, imponente. A su compañero no lo conocía, pero supuse que tendría unos treinta y pocos años. Era de mentón y pómulos fuertes, metro setenta y más o menos el mismo peso que Ramsey.

Parecía que Kate iba a tomar la delantera. Bajé la ventanilla para poder oír.

—¿De dónde sois? —preguntó. Apoyaba una mano en la porra que colgaba de su cinturón.

—¿Dónde está el problema, agente? —respondió Motorista Uno—. ¿Hemos hecho algo malo?

—Te he hecho una pregunta —dijo ella—. ¿De dónde eres?

—Elmwood —habló Motorista Dos. Un barrio de Búfalo, y bastante bonito.

—¿Qué os trae por Griffon? —preguntó el otro policía.

—Solo hemos venido a tomar un par de copas y a jugar al billar —dijo Motorista Uno.

—¿Eso es todo lo que habéis venido a hacer aquí? —preguntó Kate Ramsey—. ¿No habréis venido a hacer algún pequeño negocio?

Motorista Dos negó con la cabeza.

—Escuche, solo queríamos tomar un poco el aire y pasear en las motos. Eso es todo. No hemos venido a buscar problemas.

—Aquí no necesitamos a nadie de vuestra calaña —dijo el compañero de Kate.

—¿Nuestra calaña? —preguntó Motorista Uno—. ¿Qué coño se supone que significa eso?

—Significa —dijo Kate— que no necesitamos que gilipollas grasientos ni traficantes como vosotros dos vengáis a joder nuestra ciudad.

El primer motorista avanzó un centímetro hacia Kate, pero el otro levantó la mano.

—Supongo, entonces, que solo tendremos que seguir nuestro camino.

—No tenemos por qué aguantar esta mierda —dijo el primero.

El compañero de Kate avanzó y se sacó la porra del cinturón.

—Ah, yo creo que sí. —Fue a la parte delantera de la moto del segundo motorista, blandiendo su porra como si tal cosa—. ¿Para qué sirve un faro como este?

—Venga, hombre, ya nos vamos —dijo Motorista Dos—. Estamos en marcha.

—Y no volváis —ordenó Kate.

—Vale —dijo Uno—. Y, de todos modos, ¿quién coño querría volver aquí? Todo lo que se dice de este pueblucho de mierda es verdad.

Ante la mirada atenta de Kate Ramsey y su compañero, se subieron a las motos, arrancaron con estrépito y se abrieron paso por un lado del coche patrulla de Griffon. Ya en la calle, uno de ellos levantó la mano y los saludó con un dedo.

Ramsey y su compañero se quedaron observándolos hasta que las luces traseras de las motos quedaron reducidas al tamaño de una cabeza de alfiler. Enseguida, los dos policías volvieron a su coche y se alejaron.

* * *

Tenía planes para ir a la casa de los Skilling, pero decidí que antes tenía más sentido buscar a Bertram Sanders, el padre de Claire, y hablar con él.

Usé el móvil para encontrar su dirección. Sanders vivía en Lakeland Drive. Aunque yo conocía Lakeland Drive, nunca entendí por qué se llamaba así. Ahí no había masas de agua ni la calle conducía a ningún lago. Tenía esperanzas de que, al llamar a la puerta, no fuera el alcalde quien viniera a abrir, sino la propia Claire. Al fin y al cabo, si la chica había vuelto a casa después de que la policía hubiera ido a verme, nadie estaba obligado a hacérmelo saber.

Era un barrio de bajos ingresos, de la posguerra. Y me refiero a la Segunda Guerra Mundial, no a la de Corea ni a la de Vietnam ni a la del Golfo ni a la de Irak ni a la de Afganistán. Habían sido tantas que era difícil llevar la cuenta. La casa era sencilla, de dos plantas, con revestimiento de tablas. Estaba pintada de marrón y, aunque parecía estrecha desde la fachada, se extendía mucho hacia atrás. Estaba mejor cuidada que otras muchas de esa calle, varias de las cuales aún lucían oxidadas antenas de televisión que, con seguridad, no habían captado una sola señal en años. Detrás de la casa, al final del largo camino de un solo carril, había un garaje independiente de una sola plaza.

Aparqué, me acerqué a la puerta y llamé. Eran más de las ocho y las farolas iluminaban la calle, pero en la casa de los Sanders no vi luces encendidas. Había una ventana rectangular vertical en la puerta de madera. Me hice un túnel con las manos y miré el interior. No había señales de vida.

Por infructuoso que pareciera, decidí rodear la casa e intentar llamar a la puerta trasera. Una vez allí, pude ver que daba a la cocina. De nuevo, acerqué los ojos a la ventana. La única luz del interior parecía proceder de la pantalla digital de una tostadora. Llamé y nadie acudió.

—¿Está buscando al alcalde?

Me giré y, bajo la luz del porche de la casa de al lado, vi a una anciana. Ella me miraba por encima de la valla.

—Así es —dije con voz pausada—. Esperaba pillar a Bert en casa.

—Es jueves por la noche —dijo la mujer, como si yo debiera saber

el significado de eso.

—¿Qué pasa los jueves por la noche?

—La reunión del Ayuntamiento. Usted no ha de ser de por aquí.

Con todos los años que llevaba viviendo en Griffon, esa noche me sentía como un extraño. Todo el mundo me estaba señalando lo poco que sabía.

—Lo había olvidado.

Un hombre vociferó desde el interior de la casa de la mujer:

—¿Con quién hablas?

Ella se dio la vuelta y gritó.

—¡Un hombre que busca a Bert!

—¡Dile que vaya al ayuntamiento!

—¡Yo se lo he dicho! ¿Crees que soy idiota? —La mujer se volvió hacia mí—. Cree que soy idiota.

—Supuse que Claire estaría en casa y que podría darle un mensaje.

—Hoy no la he visto por aquí. —Dudó y se lamió los labios, como si sopesara si decirme algo—. Nunca se sabe dónde puede estar. Gracias a Dios, nuestros hijos crecieron y se marcharon. Casi nunca llaman, pero, con toda franqueza, yo no podría ser más feliz. Ahora bien, para Bert, no debe de ser fácil criar a una niña él solo.

Recordé lo que Donna me había dicho: que el alcalde y su mujer se habían separado.

—Sí, pueden ser un dolor de cabeza —le dije.

—¡¿De qué estáis hablando?! —gritó el hombre desde el interior de la casa.

—¡Te lo diré en un minuto! —gritó ella a su marido—. No le haga caso. Le gusta sentirse incluido. —Puso los ojos en blanco.

—¿Claire está siempre aquí? —pregunté—. ¿O pasa la mitad del tiempo con su madre?

—Eso sería complicado: pasar la mitad del tiempo aquí y la otra mitad al otro lado de la frontera. Caroline vive en Toronto con su nuevo marido, como quiera que se llame.

—Sí, eh, ¿cómo se llama? —pregunté, como si yo mismo lo hubiera sabido alguna vez. Tal vez Claire estaba con su madre. Merecería la pena comprobarlo.

La mujer se volvió hacia su casa.

—Ed —gritó—. ¡Ed!

—¿Qué?

—¿Cómo se llama el tipo con el que se casó Caroline? Ese, el que dirige la joyería aquella, la de los anuncios en la emisora de Toronto.

—Eh…, déjame pensar… Minsky.

—No, ese no es —replicó ella—. Así se llama tu cuñada.

—Ah, claro.

Se volvió hacia mí otra vez.

—Ya me he acordado, se llama Jeff Karnofsky. Con ka. Bueno, con dos kas. Una al principio y otra cerca del final.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Claire por aquí?

—Anoche. Vi que se fue en una camioneta.

—¿A qué hora fue? —pregunté.

La mujer se encogió de hombros.

—No lo sé. Después del telediario.

—¿Qué telediario? —Hoy en día, no hay momento en que no haya noticias, sobre todo con las cadenas de televisión por cable.

—Brian Williams —dijo. Se refería a *Noticias Nocturnas,* de la NBC, en la WGRZ, la filial local de esa cadena. El programa iba de seis y media a siete de la tarde—. Qué guapo el cabroncete, ¿eh?

—¿Y Claire se habría ido poco después de que terminaron las noticias?

Sabía que estaba empezando a hacer preguntas demasiado específicas, pero esa mujer parecía encantada de hablar y no muy preocupada de estar violando información confidencial.

—No lo sé. Siete, ocho, ocho y media, no lo sé. Salieron a toda leche, con los neumáticos dando patinazos y todo. La policía debería multarlos por conducir así. Ya han estado aquí lo suficiente, y Dios bien lo sabe.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que ya llevan un buen tiempo. A menudo hay un coche patrulla de Griffon aparcado en la calle, como si esta gente tuviera un ojo siempre puesto en la casa del alcalde. Yo creí que estaba bajo amenazas de muerte o algo así, pero, cuando le pregunté, él me dijo que no era nada, que no me preocupara. —La anciana rio entre

dientes—. No me gustaría que alguien viniera a pegar tiros por las ventanas o algo así. Podrían darle a nuestra casa por error.

13

El ayuntamiento de Griffon dominaba el centro de la ciudad. Estaba situado al fondo del parque y su aguja atraía la mirada hacia el cielo. Yo había oído que era un ejemplo de arquitectura georgiana: entrada a dos aguas y mezcla de ladrillo rojo con madera pintada de blanco. Era como algo sacado de Colonial Williamsburg, aunque estábamos muy lejos de aquel sitio. Yo sabía que mantener y restaurar el edificio era un gravamen constante para el presupuesto municipal y que algunos contribuyentes estaban a favor de construir nuevas oficinas municipales. Querían algo apartado del centro y cerca de todos los grandes almacenes y establecimientos de comida rápida de Danbury. Y Sanders, uno tenía que reconocérselo, había replicado que, si los dirigentes cívicos de Griffon estaban dispuestos a alejarse del centro de la ciudad, ¿qué esperanza tenían los comerciantes que quedaban? No recordaba haber conocido al alcalde, pero, por lo que había leído, me gustaban sus puntos de vista.

Tuve que recorrer un par de veces las calles que rodeaban el ayuntamiento en busca de un lugar donde aparcar. Parecía haber muchos más coches de lo habitual. Me vi obligado a dejar el Honda a un par de manzanas de distancia. Qué fastidio, porque eso significaba que, a la vuelta, tendría que pasar por delante de Muebles Ravelson.

En mis momentos más sombríos, imaginaba conversaciones con mi hijo. Le preguntaba por qué, si tenía que suicidarse de la forma en que lo hizo, no había escogido un lugar que yo no tuviera que ver cada vez que iba al centro.

A veces intentaba fingir que eso ni siquiera estaba allí, lo cual era todo un reto, pues la tienda se encontraba en el edificio comercial más grande de Griffon. Y en uno de los más antiguos, además, pues databa de finales del siglo xviii. Pero, aun si yo no tuviera ningún motivo para ir, no había forma de escapar del apellido Ravelson. Todas las semanas se hacían publicidad en los periódicos, repartían

folletos a domicilio y emitían anuncios en las emisoras locales. En ellos aparecía el propietario, Kent Ravelson, un hombre poco afecto a las sutilezas. En mi anuncio favorito, Kent estaba sentado en un sillón de cuero acolchado, fumando en pipa y con gafas de catedrático. Interpretaba a un psiquiatra que daba consejos a una rubia tumbada en un sofá. «Ahora que te tengo aquí, ofreceré tu sofá a un precio terapéutico», decía. Intentaba sonar como un famoso psicoanalista austriaco, pero parecía, más bien, un nazi cachondo. Una organización de salud mental de Búfalo presentó una denuncia, pero eso solo animó a Kent a hacer más anuncios.

Aunque me engañaba a mí mismo pensando que podría pasar de largo por delante de Ravelson como si no estuviera allí, no era posible. Estiré el cuello y estudié el tejado del edificio y su borde acanalado, el lugar donde Scott estuvo parado, no sé durante cuánto tiempo, pensando Dios sabía qué, antes de decidirse por una forma de descender cuatro pisos más rápida que por las escaleras.

No saltó desde la fachada de la tienda, sino desde un costado, y por eso cayó en el aparcamiento, en una plaza para personas con discapacidad. Allí lo encontró la policía, el oficial Ricky Haines.

Esa vez, pasar por delante no fue diferente. Me detuve y me quedé mirando. La tienda no cerraría hasta dentro de media hora. Unas cuantas parejas entraban o salían mientras los coches arrancaban para alejarse del aparcamiento.

Como siempre, examiné la escena. Empecé por la plaza para personas con discapacidad, pasé por las cuatro filas de ventanas y me detuve en la línea del tejado.

¿Cuánto tiempo habría estado ahí? ¿Dos segundos? ¿Tres? Vi caer su cuerpo, desplomarse, golpear el pavimento. Tres segundos me parecieron suficientes. Desde luego, no más que eso. ¿En qué pensaba mientras descendía? ¿Tenía miedo? Y, una vez que traspasó el límite, ¿se habrá dado cuenta de lo que estaba haciendo? En esos dos o tres segundos, ¿se habría preguntado si podía hacer algo para salvarse?

¿O estaba contento? ¿Cayó al suelo con una sonrisa de complacencia? ¿Y qué habría sido mejor?: ¿darse cuenta en el último segundo de que había cometido un error fatal o pasar sus últimos

instantes drogado hasta las cejas para encontrarse con su creador tan feliz como una alondra?

Pensar en esas cosas no me hacía ningún bien.

Pero había que detenerse en tantas de ellas… Por ejemplo y, en primer lugar, ¿cómo llegó hasta allí? Yo querría culpar a la buena gente de Ravelson Furniture. Después de todo, si no le hubieran dado a Scott un trabajo de verano, él no habría tenido acceso al tejado. Pero sabía que eso era como haberme cortado el dedo con la tapa de una lata y culpar a la empacadora de atún Starkist. En cualquier caso, Kent Ravelson se había desvivido por Scott. Mi chico no tenía un extenso historial laboral ni un tronco lo bastante fuerte para trabajar en una tienda de muebles, pero Kent encontró un montón de tareas para Scott, quehaceres que nunca incluían levantar un frigorífico. Un día, cuando enfermó uno de los vendedores habituales, lo dejó trabajar en el departamento de colchones.

Yo tenía la sensación de que Kent y su mujer, Annette, que llevaba la tienda con él, quizás se habían interesado por nuestro hijo porque a su propio hijo, Roman, no lo cautivaba el negocio familiar. Roman tenía veintiún años y, por lo que yo había oído, aspiraba a cosas mayores que regentar una tienda de muebles. Se pasaba el tiempo en casa, tecleando en su portátil guiones de zombis que, hasta entones, no habían llamado la atención de Spielberg, Lucas ni Scorsese.

Donna y yo esperábamos que las responsabilidades asociadas a un trabajo de verano hicieran madurar a Scott. En cambio, no significó otra cosa que disponer de más dinero para gastarlo en alcohol y drogas. Aquella noche, en la azotea, los había consumido en cantidades considerables.

Tal como marcharon las cosas, la investigación policial concluyó que Scott, tal vez acompañado de amigos, había subido a ese tejado más de una vez. Encontraron ahí varias botellas de licor, colillas de marihuana y un par de pastillas de éxtasis.

Qué divertido debió de parecerle tener el tejado para él solo, con la vista de Griffon a sus pies, y, en la distancia, hacia el sur, las

cataratas del Niágara y, como un enorme *tee* de golf en el horizonte canadiense, la torre Skylon.

Desde la muerte de Scott, yo mismo había estado allí dos veces. Las dos, como padre, aunque no podía dejar de asimilar la escena como detective. Recreando los acontecimientos en mi cabeza, trataba de averiguar cómo había sucedido. Podía imaginarme a Scott tonteando, dejándose llevar por la combinación de drogas y alcohol. Un saliente de ladrillo, una especie de labio, recorría el perímetro del tejado, pero solo tenía unos quince centímetros. No era una barrera que pudiera frenar la caída de una persona que tropezara cerca del borde. Desde luego, tampoco era ningún obstáculo para alguien que pensara que podía volar. No suelo tener problemas con las alturas, pero las dos veces que estuve allí, de pie junto a ese borde de ladrillo, sentí que me dominaba el vértigo. ¿Estaba mareado, de verdad, o solo me imaginaba el delirio de Scott en ese momento?

Entonces me llegó un vívido recuerdo de cuando llamaron a la puerta. Donna y yo estábamos en la cama, despiertos, preguntándonos dónde estaría Scott. Había intentado localizarlo al móvil, sin éxito, y estaba a punto de vestirme e ir a buscarlo cuando se oyó un fuerte golpe en la puerta principal.

—Ay, Dios —había dicho Donna—. Ay, no.

No tengo mucha fe en las premoniciones ni en un sexto sentido, pero, en ese momento, cuando oímos que llamaban a la puerta, creo que los dos sabíamos que íbamos a recibir muy malas noticias.

Corrí hacia la entrada en bata. Donna iba detrás de mí. Abrí la puerta y vimos a un agente de la policía de Griffon. En la camisa tenía un rótulo que ponía «Haines». Cuando él vio a Donna, pude notar sorpresa en sus ojos.

—Señora Weaver —había dicho—. Al examinar la billetera del chico, tuve la impresión de que podría tratarse de los mismos Weaver.

—¿Ricky? —preguntó Donna—, ¿qué haces aquí? ¿Qué ha pasado?

—Se trata de su hijo.

Estábamos aguantando la respiración. El agente Ricky Haines se quitó la gorra y se la puso sobre el pecho, por encima del rótulo con su nombre.

—Lo siento mucho, pero les tengo malas noticias.

Donna se agarró de mi brazo.

—No —había dicho—, no, no, no.

Estreché a mi esposa entre mis brazos cuando el oficial Haines volvió a hablar.

—Hola, Cal. ¿Cal? ¿Cal?

Estaba tan absorto en mis recuerdos del pasado que no me había dado cuenta de que, en el presente, había una persona a mi izquierda. Era Annette Ravelson. Tenía unos cuarenta años. Era redonda, aunque no del todo rellenita, lo que en otra época se habría llamado «voluptuosa». Medía alrededor de uno setenta y tres, pero, sin los tacones, habría llegado al uno sesenta y cinco, más bien. Desde su abundante pelo rubio grisáceo colgaban unos pendientes dorados en forma de aro y del tamaño de posavasos. Desprendía un fuerte olor a alguna fragancia floral.

—Hola, Annette.

Conocíamos a los Ravelson incluso antes de que Scott trabajara para ellos. A lo largo de los años, habíamos comprado muebles ahí. Luego, durante el verano que Scott trabajó en este sitio, los conocimos mejor. Pero nuestros encuentros, desde el incidente, habían sido escasos.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, estoy bien.

—Estuve repitiendo tu nombre, pero parecías no oírme.

—Lo siento.

—¿Qué te ha pasado? —Me señaló la sien, que lucía un poco hinchada.

—Una caída —le dije—. Nada importante.

—¿Estás seguro?

—Del todo. Estoy bien.

Annette dejó de mirarme la cabeza y evaluó mi postura. Sin duda, adivinaba lo que estaba pasando por mi mente.

—¿Te parece una buena idea, Cal? —preguntó, vacilante—. Quiero decir, venir por aquí una y otra vez, quedarte aquí parado…

—Tienes razón —dije de inmediato—. Tienes toda la razón. De todos modos, ya debería irme. Iba de camino hacia el ayuntamiento.

—Ah —dijo ella, y una señal de preocupación marcó su rostro—. ¿A

la reunión del Consejo de esta noche?

—Eso tengo entendido.

—Cal, por favor, dime que no vas a pedirles una nueva ley que obligue a poner barandillas más altas en los bordes de los edificios o algo así. Eso es lo que todos hacen hoy en día. Creen que una nueva ordenanza evitará otra tragedia como…

—No, no pienso hacer eso.

Entonces Annette Ravelson pareció mortificada.

—Lo siento. No he debido decirlo. Ha sido horrible por mi parte. Perdóname.

Hice un gesto con la mano.

—Ha sido un placer verte, Annette.

Cuando empezaba a alejarme, ella me tocó el brazo.

—Cal, hay algo más… Esto es muy incómodo, sobre todo después de lo horrible que acabo de ser contigo.

—¿Qué pasa?

—Créeme, no es cosa mía. Lo que ocurre es que Kent… Bueno, Kent te ha visto parado aquí unas cuantas veces, y… No quiero que pienses que él no entiende por lo que has pasado. Créeme, su corazón está contigo, al igual que el mío. Ya lo sabes. Pero, cuando te ve aquí, a veces en el aparcamiento, sentado en tu coche, bueno, como que se le ponen los pelos de punta. No sé si me entiendes.

—Se asusta.

—Eso ha sonado mal. Pero se siente incómodo. O sea, otros clientes te ven allí y preguntan qué estás haciendo y…

—Desde luego, no quisiera incomodar a Kent —le dije. Miré el edificio—. ¿Está ahí dentro? Quizá quiera decírmelo él mismo.

Annette Ravelson me acercó una mano al pecho. Estuvo a punto de tocármelo.

—No está allí. Lo siento. No he debido mencionarlo.

Ahora, yo también lo lamentaba: haber reaccionado de más.

—No, está bien. Entiendo. Dale recuerdos a Kent. Hace tiempo que no lo veo.

—Ya sabes: todo el mundo está ocupado —dijo ella.

—De todos modos, tengo que marcharme —dije. Fingí una sonrisa —. Le daré saludos de tu parte al alcalde.

Su rostro se llenó de asombro.
—¿Para qué? —preguntó.
—Es una broma, Annette. Cuídate.

14

Entrar en la casa consistorial de Griffon no era como entrar en el Capitolio o la Casa Blanca o, incluso, en el edificio Empire State. Durante un tiempo, pasado el 11-S, el alcalde de entonces aplicó duras medidas de seguridad. Para ello contó con el apoyo de Augustus Perry, que entonces era subjefe de policía. No podías entrar en el edificio sin que te hicieran pasar por un detector de metales ni que inspeccionaran tu bolso o tu maletín. Pero, dado que Griffon era una ciudad pequeña, no pasó mucho tiempo antes de que los agentes de seguridad, que también eran vecinos, empezaran a ser pisoteados.

«Por el amor de Dios, Mittens, ¿vas a registrarme desnuda para que pueda entrar a comprar una puta chapa para mi perro?». Se suponía que así fue como Rose Tyler, activo fijo de la ciudad, se hartó un día. La dejaron quedarse con su bolso y saltarse el detector de metales. A los dos o tres meses, lo mismo pasaba con casi todo el mundo. Se decidió que, si Al Qaeda volvía a atacar los Estados Unidos, lo más probable era que la casa consistorial de Griffon no estuviera entre sus diez objetivos principales, por lo que se impuso la razón y se abandonaron las medidas de seguridad.

Subí corriendo la media docena de escalones y pasé junto a la primera piedra, un recordatorio de que ese edificio estaba ahí desde 1873. A medida que avanzaba por el pasillo hacia la sala del Consejo, que en realidad era una sala de audiencias a la antigua usanza —pensemos en *Matar a un ruiseñor*—, oía un murmullo de voces y los sutiles sonidos de personas moviéndose en sus asientos.

No esperaba encontrar tanta gente en la galería. Calculé cuatro o cinco docenas. Las reuniones del Ayuntamiento rara vez suscitaban más polémica que el hecho de que un ciudadano hubiera puesto dinero en un parquímetro y a cambio no hubiera recibido su tiempo, pero estaba claro que esa noche había ocurrido algo más importante. De pie, un hombre del público señalaba hacia la parte

delantera de la sala, a una larga mesa donde estaba sentado el alcalde, flanqueado por un par de concejales.

El hombre, que aparentaba unos setenta años y vestía camisa de cuadros y gorra de béisbol, estaba hablando.

—No sé qué le da derecho a pensar que puede decirle a la policía cómo hacer su trabajo.

Entre la gente sentada a su alrededor hubo murmullos de aprobación mientras yo me deslizaba por los asientos del fondo.

Bert Sanders, de cabello negro abundante, mentón fuerte y una buena dentadura, daba la impresión de que podría tener la oportunidad de ser alcalde de algún lugar mucho más importante que Griffon.

—No le digo a la policía cómo hacer su trabajo —respondió con calma—, pero no tengo ningún reparo en decirle a quién tiene que rendir cuentas. Y la policía es responsable ante todos los presentes. No solo ante mí ni ante las personas que están sentadas aquí, conmigo. Es responsable ante usted, señor.

—Pues yo creo que lo están haciendo muy bien —replicó el hombre, aún de pie—. Por las noches, cuando me voy a la cama, me siento seguro, y eso me basta.

—Creo que no todo el mundo comparte su valoración —dijo el alcalde Sanders. Al otro lado de la galería se levantó una mano vacilante—. ¿Sí?

Una mujer pelirroja de unos cuarenta años se puso de pie, despacio, como si, cuando ya le habían cedido la palabra, no estuviera segura de querer decir algo. Pero se aclaró la garganta y habló.

—Puede que algunos de ustedes me conozcan. Soy Doreen Cousens y dirijo Tintorerías Griffon. Reconozco a muchos de ustedes. Junto a mi caja registradora hay una de esas peticiones que dicen que los policías son lo máximo, y a veces tengo clientes que no quieren firmar con su nombre. Lo que me pregunto es: si yo sé quiénes son esas personas, ¿tengo que tomar nota? —Sacudió una hoja de papel en el aire—. Porque aquí tengo una lista de nombres de gente que no ha querido firmar. ¿Se lo doy a la policía o a usted?

—Por el amor de Dios —dijo Sanders—. Sí, démela.

La mujer salió al pasillo, caminó hasta la parte delantera de la sala y le tendió la hoja al alcalde. Desde donde yo estaba sentado, me pareció ver veinte o treinta nombres en la lista.

El alcalde Sanders cogió la hoja, la rasgó en dos y la volvió a rasgar. La mujer que se la había dado se llevó la mano a la boca mientras un grito ahogado recorría la sala.

Otra mujer se puso en pie como un rayo y gritó.

—¡Si aquí hay gente que no apoya a la policía, tenemos que saber quiénes son!

—¡Claro que sí! —dijo alguien más.

—¿Quién está en esa lista? —gritó otro—. ¿Usted, alcalde? ¿Usted está ahí?

Sanders levantó ambas manos, con alguna esperanza de conseguir silencio. Al final, empujó hacia atrás la silla y se puso de pie.

—No sé si estoy en la hoja de Doreen o no. Pero, si no estoy en esa, podría estar en la de otro que estuviera apuntando nombres, como hace Doreen. Porque, tienen razón, no he firmado. No tengo ninguna intención de firmar. No tengo que jurar lealtad a la policía. Soy leal a la Constitución y a los ciudadanos de Griffon. Nadie me va a intimidar para que firme esa petición, y nadie aquí debería sentirse obligado a hacerlo. Apoyaré a cualquier fuerza policial que actúe dentro de la ley, que no se extralimite en sus funciones y que no se tome la justicia por su mano.

Hubo algunos murmullos entre el público, aunque también algunos aplausos.

—Cuando un oficial que lleva una insignia de la ciudad de Griffon —dijo Sanders en voz más alta, quizá animado por el puñado de gente que estaba de su lado— se lleva a un sospechoso junto a la torre del agua y le salta un diente, entonces algo está muy mal con…

—¡Y una mierda!

Toda la sala, incluido yo, dio un respingo. Era difícil no estremecerse cuando estallaba un cañón. Tal vez incluso yo hubiera saltado más que la mayoría, ya que la explosión se produjo justo detrás de mí. Como todos los demás, me di la vuelta, y allí, de pie, en la entrada de la sala, estaba el jefe de policía de Griffon, Augustus Perry.

Con todo su metro ochenta, pecho ancho, cuello grueso y totalmente calvo, tenía buen porte hasta con una barriga en pleno desarrollo. Vestía uniforme, aunque su cargo le permitía ir de paisano. Botas negras de vestir, vaqueros nuevos con una arruga visible, camisa blanca de cuello y una chaqueta de tweed con una pequeña insignia prendida. Uno habría esperado, más o menos, que llevara un Stetson, por lejos que estuviéramos de Texas, solo que nuestro jefe pensaba que su brillante cúpula lo hacía verse más distinguido.

Yo estaba sentado a no más de un metro de él y fui el primero en la sala, aparte del alcalde, a quien Perry dedicó una buena mirada. Hubo un sobresalto general por un segundo y, enseguida, el jefe me hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza. Estaba claro que no esperaba verme ahí.

Le devolví el saludo.

—Augie —dije en voz baja—, buenas.

Perry apartó sus ojos de mí y los centró de nuevo en Sanders.

—Jefe, este no es tu lugar —le dijo este.

Eran los únicos que estaban de pie. Se enfrentaban de un lado al otro de la habitación como si estuviéramos en el tiroteo del OK Corral. Pero supuse que el único armado era el jefe. Yo sabía que llevaba una pistola sujeta al cinturón, justo debajo de la chaqueta, si bien me parecía poco probable que pegarle un tiro al alcalde fuera la mejor manera de encarar una acusación de brutalidad policial.

—Yo diría que quien no está en su lugar eres tú —dijo Perry—. Nos sermoneas sobre la Constitución, pero aquí estás haciendo acusaciones infundadas que se basan en rumores, habladurías e insinuaciones. Ese individuo que dice que ha sido agredido por un miembro de mi fuerza, ¿está aquí presente? ¿Puedo enfrentarme al acusador en nombre de mis agentes?

Perry dejó de hablar y su última palabra resonó en el salón.

El alcalde se tomó un momento para responder.

—No, no está.

—¿Y tienes una declaración jurada de esa persona? ¿Ha presentado alguna denuncia? ¿Ha iniciado algún tipo de acción penal contra la ciudad?

Otro momento de silencio.

—No —volvió a decir Sanders. Por un momento, parecía que lo hubieran abofeteado, pero levantó la barbilla, desafiante—. En una ciudad donde el simple hecho de no firmar una petición de apoyo a los policías hace que tu nombre aparezca en una lista —señaló la hoja rasgada que tenía delante—, ¿quién podría atreverse a enfrentar a la policía y acusarla de agresión?

—Es posible que Doreen estuviera anotando nombres —dijo Perry —, pero nadie bajo mi mando le pidió que lo hiciera, y yo habría destruido esa lista igual que tú. —Señaló con el dedo—. Eres un fanfarrón, Sanders. Un sensiblero, un oportunista y un calumniador. Si tienes pruebas de que mi gente ha infringido la ley, tráemelas y yo mismo eliminaré a esos cabrones; pero, mientras tanto, harías bien en callarte la boca.

Antes de que Sanders pudiera responder, Perry se dio la vuelta para salir. Llamó mi atención por segunda vez.

Sonreí me dirigí a Perry en un tono de voz tal que solo él podía escucharme.

—¿Te vas ahora que estás en racha, Augie? ¿Has dejado aparcado el caballo en doble fila?

Me dedicó una sonrisa socarrona.

—Apuesto a que te sientes aliviado de que el alcalde haya destruido la lista de Doreen.

Negué con la cabeza.

—Sabes que siempre estoy de tu lado.

Augustus Perry resopló y salió del edificio.

15

En cuanto Perry se hubo marchado, hubo un estallido en la sala. Los asistentes le gritaban al alcalde y se gritaban unos a otros mientras Sanders trataba de poner orden dando golpes en la mesa con un mazo.

—Propongo que demos por concluida esta reunión —dijo al ver que no llegaba a ninguna parte—. ¿Alguien me secunda?

La mujer que estaba sentada a su izquierda levantó cansada una mano.

—¿Todos a favor? —preguntó Sanders, y todas las manos se alzaron.

—¡Bien! —dijo. Intentaba hacerse oír por encima del jaleo.

Recorrí el pasillo central hasta la parte delantera de la sala. Iba abriéndome paso a contracorriente mientras otros, refunfuñando entre ellos, ya empezaban a salir.

—¡Alcalde Sanders! —grité.

Él apenas levantó la vista. Estaba metiendo unos papeles en un maletín, ansioso por largarse de ahí. Me acerqué.

—Señor Sanders, tengo que hablar con usted. —Ni siquiera levantó la mirada—. Me llamo Cal Weaver y…

Al instante, Sanders dejó de revolver papeles y me miró como asustado.

—¿Quién me ha dicho que es?

—Cal Weaver.

—Lo siento, pero tengo que irme. —Su voz sonaba agitada—. No tengo nada más que decir sobre todo este asunto.

—No estoy aquí por su disputa con el jefe Perry. Estoy aquí por otro tema.

Me miró con recelo.

—¿De qué se trata?

—Soy detective privado, señor Sanders. Necesito hacerle algunas preguntas sobre su hija.

Las cejas, clavadas a su frente como un par de peludas orugas

negras, se enarcaron. Casi de alivio, pensé.

—¿Claire? ¿Qué pasa con ella?

—Estoy intentando localizarla —le dije.

—¿Y por qué demonios querría hacer eso?

—Porque… ¿No ha desaparecido?

—¿Desaparecido? Claire no ha desaparecido. No sé de qué me habla.

Quizás era yo quien parecía sobresaltado en ese instante.

—¿Hay algún lugar donde podamos hablar?

Sanders metió los últimos papeles en el maletín, lo cerró con un chasquido y cruzó la sala con semblante cansado mientras se retiraban los últimos asistentes.

—Mi despacho —dijo.

Salí de la sala tras él y subimos por unos anchos escalones de madera que crujían bajo nuestros pies. Entramos en una habitación de cuatro metros de altura con techo artesonado. Las altas ventanas parecían haberse quedado pegadas con la pintura desde los tiempos de Eisenhower. Detrás del amplio escritorio colgaba una foto del alcalde con el presidente y, de fondo, las cataratas del Niágara. Había sido tomada hacía un año, cuando el jefe de la nación pasó por esa parte del Estado. Con su pelo perfecto y un traje que parecía valer más que aquella modesta casa en la que yo había estado hacía un rato, Sanders se las había arreglado para no parecer un alcalde de pueblo, sino el jefe de una corporación multimillonaria.

—¿De qué se trata, señor Weaver? —preguntó tras cerrar la puerta.

—¿Está Claire en casa? ¿Ha aparecido ya?

—De verdad, me tiene confundido.

—La policía ha venido a verme —le dije—. Esta tarde, temprano. Estaban buscando a Claire. No se la ha visto desde anoche. ¿Lo que me quiere decir es que usted no ha denunciado su desaparición?

—Por supuesto que no. —Pero parecía preocupado.

—¿Dónde está, entonces?

—Se ha ido. No veo ninguna razón para revelar su paradero. ¿Y cuál es su relación con esto?

—Anoche vi a su hija —le dije—. Me utilizó para darle esquinazo a

alguna persona, para huir de alguien. Ella debió de creer que la estaban siguiendo.

—¿Lo utilizó? ¿Cómo?

—La llevé en mi coche. Ella…

—Alto ahí —dijo—. ¿Claire estaba en su coche?

—Estábamos frente a Patchett's y me pidió que la llevara. Me reconoció. Conocía a mi hijo. Si no lo hubiera mencionado, lo más probable es que no la hubiera llevado. Dijo que la preocupaba que alguien la estuviera vigilando. No vi cómo negarme.

Sanders parecía evaluarme, como si yo fuera un posible depredador sexual.

—Continúe.

—Me pidió que parara en el Iggy's. Dijo que no se sentía bien. Entró, pero quien volvió a mi coche era otra chica. Se había vestido para parecerse a Claire. Llevaba una peluca. Hanna Rodomski. Las dos le metieron un gol a alguien que podía haber estado vigilándolas.

Sanders se desplazó con pasos lentos hasta el otro lado del escritorio y apoyó las manos en el alto respaldo de su silla acolchada.

—¿De verdad?

—Es cierto —le dije—. Menudo numerito se han montado.

Fingió una sonrisa.

—¿Está seguro de que no se estaban divirtiendo un poco? ¿Pitorreándose de usted?

—No era a mí a quien intentaban engañar. Claire no podía saber que yo aparecería en ese momento. Eso es imposible.

Sanders se encogió de hombros.

—Tal vez no tenía que ser usted. Podría haber sido cualquiera que quisiera llevarla. Una broma pesada.

—No lo creo. Y, si todo ha sido una broma, ¿por qué está implicada la policía?

Sanders movía la lengua por el interior de su mejilla, como si tuviera una piruleta.

—Debe de tratarse de algún tipo de malentendido.

Apoyé las manos en el escritorio y me eché hacia delante.

—Es que no lo puedo entender, me está costando mucho trabajo. Al parecer, la policía cree que su hija ha desaparecido. La están buscando. O están preocupados por ella o creen que está metida en algo y quieren interrogarla. Pero usted no parece preocupado, en absoluto. Estamos hablando de su propia hija. Quizá podría aclararme las cosas.

Sanders vaciló. La gente solía vacilar por dos motivos: por no contarte la verdadera historia o por ganar tiempo mientras pensaban en una buena escapatoria.

—Ya ha visto lo que ha pasado esta noche —dijo.

—¿En esta reunión?

—Así es.

—¿Me está diciendo que hay una conexión entre su hija y el pleito que tiene con los policías de Griffon?

Me dedicó una sonrisa socarrona que dejó al descubierto su perfecta dentadura.

—Como si usted no lo supiera.

—Estoy perdido —le dije.

—Sé cuál es su conexión. Sé qué clase de juego lo trae por aquí.

—¿Conexión? ¿Está hablando de mí y del jefe Perry?

Sanders asintió con suficiencia, como quien dice que no es tonto.

—Sé que es su cuñado.

—¿Y qué?

—Usted pensó que yo no lo sabía, ¿verdad? Me imagino que tendrá intenciones de colarme algo.

—Que usted lo sepa o no me importa un bledo —dije—. Es el hermano de mi mujer. ¿Qué tiene que ver eso?

—¿Cree que soy estúpido? —preguntó—. ¿Cree que soy incapaz de descifrar lo que está pasando aquí? A Perry no le gusta perder influencia, ¿verdad? No le gusta tener uno menos que intimidar. Puede ir a decirle que ya sé lo que pretende hacer. Puede ir a decirle que no está funcionando. No me importa cuántos coches patrulla dedique a vigilarme ni cuánta gente crea que va a poner en mi contra. Porque eso es lo que ha estado haciendo. Está convirtiendo esta ciudad en un «nosotros contra ellos». Aprovecha el miedo para poner a la gente de su lado. Quien no está con el gran Augustus

Perry está del lado de los criminales. Bueno, pues no le va a funcionar. No voy a recular. Él no dirige esta ciudad. Tal vez piense que sí la dirige, pero no es así.

—¿El jefe intenta asustarlo? ¿Lo está acosando?

—Ay, por favor —dijo Sanders—, pero ¿qué estaba pensando?, ¿que podía enviarlo aquí a engañarme para que le dijera dónde está Claire?

—Así que está desaparecida. O escondida.

Sanders sonrió.

—Ella está bien. Y ahí está la puerta, señor Weaver.

—¿Alguien ha amenazado a Claire? ¿Por lo que ocurre entre Perry y usted? —Se limitó a negar con la cabeza—. No me ha entendido —le dije—. Mi preocupación por Claire es genuina. La llevé en mi coche y desapareció bajo mi vigilancia. Tengo que saber… Tengo que saber que está bien.

—Fuera.

—Llámela. Déjeme hablar con ella.

—Fuera.

—Lo único que le estoy pidiendo es que…

Sanders me puso una palma delante de la cara. Un gesto fuerte, aunque delatado por un temblor.

—Ahora —dijo.

16

Al llegar a casa, ella ve un rayo de luz bajo su puerta, así que decide ir a ver cómo está. Quizás se ha quedado dormido con la luz encendida. Si así fuera, la apagaría. Aunque también podría estar sentado en su silla, leyendo. Eso hace a veces, cuando no puede dormir.

Abre la puerta y descubre que está despierto, solo que no en su silla. En sus manos no hay ningún libro ni ninguna revista. Mira al techo, nada más, como si allí se estuviera proyectando alguna película.

—¿Estás bien?

—Solo pensaba —dice él.

—¿En qué? —pregunta ella, aunque se hace una idea.

—En lo que podríamos decir.

—¿Sobre qué?

—Sobre por qué me he alejado.

Nunca había estado tan mal, piensa ella. Esta insistencia en cosas así… Los acontecimientos de las últimas semanas, la inesperada visita de ese chico, lo han alterado. Aunque no solo a él.

—Vale —dice, ya que, en parte, ella siente curiosidad por lo que pudo habérsele ocurrido—, ¿por qué te has alejado?

—He estado en África.

—¡África! —exclama ella.

—En un safari. Y me he perdido. En la selva. En la selva tropical.

—Creo que eso sería en Suramérica —replica ella—. Me parece que no te sería fácil sustentar semejante historia.

—Podríamos trabajarla juntos, así me aseguraría de hacerlo bien.

—Lo que deberías hacer es apagar la luz y dormir —dice.

—¡No! —grita el hombre, y la mujer retrocede. Suele ser pasivo, manejable.

—No me grites —pide ella.

—¡Fui al Ártico! ¡Estaba en una expedición en el Ártico! Y ahora he vuelto.

—Basta. Te estás alterando. Estás diciendo tonterías.

—O tal vez estaba en el desierto. Estaba vagando por el desierto.

La mujer se sienta en el borde de la cama y le pone la mano en la frente húmeda. Le da unas palmaditas suaves.

—No vas a poder dormir si te pones así —dice, tranquilizadora—. Estás demasiado cansado.

Él le coge el brazo con las manos y tira de ella hasta que sus caras quedan a escasos centímetros. Su aliento huele al interior de una vieja bolsa de cuero.

—No te culpo —dice él—. Entiendo. Pero esto tiene que terminar. No puede seguir así para siempre.

Hace tiempo que ella piensa lo mismo.

17

De vuelta en mi coche, saqué el teléfono, busqué el número de mi cuñado, Augustus Perry, y lo marqué.

Algo no me cuadraba: la policía buscaba a Claire Sanders, aunque el padre afirmaba que su hija no había desaparecido. No hacía falta ser Sherlock Holmes para descubrir que me estaba ocultando algo, que me estaba mintiendo. Claire tenía que estar metida en algún lío. Se había esforzado mucho para burlar a quien la seguía.

¿La policía? ¿Un exnovio?

¿Su padre?

Ya que no había podido obtener ninguna respuesta satisfactoria del alcalde, lo mejor era volver a la policía y averiguar qué los había impulsado a empezar esa búsqueda. Pero yo no quería hablar con Haines ni con Brindle. Tenía más sentido ir a la cima. Y, bueno, Augie no tenía una disposición natural a ayudar al marido de su hermana. Me consideraba un asno, más o menos.

Y el sentimiento era mutuo.

Nos las arreglábamos para ser civilizados el uno con el otro en la mayoría de las reuniones familiares, siempre que las discusiones no giraran en torno a la política, la religión o algunos de los temas polémicos de verdad; por ejemplo, la ruta más rápida a Filadelfia o cuánto llovió la semana pasada o quién consume más gasolina.

El verano pasado hicimos una barbacoa en nuestro patio trasero. Ahí, Augie dijo que, si aceptamos que ciertos grupos raciales son intelectualmente superiores a otros desde un punto de vista genético, y que si, además, aceptamos que los grupos raciales intelectualmente inferiores son más propensos a infringir la ley, entonces los perfiles raciales no implicaban racismo en absoluto, dado que podían apoyarse en datos científicos.

—Me encantaría ver esos datos.

—Búscalos —dijo—, están en Internet.

—Así que, si están en Internet, han de ser ciertos.

—Bueno, si los datos son científicos, son ciertos.

—Y, si yo me encontrara en línea con un nuevo estudio que ha determinado que tienes el coeficiente intelectual de un cubo de tornillos, ¿sería verdad? Porque podría encontrarlo en unos cinco minutos.

Su esposa, la sufrida Beryl, tuvo que contenerlo.

Y tengo que admitir que, fuera de su actitud, Augie no era un mal policía. Tenía buenos instintos. Era incansable. Antes de convertirse en jefe y de pasar gran parte de la jornada sentado detrás de un escritorio, llamaba a las puertas día y noche, si era necesario, con tal de encontrar testigos potenciales de algún delito ocurrido en el barrio. Cinco años antes, tras la desaparición de un niño de ocho años, Augie se alejó de su escritorio y participó durante seis días en búsquedas a pie y durmiendo menos de cuatro horas cada noche. Encontró al niño en el sótano de una fábrica de colchones abandonada. El chico se había caído por un agujero en el suelo y no podía salir. Augustus Perry también era un hábil interrogador. Sabía cómo sacarle información a la gente.

Pero yo también sabía que Bert Sanders tenía sus razones. Mi cuñado era un gran partidario de agilizar el sistema judicial. ¿Por qué tomarse todas las molestias de pasar por un juicio, con el único objetivo de animar a un molesto forastero a mantenerse alejado de Griffon, cuando una buena patada en los cojones podía lograr lo mismo en mucho menos tiempo?

Pero los hombres y mujeres bajo el mando de Augustus Perry eran cuidadosos. Se cubrían el culo unos a otros. A nadie le daban una lección delante de testigos. Y cogían sus atajos con la cabeza bien alta, porque, en el fondo de su corazón, creían que estaban haciendo de Griffon un lugar mejor.

El número que marqué era el del móvil de Augie, no el de su casa. Él siempre llevaba su móvil. Sonó varias veces antes de que se activara el contestador.

—Augie, soy Cal. Necesito hablar contigo. Llámame en cuanto hayas escuchado esto.

No pensaba perder el tiempo esperando a que me devolviera la llamada. Estaba dispuesto a hacer un nuevo intento con Sean Skilling. Aún no había terminado con ese chico.

* * *

Volví a casa de los Skilling, una amplia construcción de dos plantas, con garaje triple y tres modelos diferentes de Ford al frente, aunque ninguno de ellos era la Ranger que Sean había estado conduciendo. Aparqué a la vuelta de la esquina, regresé a la casa a pie y, con fuerza, clavé el pulgar en el timbre.

No tardó ni diez segundos en contestar alguien. Era una mujer pequeña, de piel de porcelana y pelo rubio claro a juego. Sin maquillaje, daba la impresión de que le habían drenado toda la sangre.

—¿Hola?

—¿Señora Skilling?

—¿Sí? Soy Sheila Skilling.

—Me llamo Calvin Weaver. —Le mostré mi carné—. Soy detective privado.

—¿Qué quiere?

—Estoy buscando a Sean.

La alarma le devoró el rostro.

—¿Sean? ¿Está bien? —Giró la cabeza—. ¡Adam! ¡La policía está aquí por Sean!

No vi la necesidad de corregirla. Aún no.

—¡¿Qué ha pasado?! —gritó con la voz apagada un hombre. Un momento después, se abrió una puerta y Adam Skilling salió del sótano. Correr escaleras arriba acababa de dejarlo sin aliento. Algo que no era demasiado sorprendente, dado que el hombre daba la impresión de pesar no menos de ciento diez kilogramos. Era un tipo de cara redonda y mejillas carmesí —en ese momento—, bigote y abundante cabellera castaña.

—¿Qué pasa? —preguntó entre jadeos.

—Algo sobre Sean —dijo Sheila. Sus miradas estaban puestas en mí —. ¿Ha habido un accidente o algo así?

Negué con la cabeza.

—Un incidente, más bien.

—Santo cielo, ¿qué?

Saqué mi yo autoritario.

—Estaba haciendo mi trabajo, tratando de sacarle a su hijo algo de información, cuando uno de sus amigos me agredió. Los dos huyeron de inmediato.

—¡Madre mía! —exclamó Adam—. ¿Dónde demonios ocurrió eso?

—En el Patchett's.

—¿Usted es policía? No parece un policía.

—Soy detective privado. Me llamo Cal Weaver. —Por cortesía, volví a enseñarle mi carné—. Preferiría no involucrar a la policía en esto, pero, en gran medida, eso dependerá de su cooperación. Y la de Sean. —Esperaba que no me descubrieran con tanta facilidad como Phyllis Pearce. Miré por encima de sus hombros, hacia el interior—. ¿Está en casa? No he visto su *pick-up* en el camino.

—Está… Está fuera —dijo Sheila—. No sé dónde.

Sin aliento, Adam Skilling se llevó la mano al bolsillo y sacó un teléfono móvil.

—Lo llamaré. Lo haré venir ahora mismo…

—No, aún no —le dije—. Primero tengo algunas preguntas para ustedes. Tal vez podamos aclarar muchas cosas antes de meter a su hijo en esto.

—¿Quién lo agredió?

—No lo sé. Me golpearon por detrás.

—Pero Sean…, *él* no fue —dijo Sheila.

—Me parece que eso podría ayudar a atenuar las cosas —dije. Señalé con la cabeza hacia el salón—. ¿Puedo pasar?

Me condujeron al salón y me indicaron que tomara asiento en el sofá. Sheila y su marido se sentaron frente a mí.

—¿Está Hanna aquí? —pregunté.

Eso lo pilló desprevenidos.

—¿Hanna Rodomski? —reaccionó Sheila Skilling.

—¿Hay otra Hanna? —pregunté.

—No, claro que no. Y no, no está aquí. O sea, es probable que esté con Sean. ¿Hanna también está metida en algún lío?

—Ya te he dicho que esa no es una buena chica —dijo Adam Skilling—. ¿O no?

—¿Se queda aquí? —pregunté.

La madre de Sean se sonrojó.

—Bueno, sé que no es apropiado, es posible, pero sí, alguna que otra noche, ella se queda aquí con…

—Esa chica duerme aquí más que en su propia casa —la interrumpió Adam—. No está bien. Es una mala influencia para el chaval. Algunos días desfila por aquí en ropa interior, como si fuera la dueña.

La mujer le lanzó una mirada.

—Iba al baño. Y no tienes por qué mirar.

Las mejillas del hombre, que más o menos habían vuelto a la normalidad desde aquella apresurada subida de escaleras, volvieron a sonrojarse.

—Y, de todos modos —continuó la esposa—, anoche no estaba en esta casa. De eso estoy segura. Supongo que los dos… durmieron juntos en otro lugar, porque ni siquiera creo que Sean haya pasado la noche aquí.

—Nunca se sabe dónde demonios están —dijo Adam, hinchado como un pez globo—. No te puedes permitir el lujo de quitarles los ojos de encima ni por un minuto.

Sheila le lanzó otra mirada y, esa vez, él pareció tomársela a pecho. Se le escapó una parte del aire y hasta encogió una talla.

—Te quitan años de vida. Eso es todo lo que digo.

Me preocupó el comentario de Sheila: que Hanna no se hubiera quedado ahí la noche anterior. Por los padres de Hanna, tenía la impresión de que la chica no había dormido en su propia casa en las veinticuatro últimas horas.

—¿Cuándo fue la última vez que vieron a Hanna? —pregunté.

—Ayer —dijo Sheila—. ¿A la hora de cenar? —Miró a su marido, quien se encogió de hombros—. Solo que no entiendo. ¿Usted está aquí por Sean o por Hanna? ¿Quien lo golpeó fue Hanna?

—Estoy bastante seguro de que no —dije—, pero estoy aquí por Sean y Hanna. Y por Claire Sanders también.

—Ah, Claire. La conocemos —dijo Sheila, y se volvió a Adam—: ¿No es así?

—Y a su padre —añadió él en tono cansino.

—Cuando me golpearon, yo estaba intentando interrogar a su hijo

acerca de ella —dije—. Estoy tratando de encontrar a Claire, y creo que Sean y Hanna saben dónde está.

—¿Por qué la busca? —preguntó Adam.

Pasé por alto la pregunta.

—Creo que Hanna sabe dónde está, y lo que espero es que Sean pueda ponerme en contacto con ella. Él también estaba buscando a la hija del alcalde; estaba preguntando por ella en el Patchett's. El chico podría pensar que tiene por qué temerme, pero no es así. Mi único interés es encontrar a Claire. Si ustedes me ayudaran con eso, todo lo demás quedará en el olvido.

—¿Ya ha hablado con Bert? —preguntó Adam. Así que ese hombre y el alcalde se tuteaban.

—Sí —dije. Miré el móvil en la mano de Adam—. Este sería un buen momento para invitar a Sean a venir a casa. No le diga que estoy aquí.

Adam vaciló y luego hizo la llamada. El teléfono de Sean sonó unas tres o cuatro veces. Entonces habló el padre.

—Oye, ¿dónde estás? ¿Cómo que dando vueltas? ¿Conduciendo por dónde…? Vale, escucha, no me importa dónde estés. Ven a casa a toda leche… Ya te enterarás cuando estés aquí… Si no has llegado en cinco minutos, puedes olvidarte de esa Ranger. En el lote tengo un Civic de quince años que te vendría genial… ¿Sí? Bien, cinco minutos. —Colgó y me miró—. Debo de haber hecho algo malo en alguna vida anterior para merecer toda esta desgracia.

18

El chico apareció a los cuatro minutos. Las luces de sus faros se metieron por la ventana del salón y se extendieron todo a lo largo. Un segundo después, la puerta de la *pick-up* se cerró de golpe y, dos segundos después, Sean Skilling entró en la casa como un tren desbocado. Pero echó el freno en cuanto me vio sentado con sus padres en el salón. Parecía a punto de darse la vuelta y echar a correr, solo que su padre se puso en pie de un salto y le gritó.

—¡Quieto ahí, señor!

Sean se quedó helado. Pero en los ojos se le notaba que seguía pensando en escapar.

—Ven aquí —dijo Adam, y señaló la sala de estar—. Entra y siéntate. —Le indicó la silla que acababa de dejar libre.

El chico se movía con cautela, como a la espera de que su padre lo atacara antes de que pudiera sentarse, pero llegó a la silla sin incidentes. Adam permaneció de pie. Iba y venía delante de su hijo con pasos cortos, como un boxeador calentando antes de que sonara la campana.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó.

Sean le lanzó una mirada.

—No sé de qué hablas.

Eso podía ser cierto, hasta cierto punto. Debía de preguntarse si yo estaba ahí por Hanna, por Claire o porque su amigo me había dado un puñetazo en la cabeza. No cabía duda de que pasaríamos por todos los puntos antes de que acabara la noche, pero estaba claro que Adam Skilling quería abordar la tercera cuestión de inmediato.

—¿Quién le pegó? ¿Quién golpeó a este hombre? Quiero un nombre —dijo.

—Yo no fui. Yo no le puse la mano encima —dijo.

—Pero viste cómo lo golpeaban, ¿no?

—No lo sé, tal vez…

—Es una pregunta de sí o no. O viste cómo le pegaban, o no viste cómo le pegaban. ¿Y la respuesta es…?

—Adam… —intervino la mujer, un tanto apocada.

—Soy yo quien está hablando, Sheila. ¿Sí o no?

—Sí, vi cómo lo golpearon. Pero estaba oscuro.

—Ay, por favor —masculló Adam Skilling—. ¿Había suficiente luz para veros cuando huisteis juntos? ¿Y si él hubiera quedado inconsciente? ¿Y si hubiera tenido una lesión cerebral o algo así? ¿Quieres acabar fichado? ¿Es eso lo que quieres? Así que te lo voy a preguntar de nuevo: ¿quién golpeó…?

—Señor Skilling —dije con firmeza.

El hombre se dio la vuelta y me miró como si se hubiera olvidado de que yo estaba allí, aunque sus preguntas se referían a mí.

—¿Qué?

—Más tarde podremos llegar a quién fue —le dije.

—Estoy tratando de ayudar, por el amor de Dios.

—Lo sé, y se lo agradezco. —Me volví hacia Sean, que parecía un tanto aliviado—. Por si no lo recuerdas, soy Cal Weaver, y soy detective privado.

—Sé quién es usted.

—Me parece que no entendiste lo que yo estaba buscando cuando te vi en el Patchett's. Estoy buscando a Claire, y creo que Hanna puede ayudarme.

—No sé dónde está. —Pasó una rápida mirada por sus padres—. Lo juro por Dios.

—¿Por qué busca a Claire? —preguntó Sheila—. No entiendo qué ha pasado con ella. ¿Ha desaparecido?

Sean bajó la mirada a la alfombra y movió la cabeza de lado a lado.

—Algo así.

—¿Qué significa eso? ¿«Algo así»? —pregunté.

—Quiero decir que sí, que se ha ido, pero eso no significa que esté «desaparecida». Solo significa que no está.

—¿Y sabes dónde está? —pregunté.

—Le juro que no tengo ni puta idea.

La mano de Adam salió de la nada y abofeteó al chico en un lado de la cabeza.

—Cuida tu maldita boca.

Sean hizo una mueca de dolor, aunque se esforzó por no gritar.

Quizá estaba acostumbrado.

—¿Sabe Hanna dónde está Claire? —pregunté.

Sean vaciló, se mordió el labio inferior.

—No lo sé. Puede que sí. Ella y Claire… como que tramaron esto juntas.

—Entonces tenemos que hablar con Hanna.

Sean no dijo nada.

—¿Dónde está Hanna, Sean? —pregunté.

—No lo sé.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Sheila—. Está prácticamente pegada a ti. ¿Volvió a casa de sus padres?

—Tal vez, pero no lo creo.

La tristeza inundó el rostro de Sheila.

—Oh no, ¿habéis roto?

—Sería la primera buena noticia en esta casa desde hace tiempo —dijo Adam.

—No —contestó Sean con firmeza—, no hemos roto.

Yo tenía la sensación de que ahí había algo más urgente que un romance adolescente en problemas.

—Sean, ¿Hanna y Claire se fueron a algún lugar juntas?

—No lo sé. Empiezo a preguntármelo. El caso es que yo no fui al Patchett's a buscar a Claire.

—No mientas —dijo Adam—. Este hombre dice que te vio allí y que, cuando quiso hablar contigo, alguien le dio un golpe en la cabeza.

—Yo estuve allí, ¿de acuerdo? Admito que estuve en el Patchett's. Pero no porque estuviera buscando a Claire.

Asentí. De repente lo había entendido.

—Estabas preguntando si alguien había visto a Hanna.

Me miró y sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas.

—No sé dónde está. No me contesta al teléfono. No hace caso a mis mensajes.

—Llámala ahora —le dije.

—Probé hace unos pocos…

—Inténtalo y pásame el teléfono.

Lo hizo. Seleccionó el nombre de Hanna en su lista de contactos, lo pulsó y me pasó el teléfono. Yo me lo acerqué a la oreja.

Sonó ocho veces antes de que saltara el buzón de voz.

«¡Hola, soy Hanna! —se oyó una voz alegre—. ¡Deja! ¡Un! ¡Mensaje!». Colgué. Así que su teléfono estaba encendido.

—¿Hanna tiene en su teléfono una de esas aplicaciones de rastreo?

Sean negó con la cabeza.

—No.

—Aun así, que esté encendido significa que podríamos ponernos en contacto con el proveedor y averiguar dónde está el teléfono.

—Dónde *está ella* —dijo.

—Podría haber perdido el móvil, podría haberlo olvidado; incluso podrían habérselo robado —dije—. Quizá por eso no contesta. —Le devolví el teléfono—. ¿Sabes por qué estoy aquí, Sean?

Me miró con cara de «¿Uh?».

—En el Patchett's, usted me dijo que estaba buscando a Claire.

—Así es. Pero ¿sabes por qué soy yo y no otro?

Sean se quedó pensándolo un segundo.

—No, no estoy seguro.

—¿Sabes lo que Claire y Hanna hicieron anoche?

Respondió con palabras pausadas.

—Más o menos.

—¿Se suponía que tú eras el transporte de Claire? ¿Eras tú quien debía recogerla frente al Patchett's?

Eso, para mí, tenía sentido. Era evidente que Claire y Hanna necesitaban a un tercero para su hazaña. Claire se había quedado esperando un viaje que no había llegado. Y ya que Hanna estaba en ello, era lógico que su novio también lo estuviera. Y la vecina de Bert Sanders me había dicho que había visto a Claire, que la noche anterior la habían recogido en un vehículo que podría haber sido el de Sean.

Como el chico no me contestaba, insistí.

—Con toda exactitud, ¿cuándo viste a Hanna por última vez?

—Anoche —dijo—. Sobre las nueve y media o diez o algo así.

—¿Dónde?

—Yo… La dejé en el Iggy's.

—De acuerdo. ¿Y después?

—Me puse a conducir por ahí, nada más. Ya sabe, a dar vueltas.

—Tenías algo de tiempo que matar.

—Más o menos. Pero, entonces, me paró la policía.

—¡¿Qué?! —exclamó su padre con una de esas expresiones que parecen decir «esto no acabará nunca»—. ¿Por qué?

—Me salté una señal de stop. Bueno, en realidad no. Lo que quiero decir es que no pasé como si nada, ¿sabes? Hice una de esas paradas sin dejar de rodar. Casi hice un alto total. Pero allí estaba al acecho un poligrifo. Tocó la sirena y me detuvo. —Sacudió la cabeza con disgusto—. Ya sabes cómo son en esta ciudad: cualquier cosita, sobre todo si tienes mi edad o eres de fuera o eres como Dennis y tu piel no es tan blanca como la de los demás.

Adam había cerrado los ojos por un instante. Tal vez pensaba que, si los cerraba con suficiente fuerza, al abrirlos de nuevo, todos habríamos desaparecido.

—Y me tuvieron allí quieto una eternidad mientras comprobaban la matrícula y el carnet, pero está totalmente limpio, ¿de acuerdo? Así que, cuando el policía por fin volvió, se limitó a advertirme de que siempre me detuviera del todo.

—¿No hubo multa? —dijo su madre.

—No —dijo el chico, y sonrió, agradecido de que, al menos, algo hubiera salido bien.

También me ayudó a encajar una pieza en ese rompecabezas. Por eso no pudo llegar al Patchett's: no pudo recoger a Claire para llevarla al Iggy's, donde Hanna lo estaba esperando.

—¿Hiciste alguna llamada mientras esperabas a que el policía comprobara tu carné? —pregunté.

Pareció sorprenderse.

—Sí.

—¿Para decirle a alguien que ibas a llegar tarde o que no ibas a llegar?

En ese momento él también se estaba dando cuenta de todo. Yo podía verlo en sus ojos. Me tocó ser su suplente. Sean había llamado a Claire para decirle que estaba retenido y ella le había dicho que intentaría hacer autostop.

—No entiendo en absoluto lo que está pasando —dijo Sheila—. ¿De qué hablan?

—¿Qué hiciste entonces, Sean? —pregunté.
—No sabía qué hacer, salvo esperar.
—¿Esperar a qué?
—Una llamada telefónica, supongo. Para hacerme saber que las cosas habían salido… bien.
Sheila volvió a interrumpir.
—Aún no…
Levanté la mano para hacerla callar. Por fin estábamos llegando a alguna parte.
—¿Recibiste una llamada? —pregunté.
Una lágrima le corría por la mejilla.
—Sí —asintió.
—¿De quién?
—De Hanna.
—¿Qué te dijo?
—Hablaba deprisa. Dijo que las cosas se habían puesto jod… —Miró a su padre—. Que todo se había liado un poco, pero que más o menos había salido bien, que habían hecho el cambio; solo que ella estaba como asustada.
—¿El cambio? —preguntó Adam.
Volví a levantar la mano.
—¿Qué has querido decir con «asustada»? —le pregunté.
—Dijo que acababa de bajarse del coche de un tipo y que llovía, que estaba empapada y necesitaba que la llevaran. La oí muy disgustada.
—Me acabas de decir que antes la habías visto por última vez. ¿Pero no fuiste a recogerla, entonces? En ese momento, la policía ya había acabado contigo, ¿no es así?
—Sí, y yo iba a ir a recogerla. Ella estaba a punto de decirme dónde encontrarla, y entonces me dijo, y no te enfades, papá, porque fueron sus palabras exactas, «Mierda, aquí están esos».
—¿Quiénes son «esos»? ¿Los mismos a quienes Claire intentaba perder?
—No lo sé.
—¿Qué dijo Hanna entonces?
—Nada. La llamada se cortó. No llegué a saber dónde la habían

dejado.
Yo sí lo sabía.

19

—Sean y yo tenemos que salir —les dije a los Skillings.

—¿A qué? —preguntó la madre mientras todos nos poníamos en pie.

Me volví hacia Sean.

—Vamos a ver si podemos encontrar a Hanna, ¿verdad? —expliqué.

Él asintió.

—Sí.

—No sé… —murmuró el padre.

—Agradezco mucho su colaboración y la de su hijo —dije—. En consideración a eso, me inclino por dejar pasar aquel otro asunto.

Los padres sopesaron mis palabras. Sheila fue la primera en hablar.

—Ayuda a este hombre tanto como puedas, Sean.

—Sí —convino Adam—, hazlo.

Mientras su hijo y yo nos dirigíamos a la puerta, Sheila volvió a hablar.

—Y no tardéis demasiado. —Como si fuéramos al cine.

—He aparcado a la vuelta de la esquina —dije una vez fuera.

Recorrimos la corta distancia en silencio. Pulsé el mando a distancia para desbloquear las puertas y nos subimos al Honda.

—¿Adónde vamos? —preguntó mientras se pasaba el cinturón de seguridad por encima del hombro.—Yo fui quien llevó a Claire anoche —le dije—, puesto que no apareciste en el Patchett's.

—Ya me lo estaba imaginando, pero ¿por qué llamarlo *a usted*?

—No me llamó. Yo estuve en el lugar preciso en el momento preciso. O el lugar equivocado en el momento equivocado, según lo mires. Iba pasando en el coche y me había detenido en el semáforo. Claire había estado esperándote allí, y, cuando llamaste para decirle que no podías llegar, golpeó mi ventanilla para pedirme que la llevara. Le iba a decir que no, pero me reconoció, me dijo que conocía a Scott. Así que le dije que de acuerdo.

—Si no me hubieran detenido —dijo Sean—, yo habría estado allí.

Ese estúpido policía me estaba tocando las narices sin ningún motivo.

Puse la llave en el contacto, le di la vuelta y pisé un poco el acelerador.

—Sí. Así que déjame adivinar cómo ocurrió todo: llevaste a Claire al Patchett's. Luego recogiste a Hanna y la llevaste al Iggy's para que esperara a Claire.

—Sí. Pensamos que nadie me iba a seguir después de que hubiera dejado a Claire. Iban a reunirse de regreso al Patchett's.

—Vale. Después de haber dejado a Hanna, ibas a volver a por Claire para llevarla al Iggy's. Harían el cambiazo, y Hanna, con esa peluca, haciéndose pasar por Claire, se subiría a tu coche. ¿Cómo voy?

—Bien —dijo, con la mirada al frente.

—Hanna me engañó durante un minuto, pero supongo que estuvo bien, porque no era a mí a quien tenía que engañar. Así que esto es lo que me pregunto, Sean. —Me miró—. ¿Quién la está siguiendo?, ¿de quién se trata, que Claire se ha tomado tantas molestias para alejarse de él? ¿Y quién la recogió después de que Hanna ocupara su lugar?

Sean sacudió la cabeza.

—No lo sé.

—Estás mintiendo.

—De verdad, tío, no sé de qué coño va todo esto. —Su padre ya no estaba ahí para darle una bofetada, y yo no iba a hacerlo. Me sentí tentado, aunque no por su lenguaje soez.

—¿Estuviste de acuerdo en ayudar sin saber nada de nada?

—Claire no me habló del tema. Ella y yo…, bueno, desde que dejó a mi amigo, no nos llevamos tan bien como antes…

Cerró la boca.

—¿A tu amigo? —le pregunté.

—Sí —dijo—, tengo un amigo con quien ella solía salir, pero luego empezó a verse con otro tipo.

—¿Cómo se llama tu amigo?

—No importa.

—¿Es el que me golpeó en la cabeza?

Sean me lanzó una mirada cautelosa.

—No tenía intenciones de hacerle daño ni nada. Pensó que usted venía a por mí. Solo intentaba protegerme.

—De acuerdo —acepté—. ¿Quieres que vuelva para preguntarles a tus padres a quién de tus amigos dejó Claire Sanders hace poco? ¿Cuánto tiempo crees que me llevaría conseguir el nombre?

Sean parecía dispuesto a rendirse.

—¿Lo va a denunciar?

—No —le dije.

—¿Va a meterlo en un maletero o algo así?

Miré a Sean y luego a la calle.

—No, no lo haré.

—Se llama Roman.

—¿Roman? —pregunté—. ¿Roman Ravelson? ¿El hijo de los de la mueblería?

—Sí.

—¿No es un poco mayor para Claire? —Yo sabía que tenía veintiún años.

—Es igual —dijo—. Ella rompió con él, de todos modos. Ahora se ha enterado de lo que se siente, así que podría volver con Roman, aunque tengo mis dudas.

—¿Qué?, ¿alguien la dejó?

—Empezó a salir con otro chico, Dennis. No sé bien de dónde es, pero no es de aquí. Estuvo en Griffon solo por un trabajo de verano, y ella estaba superenamorada, pero luego supongo que él quería marcharse y volver a su lugar de origen. Claire quedó destrozada, y, si quiere saber mi opinión, se lo merecía.

Había oído ese nombre esta misma noche.

—¿Dennis es el chico negro que mencionaste?

—¿Qué?

—Cuando les contaste a tus padres que la policía te había detenido, dijiste que paraban a gente de tu edad, a los de fuera o a gente como Dennis, que no es tan blanco como todos los de por aquí.

—Ah, sí. Es negro. —Se encogió de hombros—. Esta es, todavía, algo así como una ciudad blanca, ya sabe. No digo que eso sea

malo. Es solo que algunos de los de aquí se asustan cuando ven a un negro.

Sean no se equivocaba.

—Así que, aunque estás enfadado con Claire, anoche decidiste ayudarla.

—Hanna me lo pidió, por eso lo hice. Dijo que Claire estaba siendo acosada o algo así y que necesitaba escapar.

—¿De quién? ¿De Roman?

—No lo sé. O sea, ¿qué quiere que le diga?, Roman ha querido hablar con Claire sobre por qué lo dejó. El tipo merece una explicación, ¿no? Ella no le cogía el teléfono. Dejó de enviarle mensajes de texto, porque él como que se pasó de la raya.

—¿Mandando mensajes de texto? ¿Cómo pudo haberse pasado de la raya?

—Ah, no, tío, no puedo hablar de eso. Olvide lo que he dicho.

—Sean.

—Vale. Sí sabe que en un mensaje de texto se puede enviar algo más que palabras, ¿verdad? ¿Que uno puede enviar fotos?

—Lo sé.

—Vale. Resulta que, después de que Claire hubiera roto con Roman, él le envió una foto de lo que se iba a perder.

Sean se sentía bastante seguro de que lo estaba entendiendo.

—¿Me estás diciendo que le envió una foto de su polla?

Sean se encogió de hombros.

—Más o menos.

—Y no a media asta, supongo —comenté.

—Mire, no es para tanto. Todo el mundo lo hace. Se envían entre sí fotos cachondas. Pero, como habían roto, a Claire no le gustó.

—¿Y Dennis supo que Roman enviaba ese tipo de fotos?

—No lo creo. De haberlo sabido, tal vez habría intentado matarlo. —Sacudió las manos como si quisiera despejar el aire—. Pero, mire, no creo que Claire estuviera intentando darle esquinazo a Roman. O sea, Hanna no me habría pedido ayuda si mi propio amigo estuviera involucrado. Eso no estaría bien.

—Así que no tienes ni idea de quién podría haber estado siguiéndola.

Se lamió los labios.

—Lo juro: no conozco los detalles. Hanna me ha dicho que Claire no le explicó lo que estaba ocurriendo. Ni siquiera a ella.

—¿Podría haber sido la policía?

—Ya se lo he dicho: no lo sé. Esas son cosas que debería preguntarle a Hanna. Se suponía que yo solo tenía que conducir, ¿vale?

—¿Qué me dices del padre de Claire?

—¿Qué tiene que ver?

—¿Podría ser él a quien ella estuviera tratando de dar el esquinazo?

Sean no contestó de inmediato.

—¿Adónde vamos?

—A donde dejé a Hanna. Y no has respondido a mi pregunta. ¿Podría Claire estar tratando de alejarse de su padre?

—¿Qué?, ¿cree que él la ha estado siguiendo?

—Eso te estoy preguntando. ¿Cuál es la historia de Claire y su padre? ¿Se llevan bien?

—Supongo que se llevan bien. Vive con él y no con su madre. Creo que eso revela algo de cómo se llevan. Ella no quiso irse a vivir a Canadá y alejarse de todos sus amigos. El nuevo marido de su madre es aún más raro que su padre. Quizás Claire pensó que estaba mejor aquí.

—¿Qué tiene de raro Bert Sanders?

—Se dicen cosas.

—¿Qué clase de cosas?

—No lo sé. Solo que, ya sabe, aunque el tío es un poco viejo, es muy activo, de verdad. No sé de dónde saca tiempo para vigilar a Claire.

—¿Estás hablando de mujeres? ¿Tiene muchas amigas?

—Sí. Claire dice que, en muchas cosas, es un engreído. Por ejemplo, con respecto a lo que está bien y lo que está mal y tal. Y también dice que le tira mucha mierda a la policía, lo cual, a mi parecer, es muy buena idea: sin embargo, cuando se trata de conseguir algo, ahí está metido. Eso avergüenza a Claire. Más o menos. Hanna me contó que una vez… No, quizá no debería decir nada.

Esperé.

—Una vez, Claire volvió a casa del instituto a mediodía. Se sentía mal, ¿ve? Su padre estaba en casa, y ahí estaba también una mujer, justo en el salón, con la cabeza metida en el regazo del tipo. —Sean me miró—. ¿Sabe a qué me refiero?

—Sé a qué te refieres. ¿Quién era la mujer?

—No, qué coño, ¿cómo voy a saberlo? No creo que ni siquiera Claire lo supiera. Solo vio lo que estaba pasando… —Hizo una pausa —. No estoy tratando de hacerme el gracioso, pero, cuando ella vio lo que ocurría, echó a correr.

—¿Claire le tiene miedo a su padre?

Me dirigió otra mirada.

—Todos les tenemos miedo a nuestros padres. Y a las madres, sobre todo.

Mi mente divagó un momento. ¿Scott me había tenido miedo? ¿Y a Donna? No lo creía. Fuimos buenos padres.

Excepto cuando no lo éramos.

—Sí, pero hay miedos y «miedos» —le dije—. Temes que tus padres se enteren de cosas que has hecho y que no aprobarían. Tienes miedo de que lo sepan y haya consecuencias. Quedas castigado, pierdes el privilegio de conducir. Acabas con un Civic, en lugar de esa bonita camioneta que conduces. Así es con todos los niños. Pero luego hay padres que van demasiado lejos. Que se pasan de la raya. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Sí.

—¿El padre de Claire se pasa de la raya?

—No sé de qué habla —dijo Sean—. ¿Se refiere a abofetearla o cosas así?

—Dímelo tú.

—No lo creo. Nunca la he visto con moratones ni nada parecido.

—¿Y abusos de otro tipo?

Sean puso cara de haber comido algo malo. Negó con un contundente movimiento de cabeza.

—De ninguna manera. Quiero decir, no lo creo. —Hizo una pausa—. Si acaso, el padre de Claire se preocupa demasiado. También puede ser algo difícil de soportar.

—¿Tus padres se preocupan demasiado? —pregunté.

—A veces me gustaría que se preocuparan un poco menos. Mi padre está encima de mí todo el tiempo, y está cabreado porque a Hanna eso no la afecta y tal; pero es que a los padres de Hanna no les importa mucho lo que ella haga. En ese sentido, tiene suerte.

Así que, para esos chicos, ¿eso era lo que definía la suerte? ¿Unos padres a quienes no les importabas una mierda? Me pareció recordar que de Hanna estaban preocupados por algo. Un asunto en el que ella estaba metida con su novio y que podría acabar dándole una patada en el culo.

—Tú y Hanna tenéis algo aparte —afirmé—. Un asunto de hacer dinero.

Sacudió la cabeza. Acababa de tocar fibra sensible.

—¿Qué?

—¿Qué pasa? —Pensé de inmediato en Scott—. ¿Estáis vendiendo algo? ¿Drogas?

—Madre santa, no.

—Estáis haciendo algo. Los padres de Hanna mencionaron que teníais algo.

—No es nada. No es para tanto. Es… Mire, todo el mundo lo hace.

—¿Todo el mundo hace qué?

—Bebidas —dijo Sean—. Nada del otro mundo. O sea, todo el mundo sabe que puedes ir al Patchett's a tomar algo, siempre que no parezcas tener doce años. Pero no todo el mundo quiere beber allí. A veces quieres hacer cosas en casa o en otro sitio, ¿o no?

—Como cuando los padres no están.

Sean me miró.

—A veces.

—¿Y dónde encajáis Hanna y tú?

Sean suspiró.

—Tío, no se rinde, ¿verdad?

—Algo está pasando, Sean: algo con Claire. Aún no sé lo que es, pero me ayuda que respondas a mis preguntas. No busco crearte problemas. Solo quiero encontrar a Claire.

—Lo que Hanna y yo estamos haciendo no tiene nada que ver con Claire.

—¿Por qué no dejas que yo decida eso?

Otro suspiro.

—Vale, pues. Conseguimos cosas que la gente quiere: ya sabe, bebidas, y nosotros se las vendemos.

—Tú y Hanna. ¿Y usas tu Ranger?

—Sí.

—¿Solo a los amigos?

—A cualquiera, más bien. Se corre la voz. La gente tiene un par de números. Llaman y dicen que necesitan un poco de whisky o vodka o cerveza o lo que sea. Nosotros se lo llevamos.

—Con un margen de beneficio.

—Bueno, sí, no lo hacemos a cambio de nada.

—¿Cómo conseguís todo? Tú y Hanna no tenéis edad para comprar alcohol a granel.

Sean mantuvo los labios apretados.

—Déjame adivinar —dije—. Necesitas a alguien que tenga veintiún años para recoger todo lo que necesitas. Roman.

Me miró. Él no tenía que admitirlo. Me daba cuenta por su expresión.

—¿Roman se lleva una parte de lo que ganáis Hanna y tú?

Sean asintió.

—¿Y solo trabajáis en Griffon?

Sean sacudió la cabeza.

—Vamos un poco por todas partes: Lewiston, Niagara Falls, Lockport, si el pedido es lo bastante grande. Antes era fácil cruzar la frontera y comprar algo, pero ahora hay que tener pasaporte para entrar y salir de Canadá, así que hay más chicos y tenemos que hacerlo de este lado. Hay cierto mercado, ¿sabe?

—¿Cuánto ganas?

—Por lo general, solo lo hacemos los sábados; quizá también algún viernes por la noche. Llegamos a ganar unos doscientos.

Sonreí. Era toda una empresa, sin duda. Pero algo arriesgada, también: conducir por barrios desconocidos en una *pick-up* llena de licor y con grandes sumas de dinero. Algo bastante tonto, ya que estamos.

Seguimos rodando en silencio durante un minuto.

—Tengo una última pregunta para ti: no sobre Hanna ni Claire ni nada de esto —comenté. Sean esperó—. En el Patchett's, cuando te dije cómo me llamaba y me preguntaste si yo era el padre de Scott, lo primero que dijiste fue que no sabías nada de lo que le había pasado.

—Y no sé nada.

—Pero es que ni siquiera te lo había preguntado. Saliste muy rápido con eso.

Se quedó callado durante unos segundos.

—Tengo otro amigo, Len Eggleton. Quizá sepa de quién hablo. —No dije nada—. Len me contó que, una noche, un tipo fue a verlo. Le dijo que quería saber quién le había vendido a su hijo algo de éxtasis. Mi amigo me explicó que este tipo había oído el rumor de que traficaba con eso, aunque, por lo que yo sé, Len nunca ha estado metido en cosas así. Solo hierba, ya sabe. —Yo seguía sin decir nada—. Vale. Como sea, Len le dice que no, que de ninguna manera, que nunca le vendió ni le dio éxtasis a su hijo. El tipo, entonces, le dice que de acuerdo, que está bien, pero que, si Len no fue quien se lo dio, quizás sabía quién lo había hecho. Mi amigo contesta que ni de coña, que no tiene ni idea. Entonces el tipo le dice que lo piense, que tal vez necesita tiempo para meditar su respuesta, así que lo agarra y lo mete en el maletero del coche del propio Len. Mi amigo es un claustrofóbico de libro y está a punto de perder el control. Así que el tipo lo deja salir, y da la impresión de que ahora le cree, de que se ha dado cuenta de que, en realidad, Len no sabe quién le dio el éxtasis al chico. Sin embargo, lo advierte de que, si le cuenta a alguien lo que acaba de pasar, va a correr la voz de que se chivó. Len estaba cagado de miedo, así que nunca le contó nada a sus padres ni a la policía ni a nadie, excepto a mí y a otro par de amigos.

Se hizo un gran silencio en el coche.

—Por eso —concluyó Sean—, en cuanto lo vi a usted, le dije de inmediato que no sabía nada. Porque no quería terminar en un maletero, como Len. Por eso Roman lo derribó. Vino a salvarme el pellejo.

Le lancé una mirada de sorpresa, pero no dije nada. Desvié el

coche hacia el arcén y lo estacioné.

—Hemos llegado —le dije—. Aquí es donde dejé a Hanna.

20

Ambos salimos y nos quedamos un momento en el fresco de la noche. A diferencia de veinticuatro horas antes, ya no llovía. Se oía el ruido del tráfico lejano y, de vez en cuando, algún que otro vehículo pasaba junto a nosotros. Aparte de eso, todo estaba muy tranquilo.

Unos cuantos coches más adelante, la luz del semáforo cambió. Los comercios estaban cerrados y, en las casas que se interponían entre negocio y negocio, había pocas luces encendidas.

—¿La dejó salir aquí? —preguntó Sean—. Esto es como estar en medio de la nada.

—Ella quiso saltar cuando el coche estaba en movimiento. Tuve que parar. Y no podía obligarla a quedarse. —No solo estaba intentando convencer a Sean, sino también a mí mismo.

—Me parece una solución de mierda —dijo.

Fui a la parte trasera del coche y, con el mando a distancia, abrí el maletero. Sean se giró apurado.

—No te preocupes, solo voy a sacar una linterna —expliqué.

Cogí la pesada Maglite que guardaba allí junto con otras herramientas del oficio, como un casco de seguridad de color naranja chillón que, cuando te lo ponías en la cabeza, te permitía entrar en casi cualquier sitio; un ordenador portátil, una pequeña impresora; e incluso un chaleco de kevlar que guardaba de mis tiempos de policía y que nunca me había puesto desde entonces. Cerré el maletero, me acerqué a Sean y encendí la luz.

—Cuando saltó fuera del coche —le dije—, corrió hacia ahí.

—¿Qué estamos haciendo en este lugar? —preguntó—. No le encuentro ningún sentido.

—Cuando Hanna te llamó, lo hizo desde aquí. Lo último que hizo fue mostrarme que tenía un teléfono. Yo interpreté eso como que iba a llamar a alguien para que viniera a por ella.

—Sí —dijo.

—Y te llamó, pero la interrumpieron. Ahora mismo, por lo que

parece, por lo que sabemos, eres la última persona que habló con ella. Sucedió por aquí, así que quiero echar un vistazo por los alrededores. Ahí, junto a estos arbustos, es donde se deshizo de la peluca.

Dirigí el haz de la linterna en torno a los arbustos. Primero moví la luz por la parte baja. Luego, más arriba, por si la peluca se hubiera enganchado en una rama antes de caer al suelo.

—Ahí —dije.

Nos acercamos. Me arrodillé y cogí la peluca. Al principio, con cierta timidez, como si fuera una parte de un animal atropellado.

—¿Esto se parece a su peluca? —pregunté.

—Eso creo —contestó Sean.

—Yo también. ¿Cuántas pelucas podría uno encontrar a un lado de una calle?

—Pues eso.

Me levanté y oí crujir mi rodilla. Volví al coche, abrí la puerta y dejé la peluca en el asiento trasero.

Señalé la intersección.

—Vayamos por aquí. Cuando Hanna llegó a la esquina, giró a la derecha.

Seguí pasando la linterna por la acera, como si fuera un bastón blanco. No sabía lo que estaba buscando, si estaba buscando algo, pero me parecía un acto detectivesco. Al llegar a la esquina, vi que la calle transversal solo se extendía unos cien metros antes de llegar a un puente corto. Justo de nuestro lado, a la derecha, había una casa que parecía haber sido derribada por un vendaval y vuelta a enderezar por el siguiente. Tablas torcidas, aleros sueltos… Pero ahí había actividad. En el porche desvencijado, tres personas bebían cerveza sentadas en lo que alguna vez, quizá en otro milenio, fueron sillas de salón. Por aquel entonces el relleno se escapaba en un estallido.

—Hola —saludé cuando estuvimos frente a la casa.

Había dos mujeres corpulentas y, en medio de las dos, un hombre delgado y barbudo. Los tres tenían unos sesenta años, supongo, y estaban disfrutando de una noche de juerga al aire libre.

—Hola —dijo el hombre—. ¿Qué tal la noche?

—Muy buena —respondí—. Me llamo Cal. Este es mi amigo Sean. Nos preguntamos si podrían ayudarnos.

—¿Están perdidos? —preguntó—. Porque no me imagino a nadie caminando por aquí de noche, a menos que estuviera perdido.

Las mujeres soltaron una suave carcajada.

—Estamos buscando a una chica —expliqué.

—Puedes quedarte con estas dos —contestó, y las mujeres rieron un poco más. Reí con ellas, como prueba de que sabía apreciar las réplicas ingeniosas.

Sean se estaba alejando rumbo al puente. Por lo que pude ver, la construcción salvaba poco más que un arroyo. Tendría unos trece metros de largo, apenas.

—Anoche, como a esta hora, una chica pasó corriendo por aquí —dije—. Estaba lloviendo. Puede que estuviera hablando por el móvil.

—¿Y cómo es? —preguntó una de las mujeres.

—Tiene unos diecisiete años, mide como uno sesenta y cinco, es delgada, y lleva el pelo corto y rubio —les dije—. Creemos que, mientras ella hacía la llamada, alguien pudo haberse detenido. Tal vez para llevarla.

—¿A qué hora entramos en casa anoche? —preguntó una de las mujeres al hombre.

—Ni siquiera nos sentamos aquí —contestó él—, porque estaba lloviendo. Hicimos nuestra fiesta nocturna ahí dentro.

—Es cierto. No estuvimos aquí para nada —dijo la segunda mujer.

Yo intentaba seguir lo que decían, aunque sin perder de vista a Sean. El puente tenía dos farolas en cada extremo. Él estaba ahí, asomándose por la barandilla derecha.

—¿No oyeron nada en absoluto? —pregunté—. ¿Nada fuera de lo normal?

—No. Con excepción de lo de Mildred, que tenía unos gases terribles. —Señaló a la mujer de su izquierda. Hubo más carcajadas.

—Y esos malditos perros —dijo Mildred.

—¿Qué perros?

El hombre tomó la palabra.

—No han parado en todo el día, como si estuvieran peleando por algo. Hace poco que se calmaron.

—¿Dónde?

El hombre señaló en dirección a Sean. Giré la cabeza: el chico estaba al otro lado del puente, inclinado sobre la barandilla, mirando hacia la oscuridad, y gritó.

—¡Venga! ¡Venga aquí! —Corrí—. Ahí abajo —señaló en cuanto estuve a su lado—. Parece que ahí abajo hay algo.

Encendí la linterna e iluminé el fondo. El agua corría a lo largo de un lecho de grava. Quizá el arroyo no tenía más de quince centímetros en su punto más profundo. A lo largo de la orilla, cerca del estribo, entre la tierra y las hierbas, había algo de color más claro.

Pasé la luz por encima. Me pareció distinguir un pie, y una pierna, y hasta una rodilla. Muy dañados. No iba a poder ver nada más hasta que me metiera ahí abajo.

Sean también empezó a bajar, pero lo agarré del brazo.

—Tú quédate aquí —ordené.

—Es que tengo que ver si…

—Quédate aquí —repetí con más firmeza.

Corrí hasta el final del puente. Me abrí paso entre la maleza y las hierbas altas que cubrían la cuesta hasta el arroyo. Resbalé un par de veces al dar con el pie en una botella o una lata de cerveza y estuve a punto de caer. Pero, con la luz por delante, pude abrirme paso hasta la ladera del estribo.

Era un cadáver. Y un desastre.

Por lo que alcanzaba a ver, se trataba de una mujer joven con el pelo corto y rubio. Llevaba la misma ropa que Hanna la noche anterior. Una buena parte de ella, al menos.

Estaba desnuda de la cintura para abajo.

Yacía de lado, con las piernas dobladas y las rodillas apuntando hacia el arroyo. Le iluminé la cara. Me aseguré lo más posible de que se trataba de la chica que había aparecido en mi coche cuando salí del Iggy’s.

—Madre de Dios —murmuré.

Dentro de la chaqueta, apretado contra mi pecho, sonó el móvil. Fue como si alguien me hubiera puesto encima las palas de un desfibrilador.

Saqué el teléfono y estuve a punto de dejarlo caer junto al cadáver. Antes de ver quién llamaba, ya tenía el móvil en la oreja.

—Hola —respondí.

—Me has dejado un mensaje —dijo Augustus Perry. Sonaba enfadado—. ¿Qué quieres?

—El motivo por el que te he llamado ha cambiado. Algo nuevo acaba de ponerse a la cabeza de la lista.

21

Mira por la ventana y ve que su chico está llegando. Bueno, no es un chico, en realidad. Ya es un hombre. Pero ¿no es así como las madres ven siempre a sus hijos?, ¿como niños?

—He venido solo por un par de minutos —anuncia él después de cruzar la puerta—. Llevo toda la noche dando vueltas, apagando fuegos, y aún no he terminado. Pero quería ver cómo está.

—Liquidado —dice ella.

—¿Le has dado algo?

—No, pero puede que tenga que hacerlo. Necesita dormir.

—Estoy haciendo lo posible —responde él—. Todo esto se arreglará.

La madre niega con la cabeza, dubitativa.

—Empezamos con un gran problema y tú lo has convertido en dos.

Está a punto de decir algo más, pero se muerde los labios. Sin embargo, él sabe lo que ella ha estado a punto de decir: que, para empezar, si no fuera por él, no tendrían este problema en el sótano.

—Ya te he dicho que lo voy a arreglar. Hay un par de cosas que podría hacer antes de mañana.

—Más te vale, porque siento que todo esto está a punto de estallarnos en las manos. Es como estar a la espera de que dé otro paso y, cuando lo haga, bajará sobre una mina. —Suspira.

—No eres más que una tormenta de ideas tras otra.

Él, cansado, se sienta a la mesa de la cocina.

—Por Dios, lo único que quiero es que las cosas vuelvan a la normalidad. Nada ha sido normal, nunca.

—Algunas personas nunca tienen una vida normal —dice ella—. Eso es así. —Inspecciona la habitación, pero, en realidad, mira más allá. Y, cuando habla, lo hace más para sí misma que para su hijo—: Es como si todos estuviéramos prisioneros. Hace años que no tengo vacaciones.

—Y yo no he tenido vida —dice él—. Esto lo eclipsa todo. No me extraña que esa mujer haya roto conmigo.

—No era la mujer adecuada para ti. —Para la madre, ninguna de

sus novias había sido la adecuada—. ¿Qué te ha dicho ella, exactamente?

—En realidad, no ha dicho nada. Rompió, nada más. Pero sé por qué: se daba cuenta de que algo no iba bien. O sea, ni siquiera podía traerla aquí para que os conocierais. Ha tenido que ser en una cafetería. A ella debía de parecerle raro que, en esta casa, todo estuviera prohibido.

La mujer se lleva la mano a la frente. Es tarde y está agotada.

—Tienes cosas más importantes de las que preocuparte: encontrar a esa chica y, luego, al chico; asegurarnos de que él no nos haga daño.

—Lo sé. No hace falta que me lo sigas diciendo.

—Incluso después de que los hayamos encontrado y hayamos lidiado con ellos, es posible que tengamos que hacer algunos cambios por aquí —comenta ella, y baja la mirada al suelo, como si sus ojos pudieran atravesarlo.

—Voy a bajar a verlo.

—Algo pasa con su cuaderno —deja caer ella.

—¿Qué quieres decir?

—Nunca está donde yo pueda verlo. Dice que escribe cuando ya me he ido. Eso no es propio de él. Me preocupa lo que pueda estar escribiendo. Necesito que bajes y lo encuentres.

Él baja las escaleras, se ausenta varios minutos.

—No está ahí. No lo he encontrado por ninguna parte —le dice a su madre cuando regresa.

—¿Qué te ha dicho?

—Le he preguntado qué ha hecho con él. Me ha dicho que no se acordaba.

—Dime que él no…

—Creo que sí. Creo que se lo dio al chico.

La mujer cierra los ojos, como si la aquejara un dolor físico.

—No tiene importancia —dice él—. Son puros disparates. No tienen ningún significado.

Ella niega con la cabeza.

—Tal vez, pero hay fechas, y todo está escrito de su puño y letra.

22

Cuando Scott tenía doce años, se le ocurrió una idea para una película. Nos la explicó a Donna y a mí durante la cena.

—Se trata de un tipo que viene a la Tierra desde otra galaxia. O quizá sea desde esta, como desde Marte, o algo así; eso no es muy importante. Pero viene aquí con ganas de ver cómo es la gente de la Tierra. Tiene que adoptar una forma humana para que nadie vea cómo es en realidad, porque resulta un poco asqueroso. Por toda la cara tiene cosas semejantes a gusanos y tal, aunque podrían ser vasos sanguíneos.

—Ajá —le dije, con la vista fija en mis fideos.

—Al principio, yo pensaba que el papel podía interpretarlo alguien como Arnold Schwarzenegger, pero, en realidad, este no es como el de *Terminator*, así que tengo que pensarlo un poco más. Su misión es hacerse amigo de una persona y estudiarla. Elige a alguien al azar y observa todo lo que hace su elegido y cómo este interactúa con otros terrícolas. Pero lo que el alienígena no sabe es que ha elegido a un tipo muy empollón y friki que apenas tiene amigos y que, por lo tanto, no se relaciona mucho con otros terrícolas. Así que el extraterrestre regresa a su planeta e informa de que todos los terrícolas se sienten solos, que son infelices y no encajan, porque son raros y les gustan cosas que a nadie más le gustan.

Donna y yo no dijimos nada por un momento.

—¿Así es como acaba? —pregunté.

Scott negó con la cabeza.

—No, no, tiene un final feliz. El extraterrestre vuelve, coge a la persona a la que ha estado siguiendo y se lleva a su propio planeta porque le ha dado pena. Y, como todo el mundo piensa que el terrícola es muy guay e interesante, lo hacen feliz y este deja de pensar en suicidarse.

Donna se tapó la boca con la mano, se levantó y salió de la habitación.

—¿Ha sido lo de los gusanos? Podría quitarlo, si es tan asqueroso

—dijo Scott.

* * *

No sé por qué me vino ese recuerdo a la cabeza cuando colgué, tras mi breve conversación con Augustus Perry, y volví al puente, donde me esperaba Sean Skilling. Por supuesto, desde la muerte de mi hijo, cada cinco minutos se me aparecían escenas con él. Scott siempre estaba ahí, apenas sumergido, sin importar lo que yo estuviera haciendo.

Tal vez había sido la noción de los finales felices, de lo esquivos que pueden ser y de cómo no son iguales para todos. Scott, un niño friki trasplantado a otro mundo, a millones de kilómetros de casa, encuentra su final feliz entre alienígenas que aprecian su singularidad. Pero ¿ha sido un final feliz para los padres que dejó atrás?

Estaba pensando en Scott porque empezaba a preocuparme que no hubiera un final feliz en mi búsqueda de Claire Sanders. Y no lo habría, si acababa como su amiga Hanna Rodomski.

Cuando llegué junto a Sean, el chico estaba hecho un desastre.

—¿Es ella? —preguntó. Las lágrimas corrían por sus mejillas—. No puede ser. Es imposible que sea ella.

—Estoy bastante seguro de que sí —le dije—, pero, ahí abajo, la escena es bastante mala.

Tuve que sujetarlo cuando trató de pasar por delante de mí para bajar y ver lo que yo había encontrado.

—No puedes bajar.

—¡Apártese! —gritó. Casi me escupió a la cara sus palabras. Era un chico fuerte, y yo no estaba seguro de ser rival para él, pero no quería, de ninguna manera, que bajara y viera a Hanna. Primero, era algo que no necesitaba, y, segundo, yo no quería que alterara las pruebas.

Aunque los perros ya habían hecho un buen trabajo.

Le bloqueé el paso.

—Sean, escúchame —dije—. No puedes acercarte a ella. Puede que yo ya haya fastidiado las cosas al haberme acercado tanto como lo

he hecho. ¿Me oyes? No sabemos quién le ha hecho esto a Hanna, pero queremos que atrapen a ese hijo de puta. Si bajaras ahora, correríamos el riesgo de estropear la escena del crimen. ¿Me has oído? —Pude sentir cómo los músculos de sus brazos, tensos como el acero, se relajaban un poco—. Por favor —rogué—. Nos quedaremos aquí, en el puente; haremos guardia, nos aseguraremos de que nadie más baje y la moleste, ¿de acuerdo? Preservemos la dignidad que le queda. —Se dio la vuelta, caminó hacia el otro lado del puente y apoyó una mano en la oxidada barandilla. Su cuerpo empezó a temblar entre sollozos. Le puse una mano en el hombro—. Vamos a averiguar quién lo hizo. Te lo juro.

Sean se volvió y me apuntó a la cara con un dedo acusador.

—Esto es culpa suya. Usted la dejó. La dejó aquí a merced de quien la mató.

Yo era consciente de eso.

Pensé en aquella *pick-up* negra, la que estaba estacionada a un lado de la calle, la que yo había visto segundos después de que Hanna huyera de mi coche; la que había desaparecido cuando había dado la vuelta y había regresado para echar otro vistazo. Me costaba recordar los detalles. ¿Ford o Dodge? ¿Extranjera o nacional? Por lo general, se me daban bien esas cosas, pero estaba oscuro y llovía.

—Si no me hubiera parado ese maldito policía… —dijo Sean—. Se suponía que yo tenía que *haber estado* allí. Si yo hubiera estado allí, esto no habría ocurrido. Ella no habría intentado huir de *mí*.

El trío del porche caminaba hacia nosotros con pasos cautelosos. La que reconocí como Mildred gritó.

—¡¿Qué ha pasado?!

—Hay un cadáver bajo el puente —respondí.

—¡Madre de Dios! —exclamó Mildred.

Les dije que la policía estaba por llegar. Cuando informé a Augie de a quién acababa de encontrar bajo el puente, él no reconoció el nombre, pero sí el apellido.

—Madre santa, ha de ser la hija de Chris Rodomski. De Chris y Glynis.

Y yo se lo había confirmado. Entonces quiso saber qué estaba

haciendo yo allí, pero accedió a esperar y conocer los detalles cuando pudiéramos hablar cara a cara.

—Diez minutos —había dicho—, y lo voy a reportar.

Mientras volvía acercarme a Sean, a lo lejos se oían las sirenas.

—Tendré que llamar a mis padres —anunció.

—Sí. Mira, Sean, antes de que llegue la policía, ¿hay algo que no me hayas dicho? Por ejemplo: ¿Hanna estaba ayudando a Claire a escapar de quién?

Sean sacudió la cabeza.

—Ya le he dicho lo que sé. Se lo juro.

—Después de que la policía te soltara anoche, después de que te hubieras saltado la señal de stop… Repasa eso conmigo. ¿Qué hiciste, entonces?

—Pasé por el Patchett's, a ver si Claire seguía allí. Luego fui al Iggy's, por si Hanna o ella aún estaban en ese lugar.

—¿A qué hora llegaste al Iggy's? ¿Viste a Hanna entrar en mi coche?

—No. A usted no lo vi.

—Así que no me seguiste, ¿verdad, Sean?

—¿Qué?

—En tu Ranger. ¿Me seguiste por estos lugares?

Me miró parpadeando.

—¿De qué habla?

—Después de que Hanna se bajara de mi coche, vi una *pick-up* negra por aquí. Y tendré que decírselo a la policía.

Las sirenas sonaban más fuerte.

Sean negó con la cabeza.

—¿La policía va a pensar que yo hice esto?

—Siempre se fijan en el novio. Por suerte para ti, la policía es tu mejor coartada, ya que te detuvieron alrededor de la hora en que Hanna fue asesinada. Además, es posible que alguien te haya visto en el Iggy's o que las cámaras de seguridad te hayan captado, si es que las tienen. De nuevo, eso te situaría lejos de la escena.

Yo esperaba que, en materia de seguridad, en el Iggy's fueran más diligentes que en el Patchett's. Si tuvieran cámaras, podrían haber captado a Claire después de que yo me hubiera ido con Hanna.

En el lugar apareció el primer coche patrulla. Llegó con las luces encendidas y la sirena sonando. Salieron dos agentes: un hombre y una mujer. Kate Ramsey y su compañero, los policías que habían enviado a los motoristas de vuelta a su lugar. Segundos después, llegó otro coche patrulla. De él salieron Ricky Haines y Hank Brindle.

—¿Y usted? —preguntó Sean.

Las llegadas me habían distraído.

—¿Qué? ¿Yo qué?

—¿No es igual de probable que piensen que ha sido usted? —preguntó—. La dejó justo antes de que la mataran.

En ese momento se me ocurrió que cabrear al jefe de la policía en las reuniones familiares a lo largo de los años podía no haber sido tan buena idea.

23

Y, de pronto, allí lo teníamos. Llegaba en una Chevy Suburban blanca unos segundos después que sus agentes uniformados. Antes de caminar hacia mí, Augustus Perry se reunió un instante con ellos.

Me erguí y lo dejé acercarse.

—Cal —dijo, sin saludar, ni siquiera con un leve movimiento con la cabeza. Miró al adolescente que estaba a mi lado—. ¿Quién eres tú?

—Sean Skilling —una pausa—, señor.

Augie entornó los ojos.

—¿De la concesionaria Ford?

—Mi padre, sí, señor.

Augie asintió.

—Adam Skilling. Vosotros hacéis todo el mantenimiento de nuestros vehículos. He visto a tu padre en nuestro garaje.

—Ese es.

Augie se volvió hacia mí.

—Llévame.

Dejamos atrás a Sean y conduje a mi cuñado hasta la barandilla. Desde ahí señalé hacia abajo, hacia el cuerpo de Hanna.

—Es difícil verla completa desde aquí —le dije.

Gruñó.

—Cuéntame cómo la encontraste.

—Es una larga historia.

—Puedo pasar contigo el tiempo que sea necesario —replicó.

Le expliqué todo tan rápido como pude, desde que recogí a Claire en el Patchett's y todo lo que siguió. Y también que, esa misma noche, dos de sus hombres, que estaban buscando a Claire, habían ido a verme.

—Pero esta parte supongo que ya la conoces —añadí.

Me miró sin comprender, aunque no supe si eso significaba que no lo sabía o que lo sabía y no me lo quería decir.

—Continúa —pidió Augie.

Le expliqué que, como me sentía responsable de Claire, empecé a

hacer preguntas por ahí. La búsqueda de esa chica me llevó a Hanna, y la de Hanna, a Sean Skilling. Luego, el relato de la breve llamada telefónica de Sean con Hanna nos había llevado de nuevo ahí, a la vuelta de la esquina donde Hanna había saltado de mi coche.

—Cuando salió, arrojó la peluca por ahí. Está en mi coche.

—La hija del alcalde ha desaparecido —me dijo Augie en voz baja —. Su amiga está muerta.

—Sí.

Miró por encima del hombro hacia Sean Skilling, que en ese momento estaba siendo interrogado por la agente Ramsey y su compañero.

—¿Y el chico? Chica asesinada. El primer sospechoso, y el más lógico, es el novio.

—Lo sé. Pero no creo que haya sido él. Y tiene una coartada cortesía de la policía de Griffon. Uno de los tuyos le detuvo para multarlo por haberse saltado una señal de stop más o menos cuando todo estaba ocurriendo.

—Así que contamos con el registro de la multa.

—No, no hay tal. Sean me contó que el policía recibió otra llamada antes de terminar de llenarla.

Augie frunció el ceño.

—Qué conveniente.

—Mira, podría haber sido el chico, no lo sé. Pero creo que aquí está ocurriendo algo distinto.

—¿A quién intentaban engañar?, ¿con el cambiazo?

—Ni idea.

—¿Lo sabe el chico Skilling?

—Dice que no. —Los dos miramos a Sean mientras Ramsey y su compañera lo interrogaban.

—¿Quién está con Kate? —pregunté.

—Eh…, ese es Marv Quinn. —Augie echó otro vistazo por encima de la barandilla. Haines y Brindle, linternas en mano, registraban la ladera alrededor del cadáver.

—A esa chica le falta la ropa interior.

—Ya me he dado cuenta —dije.

—¿Crees que el chico Skilling y su novia han tenido problemas? Ella quiere romper, él se enfada, las cosas se le van de las manos… ¿Querría una última oportunidad con ella?

—No lo creo.

Echó otra larga mirada a Hanna Rodomski.

—Se supone que este tipo de cosas no ocurren aquí —comentó.

Incluso en la penumbra de las farolas, me pareció ver auténtica tristeza en su curtido rostro.

Se frotó la boca, pensativo.

—¿No crees que todo esto, de alguna manera, pudo haber sido al revés? —preguntó.

—¿Qué quieres decir?

—Hablo de este truco tan loco de las chicas. Esto de engañar a alguien haciéndolo creer que fue Claire quien subió a tu coche y que eso le permitió escabullirse. ¿No podría haber sido al revés? Tal vez no era Hanna la que estaba haciéndose pasar por Claire. Quizá lo que Claire quería era que alguien creyera que era Hanna.

Eso me provocó una jaqueca.

—No, no cuadra.

—Quizá tengas razón. Pero es posible que quien haya matado a la chica Rodomski pensara que se trataba de Claire. ¿Ideas?

—En definitiva, eso tacharía a Sean Skilling de tu lista de sospechosos —dije.

—Hmmm —murmuró.

—¿Por qué estás buscando a Claire Sanders? —inquirí.

—¿Quién te ha dicho que la estoy buscando? —quiso saber el jefe.

—*Tú* en forma colectiva, Augie. Tus secuaces.

—Otra vez, ¿quién ha ido a hablar contigo?

—Brindle y Haines. A Haines lo conozco. Fue quien… nos dio la noticia sobre Scott.

El rostro de Augie se suavizó.

—Hablando de eso, Haines tendría que haberme llamado. No debería haberte dado la noticia él mismo. Tendría que haber sido yo. Soy el tío de Scott, por el amor de Dios. Lo siento mucho.

Asentí. No era la primera vez que Augie lo mencionaba.

—Con toda franqueza, no creo que él haya hecho la conexión —

añadió Augie—. Si lo hubiera pensado medio segundo, si hubiera visto el apellido Weaver en el carné de Scott y se hubiera acordado de Donna, la de las nóminas… Se supone que, si eres policía, debes tener *algo* de inteligencia. —Miró hacia el arroyo, donde Ricky Haines y su compañero seguían revolviendo—. Como quiera que sea, esos dos fueron a verte. Háblame del tema.

—Estaban buscando a Claire. Sabían que yo la había recogido en el Patchett's. Uno de ellos dijo algo de que me habían captado en el circuito cerrado de allí, pero en el Patchett's no hay circuito cerrado. Así que mi primera pregunta es: ¿estaban vigilando el Patchett's? Y la segunda es: ¿quién los puso a buscar a Claire, en primer lugar? El padre ha dicho que él no ha denunciado su desaparición.

—¿Has hablado con él?

—Justo después de tu breve intervención en el ayuntamiento. ¿Podría alguien haber denunciado su desaparición? ¿La madre? La exesposa de Sanders vive en Toronto, ¿verdad? Pero, incluso aunque hubiera sido ella, ¿no te habrían informado?

Augustus Perry no dijo nada. Si no lo conociera tan bien, habría supuesto que estaba pensando.

Interrumpí cualquier proceso que estuviera ocurriendo allí.

—Incluso con mi limitada comprensión del funcionamiento interno del Departamento de Policía de Griffon, yo habría creído que, si la hija de nuestro querido alcalde, tu enemigo jurado del momento, se ha vuelto objeto de un registro policial, tú, de algún modo, tendrías que estar al tanto.

Augie miró hacia donde estaban aparcados su Suburban y los coches de policía. Otro grupo de luces venía acercándose.

—La forense —dijo, y echó a andar.

24

Se acercó a nosotros una mujer negra, bajita, de unos cincuenta años. Llevaba una chaqueta azul brillante, de plumón, con la cremallera subida hasta el cuello. Me pareció que iba vestida para un tiempo mucho más frío que el que estaba haciendo.

—Jefe —saludó. Se sonó la nariz y guardó el pañuelo en uno de los bolsillos. A ambos lados de su chaqueta se alcanzaban a ver los extremos de unos guantes quirúrgicos.

—¿Estás bien, Sue? —preguntó Augie.

—Estoy muriéndome de frío. Es este maldito resfriado. Llevo dos semanas quitándomelo de encima.

—Lamento que, estando enferma, te hayan sacado de tu lugar —dijo.

Sue se encogió de hombros.

—Aun así, deduzco que estoy mucho mejor que esa chica de ahí abajo.

—Cal, ¿conoces a la doctora Kessler? Es quien hace de forense en este lugar.

Sue Kessler sorbió la nariz y me miró.

—Nos hemos visto antes, creo. —Y tenía razón. Nos habíamos cruzado una o dos veces desde que había ido a vivir a Griffon—. No te estrecharé la mano.

Me pareció bien.

—Sue, Cal fue quien encontró el cuerpo.

—¿Has tocado algo? —preguntó Kessler.

—No —le dije—, pero me he acercado mucho.

—Dime dónde —pidió la forense.

Augie levantó un brazo y extendió un dedo.

—A un lado del arroyo. Justo debajo del puente.

—Estupendo —murmuró, y se puso los guantes—. Dadme un par de minutos.

Fueron unos diez, más bien. Augie fue a charlar un poco con algunos de sus oficiales y luego volvió a mi lado. Nos quedamos

agarrados a la barandilla, inclinados, observando a Kessler hacer su trabajo. Cuando la forense empezó a subir la colina, caminamos hasta el final del puente para encontrarnos con ella.

—Estrangulada, diría yo. Hay marcas de presión en el cuello, aparte de mordeduras de algunos animales. Lo más probable es que sean de perros. Supongo que lleva muerta un día, al menos, pero sabré más después.

—¿Hubo agresión sexual? —preguntó Augie.

Kessler se encogió de hombros.

—Es lo que uno podría suponer, dado que los pantalones y la ropa interior han desaparecido. Pero no lo sabré hasta que tenga la oportunidad de examinarla.

—¿«Desaparecido»? —pregunté.

—Si están ahí abajo —respondió—, no los he visto. Desde luego, no están cerca del cuerpo. ¿Tu gente encontró algo de la ropa de la víctima?

Augie dijo que tenía que hablar con su gente.

Kessler estornudó.

—Me voy a casa —dijo—. Me tomaré un galón de NyQuil e intentaré dormir un poco. Ya nos ocuparemos de esto a primera hora de la mañana.

—Tú también deberías irte a casa, Cal. Nos haremos cargo a partir de este punto —dijo Augustus Perry mientras Kessler se alejaba.

No estaba listo para retirarme.

—Esto te tiene enfadado, ¿verdad?

—No sé de qué hablas.

—Alguien no te está informando. Eso tiene que preocuparte.

Augie se erizó.

—Cal —dijo—, quizá te sorprenda saber que el jefe no está informado de todo lo que ocurre en el departamento. Si te pararan por exceso de velocidad, no me llamarían. Si alguien rompiera una ventana en el instituto Griffon, no me llamarían. Si un gato se quedara atrapado en un árbol, nadie me diría nada.

—Eso les toca a los bomberos, ¿no?

—Hay un sinfín de razones por las que alguien de mi departamento

puede salir por ahí a preguntar por Claire Sanders, razones que no justifican que yo esté en el ajo, como dices.

Negué con la cabeza. De repente, me sentí muy cansado, pero sabía que no me iba a ir a casa a dormir pronto.

—Nos vemos, Augie —me despedí.

—¿Te vas a casa?

—Una vez que haya encontrado a Claire.

Empecé a alejarme y, en ese instante, se me ocurrió algo. Me detuve y me giré.

—Por supuesto, la otra posibilidad es que sepas lo que está pasando. Tú lo sabes todo. Tal vez sepas sobre Claire algo que el alcalde Sanders preferiría que no saliera a la luz. Quizá esté metida en algo que no debería. Tal vez, si llegaras a descubrir de qué se trata, eso te daría alguna ventaja contra Sanders y conseguirías que te dejara en paz.

—Menos mal que ahora hay mucha gente por aquí —replicó Augie —, porque, si no, te llevarías una buena patada en el culo.

Miré a mi alrededor.

—Casi todos son policías —le dije—. Creo que respaldarían cualquier historia que quisieras contar. ¿No es así como funciona todo por aquí? Quizás piensas que has engañado a algunos de los presentes en la reunión, Augie, pero a mí no me engañas.

—Tienes cojones —dijo Augie—. Si esto hubiera pasado en cualquier otro sitio, donde el puto jefe no fuera tu cuñado, ¿no crees que te tendrían agarrado de los huevos para interrogarte? Eres el último que vio a esta chica con vida, Cal. Y no podrías decir que estoy montando un lío con todo esto.

—Todavía no —le dije.

Augie sonrió.

25

De camino a mi coche, me detuve para ver cómo estaba Sean. Me vi en la necesidad de interrumpir a Kate Ramsey y Marvin Quinn en pleno interrogatorio.

—Disculpe, señor, pero estamos trabajando —dijo Quinn.

—Está bien, Marv. Es amigo mío, y es justo de quien te estaba hablando —aceptó Kate—. ¿Cómo estás, Cal?

—He estado mejor, Kate.

—Le estaba contando a mi compañero que eras tú a quien he visto hace un rato, delante del Patchett's, mientras nosotros hablábamos con nuestros amigos motoristas.

No sabía que me habían visto sentado en el coche. Kate era buena.

—Sí, he sido yo.

Se volvió a su compañero con una sonrisa pícara.

—¿No te he dicho que quien me estaba vigilando era el marido de Donna?

—He supuesto que has sido tú —le dije—. Solo hay dos uniformadas en Griffon, ¿verdad?

—En este momento, solo yo. Carla lleva seis meses de baja.

Pensé en el chico que trabajaba en aquella tienda, el que me dijo que una mujer policía le había pintado las amígdalas con aerosol. Kate acababa de reducir mi búsqueda de sospechosos.

—¿Vigilas mucho el Patchett's? —pregunté.

—Habíamos estado observando a esos dos desde que los vimos en las motos. Nos quedamos esperando a que salieran para hablar con ellos —explicó Quinn, que hasta ese momento había hablado poco.

Kate asintió.

—En su lugar de origen hay muchos sitios donde se pueden tomar cañas y jugar al billar.

Sean miraba con ojos vidriosos, como si ya no supiera dónde estaba.

—¿Y anoche estuvisteis vigilando el Patchett's? —les pregunté—, ¿a eso de las diez?

Kate respondió sin dudarlo.

—No. En ese momento estábamos terminando con un choque en el sur de la ciudad, ¿no es así, Marv? —El agente Quinn asintió—. ¿Por qué? —preguntó Kate.

—No importa —dije, y volví a centrarme en Sean—. ¿Estarás bien? Él se encogió de hombros—. ¿Has llamado a tus padres?

—Estos tipos no paran de hacerme preguntas.

—Llama a tus padres —le dije—. Y, hasta que lleguen y contraten un abogado para ti, no les digas ni una palabra más a estos amables oficiales.

Kate Ramsey reaccionó.

—Cal, ¿qué demonios…?

Quinn se quedó mirándome.

—No te metas, amigo.

Sonreí a los dos policías.

—Que pasen una buena noche. Y cuídate, Sean.

Ya estaba doblando la esquina para volver a donde tenía aparcado el coche cuando miré hacia atrás. Haines y Brindle estaban de nuevo en el puente.

Brindle tenía los ojos puestos en mí. Nuestras miradas se cruzaron y él se dio la vuelta.

* * *

Era posible que Ramsey y Quinn no estuvieran vigilando el Patchett's la noche anterior, pero quizás algún otro policía de Griffon estuvo apostado ahí fuera. Y no necesariamente Haines y Brindle. Si algún oficial estaba vigilando el lugar en busca de posibles alborotadores, como esos motoristas, por ejemplo, y se había percatado de que una adolescente se había subido a un coche de un extraño, había podido tomar nota de mi matrícula. Y el hecho había podido llevar a Haines y Brindle a hablar conmigo.

Pero eso seguía sin explicar por qué buscaban a Claire, si nadie había denunciado su desaparición. Me preguntaba si había dado en el clavo al acusar a Augie de intentar sacarle a la chica algo sucio para salir reforzado en su pelea con Sanders.

Sanders.

Quería volver a hablar con él. Desde nuestra conversación, hacía un par de horas, habían cambiado muchas cosas.

Una chica estaba muerta.

La mejor amiga de su hija.

Si antes no había querido hablar conmigo, ya no le quedaba alternativa.

Así que puse rumbo a su casa. Pero, en el camino, vi delante el Iggy's. Y el Iggy's también estaba en mi lista mental de lugares donde parar. Supuse que lo mejor sería seguir adelante y apartarlo de mi ruta, teniendo en cuenta, sobre todo, que estarían por cerrar.

Y, mientras conducía en esa dirección, observé por el retrovisor un coche pequeño que parecía girar cada vez que yo lo hacía. Reduje la velocidad y ese coche también la redujo. Aceleré e hizo lo mismo.

Me preguntaba si entraría conmigo en el aparcamiento del Iggy's, pero no lo hizo. Y luego, mientras el coche seguía de largo por Danbury, conseguí echarle un rápido vistazo. Era un Hyundai plateado. Al verlo alejarse a toda velocidad, supe que no tenía ninguna esperanza de leer un solo número de la matrícula.

Cerré el coche y entré en el restaurante. Me acerqué al mostrador. Desde el otro lado, un hombre alto y delgado de unos veinte años se quedó mirándome, expectante.

—¿Está Iggy? —pregunté. Siempre había que empezar por arriba.

—¿Iggy? —repitió el hombre. Llevaba un rótulo con su nombre. Ponía «Sal».

—Sí.

—Iggy no existe. Ya no, quiero decir. Iggy, Ignatius Powell, abrió su restaurante en este lugar en 1961. Lo reconstruyó un par de veces y se lo vendió a mi padre hace diez años. Murió el año pasado. Iggy, quiero decir, no mi padre. Por las tardes, yo lo llevo en su lugar. ¿Hay algún problema con su hamburguesa?

—No, Sal, nada de eso —le dije. Le enseñé mi carné y le expliqué que estaba intentando localizar a alguien. Le dije que la chica había estado ahí la noche anterior, sobre esa misma hora.

—Estoy bastante seguro de que se escabulló por la puerta trasera.

Es posible que se haya encontrado con alguien en el aparcamiento —añadí—. Me he dado cuenta de que tienen cámaras.

—Sí, hay que tenerlas —dijo Sal—. Sobre todo, en la ventanilla de autoservicio. Entre en YouTube y verá un montón de vídeos de clientes de McDonald's enloquecidos. Una señora vino aquí a pedir una Whopper, y Gillian, que en ese momento estaba en la ventanilla, le dijo que nosotros no vendemos Whoppers, que eso es en el Burger King. Pero la mujer no aceptó esa respuesta y se puso a gritar que quería una Whopper. Al final, se bajó de su camioneta y trató de agarrar a Gillian a través de la ventanilla. Tuvimos que llamar a la policía.

—Tengo la esperanza de que un vistazo a las grabaciones de anoche me muestre quién pudo haberse llevado a esa chica —le dije.

Tenía sentido que alguien que no fuera Sean hubiera estado ahí, esperando a Claire para llevarla a algún sitio; o bien, que ella hubiera hecho los arreglos necesarios para que le dejaran un coche en el aparcamiento.

—Supongo que podré enseñárselas, ya que usted tiene una licencia y todas esas cosas —decidió Sal—. En fin, ya se las he enseñado a la policía, así que…

—¿La policía ya ha estado aquí?

—Sí, hace unas horas.

Asentí como si fuera una noticia inesperada… De hecho, lo era.

—¿Habrán sido los oficiales Haines y Brindle? Todos estamos trabajando por el mismo objetivo. Solo queremos encontrar a Claire.

—¿Así que usted conoce a esos tipos?

—Esta tarde hemos estado hablando del caso.

Sal llamó a una chica de unos veinte años que estaba trabajando a su lado, en el mostrador.

—Volveré dentro de un rato —le dijo—. Mantén el fuerte a salvo. —Con un gesto, me invitó a que lo siguiera hasta una puerta situada al final del mostrador. Atravesamos la cocina, donde había una persona trabajando.

Lo seguí hasta un despacho donde vi dos monitores, cada uno con cuatro vistas de las instalaciones. Había tomas en directo del

autoservicio, el mostrador, la cocina y el despacho donde estaba la caja fuerte, así como otras cuatro del aparcamiento.

—El otro día nos cayó un chiflado —me contó Sal—. Se acercó al mostrador. No traía nada más que unos pantalones cortos raídos, chanclas y una treinta y ocho en la mano.

—¿Es coña?

—No, es verdad. Tenía el pelo de punta. Era un absoluto chiflado. Se puso a blandir la pistola y a decirnos que empezaría a disparar si no le entregábamos la receta del aliño especial que ponemos a nuestras hamburguesas. En realidad, no es más que mayonesa con algo de condimento y otro par de cosas, todo mezclado.

—No es exactamente la fórmula del combustible para cohetes —comenté.

Sal se sentó frente a los monitores y empezó a mover un ratón.

—Claro —afirmó—, así que se la escribí en una servilleta: mayonesa, cierta salsa, una pizca de cayena y así, ¿sabe? Se la pasé y me dijo: «No, pon lo que *de verdad* contiene», así que le dije «Vale», y empecé a inventarme cosas: difosfato de dimorixalina, mazapán positrónico e, incluso, Calista Flockhart.

—Qué bueno.

—Incluso pude haberle anotado «Plutonio». En fin, que se la doy, y que la mira y me dice: «Vale, bien». También le di otra servilleta y el bolígrafo y le dije que tenía que poner su nombre y su firma. «Siempre que damos la receta especial de la mayonesa, la persona que la recibe tiene que firmar».

—No habrá firmado…

—Sí que lo hizo. La policía no tardó en encontrarlo. Bien, allá vamos —anunció, y señaló la pantalla.

Era una toma de la puerta del lateral del restaurante, cerca de la parte trasera, donde se encontraban los aseos. La cámara estaba montada en el exterior y ofrecía una amplia visión del aparcamiento. Pero también era de noche, así que la vista no era estupenda. En la parte inferior de la pantalla aparecían, superpuestas, la fecha y la hora.

—Son las 21:54 de ayer —dijo Sal—. Aquí es donde los policías me hicieron empezar. —Congeló la imagen. Desde ese punto, en el

aparcamiento se podían ver dos coches: un Subaru Impreza de color claro o blanco y, parcialmente oculto tras él, lo que parecía una ranchera Volvo plateada o gris, aunque no podía estar seguro.

—El Sub es mío —dijo.

—¿Puede adelantarlo hasta que veamos algo de actividad? —pregunté.

—Claro. —Jugueteó con el ratón. A las 10:07:43, un Dodge Challenger negro de nuevo modelo, diseñado para parecerse a uno de los años setenta, se detuvo cerca de la puerta. Un hombre corpulento se bajó del coche y entró en el restaurante. Tres minutos más tarde, lo vimos salir con una bolsa marrón de Iggy's en la mano. Se subió al coche, encendió las luces y se fue.

A las 10:14:33, otro hombre apareció por la parte derecha de la pantalla. Cojeaba. Tenía el aspecto de un veinteañero, pero se movía como una persona mucho mayor. Era delgado como un raíl, medía alrededor de uno sesenta y cinco y llevaba una chaqueta vaquera.

—Es Timmy —explicó Sal.

—¿Timmy?

—No sé su apellido. Vive un poco más arriba. ¿Ve ese edificio cuadrado de cuatro pisos? Bueno, eso creo. Cubre un turno en algún sitio y regresa a esta hora, más o menos. Todas las noches, cuando va de camino a casa, pasa por aquí a por una hamburguesa doble con queso, patatas fritas grandes y un batido de chocolate.

—¿Todas las noches? —pregunté.

—Sí —respondió Sal.

—Ha de pesar unos sesenta kilogramos. Como máximo.

Sal se encogió de hombros.

—Algunas personas se las arreglan muy bien con la comida rápida.

—¿Cada noche? —Volví a preguntar.

Sal me miró.

—¿Tiene idea de cuánta gente come aquí todos los días? Mire, nunca me pillará criticando nuestros alimentos, pero yo no podría comer esto un día tras otro.

—Espere un segundo —pedí, y señalé el monitor con un dedo—. ¿Esos no son gases de tubo de escape?

Salían de la ranchera Volvo aparcada detrás del Subaru de Sal—.

Ese coche ha estado ahí todo el tiempo con el motor en marcha.

—Sí, lo sé —contestó Sal—. Estaba esperando a ver si se daba cuenta. No quería arruinarle la escena.

—No es una película, Sal. Los destripes no me afectan.

—Vale. Los policías…, bueno, uno de ellos también notó lo del escape.

—¿Así que usted ya había visto todo esto? ¿Sabe lo que viene?

—Desde luego —dijo.

A las 10:16:13 se abrió la puerta del aseo de señoras. Era Hanna. Salió por la puerta lateral. Eso habría sido justo antes de que subiera a mi coche. Quizás yo estaba entrando en el restaurante a esa misma hora. Segundos después, ahí estaba, sosteniendo la puerta del baño para que no se cerrara y dando voces al interior. Luego entraba.

—¿No es usted? —preguntó Sal.

—Ese soy yo.

—Se supone que no debe entrar en un baño de mujeres, ya lo sabe.

—Solo deje correr el vídeo.

Me vi salir del baño y dirigirme a la parte delantera del restaurante.

El siguiente en aparecer fue Timmy, el cojo, a las 10:23:51. Empujó la puerta para salir. Era de suponer que iba de camino a casa.

Sal jugueteó un poco más con el ratón.

—Vale. Creo que esta es la parte que usted está buscando.

Ocurrió a las 10:24:03. Claire Sanders, con el mismo aspecto que tenía en mi coche, salió del cuarto de baño. Debía de haber estado encaramada en la taza del váter, ya que yo había echado un vistazo a los retretes y los había encontrado vacíos. Se quedó de pie junto a la puerta de cristal que daba al exterior, oteando el aparcamiento. El conductor del Volvo vio a Claire antes de que ella viera el coche. Las luces se encendieron, el coche avanzó y se situó un poco más allá del Subaru.

Claire saludó con la mano y corrió hacia el vehículo. Lo rodeó y abrió la puerta del copiloto. La luz interior del coche estuvo encendida durante dos segundos antes de volver a apagarse.

—Retroceda —ordené. Sal retrocedió el vídeo unos segundos y

volvió a darle al botón de reproducción—. Al momento en que se enciende la luz interior —le pedí.

Le costó dos intentos congelar el encuadre en el punto justo. Por lo que pude ver, la única persona que iba en el coche era el conductor, pero era imposible determinar nada sobre él o ella. No era más que una mancha granulada.

—Es difícil ver algo bastante claro —se disculpó Sal—. Los policías también estaban cabreados.

—Yo no estoy cabreado —respondí—, gracias. ¿Hay alguna forma de ampliar esa imagen?, ¿de echar un vistazo a esa matrícula?

—No. Es inútil.

—Déjelo avanzar. Quiero ver adónde va el coche.

Con Claire dentro, el Volvo hizo un giro brusco a la derecha, casi una vuelta completa y desapareció por el lado derecho del monitor.

—¿Tiene otros ángulos que muestren por dónde salió?

—No —repitió.

—¿Y qué me dice de su llegada? ¿Si volviéramos a un punto anterior a donde empezamos?

Volvimos a las 9:45. En ese momento no había ningún coche detrás del Subaru. Siguió avanzando hasta las 9:49:17. En ese momento, el Volvo apareció por el lado derecho de la pantalla, se acercó al coche de Sal y se detuvo. Apagó las luces.

Le pedí que siguiera corriendo el vídeo hasta las diez de la noche, por si quienquiera que conducía ese coche había decidido entrar a por un café o una hamburguesa. No hubo suerte. La persona que estaba al volante se quedó allí.

—Sal —pronuncié su nombre con lentitud.

—¿Sí?

—¿Puedo tomar un café?

—Claro que sí. La casa invita. ¿Cómo lo quiere? —dijo mientras yo buscaba algo de cambio en el bolsillo.

—Doble crema.

Cuando salió, me dejé caer en la silla de su ordenador y me quedé observando la pantalla, pensando a fondo.

Claire creía que la estaban siguiendo. Consiguió que Hanna la sustituyera. Alguien se puso a seguir a Hanna, que estaba conmigo.

Hanna se bajó de mi coche y echó a correr. Se deshizo de la peluca. Entonces, quienquiera que nos hubiera seguido supo que había sido un truco. Se imaginó que el cambiazo había ocurrido en el Iggy's.

Y pensó: «Tal vez Claire esté todavía allí».

Sal volvió con mi taza de café.

—Está muy caliente —me avisó—. No me gustaría que se lo derramara encima y luego viniera a demandarnos por millones de dólares.

Solté una risita forzada.

—Quiero que pasemos por el resto de la noche —pedí—, hasta la hora del cierre.

—Claro, entiendo —aceptó—. ¿La misma vista?

Lo pensé.

—No. Al menos, para empezar no. Vamos al mostrador. Sí, esa es la vista, la que muestra a todos cuando entran y consultan la carta.

—Si nos atascáramos, podríamos verlos bien desde aquí —dijo—. ¿Por dónde quiere que empiece?

—Empiece a las diez y media. —Le quité la tapa al café y lo soplé —. Avance rápido.

Eso hizo. La gente entraba y salía arrastrando los pies. Era gracioso. Al poco rato, reconocí a alguien.

—Pare —ordené.

Era Sean Skilling. Me había dicho que se había pasado por ahí y por el Patchett's después de que todo empezara a ir mal, tras la breve y preocupante llamada de Hanna.

En el vídeo, eludió el mostrador y desapareció en otra parte del restaurante.

—¿Puede encontrarlo en las otras cámaras? —pregunté. Tomé un sorbo de café. Seguía caliente, pero estaba bueno.

Sal hizo algunos movimientos.

—Ahí está.

Sean había asomado la cabeza dentro del baño de señoras, igual que yo, solo que él no había entrado. Al no encontrar a nadie, había regresado a la parte delantera del restaurante. Sal lo localizó una vez más en otra cámara y ambos lo vimos marcharse. El vídeo siguió rodando.

—Bien —dije.

—¿Era eso lo que usted quería?

—En realidad, no sé lo que quiero. Sobre todo, ir a casa y acostarme.

—Debería haberle traído un descafeinado —se lamentó Sal.

—No creo que importe —dije—. Podría inyectármelo directo en las venas. Más tarde, en cuanto mi cabeza toque la almohada, yo… Hala, ¿qué es eso?

En el monitor seguía viéndose la imagen del mostrador. El reloj indicaba las 10:58:02 y seguía avanzando.

Acababa de entrar un hombre corpulento, moreno y con bigote. No llevaba traje, pero iba bien vestido: pantalones negros y camisa blanca remangada.

—Detenga eso —ordené.

Sal hizo clic.

—¿Conoce a ese tipo? —preguntó.

—Sí, pero no de hace mucho —respondí.

Lo había conocido esa misma tarde, de hecho. Era Adam Skilling, el padre de Sean.

26

Cuando salí de Iggy's, un coche de la policía de Griffon estaba aparcado detrás de mi Honda, bloqueándolo. El agente Ricky Haines y su compañero de prevención del delito, el agente Hank Brindle, estaban apoyados en el coche patrulla; por lo visto, a la espera a que yo apareciera.

Brindle se irguió.

—Señor Weaver —dijo. Haines también se enderezó.

—Buenas noches, oficiales —saludé.

—Se ha escabullido de la escena a toda prisa.

Porque el jefe me había mandado a casa, pero no vi la necesidad de darles explicaciones a esos dos, así que no dije nada.

—La cuestión es que aún tenemos algunas preguntas para usted —aclaró Brindle. Levantó apenas su sombrero, como para verme de cerca. Hasta ese momento, Haines estaba dejando que el socio más veterano llevara la iniciativa.

—Pregunte —accedí.

—Supongo —dijo Brindle— que cree que podría disfrutar de ciertos privilegios por estar casado con la hermana del jefe y tal, pero el agente Haines y yo tenemos que seguir nuestra investigación hasta donde nos lleve. Y no nos importa si eso hace infeliz a nuestro comandante. En última instancia, creo que el jefe Perry lo entenderá.

—Sigo esperando.

—¿De qué hablaron usted y la señorita Rodomski antes de que la echara de su coche en medio de la nada? —preguntó Brindle.

—Yo no la eché —respondí—. Ella me exigió que la dejara salir del coche.

Brindle sonrió.

—Vale. Entonces, ¿de qué hablaron la chica y usted antes de que te ella le «exigiera» que la dejara salir del coche?

—Enseguida me di cuenta de que no era Claire, y se lo dije. Le pregunté qué estaba pasando.

—¿Y qué le contestó?

—No mucho. Me dijo que no tenía por qué preocuparme. Ya se lo he dicho. Y a Augie también.

Brindle asintió y sonrió.

—«Augie» —dijo—. Nosotros no lo llamamos así. Lo llamamos «Jefe». O «Señor». Y a veces, a sus espaldas, usamos alguna que otra palabra malsonante, pero estoy seguro de que puedo contar con usted para que no le revele nada de esto. —Esa sonrisa—. Como dice, señor Weaver, eso ya nos lo había contado a Ricky y a mí, pero eso fue antes de que supiéramos que la chica estaba muerta. Por lo tanto, eso hace que todo lo que hayan dicho sea más relevante aún.

—Pero lo que dijimos no ha cambiado —argumenté.

—Supongo que lo que me estoy preguntando es, en primer lugar, por qué recogió a la hija del alcalde. O sea, que un hombre de su edad recoja a una adolescente a altas horas de la noche no es lo más inteligente. Y, dada la naturaleza de su trabajo, habría pensado que era demasiado listo como para algo así.

Inspiré hondo por la nariz y solté el aire despacio. Había conocido a policías que intentaban ponerte nervioso, provocarte para que cometieras alguna estupidez. Y era posible que yo hubiera hecho lo mismo alguna vez, cuando llevaba uniforme. Conocía el procedimiento y la importancia de mantener la calma.

—Claire me dijo que había conocido a mi hijo. Y yo no podía decirle que no en ese momento.

—¿No estaría esperando que, tal vez, ella no le dijera que no? —Su sonrisa se transformó en una mueca de colegial.

—Si tiene algo que decir, suéltelo.

Brindle se acercó un paso.

—¿Sabe qué opino de todo esto?

—Estoy seguro de que, sea lo que sea, será brillante.

—A mí me parece que recogió a una chica pensando que podría divertirse un poco y que, luego, cuando una distinta se subió a su coche, pensó «Eh, ¿qué demonios es esto? ¿Estas chicas estarán tratando de meterse conmigo? ¿Me estarán gastando alguna broma?». ¿Eso le cabreó? Estaba pensando en liarse con la primera, que era justo su tipo, y entonces la chica Rodomski se subió al coche

y se dijo: «Mierda, esto no es lo que yo quería. Quería algo de lo "otro"». —Brindle se quedó esperando una respuesta. Quizá estaba deseando que le pegara. Mi satisfacción habría sido demasiado efímera. Como no le dije nada, continuó—: ¿Quiere oír el resto?

—Haga lo que le dé la gana.

—Se enfadó con esa chica, con Hanna, y ella quiso bajarse del coche, tal como ha dicho, pero, cuando corrió, fue tras ella. Le arrancó la peluca de la cabeza. Ahí está, en su coche, la puedo ver.

—Sí —le dije—. Con toda mi formación y todos los años que he trabajado como policía y luego como detective, he aprendido que el mejor lugar para esconder pruebas incriminatorias es el asiento trasero de tu propio coche.

Suspiré. Esa noche tan larga me estaba avasallando, y aún me quedaban, como dijo una vez un sabio poeta, «millas que recorrer antes de dormir».

—Tendrá que encontrar otro modo de ir a casa, señor Weaver —dijo Brindle—. El oficial Haines me ha informado de que vamos a confiscar su coche y a inspeccionarlo, y creo que es una idea bastante buena.

—Por el amor de Dios —solté en voz baja. Me dirigí a Haines—: ¿Me está diciendo que Augie ha pedido que se lleven mi coche?

Ahí se acababa el señor Buen Rollo. Mi cuñado estaba por la labor de soltarme un poco la rienda.

Haines giró las manos con las palmas hacia arriba en un gesto de «¿qué quieres que te diga?».

—En realidad, no ha venido directamente de él.

—¿De quién, entonces?

—He recibido el mensaje a través de Marv. Quiero decir, del oficial Quinn. —Así que Augie se lo había dicho a Quinn y Quinn se lo había dicho a Haines; Haines se lo había dicho a Brindle, quien, era evidente, estaba pasando un buen rato—. A mi modo de ver, usted fue el último que vio a esa chica con vida. Es quien tuvo la oportunidad. También me puedo imaginar que, dada la tragedia personal que ha vivido hace poco, las cosas podrían estar bastante mal en el frente doméstico, así que lo más probable es que no esté recibiendo… satisfacción. Por lo tanto…

—Vamos, hombre —le dijo Haines a Brindle.

Brindle le lanzó una mirada y siguió adelante.

—Así que, una cosilla como esa, ya madura, sería difícil de dejar pasar. —Qué trabajo me estaba costando resistir—. Entonces —continuó Brindle—, tuvo que callarla, ¿verdad? No podía ir por ahí contando lo que le había hecho.

Saqué el teléfono.

—¿Qué hace? —preguntó.

—Voy a llamar a un taxi. Ha dicho que tenía que encontrar otra manera de ir a casa, así que supongo que no estoy arrestado.

Todavía no.

Ninguno de los dos dijo nada. Pude ver la decepción en los ojos de Brindle. Yo no había mordido el anzuelo y él había perdido la oportunidad de esposarme por agredir a un agente. Nunca se enteraría de lo cerca que había estado de conseguirlo.

Me acerqué el teléfono a la oreja.

—Sí, hola, estoy fuera del Iggy's, en Danbury, y necesito que me lleven a casa. ¿Cinco minutos? No hay problema. Me llamo Weaver. —Colgué la llamada y me volví a meter el teléfono en la chaqueta—. En camino —les dije, y saqué las llaves—. No quiero que tengan que romper el parabrisas ni nada. —Saqué del llavero la llave de mi casa y le arrojé a Brindle las del coche. No reaccionó a tiempo. Hizo con ellas juegos malabares hasta que las vio caer a sus pies.

Su cara enrojeció de furia y vergüenza. Clavó en mí la mirada, luego en las llaves, que estaban en el pavimento, y en mí una vez más.

Tendría que meterme un balazo antes de que yo las recogiera.

—Ya las cojo yo —ofreció Haines. Se agachó, cogió las llaves y las dejó caer en la palma abierta de Brindle.

Esa habría sido, tenía que admitirlo, una razón estúpida para morir.

27

Tal como me lo habían prometido, el taxi llegó en cinco minutos. Haines y Brindle seguían junto a su coche patrulla, cuidando de mi Honda hasta que llegara un camión para llevárselo. A la salida del aparcamiento, les dediqué un gesto de despedida amistoso.

Me estaba abrochando el cinturón de seguridad cuando la mujer que conducía el taxi se dirigió a mí.

—Me pregunto qué estará tramando la policía.

—Es difícil de adivinar.

—¿Sabe a qué apuesto?

—¿A qué?

—A que ese coche está lleno de drogas.

—Quién sabe —dije, y de repente tuve un pensamiento tenebroso. Yo era consciente de que, en ese momento, en el coche no había drogas. Solo esperaba que todo siguiera igual cuando llegara la grúa.

—¿Adónde vamos?

Le di la dirección de Bert Sanders.

—¿La casa del alcalde? —preguntó mi chófer.

—Sí.

—Lo he llevado un par de veces en las que no ha estado en condiciones de ponerse al volante. Tampoco lo juzgo. Eso nos pasa a todos alguna vez. Me alegro de que el alcalde tenga la sensatez de no conducir borracho, ¿sabe? Eso es algo que me gusta en mis candidatos.

Cinco minutos después, nos deteníamos frente a la casa.

—Puede que tarde un poco —dije. Ya había siete pavos en el taxímetro, así que le di veinte para asegurarme de que me esperaría.

—Tómese su tiempo —dijo—. Puede que eche un par de cabezadas; pero, si al volver me encontrara dormida, solo le ruego que no me dé un susto de muerte.

Esa vez, en la entrada había un Buick negro de hacía cinco años y, por lo que pude ver, una luz encendida en el piso de arriba. Aparte

de los caros trajes de Sanders, ese coche y esa modesta casa hablaban de un hombre de clase media con un estilo de vida sencillo. Algunos creían que todos los alcaldes vivían en mansiones e iban con chófer en Lincoln Town. Los había. Un viejo amigo de Promise Falls solía llevar a su exalcalde en uno de esos. Pero la realidad era que, en los Estados Unidos, las ciudades pequeñas solían estar gobernadas por gente común y corriente: miembros de consejos escolares, ayuntamientos y comisiones del agua. Eran nuestros vecinos, gente con la que nos cruzábamos en el Walmart, en el Departamento de Vehículos Motorizados o en la gasolinera Exxon.

Entre los alcaldes de pueblos pequeños, Sanders era, sin duda, más intelectual que la mayoría: un antiguo profesor universitario, un autor. Pero había convencido a los votantes de que era uno de ellos, alguien lo bastante normal como para ser visto como uno de los suyos. Sin embargo, la reunión de esa noche en el ayuntamiento sugería que cada vez menos personas lo veían así. Yo no lo había votado, pero hacía años que no votaba a nadie en ninguna elección. Después de un tiempo, uno deja de querer recompensar a los mentirosos.

Todos eran unos mentirosos.

Sanders tampoco me había convencido en nuestro encuentro cara a cara. Yo no tenía ninguna expectativa de que nuestra segunda entrevista fuera mejor.

Clavé el pulgar en el timbre y lo mantuve ahí. Justo al otro lado de la puerta, la campanilla sonaba sin cesar. Tilín, tilín. Tilín, tilín. Tilín, tilín. Tilín, tilín.

Me asomé por la ventana y vi a un hombre que, silueteado por la luz que se filtraba desde el segundo piso, bajaba las escaleras. Venía atándose el cinturón de un albornoz.

—¡Voy! ¡Voy! —gritó.

La luz del porche se encendió por encima de mi cabeza y, un segundo después, oí que el cerrojo daba vueltas. La puerta se abrió de golpe.

Un mechón de pelo sobresalía por un lado de la cabeza del alcalde.

—Madre santa —dijo. Era evidente que acababa de sacarlo de la

cama—. ¿Otra vez usted? ¿Tiene idea de la hora que es?

Trató de cerrar la puerta, pero yo tenía la palma apoyada en ella.

—Tenemos que volver a hablar.

—Fuera de mi porche.

Empujé con más fuerza hasta que la puerta se abrió lo suficiente para entrar.

—Ya se lo dije, váyase —clamó.

—Supongo que no se ha enterado —le dije—. Ha habido, digamos, novedades en torno a este pequeño cambiazo que Claire y Hanna hicieron anoche.

—Insisto en que no tengo nada que decirle sobre el asunto.

—Hanna está muerta.

Fue como si le hubiera golpeado la cabeza con una viga.

Al principio, hubo un silencio atónito.

—¿Qué? —preguntó luego.

—Hanna Rodomski ha sido asesinada. He encontrado su cuerpo bajo un puente. Alguien la ha estrangulado.

Todavía estupefacto, se agarró a la barandilla para estabilizarse.

—Eso no es… Ay, Dios, eso no es posible.

—Puedo llevarlo, si no me cree. Supongo que el cadáver seguirá en el mismo sitio durante un tiempo.

—Esto es… Esto es horrible. No tiene sentido, simplemente no… —añadió, más para sí mismo que para mí.

—Por supuesto que no. ¿Por qué demonios habría de tener sentido?

—No puedo… No es posible que hayan llegado tan lejos.

—¿Quién? —pregunté—. ¿De quién habla?

—Un trago —dijo. Se soltó de las escaleras y fue a la cocina—. Necesito un trago.

Abrió el armario y sacó un vaso pequeño y una botella de whisky. Se sirvió tres dedos de licor. Lo bebió de golpe. Estaba por servirse más, pero lo agarré de la mano y lo obligué a dejar la botella sobre la encimera.

—Dígame qué demonios está pasando, Sanders.

—No sé quién mató a Hanna —dijo—. Juro que no.

—¿Y Claire? ¿Dónde está?

Se pasó la mano por la frente, como si todo aquello le estuviera

provocando una migraña de grado nuclear. Pero luego, casi al instante, se repuso y me miró con una sonrisa diabólica.

—Ah, ya entiendo. Ya entiendo lo que está pasando. —La sonrisa se convirtió en una breve carcajada— . Estupendo. Casi lo logra.

—¿Casi logro qué? ¿Cree que es una broma?

—No una broma, sino un truco.

—¿En serio? Vayamos, entonces. —Lo sujeté de la bata a la altura del hombro—. Tengo un taxi esperando. Podemos ir y echar un vistazo. De lo que ha quedado, al menos, porque los perros se han comido parte del cuerpo.

Se soltó de mis manos y la bata le resbaló por el hombro derecho casi hasta el codo. Volvió a subírsela con un ademán teatral, como tratando de preservar su dignidad, pero estaba demasiado agitado.

—Madre mía, ¿perros? —Se llevó la mano a la boca, como a punto vomitar, pero luego la apartó—. Vale, aunque sea cierto lo que me está diciendo de Hanna, no hay ninguna buena razón para que confíe en usted. Tengo una idea clara de a qué está jugando. Usted cree que hablándome de Hanna puede asustarme para que le diga dónde está Claire.

—¿Así que se esconde en alguna parte?

—No está escondida. Solo está… lejos.

—¿Cuándo fue la última vez que supo de ella? Por el amor de Dios, Sanders, la mejor amiga de su hija está muerta. Si Claire fuera mi hija, ahora mismo la estaría llamando por teléfono para asegurarme de que está bien.

—Si hubiera habido un problema, ella me habría llamado… —Se decía eso más a sí mismo que a mí.

—Si Claire está metida en un lío, quizás no tiene ninguna posibilidad de llamar.

—No, su madre. Ella me llamaría. Todo está bien. Todo está bien. —Sanders asentía con movimientos rápidos, como un muñequito cabezudo.

—¿Claire fue a quedarse con su madre? ¿A Canadá? —Volvió a taparse la boca con la mano. Se puso a murmurar, como si no quisiera que yo lo oyera pensar en voz alta—. Háble me. ¿Es ahí donde está?

Retiró la mano.

—Sé que Augustus Perry es su cuñado. ¿Cree que no me doy cuenta de que lo está usando para averiguar dónde está Claire?

—¿Es coña? —pregunté—. Acaba de hacer que se lleven mi puto coche a remolque. ¿Y qué tiene que ver Augie con Claire?

Sanders no dijo nada, pero seguía mirándome con los ojos muy abiertos.

—Mire, ya le expliqué cómo he venido a involucrarme en esto, y no tiene nada que ver con el jefe. Claire me pidió que la llevara. Ella y Hanna hicieron su pequeño truco valiéndose de mí y ahora Hanna está muerta. Con o sin su ayuda, voy a averiguar qué está pasando.

—No tengo nada que decirle —habló Sanders.

—Solo dígame que está viva. ¿Eso sí lo sabe?

Antes de que el alcalde pudiera responder, unas luces del exterior barrieron el salón y lo iluminaron hasta la cocina. Sanders fue de inmediato a la ventana y descorrió la cortina de encaje para ver mejor la calle.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Hay un coche ahí fuera. Tiene las luces apagadas. Y hay alguien dentro.

—Es mi taxi. Le pedí que esperara.

—Pero las luces…

—Podría no ser más que otro coche que iba pasando —dije—. Su vecina me ha contado que, en estos últimos días, la policía ha estado aparcando en la calle. Como si estuviera vigilando esta casa.

Me fulminó con la mirada.

—¿Ha estado hablando con mis vecinos? ¿Y trata de decirme que no está metido en esto?

—¿Metido en *qué*? ¿Por qué lo vigila la policía? ¿Por qué cree que el jefe está involucrado? —Al no recibir ninguna respuesta, intenté usar un tono más conciliador—. Señor Sanders, se lo juro, solo estoy tratando de echar una mano. Intento ayudar a Claire. Si su hija está huyendo de algo, dígame de qué. Podríamos solucionarlo y hacerla volver.

En la penumbra, bajo la luz tenue que se filtraba desde el segundo piso, me estudió.

—¿Cuánto tiempo ha vivido aquí, señor Weaver?

—Unos cuantos años. Seis.

—¿Está contento?

—Solía estarlo.

Captó algo en mi voz.

—Su hijo. Sé lo de su hijo. —Tragó saliva—. Lo siento.

No tenía que preguntarle cómo se había enterado. Todos en Griffon lo sabían. Sin duda, la propia Claire se lo había mencionado en algún momento.

—Pero antes de su… su tragedia personal…, ¿era feliz en Griffon?

Resultaba difícil recordar cómo era nuestro mundo antes de hace dos meses. Durante un año o más, había habido momentos difíciles con mi hijo, pero, a pesar de eso, también había habido buenos momentos. Y antes de que Scott encontrara consuelo en esas sustancias que nublaban su juicio, supongo que éramos lo que se dice felices. Estábamos contentos, tal vez.

Pero yo no tenía ganas de entrar en esos temas con Bert Sanders.

—No sé de qué va esto.

—¿Se ha sentido seguro aquí? —preguntó.

Vacilé.

—Eso creo.

—Los policías de Griffon hacen un gran trabajo, ¿verdad?

Pensé en la petición.

—«Nuestros poligrifos son los mejores».

Eso lo hizo sonreír.

—¿Ha firmado? —Negué con la cabeza. Él asintió, admirado—. Qué sorpresa.

—No sé qué tiene que ver esto con…

—Una noche, en el parque, había un chico con una de esas cornetas de aire. Ya sabe, de las que parecen una lata de aerosol. Uno de nuestros grandes policías de Griffon acudió al lugar, le puso la corneta en la oreja y la activó. Es posible que el niño ya no recupere la audición. Los padres querían lanzarse contra nosotros, pero adivine qué: su cuñado cuenta con tres policías que dicen que el chico estaba tan borracho que se puso la corneta en la oreja y la tocó él mismo. —Sanders me lanzó una mirada fulminante—. A

cualquiera en esta ciudad, pregúntele si aquel chico recibió su merecido. Le va a decir que sí. —No comenté nada. Tenía razón—. Si se tratara tan solo de policías que se dejan llevar un poco de vez en cuando, todos podríamos mirar hacia otro lado y hacer como si no pasara nada. En esta ciudad, esa es la opinión predominante. Si a un gamberro le dan una paliza y lo abandonan a las afueras, ¿a quién le van a quitar el sueño? Ahora bien, si las tropas de asalto de Augustus Perry están dispuestas a saltarse las normas en casos como ese, ¿de qué más son capaces? ¿Qué cree que ocurre con las drogas y el dinero ilícito que incautan? Donde no hay juicio, no se necesitan pruebas. ¿Por qué hacer la vista gorda a lo que ocurre en el Patchett's? ¿No cree que Phyllis Pearce está repartiendo un poco de dinero?

—¿Tiene pruebas de algo?

Se rio.

—Pruebas. Sí, claro.

Yo ya no tenía tiempo para eso.

—Señor Sanders, dígame dónde está Claire. La traeré a casa. Es el tipo de cosas que hago —le dije.

No me estaba escuchando.

—¿Cree usted que la policía viene a esta calle a cuidar de mí? ¿Es eso lo que cree?

—¿Por qué no me lo dice sin más?

—No me están *cuidando*. Solo me están *vigilando*. Me están intimidando. Quieren hacerme retroceder.

—Sigo sin entender qué…

Cerré la boca. Oí algo o a alguien en el piso de arriba.

28

Levanté la vista.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté. Había sonado como si alguien se hubiera movido de un lugar a otro. En definitiva, no era una ardilla que estuviera corriendo por el tejado.

—No he oído nada —dijo Sanders.

—Está sordo, entonces —le dije—. El ruido ha sido arriba.

—Arriba no hay nadie —alegó—, estoy solo.

Lo estudié.

—¿Está aquí? ¿Claire está aquí ahora?

Volvió a sacudir la cabeza con movimientos rápidos.

—No.

Miré hacia el techo.

—¡Claire! —grité.

—¡Cállese! —dijo Sanders—. ¡Baje la voz!

—¿Por qué tengo que bajar la voz si no hay nadie?

Fui a las escaleras. Tuve que sacudirme la mano de Sanders cuando este intentó detenerme agarrándome de un brazo.

—Largo —dijo—. ¡No tiene derecho a registrar mi casa!

Le devolví la mirada.

—Tal vez debería llamar a la policía.

Mientras yo subía las escaleras, se quedó tartamudeando algo ininteligible. Casi a la mitad de camino, se lanzó contra mí. Sentí que unos brazos me rodeaban las rodillas y caí de boca. Para frenar la caída, extendí el brazo derecho, solo que choqué con el codo en uno de los peldaños de madera. Una descarga me recorrió todo el brazo.

—¡Mierda! —exclamé.

—¡Hijo de puta! —gritó Sanders. Estaba forcejeando con la parte inferior de mis piernas.

Conseguí liberar un pie. Luego apoyé la suela del zapato izquierdo en su hombro derecho desnudo y empujé. Sanders se despatarró escaleras abajo y aterrizó de culo. Al desabrochársele el fajín de la bata, quedó al descubierto. Nada puede parecer más tonto ni más

vulnerable que un hombre con las vergüenzas de fuera, a la vista de todo el mundo.

Se puso en pie, se ajustó el albornoz y ciñó el cinturón. Yo me había quedado en los escalones, medio sentado, medio de pie, dándome un suave masaje en el codo.

—Podemos hacerlo fácil o difícil —le dije.

—Por favor —suplicó él con una voz que más parecía un gemido—. Solo márchese. En serio, ¿qué tiene que ver todo esto con usted? ¿No puede irse?

—No se mueva de ahí —ordené, y subí los peldaños que faltaban—. Claire —volví a llamar, aunque sin gritar esa vez. No quería sonar amenazador—, soy el señor Weaver, el padre de Scott. Nos conocimos anoche.

En lo alto de la escalera, me tomé un segundo para orientarme.

—Ya le he dicho que no está aquí —replicó Sanders, que estaba en la escalera, a medio camino.

No le hice caso. Había un cuarto de baño a mi derecha y, justo después, una puerta a lo que parecía la mayor de las tres habitaciones de la planta alta. Supuse que era la habitación de Sanders: cama de matrimonio con las mantas echadas hacia atrás. Era evidente que ese hombre estaba bajo ellas cuando llegué y que se había puesto la bata para recibirme.

A la izquierda vi lo que pudo haber sido un dormitorio, pero que en ese momento era un despacho: escritorio, estanterías y un iMac.

Y, justo delante de mí, con la puerta cerrada, la habitación de Claire. No hacía falta ser Poirot para darse cuenta. Pegada a la puerta había una matrícula de plástico en miniatura, de esas que uno compra en tiendas de novedades y recuerdos, con el nombre de la chica.

—¿Claire? —pregunté con voz vacilante antes de empujar la puerta y deslizar la mano por la pared en busca del interruptor. Encendí la luz. Lo primero y más obvio que noté fue que la cama estaba vacía y hecha, aunque tenía una docena de revistas encima.

—Se lo he dicho —habló Sanders detrás de mí.

Entré en la habitación.

Adornaban la almohada varios peluches: algunos perros y dos

conejitos peludos, uno rosa y otro azul, que parecían desgastados por el tiempo. Probablemente los tenía desde niña. Las revistas no eran lo que yo habría esperado. Había un número de *Vogue*, pero la mayoría eran ejemplares de *The New Yorker*, *The Economist, Harper's y The Walrus*, una revista canadiense de noticias y comentarios. En la mesilla de noche vi un iPad y la biografía de Steve Jobs, que había salido hacía un par de años.

Cogí el iPad y pulsé el botón de inicio para ver qué aparecía. Vi una serie de iconos; sitios de noticias, en su mayoría.

—No tiene derecho a mirar…

Giré la cabeza.

—Basta —mascullé.

Para abrir los correos de Claire, pulsé un icono con forma de sello. Durante diez segundos estuve analizando los mensajes más recientes de la bandeja de entrada, así como los que ella había enviado. La cuestión era que, si mi generación se había sentido muy avanzada por comunicarse a través del correo electrónico, la mayoría de los chicos se enviaban mensajes de texto. Hacía mucho tiempo que habían abandonado el correo. Ninguno de los mensajes me llamó la atención.

Alcé la mirada y me vi en un espejo. Cuando era joven, insertábamos las instantáneas en los marcos, pero ahí no había ninguna foto a la vista. En esos días, casi nadie tenía fotos en papel: las fotos se compartían en línea, se colgaban en sitios web, se enviaban por correo electrónico o se pasaban una tras otra por las pantallas de los teléfonos inteligentes. La tecnología nos permitía compartir nuestras fotos con más gente que nunca, pero, dentro de veinte años, ¿dónde estarían esos momentos capturados? ¿En un instrumento informático obsoleto en el fondo de un vertedero? ¿Qué iba a ocurrir con los recuerdos que uno no podía retener entre el pulgar y el índice?

Esos pensamientos me llevaron a pulsar el icono de fotos del iPad. Aparecieron imágenes del tipo que, con más frecuencia, los adolescentes se hacían unos a otros: riendo, contoneándose, sacando la lengua, en las fiestas, con copas en la mano.

—Esas fotos son privadas —dijo Sanders.

Me estaba colmando la paciencia.

—Ya le he dicho que llame a la policía.

Había varias tomas de Claire y Hanna juntas. Hanna besando a Claire en la mejilla. Claire agarrando la nariz de Hanna. Las dos con vestidos de graduación y las manos en las caderas.

Pero también había fotos de Claire con chicos. Algunas, que tuvieron que haber sido tomadas hace más tiempo, por estar ubicadas más abajo en la pantalla, mostraban a un chico de aspecto mayor y cara redonda. Un joven, en realidad.

Giré el iPad hacia Sanders.

—¿Es Roman Ravelson?

—De verdad, ¿podría, por favor…?

—¿Es él?

—Sí.

—¿Y qué me dice de este chico? —En las fotos más recientes, Claire se acurrucaba con un joven negro, lo besaba y reía con él. El hombre lucía bien afeitado y llevaba el pelo muy corto. Era medio metro más alto que Claire.

—Dennis.

—¿Dennis qué?

—Dennis Mullavey. Alguien con quien ella salía.

—¿Es de Griffon?

—No, no sé de dónde vino. Tenía un trabajo de verano aquí. Volvió a casa, dondequiera que sea.

—¿Era algo serio?

Sanders sacudió la cabeza, exasperado.

—No lo sé. Fue un romance de verano. ¿Se acuerda? Son más intensos aún, porque el tiempo es muy limitado. Y esto es… una invasión total de la intimidad de mi hija.

Dejé el iPad y me puse a examinar el escritorio. Estaba abarrotado de las cosas que yo habría esperado encontrar: algo de maquillaje, frascos de esmalte de uñas, libros de texto. Rodeé la cama para ver si había algo escondido entre el colchón y la pared —yo pensaba que podría ser una persona, pero no había nadie—. Luego fui al armario y abrí la puerta.

—Por el amor de Dios —dijo Sanders.

Me recibió una especie de masa de ropa coagulada. No creo que hubiera sido posible meter una cosa más. Me giré. De pie en la puerta, miré a un Sanders que hacía todo lo posible por parecer imponente.

—Debería marcharse —dijo.

Se apartó para que yo pudiera salir de la habitación, pero, en lugar de volver a bajar las escaleras, entré en su despacho. Ahí no había mucho que ver. El armario ya estaba abierto, atestado de cajas de cartón para archivar.

Crucé el pasillo y volví al dormitorio de Sanders. Había algo en el aire, un aroma conocido. Yo tenía la sensación de haber olido algo parecido no hacía mucho.

—No voy a tolerar más esta intromisión —dijo, pero en la voz no le quedaba ni un ápice de autoridad.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que usted y su esposa se separaron? —Mientras rodeaba el colchón, lo examinaba.

—¿Qué tiene que ver eso con…?

—Aguarde.

Llegué al otro lado de la cama, en mi búsqueda de alguien escondido, y me di cuenta de que había un cuarto de baño dentro del dormitorio.

Sanders me pilló mirándolo y su cuerpo se tensó.

Me acerqué a la puerta. Había un lavabo, un inodoro y una bañera. La cortina de la ducha estaba echada. Era una tela demasiado gruesa para notar si había alguien escondido detrás, pero uno se hacía una idea de esas cosas.

—¡¿Claire?! —exclamé. No hubo respuesta—. Voy a contar hasta cinco y luego descorreré la cortina. Uno. Dos. Tres. Cua…

—¡Vale! —exclamó Bert Sanders, derrotado—. Vale. —Habló por encima de mi hombro—. Será mejor que salgas.

—Estoy desnuda —dijo una mujer desde detrás de la cortina.

Por un segundo, me sentí muy orgulloso de mí mismo. Había encontrado a Claire. Pero esa sensación se desvaneció bastante rápido, en cuanto pensé en Sanders ahí fuera, desnudo bajo la bata, y Claire ahí dentro, sin una sola prenda encima.

¿Qué demonios estaba pasando?

—Espera —dijo Sanders. Corrió al armario y cogió una segunda bata.

Discreto, desvié la mirada mientras él entraba en la ducha. Oí las argollas de la cortina deslizarse a lo largo de la barra.

—Aquí tienes —dijo Sanders—. Solo ponte eso…

—Estaba tratando de no hacer ruido —dijo ella.

—Lo sé, lo sé.

Él salió primero. Supuse que ya podía darme la vuelta y ver a Claire. Sería la primera vez desde la noche anterior, cuando la chica entró corriendo al Iggy's.

Pero esa mujer no se parecía en nada a la Claire que yo recordaba. Porque no era Claire.

Era Annette Ravelson, la esposa de Kent, el propietario de la tienda de muebles desde donde mi hijo había saltado al vacío.

29

—Annette —pronuncié mientras la mujer se ajustaba el cinturón de la bata.

—Cal —dijo, sin mirarme a los ojos.

—¿Os conocéis? —preguntó Sanders.

—Claro que conozco a Cal —dijo. Por fin encontró el temple suficiente para mirarme y preguntó—: ¿Pensabas que era Claire? Gritabas su nombre mientras subías las escaleras.

—Pensé que estaría aquí —dije.

—Bueno, supongo que, en esta casa, tiene más sentido que esté ella antes que yo.

—Con toda franqueza, puedo decir que no esperaba encontrarte aquí, Annette. Es tarde. ¿Kent no va a acojonarse cuando vea que no estás en casa?

—Ya te lo he dicho: está fuera de la ciudad —respondió Annette—. Está en un viaje de compras. Es algo así como una convención de mayoristas de muebles. Escoge las líneas que quiere que vendamos. —Sacó el labio inferior y se las arregló para apartarse un mechón de pelo de los ojos. Miró a Bert, luego se volvió hacia mí—. Sé que esto tiene mala pinta.

No dije nada, pero me asomé al baño. En la bañera seca había ropa, zapatos y un bolso. Era obvio que ella se había apresurado a recoger del dormitorio todas las pruebas de su presencia. A lo mejor, el ruido que oí fue el de su bolso al caer en la bañera, y el aroma que percibí, el del perfume que llevaba cuando me encontré con ella, antes de entrar en el ayuntamiento.

—¿Por qué buscas a Claire? Bert, ¿Claire está metida en algún lío? —preguntó Annette.

Sentado en el borde de la cama, Sanders se frotaba el hombro donde yo le había dado un empujón con el pie.

—No lo sé —dijo derrotado—. Ya no tengo ni idea de lo que está pasando.

—Annette, apóyame —le dije—. Estoy tratando de ayudar a Bert,

solo que él no confía en mí.
—¿Apoyarte con qué?
—Creo que Claire *tiene* problemas, pero Bert o no me cree o no quiere admitirlo. Y ahora hay más motivos para preocuparse.
—¿Qué motivos? —inquirió Annette—. ¿Qué pasa?
Sanders levantó la cabeza.
—La hija de los Rodomski está muerta.
Los ojos de Annette se abrieron de par en par.
—¿Qué ha pasado?
—La asesinaron. —Sanders me señaló con un dedo débil—. Dígaselo usted.
—Hanna Rodomski —dije.
—Sé quién es —afirmó, atónita—. Conozco a sus padres. Dios mío, esto es terrible. Deben de estar destrozados.
Me imaginaba que sí, pero no los había visto después de que descubriéramos el cadáver de su hija. Sentí una punzada de culpabilidad, como si debiera estar en casa de los Rodomski y no ahí; sin embargo, creía que, en lo que se refería a encontrar a Claire, cada minuto contaba.
—¿Lo sabe Claire? —preguntó Annette—. Bert, ¿Claire sabe lo que le pasó a Hanna?
Sanders me miró.
—No lo sé. Supongo que es posible, dada la forma en que se conectan los chicos hoy en día. ¿Lo sabe ya la gente? ¿Ha salido en las noticias?
—No lo creo, pero es cuestión de tiempo. Como usted dice, si Claire tiene acceso a su teléfono o si está cerca de un ordenador… Este tipo de cosas se extienden como la pólvora en las redes sociales antes de llegar a las noticias. —Vacilé—. Ella debería enterarse por usted.
—Sí, sí, tiene razón —dijo Sanders, y se volvió para mirar el teléfono en la mesilla de noche.
«Coja el maldito teléfono y llámela», pensé. Parecía dirigirse hacia ahí.
—Es posible que tenga el móvil apagado —dijo.
—¿Por qué? —pregunté.

—Pueden rastrearte, ¿o no?, ¿si tu móvil está encendido?

—¿De qué estás hablando, Bert? —preguntó Annette—. ¿Quién estaría rastreando…? Ay, Dios, no estarás hablando en serio. ¿De verdad crees que haría eso?

—¿Quién? —pregunté—. ¿Quién haría qué?

Annette me lanzó una mirada crítica.

—Tu cuñado, ni más ni menos.

—¿De qué hablas?

—¿Tienes idea de los problemas por los que he pasado para colarme aquí esta noche? —preguntó—. He tenido que aparcar a una manzana de aquí. —Señaló hacia la parte trasera de la casa—. He tenido que escabullirme entre las casas, como si fuera Catwoman. Lo bien que me habrían ido unas gafas de visión nocturna. Me he rasgado las medias con unos arbustos espinosos. Tampoco es como si Bert pudiera ir a cualquier parte para encontrarse conmigo. Lo están vigilando todo el tiempo: sus idas y venidas. Pero puedo colarme por detrás sin que nadie me vea.

—¿Les preocupa que el jefe descubra que tienen una aventura?

Sanders había puesto la mano en el auricular del teléfono.

—No es eso —dijo—. Perry está tratando de meterme miedo.

—Sí, Bert, Perry se está comportando como un absoluto gilipollas —dijo Annette—, pero ¿por qué rastrear el paradero de tu hija? O sea, está de viaje escolar en Nueva York. ¿Por qué eso habría de importarle a Perry? Por otra parte, si Claire no tuviera el móvil encendido, podrías ponerte en contacto con el profesor o llamar al hotel…

—No es ahí donde está —dijo Sanders—. No está de viaje escolar en Nueva York. Eso es solo lo que te he dicho.

Annette Ravelson parpadeó. Pude notar que se sentía herida. Siempre era decepcionante que el hombre con el que engañabas a tu marido no fuera sincero contigo.

—No te enfades —le dijo él—. Sabes que en estos días estoy viviendo en una pecera. Solo decimos lo indispensable y en el momento preciso. —Exasperado, se volvió hacia mí—. Ya ha oído a mi vecina: nunca se sabe cuándo habrá un coche de la policía vigilando esta casa. Todo forma parte de la campaña de intimidación

de Perry. Quiere que me calle, quiere que me haga el desentendido con respecto al modo en que dirige su departamento. No me quita el ojo. La vigilancia de sus matones me avasalla, y, hasta hace un par de días, lo mismo hacía con Claire. Si Perry es capaz de pisotear los derechos constitucionales de cualquier persona que se atreva a aventurarse dentro de los límites de esta ciudad, ¿por qué no los del alcalde? ¿Por qué no los de mi hija?

—¿Claire se estaba sintiendo presionada? —pregunté.

—¿Y cómo no? —preguntó Sanders—. Me dijo que no soportaba que los policías me vigilaran así. Estaba harta de sentirse atrapada en mi batalla con ellos, ¿y quién demonios podría culparla? Ella no quiso entrar en detalles, pero una noche, a la salida de Patchett's, la paró un policía. Y en otra ocasión, hace menos tiempo, el mismo agente, me parece, le quitó el bolso; le dijo que para buscar drogas. Y no había nada, en absoluto, pero al día siguiente tuvimos que ir a la comisaría para recogerlo. ¿La culparía por querer largarse de esta ciudad? Encontró la forma de hacerlo sin que la policía se enterara.

—Y usted sabía que Claire estaba tramando esto con Hanna.

—No me explicó al detalle lo que estaba haciendo, pero me dijo que tenía algo pensado.

—Debe de haberle dicho adónde iba.

Sanders bajó la cabeza en un gesto de admisión.

—A Toronto. A quedarse con su madre, mi exmujer. Caroline. Ahora, Caroline Karnofsky.

—¿Caroline la recogió?

Otra señal de asentimiento.

—Claire lo preparó todo con su madre. Dijo que, si surgía algún problema, ella o su madre llamarían. No he sabido nada, así que todo debe de haber salido bien.

Señalé el teléfono e hice la mímica de marcar con los dedos.

—Tiene que informarla.

Sanders levantó el auricular, pero vaciló.

—Esta línea —dijo— puede que no sea segura.

—¿En serio? —exclamé—. ¿Cree que el jefe tiene intervenida su línea?

—La idea se me ha pasado por la cabeza. A veces me parece oír

chasquidos. Sabe lo que dicen por ahí: que uno sea paranoico no significa…

Sacudí la mano.

—Lo sé. Pero, por Dios, él no… —Sin embargo, yo sabía que, a lo largo de los años, Perry había hecho trabajos de espionaje. Y en su departamento tendría gente capaz de hacer ese tipo de cosas.

—Si de verdad cree eso —le dije—, podemos suponer que toda la casa tiene micrófonos ocultos. Alguien podría estar escuchando lo que estamos diciendo ahora mismo.

Annette puso de inmediato una mirada de horror.

—¿Qué? ¿Quieres decir que alguien podría haber oído todo lo que…?, ¿que alguien podría haber escuchado lo que estaba ocurriendo en esta habitación hace un rato?

Sin duda, estaba repitiendo en su mente las cosas que había dicho en pleno momento pasional. Sanders parecía hacer lo mismo.

—Si alguien ha grabado eso…

No se molestó en terminar. Bien podía figurarme lo que estaba pensando. Si todo había quedado registrado en una cinta —o en una grabación digital, más bien— y alguien lo reproducía para su marido, bueno, no había modo de que ella saliera bien librada.

—Supongo que no querrías que Kent lo oyera —comenté.

A Annette no le gustó que yo mencionara el nombre de su marido.

—Ni se te ocurra bromear con algo así —me advirtió.

Tenía cosas más importantes que hacer como para sentir angustia por que las infidelidades de Annette Ravelson se hicieran públicas. Fui al baño.

—¡Annette, ven a por tu ropa! —grité.

Ella entró y sacó toda la ropa de la bañera. Cogió también su bolso.

—Iré a vestirme a la habitación de Claire.

Corrí la cortina de la bañera y abrí el grifo de agua fría. Enseguida, tiré del desviador de la ducha. El chorro de agua empezó a golpear la cortina de plástico. Hacía un ruido de fondo de bajo nivel, como el de la lluvia en un tejado de hojalata. Le hice señas a Sanders para que entrara y le di mi móvil.

—Si en su teléfono o esta casa hubiera micrófonos, esto debería evitar que alguien escuche.

Sanders pulsó un número y se puso mi móvil en la oreja.

—Está sonando —dijo, y, enseguida—: Caroline, soy yo… Lo sé, este no es mi número. Estoy usando el teléfono de otra persona.

Agaché la cabeza hasta casi tocar la de Sanders para poder oír ambas partes de la conversación.

—¿Va todo bien? —preguntó Caroline.

—Sí, sí, yo solo…

—¿Dónde estás? ¿Qué es ese ruido? ¿Está lloviendo?

—Estoy en el… A ver, no te preocupes por eso. Caroline, necesito hablar con Claire. ¿Está ahí? ¿Puedes decirle que se ponga? Le tengo malas noticias.

—Claire no está aquí. ¿Por qué habría de estar aquí?

—Todo está bien, puedes hablar sin problema —dijo Sanders—. Nadie puede escuchar este teléfono, no hay manera.

—Bert, Claire no está aquí.

—¿Cuándo volverá?

—Bert, no me estás prestando atención. No está conmigo. Se supone que no vendrá a verme hasta dentro de un par de semanas.

Sanders alzó la voz.

—Pero… Pero tú la recogiste anoche. Aquí, en Griffon.

—Bert, yo no hice nada de eso. ¿Dónde está Claire?

El pánico empezó a dominar ambas voces.

—Claire preparó todo —explicó Sanders—. Me dijo que ibas a recogerla anoche, en el Iggy's. *Tiene* que estar contigo.

—Escúchame, Bert —dijo Caroline, casi sin aliento—. Claire no está aquí. No ha estado aquí desde hace semanas. No tengo ni idea de lo que estás hablando.

30

—Volveré a llamarte —le dijo Sanders a su exmujer. Colgó y me devolvió el teléfono. El color se le había ido de la cara.

—Ha dicho…

—La he oído.

El agua fría de la ducha seguía saliendo. Cerré el grifo.

—¿Claire le explicó que su madre iba a ir a recogerla?

—Eso me dijo, sí.

—¿Qué tipo de coche conduce su exmujer?

—Mmm, uno pequeño, descapotable. Un Miata.

—¿No será una ranchera Volvo?

Sanders negó con la cabeza.

—No, no tiene una de esas. Tampoco su marido. —Me miró implorante—. ¿Dónde diablos podría estar?

—Parece que logró lo que se había propuesto, ni más ni menos —dije—. No se limitó a darle esquinazo a quien la seguía; le dio esquinazo a todo el mundo. ¿Cree usted que esta guerra con Perry ha sido suficiente para que ella quisiera desaparecer?

No mostró ningún signo de duda.

—Por supuesto.

—Todo esto sugiere que Claire no confía ni siquiera en usted para guardar el secreto de su paradero. ¿Tiene sentido?

Levantó las manos en señal de frustración.

—Dios santo, no lo sé.

Annette cruzó el pasillo y entró en el dormitorio con unos tacones de aguja. Llevaba un vestido negro de cuello redondo que dejaba ver la línea de sus senos. Además, y para ayudarla con eso, un sujetador negro *push-up* de encaje. Este atuendo era más sensual que el que llevaba fuera de la tienda de muebles.

—¿Qué pasa? ¿Ya se lo has dicho a Claire? ¿Le has contado lo de Hanna?

—No está con su madre.

—Bueno, y, entonces, ¿dónde está? —Ni Bert Sanders ni yo dijimos

nada—. ¿No lo sabéis?
—No lo sabemos —respondí.
—¡Ay, mierda! —exclamó.
Sanders me miró a los ojos.
—¿Qué hago ahora?
Me dieron ganas de decirle que rezara para que Claire no hubiera corrido la misma suerte que Hanna, pero no soy un hombre así de religioso. Además, decirle eso habría sido una mierda. Así que se me ocurrió otra cosa.
—Empiece haciendo llamadas por ahí. A sus otras amigas, a los novios, a los profesores.
—Le preguntaré a Roman —dijo Annette, y, para que yo estuviera enterado, explicó—: Mi hijo salió con ella durante un tiempo. Tal vez tenga una idea de adónde pudo haber ido. —Se mordió el labio—. Aunque lo dudo. Tampoco es que hayan hablado mucho.
—Salían juntos —repetí.
—Sí, pero ella rompió con él, y a Roman eso le sentó fatal.
En ese momento, yo no sentía ninguna compasión por Roman. Todavía me palpitaba la cabeza en la zona donde me había golpeado.
—Llame a cualquiera que se le ocurra —le dije a Sanders. En ese mismo momento, me dieron ganas de darme a mí mismo una bofetada—. Intente llamar a su móvil —le dije, y volví a pasarle mi teléfono.
Tecleó un número y escuchó.
—El buzón de voz ha saltado enseguida. ¿Claire? Soy tu padre. ¿Dónde diablos estás? Acabo de hablar por teléfono con tu madre. Los dos estamos muy preocupados. Si oyes esto, llámame enseguida, ¿vale? Solo llámame. O llama al señor Weaver. El teléfono que estoy usando es el suyo. Por favor, ¿vale? Te quiero.
Sanders me devolvió el móvil.
—Si fue directo al buzón de voz, significa que el teléfono está apagado, ¿no? —preguntó.
—O que se ha quedado sin batería.
—Esto es terrible. No sé qué… No, voy a hacer lo que me ha dicho. Empezaré haciendo preguntas por ahí.

En ese momento sentí un pequeño alivio. Ya no tenía que llevar todo el peso sobre mis hombros. Sanders conocía mejor que yo a los amigos de Claire. Podría localizarla antes que yo.

Lo que me tenía obsesionado era por qué Claire le había mentido a su padre. Ella le había dicho por qué se quería ir, pero no con quién se iría. El vídeo de vigilancia que yo había visto el Iggy's la mostraba subiéndose a un coche con alguien.

—Vale, usted haga eso —le dije—. Hablaremos por la mañana y veremos dónde estamos. ¿Le parece un buen plan?

Sanders asintió.

Annette tenía sus propios motivos de preocupación.

—No le vas a hablar a nadie de nosotros, ¿verdad?

—Te diré algo: si me llevaras a casa, comprarías mi silencio. Esta noche he tenido problemas de transporte.

* * *

Salí corriendo al taxi, golpeé apenas la ventanilla para no asustar a la conductora y saldé cuentas con ella. Escudriñé la calle en busca de coches patrulla. No vi ninguno, aunque había unos cuantos vehículos civiles aparcados junto a la acera. Supuse que alguien podría haberse escondido tras el volante de uno de esos.

Luego caminé a paso ligero hacia la parte trasera de la casa de Sanders y subí unos escalones hasta la puerta de la cocina, justo a tiempo para ver a Annette soltarse de los brazos de Bert. Y, como el alcalde había dejado apagadas las luces exteriores, Annette tuvo que esperar un momento en lo que adaptaba sus ojos a la oscuridad y conseguía orientarse por el patio. Rodeamos el garaje y pasamos entre las casas detrás de la de Sanders.

Por suerte, no ladró ningún perro ni se activaron luces con sensores de movimiento. Al pasar de la hierba a la grava y de la grava a la acera, Annette, en efecto, caminaba insegura sobre sus tacones de siete centímetros o más. Iba cuidándose de esquivar cubos de basura, bicicletas y restos de madera, así que la cogí de la mano y la guie por los tramos más difíciles.

—Nunca sabré por qué demonios me he puesto estos zapatos —

dijo—. Pero claro que lo sé. ¿Habrá algún hombre vivo cuyo motor no se ponga en marcha con unos tacones altos?

Me pareció una pregunta retórica, así que no dije nada. Cuando por fin salimos de entre las casas y llegamos a la acera de la calle de al lado, le solté la mano. Pero se agarró a mi codo y así estuvo hasta que casi llegamos al coche.

—Eres un buen hombre, ¿sabes? —dijo—. Lamento los problemas que has tenido. —Nos estábamos acercando a un sedán BMW negro —. Este es. —Sacó un mando del bolso y pulsó un botón. Las luces traseras parpadearon—. ¿Por qué has venido en taxi?

—Es una larga historia —contesté, y me acomodé en el lado del pasajero.

No había necesidad de decirle dónde vivía. Durante el tiempo que Scott estuvo trabajando en la tienda, ella o Kent lo llevaron a casa varias veces. Scott no tenía edad para conducir, así que Donna o yo solíamos llevarlo y traerlo. Pero, de vez en cuando, si no estábamos disponibles, Scott conseguía que lo llevaran amigos o compañeros de trabajo.

—Te estaré muy agradecida de que no digas nada sobre Bert y yo —dijo mientras se abrochaba el cinturón—. De todos modos, esto es…, vaya, quizás solo algo pasajero con Bert.

—¿Por qué lo dices?

—Soy realista. Conozco a Bert. Sé cómo es.

—¿Y cómo es?

Puso en marcha el BMW y pisó el acelerador.

—Venga —dijo—, como si no lo supieras.

—Le gustan las mujeres —comenté.

—Eso es decir poco. —Se rio—. Sé que no tengo más que un tiempo limitado con él antes de que otra llame su atención. Por eso lo dejó Caroline. Se estaba tirando a una profesora del Canisius. —Recordé el comentario de Donna sobre aquella mujer del trabajo a la que Sanders le había tirado los tejos. Ella era estudiante y él aún daba clases—. Durante un tiempo, se acostaba incluso con otra del trabajo.

—¿De su trabajo?

—No, del mío. ¿Te suena Rhonda McIntyre? —No reconocí el

nombre—. Estaba muy buena, lo admito, y con unos veinte kilos menos. Pero lo que ella me superaba en juventud, yo lo compensaba en experiencia, y con creces. Bert cree que nunca supe lo de ella, pero vaya si me daba cuenta. La forma en que ella lo miraba cuando entraba en la tienda o cuando se cruzaban por la calle. Eso fue en el verano pasado. Aún cree que yo pienso que salía solo conmigo. Y, como quiera que sea, Rhonda ya no trabaja para nosotros.

—¿La despediste?

—Lo dejó, de repente, hace un par de meses. Creo que, de hecho, se fue de la ciudad. Consiguió trabajo en otro sitio y también rompió con un tipo. Después supimos que ese tipo era un policía y que a ella le parecía un poco raro. El tío, además, no sabía que Rhonda tenía una relación paralela con Bert. O a sus espaldas. —Annette rio entre dientes—. Como quiera que sea, renunció. Yo ya estaba buscando la manera de deshacerme de ella, de soltarle a Kent alguna indirecta en el sentido de que se estaba llevando una tajada extra con transacciones en efectivo o falsificando recibos o algo así. Pero, al final, no hubo necesidad. Ya es bastante malo saber que mi asunto con Bert tiene fecha de caducidad, así que, mientras yo esté dentro del límite del «consumir preferentemente antes del», lo quiero para mí. ¿Crees que está mal desear un poco de emoción en la vida?

—Supongo que depende de qué tipo de emoción. Quizá deberías probar el *rafting*.

—Lo que ocurre es que, en estos días… mi vida es solo *una vida*, ¿sabes? Hoy será igual que ayer y mañana será igual que hoy, ni más ni menos. Pero, con Bert, aunque solo sea por un tiempo, puedo disfrutar de algunos días que no serán como los demás. Tienes que admitir que es un hombre guapo. O sea, puedes reconocerlo, y eso no significa que seas homosexual ni nada.

—Es un hombre guapo —acepté.

—Tiene porte como para ser mucho más que un alcalde de pueblo. Podría ser gobernador, senador o algo así, si se decidiera por eso.

—¿Y no es lo que quiere?

—No es ambicioso en ese sentido —dijo Annette—, solo quiere dejar huella donde quiera que se encuentre. Se preocupa por ser un

buen alcalde, por hacer lo correcto. Por eso está en esta pelea con Perry, quien, y esto quiero que quede claro, no me parece *tan* mal tipo. Me da la impresión de que está haciendo lo correcto por esta ciudad, y no te digo esto solo porque sea el hermano de Donna, ¿sabes? Puede que, de vez en cuando, se pase un poco, lo reconozco. Pero, Dios santo, no creerás que de verdad tiene pinchada la casa de Bert, ¿o sí? O sea, eso sería… Estaría muy mal. —Me encogí de hombros—. Y, para empezar, ¿cómo es que has ido a buscar a Claire? —Le hice un relato sucinto de la noche anterior—. Madre mía, los chicos —dijo—. Uno nunca sabe lo que van a hacer. —Se quedó pensando—. Este asunto de Hanna es tan horrible… ¿Crees que Claire habría huido porque sabe quién lo hizo?

—Claire se fue antes de que sucediera, así que no. —Señalé—. Ya casi estamos en mi calle.

—Lo sé.

Medio minuto después, detuvo el coche al final del camino de entrada.

—¿Cómo estáis Kent y tú? —le pregunté.

—¿A qué te refieres? —quiso saber Annette.

—Este asunto tuyo con Sanders… No hay que ser un genio para darse cuenta de que significa que Kent y tú estáis pasando por un mal momento.

—No tiene por qué significar eso —dijo.

—¿Así que las cosas entre vosotros son perfectas? —le pregunté.

—Ninguna pareja de este planeta tiene una relación perfecta —alegó—. ¿Y tú? —Como titubeé, Annette volvió a tomar la palabra—. Madre mía, lo siento. Con lo que habéis pasado, no sé cómo me he atrevido a preguntar.

—No te preocupes —le dije—. Oye, alguna vez me gustaría volver a subir al tejado.

—Ay, Cal.

—Solo… Es que todavía estoy luchando con esto, Annette. Sigo reproduciendo los sucesos en mi cabeza.

—Te diré una cosa —dijo ella—: Lo hablaré con Kent. Si no sabes nada de él, si no te llama, sabrás que no está de acuerdo.

Yo podía apostar a que nunca iba a saber nada de él.

—Gracias por traerme. Ah, y ¿podrías saludar a Roman de mi parte?

Ladeó la cabeza.

—Claro. ¿Por qué?

—Nos hemos cruzado esta noche. Dile que he estado pensando en él.

* * *

El coche de Donna no estaba en la entrada. Supuse que lo habría metido en el garaje, cosa que no hacía muy a menudo. Entré en casa tan silenciosamente como pude y dirigí mis pasos hacia la cocina. Iba con la intención de tomar un vaso de agua, pero me di cuenta de que había pasado otra noche sin cenar. Abrí el armario y saqué unas galletas saladas y mantequilla de cacahuete. No se podría decir que fuera una buena cena, pero unas cuantas galletas untadas evitarían que mi estómago gruñera durante la noche.

Haciendo el menor ruido posible, metí el cuchillo y el vaso sucios en el lavavajillas. Luego subí las escaleras con mucho sigilo. Me puse de puntillas para atravesar el dormitorio, pero pisé algo duro y, de repente, se oyó un crujido. No sonó muy fuerte, pero sí lo suficiente, me temí, para despertar a Donna. Y, como no la oí moverse, me arrodillé y fui palpando la alfombra hasta encontrar lo que había pisado: uno de sus lápices. Acababa de partirlo en dos. Recogí los trozos. En eso, me di cuenta de que la pequeña lata de fijador en aerosol también estaba en el suelo. La recogí y me moví en silencio hasta el cuarto de baño.

Cerré bien la puerta antes de encender la luz. Luego puse los trozos de lápiz en la papelera y el bote de aerosol en la encimera. Entonces me desvestí hasta quedar en calzoncillos. Me lavé los dientes. Antes de abrir la puerta, apagué la luz.

En ese momento caí en la cuenta de que Donna casi siempre me dejaba la luz del baño encendida.

Con los ojos tomándose su tiempo para adaptarse a la oscuridad, me dirigí a la cama más bien guiado por el instinto, aparté las mantas de mi lado y me colé entre las sábanas.

En cuanto estuve dentro, supe que algo no iba bien. Parpadeé una y otra vez hasta que mis ojos se acostumbraron a la falta de luz, como si parpadear sirviera para algo. Luego me incorporé y miré al otro lado de la cama.

Donna no estaba allí.

31

La luz del porche la ayuda a meter la llave y girar la cerradura de seguridad. Abre la puerta y se sorprende al encontrar a su hijo en el vestíbulo, pues acababa de verlo pocas horas antes.

—Me has dado un susto de muerte —le dice.

—No sueles llegar tan tarde.

—¿Qué pasa?

—Las cosas están funcionando —dice él—. Tenía que decírtelo. No quería esperar hasta mañana.

—¿Los has encontrado?

—No, pero puede que haya descubierto la forma de encontrarlos.

Ella deja caer su bolso en la silla más cercana.

—Por favor, no me hagas ilusiones.

Él le cuenta lo que ha hecho y ella tiene que admitir que su chico ha estado ocupado.

—Son muchas vueltas —vacila. Aunque se muestra escéptica, él parece haber pensado bien las cosas. En particular, a ella le ha gustado una de sus ideas—: Utilizar al detective. Es un buen plan —comenta—. Lo he visto hace un rato.

—Lo ponemos a trabajar para nosotros, pero sin que él lo sepa, siquiera —aprueba el hijo.

—Podría funcionar.

—Siento que esto está cuajando.

—No te entusiasmes demasiado —suelta ella—. Estamos muy lejos de poder dejar esto atrás. Si ese chico se llevó el cuaderno, tendrás que recuperarlo cuando lo encuentres. Tendría que haberme dado cuenta de que lo había regalado. Por lo general, cuando llena un cuaderno, pide uno nuevo y yo se lo consigo. Pero esta vez no me pidió nada porque era demasiado pronto. Quizás solo había llenado la mitad. Supuso que yo sospecharía.

—Estás demasiado preocupada por ese maldito cuaderno.

—No, demasiado no. Tienes que tomártelo en serio.

—¿Es coña? ¿Crees que no me lo tomo en serio? ¿De verdad? Mira

la mierda con la que he tenido que lidiar. He tenido que tomar decisiones apresuradas. Como con la otra chica: cómo hice que aquello pareciera algo que no era. ¿Y si me dieras un poco de crédito?, ¿qué tal?

—Me voy a la cama. No puedo lidiar con esto ni un minuto más.

—De todas formas, la culpa es tuya —espeta él.

Eso la detiene en su camino hacia las escaleras.

—¿Qué has dicho?

—Haber salido de casa mientras la secadora estaba en marcha y no haber estado aquí cuando se incendió la pelusa. Si no hubiera habido humo, nada de esto habría…

La mano de ella es tan rápida que él no tiene ninguna oportunidad de esquivar la bofetada.

—No voy a permitir que me hables así. ¿Para quién crees que ha sido todo esto?, ¿eh? ¿Para quién ha sido todo esto?

Él se lleva la mano a la mejilla roja y caliente.

—Todo ha sido por papá —dice él.

—No —alega ella—, siempre ha sido por ti. Todo. Lo he hecho todo por ti, y que Dios me ayude, porque parece que voy a tener que hacer más antes de dar esto por terminado.

32

Eché las sábanas atrás y me levanté con tanta prisa que sentí un mareo. Encendí la lámpara de la mesilla de noche. En el lado de Donna, la cama no parecía deshecha. Si ella no había podido conciliar el sueño, no tenía sentido que hubiera hecho la cama después de levantarse. Nadie hacía eso a las once o doce de la noche. Te levantabas, dabas un paseo o tomabas un vaso de agua. Y lo hacías pensando que, en unos minutos, volverías a meterte bajo las sábanas para intentar de nuevo conciliar el sueño.

Así que Donna aún no se había acostado.

Salí al pasillo, aunque pasé primero por la habitación de Scott. En esos días, no me sorprendía encontrarla bajo esas sábanas. Pero, cuando abrí la puerta y dejé que entrara la luz del pasillo, me di cuenta de que la cama estaba vacía.

Bajé las escaleras. Iba encendiendo las luces a medida que avanzaba. Si acaso estaba sentada en el salón, muy tranquila, quizás yo había pasado a su lado al entrar sin darme cuenta. Pero no, no estaba allí.

No estaba en el sótano ni en el lavadero.

—¡Donna! —grité.

Abrí las puertas correderas de cristal que daban a la terraza y encendí las bombillas. Eran lo bastante potentes como para iluminar todo el patio trasero. Pero hacía demasiado frío para que estuviera sentada fuera, mirando al cielo, preguntándose qué estaría haciendo nuestro chico allí arriba; si uno creyera en esas cosas, como ya he dicho.

Volví a entrar, cerré de nuevo las puertas correderas y abrí la que comunicaba el garaje con la cocina.

El coche de Donna no estaba ahí.

—Qué putada —me dije.

Me acerqué a la encimera de la cocina, donde estaba el teléfono, y pulsé el botón que me conectaba automáticamente con su móvil.

Sonó una vez.

—Vamos.

Sonó por segunda vez.

—Contesta.

Sonó una tercera vez.

—Hola.

—¿Dónde estás? —le pregunté.

—Por ahí, conduciendo. Al llegar a casa y no te he encontrado. Me estaba poniendo un poco frenética. Debería haberte dejado una nota —dijo—. No podía dormir.

—¿Qué pasa? —Una pregunta estúpida capaz de liquidar todas las preguntas estúpidas, yo lo sabía. Lo que yo quería saber era qué había provocado que esa noche fuera peor que todas las de los últimos meses.

—Tengo muchas cosas en la cabeza —respondió Donna.

Ambos guardamos silencio durante unos segundos. En el fondo se podía oír el zumbido del coche.

—¿Qué has cenado? —pregunté por fin.

—No he cenado.

—Yo tampoco. —Otra pausa—. Me muero de hambre.

—Creo que yo también.

—El Denny's ha de estar abierto —comenté—. Podríamos hacer un desayuno de medianoche. Me apetecen unos huevos con salchichas.

—No estoy lejos —dijo Donna. Larga pausa—. Ahí nos vemos.

—Necesito que pases a recogerme. No tengo coche.

—¿No tienes coche?

—Te lo contaré entre bocado y bocado.

* * *

Antes de contarle lo del coche, tuve que explicarle lo del moratón que tenía en un lado de la cara. Lo notó en cuanto me senté en el asiento del copiloto.

—¿Te duele? —preguntó.

—No tanto como el amor propio.

En el Denny's había otras dos parejas y un hombre solo. Donna y yo nos sentamos junto a la ventana y, para empezar, pedimos café

descafeinado a una camarera que ya estaba allí antes de que hubiéramos terminado de poner el culo en el asiento. Nos aferrábamos a la esperanza de que, una vez en casa, podríamos dormir, así que el café normal nos parecía una opción poco inteligente.

—La policía ha confiscado mi coche —expliqué.

Donna echó un poco de azúcar en su taza.

—Cuéntamelo.

Le narré lo sucedido. Empecé por mi visita a casa de los Rodomski; seguí por mi visita a casa de los Skillings y mi salida, en compañía de Sean, a donde yo había dejado a Hanna. Luego, la aparición del cuerpo bajo el puente.

—Y Annette Ravelson se acuesta con el alcalde —le conté—, pero, junto a todo lo demás, esto ya resulta un poco anticlimático.

—Qué horror —dijo—. Haber encontrado el cuerpo de esa chica.

Me pareció que se estremecía. No nos era posible pensar en ningún cuerpo sin imaginar el de Scott en el aparcamiento de Muebles Ravelson.

—Sí —le dije—. Al chico Skilling le sentó fatal.

—Tú no crees que lo haya hecho él —supuso Donna.

—No —contesté—, pero ya me he equivocado alguna vez.

La camarera volvió y le pedimos huevos y todas las cosas grasientas y maravillosas que suelen acompañarlos. Se produjo un silencio incómodo de varios minutos hasta que llegó la comida.

—No puedo creer que mi hermano haya hecho que te confiscaran el coche —dijo Donna.

Le di un sorbo al café e imaginé la sacudida que me estaría dando si no fuera descafeinado.

—Sí, a mí también me sorprendió.

—Sois como un perro y un gato en el mismo saco, pero creo que, en ciertos aspectos, él te respeta —meditó—. Tal vez se incautó del coche como exhibición de que no está mostrando ningún favoritismo, a pesar de que sabe que no va a encontrar nada.

—A menos que encuentre algo —opiné.

Detuvo el bocado de huevo a medio camino de la boca.

—Cal, Augie no va a incriminarte. Eso es absolutamente ridículo.

¿Crees que va a plantar pruebas contra ti? —No comenté nada—. Por el amor de Dios, ¿por qué haría algo así? ¿Qué razón podría tener?

—No lo sé —contesté.

—Sé que no te cae simpático, y la mitad del tiempo a mí tampoco, pero no es capaz de algo como eso.

—Le está soltando una sarta de mentiras al alcalde; le dice que su gente nunca se extralimita.

Me lanzó una mirada de esas que sugerían que yo tendría que ser más listo.

—¿Crees que existe, en algún lugar, un solo cuerpo de policía que no lo haga? ¿La policía de Promise Falls, digamos? Me parece que trabajabas allí.

—Donna.

—Augie cuida de su gente. Así como tu jefe cuidó de ti.

—Perdí mi trabajo —le recordé.

—Y pudiste haber perdido más.

No me gustaba hablar de mis tiempos en Promise Falls.

—Quizá tengas razón. Tal vez Augie está haciendo una declaración de intenciones. Quizás solo quiere que me sienta incómodo. Tendré que alquilar un coche por la mañana.

—Usa el mío —ofreció Donna—. Llévame al trabajo. Si después no pudieras recogerme, ya me las arreglaré para ir a casa.

—Suena como un buen plan —dije.

Vinieron un par de minutos de silencio. Yo tenía la sensación de que habíamos terminado de hablar de mi noche; al menos, por el momento. Pasaríamos a otra cosa.

—Tenía miedo de que dejara de quererme —dijo Donna por fin. La miré y me quedé esperando—. Tenía miedo de que, si me ponía muy dura con él, si lo castigaba, le cortaba el dinero, lo obligaba a ir a terapia y me ponía en guerra con él por lo que estaba haciendo, dejaría de quererme.

—Lo sé —respondí.

—Incluso pensé en entregarlo —siguió Donna—, en llamar a Augie. Que lo arrestaran, que lo esposaran, que lo metieran en la cárcel… Todo. Como en aquella película, *Scared Straight*, ¿la recuerdas? Pero

no me atreví. Creí que no habría sido capaz de perdonármelo. Pensaba en lo que podría pasarle cuando estuviera en la cárcel, aunque solo fuera por un tiempo, en las otras personas que podría conocer allí dentro, en lo que podrían hacerle. Pero, ahora, como no lo hice, tampoco me lo puedo perdonar. —Bajé el tenedor. Quería decir algo, pero me resultaba difícil—. ¿Qué pasa? —preguntó Donna.

—Estoy enfadado todo el tiempo —aseveré—. Hago todo lo posible por ocultarlo. Pero siempre está ahí. Es como si bajo mi piel estuvieran reptando serpientes. Millones de bichos arrastrándose dentro de mí.

—¿Estás enfadado conmigo?

No respondí de inmediato. Me debatía entre ser sincero o no, porque sí estaba disgustado con ella. Pero eso no era nada comparado con la rabia que sentía hacia mí mismo. No era nada comparado con la rabia que sentía hacia quien le vendió a Scott esa última dosis.

Y eso no era nada comparado con la rabia que sentía hacia el propio Scott.

—No sé si hay alguien con quien no esté resentido —confesé, y observé cómo su rostro decaía ligeramente—. Pero estás lejos de encabezar la lista. —Hice una pausa—. Y en eso estoy. —Apreté los puños en un intento de eliminar la tensión. Luego relajé las manos.

—Si quieres castigarte, esa es la manera —dijo—. Te entiendo. Yo quiero hacerlo conmigo misma, pero tú tienes que dejar de castigarme a mí.

—Yo no… No he dicho nada.

—Exacto. Tienes que hablar conmigo. Nunca en mi vida te he necesitado más que ahora, pero me estás arrinconando. Te estás retrayendo. Cuando lo perdimos, también murió parte de lo que teníamos tú y yo. ¿Estás dispuesto a dejar que esto termine por morir? —Donna tenía los ojos rojos y húmedos.

Cerré los míos por un instante.

—No —le dije. Me costaba encontrar las palabras—. Me temo que… Siento que está mal ser feliz. Que, si alguna vez volviéramos a estar

bien, si alguna vez volviéramos a ser felices, sería una especie de traición.

Una lágrima corrió por la mejilla de Donna.

—Ay, cariño, nunca vamos a ser felices. Pero podríamos vivir más contentos. Más que ahora.

A pesar del hambre con que había llegado a ese lugar, ya no tenía suficiente apetito para terminarme el plato. Cogí el tenedor, empujé con él algo de los huevos y luego lo solté.

—Nunca debí dejarla bajarse del coche —murmuré.

—¿Qué otra cosa podrías haber hecho?

—Algo. Al menos, quedarme con ella hasta que consiguiera quien la llevara. Estaba llamando al chico Skilling cuando la interceptaron.

—Dijiste que se había escapado. ¿Cómo habrías quedado? ¿Tú persiguiendo a una adolescente por una calle vacía a altas horas de la noche?

Donna no se equivocaba. Pero eso no me hacía sentir mejor.

—No es lo único que lamento —dije—. He hecho algunas cosas.

Donna me miró con recelo.

—Continúa.

—Cosas de las que no me siento orgulloso.

Se le demudó el rostro. Antes de pronunciar una palabra, su labio empezó a temblar.

—¿Estás saliendo con alguien?

—¿Qué? —La pregunta me había pillado desprevenido.

—Son cosas que pasan. Después de una crisis. La gente acaba haciendo muchas cosas que no habría hecho en condiciones normales.

—No —le dije—. Eso no. —La miré a los ojos—. Eso, nunca.

Cogí la cuenta.

* * *

Creo que ambos sabíamos lo que iba a ocurrir.

Llegamos a casa. Ninguno de los dos pronunció una sola palabra, tal vez preocupados de que cualquier cosa que dijéramos sería inapropiada. Nos preparamos para ir a la cama, como solíamos

hacer. Compartimos el baño, fuimos al lavabo por turnos para cepillarnos los dientes. Nos metimos bajo las sábanas al mismo tiempo y, al mismo tiempo, apagamos las luces de las mesillas de noche.

—Buenas noches —dije.

—Buenas noches —dijo Donna.

No fingimos que el otro no estaba allí.

Después de un titubeo, le puse la mano en el costado. Ella se giró y apoyó su cara en el borde de mi almohada. Atraje su cuerpo hacia el mío y… ocurrió. Fue lento y triste, sin duda, como se hace el amor a veces, pero había algo más. Había esperanza.

Las cosas parecían mejorar. Tal vez habíamos doblado una esquina.

33

A las seis y cuarenta y cinco de la mañana, el teléfono sonó en nuestra mesilla de noche.

Yo ya estaba despierto, mirando al techo, pensando en gasolineras, pero Donna seguía profundamente dormida a mi lado. Se despertó sobresaltada.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Aguarda —le dije. Me di la vuelta y cogí el auricular. Eché un vistazo a la pantalla, solo que el identificador estaba bloqueado—. ¿Hola?

—He llamado a todas partes y nadie sabe dónde está.

—¿Quién habla?, ¿Bert? —pregunté.

—Sí —dijo el alcalde—. He llamado a todo el mundo, a todo el que se me ha ocurrido; al menos, a los números de los que dispongo. Y también he enviado correos electrónicos a todas las personas de quienes tengo una dirección. Nadie ha visto a Claire, nadie tiene ni idea de adónde pudo haber ido. Cuando usted se fue, estuve una hora al teléfono con Caroline, que me ayudó a hacer una lista de nombres. Y la policía apareció, y también tenían muchas preguntas, porque, ya sabe, conocían la versión de los hechos que usted les dio y sabían que Claire y Hanna habían estado juntas la noche anterior.

—¿Augie?

—No, no, un hombre y una mujer. Ni siquiera recuerdo sus nombres. —Debían de haber sido Ramsey y Quinn—. No estoy al cien por cien. Estoy ansioso y no he dormido nada. Llevo toda la noche llamando a la gente, despertándolos, cabreándolos, pero no me importa.

—¿Hay alguno de quien aún espere respuesta? —le pregunté.

—Unos cuantos. Pero, hasta ahora, no ha habido nada. Roman, el hijo de Annette, me llamó sobre la una de la madrugada. Su madre se lo pidió.

Tuve que hacerle la pregunta, sin poder evitarlo.

—¿Roman no se pregunta por qué su madre llega tan tarde cuando

su padre está fuera de la ciudad?

—No sé qué le habrá dicho ella. Pero él también estuvo fuera hasta tarde haciendo quién sabe qué.

Y yo habría apostado a que estuvo llevando alcohol a menores de edad. Dos de sus empleados, Sean y Hanna, no estaban disponibles.

—¿Qué le ha dicho?

—Me ha dicho, y lo cito al pie de la letra, que no lo sabía ni le importaba una mierda. Me ha dicho que debería llamar a Dennis Mullavey. Pero no sé dónde encontrarlo.

Ese era el joven que yo había visto en fotos en el iPad de Claire.

—Háblame de él —dije. Mientras tanto, Donna apartó las sábanas, se sentó en el borde de la cama y se frotó los ojos.

—Ya se lo he dicho: fue un romance de verano. Estaban locos el uno por el otro. Es un buen chico, ¿sabe? Me caía bien.

—¿Dónde se conocieron?

—¿Dónde se reúne todo el mundo en esta ciudad? En el Patchett's, quizá.

—Pero Dennis no es de Griffon, ¿o sí?

—No. Consiguió un trabajo de verano aquí, en un servicio de jardinería. Cortaba el césped y otras cosas de ese tipo.

—¿Cómo se llama la empresa?

—Creo que nunca lo supe. Cuando venía por aquí, llegaba conduciendo uno de sus camiones. Era anaranjado.

Yo había visto esos camiones por la ciudad, pero no recordaba el nombre que llevaban en los costados. Griffon debía de tener unas tres o cuatro empresas de jardinería.

—Puedo averiguarlo —dije—. ¿Qué pasó entre Claire y Dennis?

—Supongo que, para Dennis, fue algo más que un trabajo de verano, porque se quedó en esa empresa hasta septiembre. La mayoría de esas compañías siguen atendiendo a sus clientes hasta el otoño, cuando hay que rastrillar las hojas y todo eso. No sé de dónde habrá venido el chico, pero él no tenía que volver a clase. Había terminado el instituto, eso sí lo sé.

Donna seguía sentada en el borde de la cama, escuchando. Sanders hablaba lo bastante alto como para que ella pudiera oír la mayor parte.

—Continúe —le pedí.

—El caso es que, un día, de la nada, dejó el trabajo, rompió con Claire y volvió a casa. Y rompió con ella mediante un mensaje de texto o un correo electrónico o algo así. Dijo que la relación no estaba funcionando, que lo sentía y que no le interesaba discutir largo y tendido al respecto. Y ella se quedó con el corazón destrozado. Lloró durante un par de días. Yo le dije: «Mira, eres joven, tendrás cien novios más antes de encontrar al adecuado».

—Mmm —murmuré.

—En el caso de que se lo esté preguntando, yo no intenté separarlos —dijo Sanders a la defensiva.

—No he sugerido que lo hubiera hecho.

—Le sorprendería saber cuánta gente me insinuó que convenciera a Claire de que rompiera con él porque era negro. Me decían que yo tenía que haberlo asustado. Es increíble.

Eso sonaba como el tipo de cosas que Augie era capaz de decir, pero yo sabía que mi cuñado no estaba por la labor de darle consejos al alcalde, excepto, tal vez, para sugerirle que se fuera al carajo.

—Incluso Caroline… —dijo—. Ya sabe, mi ex. Le juro que ella no es racista, pero se sentía incómoda.

—¿Y ella le dijo a Claire lo que sentía al respecto?

—No, me lo echaba todo encima a mí, puesto que Claire pasa la mayor parte del tiempo en Griffon. Le dije que no iba a hacerlo.

—¿Está seguro de que su exesposa no le dijo nada a Dennis? ¿Él y Claire fueron alguna vez a visitarla a Toronto?

—Es posible que lo hubieran hecho alguna vez, pero no, no lo creo. —Yo quería saber por qué Claire vivía casi todo el tiempo con su padre, así que se lo pregunté—. Cuando Caroline se volvió a casar y se mudó a Toronto, Claire armó un gran alboroto. No estaba dispuesta a mudarse, no quería dejar su colegio ni a sus amigos. Y, con toda franqueza, creo que Caroline estaba encantada de perder esa batalla. Quería empezar su nuevo matrimonio sin las complicaciones de una hija adolescente en casa.

—¿Y a usted le pareció bien?

—Por supuesto —dijo—. Mira, Cal, ¿puedo llamarte Cal?

—Claro.

—Cal, te debo una disculpa. Te juzgué mal, juzgué mal tus motivos. Ahora sé que tu preocupación por Claire es genuina. Ahora comprendo que, dada la forma en que te has visto empujado a esto, hayas sentido la obligación de involucrarte. Y agradeceré tu discreción en lo que concierne a Annette. —Yo estaba esperando un «pero»—. Pero, hasta ahora, has estado trabajando para ti mismo. Me gustaría arreglar esto: contratarte y pagarte por tu tiempo.

Ese no era el «pero» que yo esperaba. Creí que me diría, de un modo muy educado, que cesara y desistiera, que, de ahí en adelante, él se encargaría de todo.

—Quiero que encuentres a Claire. Mira, lo que quiero decir es que ella podría llamarme dentro de una hora. Quizá se ponga en contacto antes de que caiga la tarde. Pero ¿y si no? Entonces habré perdido un día intentando averiguar qué le ha pasado.

—Supongo que no tienes ningún interés en ir a la policía a denunciar su desaparición —dije.

Sanders casi soltó una carcajada.

—No, creo que no. Pero tengo que preguntarte esto: ¿te va a resultar difícil ayudarme, dada la animadversión que hay entre tu cuñado y tú?

—Es probable. Pero está bien. Mira, de todos modos, esta mañana tenía pensado hacer algunas cosas: cerca del Iggy's hay un par de gasolineras. Si alguien estuvo dando vueltas por ahí para recoger a Claire, es posible que haya llenado el depósito antes o después. Y haré algunas llamadas a los negocios de jardinería de la localidad, a ver si consigo pistas sobre ese tal Dennis Mullavey. —Por un momento, pensé que me había cortado. Sanders no decía nada—. ¿Bert? —pregunté.

—Lo siento. —Le temblaba la voz. Se estaba derrumbando. Lloraba —. Dime que no ha acabado como Hanna, que no lo crees.

—Voy a hacer todo lo posible para encontrarla.

—Solo quiero saber que está bien. Tengo que saber que está bien.

34

Colgué.

Donna me anunció que iría a preparar el desayuno.

Unos minutos más tarde, en la cocina, las cosas parecían haber cambiado. Había algo no muy distinto a la sensación que te queda después de haber sido sacudido por un tornado. Has estado en medio de una tormenta espantosa, preguntándote si el techo no saldrá volando, si las paredes no se vendrán abajo, si el coche no terminará volcado.

Pero, entonces, el rugido de la tormenta empieza a desvanecerse y te sientes seguro como para aventurarte a salir. El sol empieza a asomar. Has perdido unos cuantos árboles, no hay electricidad y la mitad de tus tejas han salido volando.

Pero estás en pie.

Mientras seguíamos con la rutina de la mañana, nuestros roces no nos hacían sentir incómodos. Puse, suave, una mano en su cadera, como hacía tiempo que no lo hacía. Ella hizo suficiente café para dos. En estas últimas mañanas, casi todas, ella iba a por café de camino al trabajo y yo paraba en algún autoservicio por donde quiera que tuviera que transitar en ese momento.

Estábamos sentados a la mesa de la cocina, comiendo panecillos con mermelada, y abrí el portátil y busqué jardineros en la zona de Griffon. Había cuatro en la lista. Revisé los respectivos sitios web, y solo uno, Hooper Gardening, tenía fotos de *pick-ups* anaranjadas. Anoté el número. Aún no eran ni las ocho de la mañana, así que pensé en llamarlos una hora más tarde, o algo así.

Podía empezar por otras cosas: a la vista del restaurante había dos gasolineras de autoservicio. Podría ver mejor ese Volvo en las grabaciones de seguridad de hacía dos noches. Incluso tenía posibilidades de captar una matrícula o ver al conductor.

No era mucho, pero era algo. También estaba pensando en el Patchett's y en encontrar pistas que valiera la pena seguir desde allí. La propietaria, Phyllis Pearce, parecía conocer los asuntillos de todo

el mundo. Tal vez supiera algo acerca de Claire Sanders y Dennis Mullavey. Y ya había vuelto a la página de Claire en Facebook para ver si el chico estaba entre sus amigos, solo que no aparecía.

Donna estaba lista para ir a trabajar antes de lo previsto, así que fuimos juntos en su Corolla. Cuando se bajó del coche, no se inclinó para darme un beso, pero me apretó la mano.

Ninguno de los dos dijo una palabra.

Conduje entonces hasta la primera de esas dos gasolineras de Danbury cercanas al Iggy's. Me detuve junto al surtidor, salí del coche y puse en el depósito un litro de gasolina sin plomo. Para que no te fueras sin pagar, la mayoría de los autoservicios te exigían introducir la tarjeta de crédito y esperar a que te la aprobaran. Si querías pagar en efectivo, tenías que entrar en la tienda y dejar un depósito antes de que te activaran el surtidor.

Las cámaras eran más importantes en los tiempos en que la gente llenaba el depósito antes de pagar. Y, si bien los propietarios de las gasolineras ya no tenían esa confianza en sus clientes, las cámaras no se habían movido de sus lugares.

Como yo ya había pagado en el surtidor, entré en la tienda con el pretexto de comprar una golosina. A la mujer que estaba detrás del mostrador le ofrecí un billete de cinco para que se cobrara una barrita Mars. También saqué el carné de detective.

—¿De qué se trata? —preguntó, tensa. Tenía unos veinte años y estaba tan delgada que cabía preguntarse si era anoréxica—. ¿Es usted policía? Porque, si es así, aquí mismo tengo la petición. No siempre me acuerdo de pedirle a todo el mundo que la firme, pero sí la mayoría de las veces. Y también le pido a la gente que ponga su dirección.

—Soy detective privado —aclaré—. Si alguien firma esa cosa o no, me tiene sin cuidado.

Eso pareció relajarla.

—Qué bien, porque abomino andar pidiendo esto. ¿Por qué coño tengo que actuar como agente de relaciones públicas de la poli?, ¿eh?

—Estoy de acuerdo.

Le expliqué que buscaba un vehículo que podría haber repostado

ahí hacía un par de noches.

—¿Para qué? —preguntó.

—Se trata de un tipo que pudo haber recogido a una chica detrás del Iggy's. —Mis palabras insinuaban cierta amenaza.

—Ah, vale. ¿Y cuándo fue?

Después de que le dijera el período que me interesaba, negó con la cabeza.

—Lo siento. Si no pasa nada, borramos todo al cabo de veinticuatro horas para que el disco duro o lo que sea no se llene.

Suspiré.

—¿Estuvo aquí anteanoche? ¿Entre las nueve y media y las diez y media?

Esa vez, hubo un gesto de asentimiento.

—Sí, doblé turno, porque Raul tenía gripe… Bah, creo que estaba fingiendo.

—¿Recuerda haber visto por aquí una ranchera Volvo a esa hora? Plata o gris, creo.

—Es cachondeo, ¿verdad? No podría decirle ni qué coche conduce, y lo estoy viendo ahí fuera.

Le di las gracias, pagué la barrita Mars y me marché. Me estaba abrochando el cinturón de seguridad cuando me pareció ver un viejo Hyundai plateado con los cristales tintados. Estaba aparcado al otro lado de Danbury. Me quedé mirándolo y, cuando empezaba a preguntarme si sería el que me había estado siguiendo la noche anterior, lo vi arrancar, incorporarse a la calle e irse de ahí.

La segunda gasolinera estaba justo detrás de mí, al otro lado de la calle. Giré el coche, conduje unos diez segundos, como máximo, y me detuve en otro surtidor. Puse otro litro en el depósito, con lo que el coche de Donna quedó casi lleno. Mientras tanto, escudriñé la zona en busca de cámaras. Entré en la tienda y no me molesté en comprar otra chocolatina.

Al hombre originario de las Indias Orientales que estaba en la caja registradora le pregunté si me dejaba ver los vídeos de vigilancia.

—Lo siento mucho, señor —me dijo—, pero nuestras cámaras ni siquiera funcionan. Las tenemos ahí arriba para asustar a los clientes, solo que no grabamos nada.

Le pregunté si recordaba un Volvo plateado o gris de hacía dos noches.

—Yo no estaba aquí —dijo.

—¿Quién estaba aquí esa noche?

—Samuel, pero podría garantizarle que él no vio nada.

—¿Cómo es posible?

El hombre señaló el mostrador que tenía detrás, junto a un expositor de cigarrillos. Había una pila de revistas para adultos.

—Samuel se pasa toda la noche mirando pornografía. Solo saca la nariz de las revistas cuando tiene a alguien delante.

—Creía que ahora todo el mundo usaba Internet para ver porno —comenté.

—Samuel tiene setenta años. Nunca se ha metido en eso de los ordenadores —respondió el hombre—. Lo siento.

Yo también lo sentía. La posibilidad había sido remota, por decir lo menos. Era hora de pasar a algo más productivo.

Saqué el número de Jardinería Hooper y marqué. A la mujer que me atendió le pregunté por el propietario o el gerente. Me dijo que Bill Hooper no estaba en la oficina, así que le di mi número. Ella me prometió que le pediría a Bill que me devolviera la llamada.

—¿Cuándo será eso? —le pregunté.

—No tengo ni idea —replicó.

No podía quedarme sin hacer nada, así que fui al Patchett's. No eran ni las nueve y media y el lugar estaba muerto. Abrirían a las once y media para el almuerzo. Vi que la entrada principal estaba cerrada, pero en la parte de atrás encontré una puerta de servicio abierta. Dos hombres estaban en la cocina preparando las cosas del día.

—Estoy buscando a la señora Pearce —les dije.

—No viene hasta la tarde —respondió uno—. Entre las dos y las tres.

—Gracias.

Era de suponer que, cuando uno regentaba un establecimiento como el Patchett's, las horas en que necesitaba estar ahí eran las nocturnas. De vuelta en el coche, busqué en el teléfono la dirección de Phyllis. Solo había un Pearce en el listín de Griffon. Estaba en

Windermere Drive, sobre la carretera que salía de la ciudad hacia el norte.

Había pasado cientos de veces delante de esa casa, pero nunca había sabido quién vivía allí. Lo que siempre me llamaba la atención era lo imponente de la estructura. Se apartaba de la calle en una colina suave, rodeada de árboles. Ahí, las casas estaban bien espaciadas, a unos treinta metros una de la otra. El lugar aún tenía algo de rústico. Era una construcción de dos plantas con un amplio porche de robustas y gruesas columnas. En él había muebles de madera blanca con cojines de colores. El césped estaba muy crecido, pero, aparte de eso, la propiedad lucía bien cuidada. En la entrada vi un Ford Crown Victoria color canela.

Aparqué detrás del Ford, salí del coche y subí los escalones del porche. Desde ese lugar se podía ver todo Griffon: los tejados y el campanario de la iglesia. Podía imaginarme a mí mismo ahí sentado, presidiendo la ciudad. Esa habría sido una casa más adecuada para Bert Sanders.

Llamé a la pesada puerta de madera y oí pasos que se acercaban.

Entre la jamba y la puerta, que se había abierto unos quince centímetros, quedó enmarcado el rostro de Phyllis Pearce.

—¿Sí? —dijo.

—¿Señora Pearce? —pregunté—. ¿Se acuerda de mí? Hablamos el otro…

—Ah sí, Weaver. —Abrió más la puerta—. ¿Cómo está?

—Bien, gracias. Siento molestarla tan temprano. El Patchett's debe de tenerla trabajando casi toda la noche.

—Así es. A menudo estoy allí hasta las diez u once, incluso hasta la medianoche, pero sigo despertándome a las seis. Cuando te haces mayor, dormir resulta cada vez más difícil. ¿Qué quiere, Weaver?

—Apuesto a que ya ha oído lo de Hanna Rodomski.

Su rostro se ensombreció.

—Ya. Qué horrible. Una cosa horrible, horrible.

—Yo fui quien descubrió su cuerpo bajo el puente y… ¿Me permite entrar?

—¿Por qué no nos sentamos fuera? —ofreció—. Hace bueno. —Phyllis salió al porche y nos acomodamos en las sillas blancas—.

Debe de haber sido espantoso encontrarse con eso, con el cuerpo de esa chica así.

—Anoche, cuando estuve en el Patchett's, estaba buscando a Claire Sanders. Para mí, ya era importante encontrarla entonces, pero ahora, a la luz de la muerte de Hanna, es mucho más urgente. Su padre me ha pedido que la localice. Cuando lo logre y me haya asegurado de que esté bien, le preguntaré si tiene alguna idea de quién ha podido matar a Hanna.

Pearce asintió.

—Por supuesto. Pero ¿qué le ha traído a mi puerta?

—Anoche me fui con la impresión de que, en esta ciudad, no pasan muchas cosas de las que no se entere. Y usted misma me invitó a volver en caso de que tuviera alguna pregunta.

Me dedicó una sonrisa cansada.

—Si que lo hice… No creo que sepa nada útil, pero, si quiere preguntarme algo, adelante.

—¿Alguna vez vio a Claire en el Patchett's con un joven llamado Dennis Mullavey? Ese chico podría haber llamado la atención. Es negro, y no podríamos decir que Griffon es Motown.

Phyllis frunció los labios.

—Tal vez, pero creo que está siendo un poco injusto con Griffon. Aquí vive mucha gente de color. Ahí está la doctora Kessler, por ejemplo. Es nuestra forense.

—Sí, la conozco. ¿Alguna vez vio a Claire y Dennis Mullavey?

—Es posible.

—Tengo pendiente una llamada con quien creo que fue el patrono de Dennis, pero ¿tiene idea de dónde era? No es grifonita. —Sonreí —. ¿Es ese nuestro gentilicio?, ¿grifonitas? Suena como esas cosas que crecen en las grutas.

—Yo siempre he dicho «grifonense». No es que me encante ser una grifonense, pero es mucho mejor que ser una neoyorquina.

—Nuestro tráfico es mejor —dije—. Como quiera que sea, él no era de por aquí, pero me gustaría saber de dónde vino.

—No tengo ni idea —respondió.

—Estaba pensando que, a lo mejor, había pagado en el Patchett's con la tarjeta de crédito y que usted podía conservar los recibos. Y,

si lograra conseguir el número, podría verificarlo con la entidad emisora de la tarjeta de crédito y, con suerte, localizarlo.

—¿Y por qué lo está buscando?

—Era el novio de Claire. Ella había estado saliendo con Roman Ravelson, solo que rompió con él para salir con Dennis. Pero, entonces, Dennis se fue de la ciudad hace unas semanas. En ese momento rompió con Claire. Y ella estaba muy disgustada. Me pregunto si estarán juntos otra vez, si ella habrá ido a buscarlo. —Me acomodé el pelo con los dedos—. He estado pensando en los motivos que una joven podría tener para largarse de aquí. Solo se me ocurren dos: el miedo y el amor.

Phyllis Pearce se lo pensó un poco.

—Así que, si ha desaparecido para estar con Dennis, lo ha hecho por amor, pero ¿de qué habría tenido miedo?

—Del problema que hay entre su padre y el jefe. Ha provocado mucha tensión en ese hogar.

—O el exnovio, quizá —dijo Phyllis.

—¿Roman?

—Hemos tenido que echarlo del Patchett's una o dos veces. Por supuesto, acabamos echando a todos los jóvenes en algún momento.

—¿Cree que Claire podría haberle tenido miedo a Roman?

—¿Quién sabe? En cuanto al señor Mullavey, creo que ha sobrestimado mis conocimientos de lo que ocurre por aquí. Me temo que no sé nada de ese joven.

—Bert Sanders ha estado llamando a todo el que, según cree, podría conocer el paradero de Claire. ¿Tiene alguna idea? —La mujer se encogió de hombros—. ¿Sabía que Hanna y Sean Skilling, su novio, repartían alcohol a domicilio para Roman Ravelson?

Eso la hizo enderezarse.

—Qué impresión —comentó—. De verdad, está empezando a descubrir cómo funciona Griffon.

—Roman es lo bastante mayor para comprar el producto, mientras que Sean y Hanna lo repartían y llegaban lejos de los límites de la ciudad. Pero no le estoy diciendo nada que no sepa, ¿verdad?

—Sí y no —confesó—. No sabía que Sean y Hanna estaban

implicados.

—Pero sabía lo de Roman. —Ella asintió—. ¿Le molesta?

—¿Molestarme? —preguntó Phyllis—. ¿Le parece que mi negocio lo está pasando mal? Entre cualquier noche de la semana y verá que está a reventar. Si Roman quiere ofrecer sus servicios en algunas fiestas domésticas, me importa un bledo. ¿Hay algo más en lo que pueda ayudarlo, Weaver?

—No, ha sido muy amable. —Observé el porche y el entorno—. Qué casa tan bonita, y qué magnífica ubicación. ¿Hace mucho que vive aquí?

—Mi primer marido y yo compramos esta casa a principios de los ochenta. He tenido que hacerle muchas reformas en los últimos años. Cuando conocí a Harry, él se mudó conmigo.

—Decidió aferrarse a este lugar después de su muerte. —Recordé que me había dicho que había muerto hacía siete años.

—Sí. —Phyllis Pearce me sonrió con ironía—. Aquí, todo el mundo conoce la historia, pero, dado que se mudó hace seis años, quizás no la sepa.

Asentí.

—Tiene razón.

Tuvo que recomponerse.

—Harry podía ser un perfecto estúpido. Era un maldito idiota, eso era. Una noche, ya muy tarde, se le metió en la cabeza salir a pescar. El bote era una cosa de aluminio de más de cuatro metros. En la parte trasera llevaba atornillado un motor de diez caballos. Lo enganchó, pues, al coche y condujo hasta las cataratas del Niágara. Encontró dónde botarlo justo a un lado del camino Robert Moses, y ahí va, río arriba, a menos de un kilómetro y medio de las cataratas. —Pearce se tomó otro momento para armarse de valor—. Debía de haber estado bebiendo, no tengo ninguna duda. De haber estado sobrio, habría tenido la prudencia de llevar remos en el bote y de asegurarse de que el depósito de gasolina estuviera lleno. Pues salió por ahí, zumbando, y se le vació el depósito. El motor se murió y ya no pudo arrancarlo. La corriente empezó a llevárselo hacia el canal de Canadá y, de ahí, hacia la cascada de la Herradura.

—Madre mía.

—Dijeron que había sido un accidente, pero ¿de verdad? Se pudo haber evitado de muchas maneras —afirmó—. Qué estúpido, qué estúpido era Harry. —Se sonó la nariz y sonrió—. Tampoco es que yo no hubiera querido a ese cabroncete, pero el tío no siempre tenía la cabeza en su sitio. —Phyllis Pearce suspiró y pareció estremecerse, como si quisiera sacudirse los recuerdos—. Me gusta cultivar mi reputación de vieja dura de Griffon, a la que todos deberían temer. Pero ¿quién le teme a una vieja caduca cuando se emociona así?

—No le diré a nadie que tiene un corazón —la consolé.

Sonrió.

—Se lo agradeceré.

Me puse de pie.

—Gracias por su ayuda.

Ella también se levantó de su silla.

—Si llegara a saber algo de Claire, ¿podría contármelo, por favor? No soy una gran admiradora de su padre, pero espero, con todo mi corazón, que no le haya pasado nada.

—Claro —dije, y le ofrecí la mano—. Cuídese.

* * *

Casi estaba de vuelta en la ciudad cuando la policía de Griffon me detuvo.

35

Vi el coche patrulla por el retrovisor segundos antes de que se encendieran las luces y la sirena. Como el buen chico que era, me aproximé a la acera y esperé a que se acercara un agente. Otra mirada al espejo me reveló que el oficial Hank Brindle estaba a punto de hacerme una visita.

Mientras se ponía a mi lado, bajé la ventanilla.

—Oficial… —saludé.

—Fuera del coche, Weaver —ordenó Brindle.

—¿Cuál es el cargo, si mi pregunta no le resulta inoportuna? —Sonaba a tópico, pero era una duda lógica—. ¿Una luz trasera fundida?

—Fuera del coche —repitió, y apoyó la mano en la pistola que colgaba de su cinturón.

Apagué el motor. Al salir del coche, vi que Ricky Haines aparecía por el lado del copiloto y se apresuraba a ayudar a su compañero.

—Dese la vuelta —dijo Brindle—. Ponga las manos en el techo.

Obedecí. Haines me cacheó. Ese día no llevaba la Glock, pero sí encontró mi móvil y me lo confiscó.

—Todo bien —informó Haines.

—Las manos a la espalda —dijo Brindle—. Y que no se le ocurra hacer una estupidez.

—No se preocupe —repliqué—, eso se lo dejo a los expertos.

Me puso bridas de plástico en las muñecas. Luego me agarró por el codo y me llevó hacia su coche. Abrió la puerta trasera. Tuve que agacharme para evitar el golpe en la cabeza mientras el tipo me empujaba al interior. Alcancé a meter la pierna un instante antes de que diera un portazo.

—¿Nadie va a ayudarme a ponerme el cinturón? —les pregunté mientras volvían a sus asientos.

Tenía que admitirlo: si iba de listillo, era solo para encubrir el hecho de que me habían puesto muy nervioso. ¿Qué demonios habrían

encontrado en mi coche? La pregunta, más bien, debería ser «¿qué demonios habían puesto ahí?».

Ricky Haines apenas acababa de cerrar su puerta cuando Brindle puso el coche en marcha. En su vuelta al asfalto, los neumáticos levantaron gravilla.

—Anoche no estaba cien por cien seguro con respecto a usted, pero ahora sí —dijo Brindle.

—Ah, ¿sí?

—En este caso, lo han pillado de lleno —añadió.

—¿En serio?

—Oh, sí. Jaque mate. —Tamborileó con los dedos en la parte superior del volante—. Tengo que confesar que nunca les he visto mucho sentido a las mierdas de detectives privados como usted. —No dije nada. Me costaba ponerme cómodo con las manos esposadas a la espalda—. Si de verdad quisiera atrapar a los malos, sería policía. Ricky y yo pasamos el día entero tratando de hacer de Griffon un lugar mejor. Pero hay tipos como usted que pasan demasiado tiempo buscando maridos que engañan a sus mujeres y viceversa. No hacen nada importante. No hacen nada por el bien público y siempre están estorbando a gente como yo.

—Yo fui policía —apunté. Estuve a punto de decirle «como usted», pero prefería pensar que nunca fui un policía como él.

—¿De veras? ¿Dónde?

—En Promise Falls, al norte de Albany.

—Bonita campiña —opinó Brindle—. ¿Y qué pasó? ¿Lo abrumó el alto índice de delincuencia de Promise Falls? ¿Había mucha gente pescando sin licencia?, ¿alces sueltos por las calles?

—Algo así —dije. A la primera oportunidad, llamaría a mi abogado, Patrick Slaughter. Él podría encargarse de lo que quiera que la policía tuviera en mi contra—. Me gustaría hacer una llamada telefónica.

—Apuesto a que sí.

—Cuando lleguemos a la comisaría.

—Ah —dijo Brindle, y giró la cabeza un segundo—. ¿Es ahí adonde piensa que vamos? —Se miró en el espejo, captó lo aprensivo de mi expresión y soltó una risita—. Debería verse la cara. Estaba

bromeando. —Miró a Haines—. Si uno no pudiera divertirse un poco, qué sentido tendría esto, ¿verdad?

Haines no parecía contento. Tal vez no todos los policías de Griffon disfrutaban de burlarse de los sospechosos.

—Venga —dijo este—, apuesto a que son puras chorradas, de todos modos.

Brindle le lanzó una mirada.

Al llegar a la comisaría de Griffon, Brindle condujo el coche hasta la parte trasera y entró en un garaje abierto. Me abrió la puerta y me llevaron al edificio, a una distancia de no más de tres metros. De allí me condujeron al sótano, a una celda de detención, y me dejaron solo durante un rato.

Una persona podía pasar horas en ese sitio antes de que nadie supiera lo que le había sucedido. En caso de que yo no llegara a recoger a Donna al final de la jornada, ella asumiría que las cosas se me habían complicado en el trabajo y se las arreglaría para llegar a casa por su cuenta. Y, aunque intentara llamarme, mi falta de respuesta no haría saltar ninguna alarma.

Brindle me quitó las esposas, salió y cerró la celda. La puerta se bloqueó sola.

—Vuelvo en un rato. No se vaya —sonrió antes de dejarme con mis pensamientos como única compañía.

Y tuve varios, pero no eran buenos. No podía quitarme la sensación de que en el coche habían encontrado algo incriminatorio. Estaba la peluca, pero eso tenía una fácil explicación; y, si acaso había sangre en el asiento delantero, tendría que ser de Claire. En tan poco tiempo, no habrían podido hacer ninguna prueba de ADN, no había manera.

Así que, si no habían descubierto alguna cosa que ya estaba en el coche, tenía que tratarse de algo que se las había arreglado para meterse ahí después de que lo dejé.

¿Augie sería capaz de algo así? ¿De plantar pruebas contra su cuñado? Y, aunque lo creyera capaz, no se me ocurría ningún motivo para hacerlo, aparte de considerarme un asno. Esa podría ser una buena razón para darle a alguien una bofetada, pero flojo motivo para enviarlo a prisión.

Oí una puerta que se abría al final del pasillo y, luego, unos pasos que se dirigían hacia mí. Yo, que estaba sentado en un banco metálico atornillado al suelo, me levanté de un salto y me acerqué a los barrotes para ver quién era: un policía uniformado, ni Brindle ni Haines, sino el oficial Marv Quinn, compañero de Kate Ramsey, la amiga de Donna. Al parecer, iba de un sitio a otro por el pasillo. Pareció sorprenderse cuando me vio con los dedos aferrados a los barrotes.

—¡¿Qué demonios?! —exclamó.

Si la sorpresa fue fingida, lo había hecho muy bien. No debería estar tan escandalizado, dado que fue él quien transmitió a Brindle y Haines la orden de Augie de que confiscaran mi coche.

—Hola —saludé.

—¿Qué haces aquí?

—Solo he venido a pasar el rato.

—No, en serio, ¿qué estás haciendo aquí?

Lo miré con escepticismo.

—Supongo que descubrieron algo cuando registraron mi coche. Algo que no estaba allí antes de que lo remolcaran.

Quinn pareció dolido.

—Vamos, hombre, no hacemos esas cosas. —Y me lo estaba diciendo un tipo cuya compañera, si había que creer al chico de la gasolinera donde compré el Tylenol, le había metido a este por la garganta una descarga de pintura en aerosol. Quinn sabía cómo se hacían las cosas por ahí.

—Lo que tú digas —respondí.

Se frotó la frente, como si se le acabara de ocurrir algo.

—Oye, lo siento si fui un poco brusco la otra noche. Yo no sabía que tu mujer, Donna, ¿verdad?, y Kate eran amigas.

—Sí —confirmé.

—¿Sabe que estás aquí abajo?

—¿Kate? —pregunté—. ¿O Donna?

—Donna.

—No, no tiene ni idea. Que yo sepa.

Quinn asintió.

—Podría decírselo a Kate y Kate podría decírselo a ella, si quieres.

Me pareció una buena idea; sobre todo, si nadie me iba a dar la oportunidad de llamar a mi abogado.

—Sí, te lo agradecería —le dije. En la forma de decir el nombre de su compañera había algo que me impactó—. ¿Llevas mucho tiempo con Ramsey?

Marvin Quinn asintió.

—Un año, más o menos. —Me miró de reojo—. Supongo que Donna ya te lo ha contado.

—¿Me ha contado qué?

—Bueno, si ella y Kate hablan, Donna quizás lo sabe y te lo ha dicho. Pero preferiríamos que no se supiera por ahí.

Mi mente intentaba unir las piezas a velocidades meteóricas.

—Claro, lo de Kate y tú.

—Al jefe no le gusta que los compañeros se vean, y, en un departamento pequeño como este, con solo un par de mujeres, no es un problema de verdad. Pero a él no le encantaría enterarse de que Kate y yo somos…, ya sabes.

—Claro —le dije. Oímos que la puerta se abría.

—Aguanta, de todos modos —dijo Quinn, y siguió su camino. Segundos después, Haines me estaba mirando.

—Quiero llamar a mi abogado —le dije.

—Sí, lo sé. Eso no le gusta mucho a mi compañero. Este asunto es un poco…, o sea, es un poco irregular, pero ¿quiere que lo llame de su parte?

No supe qué pensar. Haines podía notar mi desconcierto.

—No somos tan malos —dijo Ricky Haines.

Sopesé su oferta.

—No —rechacé—, pero gracias. —En primer lugar, no quería estar en deuda con ningún policía de Griffon. En segundo, no quería pensar en lo que Brindle sería capaz de hacerle a su compañero si se enteraba de que Haines me había hecho un favor.

—De acuerdo —dijo Haines—. Mire, se supone que debo esposarlo, pero no creo que vaya a intentar escapar.

—¿A dónde me va a llevar?

—Ya lo verá.

Abrió la puerta de la celda, me condujo por el pasillo, subió unas

escaleras, recorrió otro pasillo y, al final, entró en una habitación donde había otros cuatro hombres. Todos eran blancos, todos eran de mi peso y estatura, pero las similitudes acababan ahí, más o menos. Uno tenía el pelo gris, otro, negro. Uno era de rostro alargado y barbilla puntiaguda. Otro tenía la cara redonda y las mejillas hinchadas. Uno estaba un poco nervioso, como si estuviera sufriendo algún tipo de síndrome de abstinencia. A dos de ellos estaba bastante seguro de haberlos reconocido como policías de Griffon, aunque, en lugar de llevar uniforme, parecían estar a punto de salir de incógnito en el papel de clientes habituales de un comedor social.

No hacía falta ser licenciado en Criminología para darse cuenta de lo que estaba pasando. Éramos el elenco de una próxima ronda de reconocimiento. En cualquier instante nos llevarían a una sala contigua, nos colocarían contra un telón de fondo trazado con líneas horizontales (para ayudar al público a calibrar nuestra estatura) y luego nos dirían que diéramos un paso adelante y giráramos a izquierda y derecha, como en una audición, aunque no para *A Chorus Line*, sino para un refrito de *El enemigo público*.

Nadie decía una sola palabra. Se abrió entonces una puerta al final de la sala y Haines nos dijo que fuéramos a la plataforma. Yo era el segundo de la fila.

Los cinco nos alineamos de pie, bajo luces brillantes, incapaces de ver lo que teníamos delante. Yo sabía que en la pared había un cristal de visión unilateral.

Por el altavoz sonó una voz que no reconocí.

—Dense la vuelta y miren a la izquierda.

Eso hicimos, aunque el tipo nervioso se equivocó y giró a la derecha. Cuando nos pidieron que miráramos a la derecha, él se giró a la izquierda.

—Número tres, por favor, dé un paso al frente. —Era el tipo a mi derecha; uno de los policías, según creía yo. Avanzó un paso. Luego, según se lo pidieron, giró a la izquierda y a la derecha. Por último, volvió a la fila.

—Número cuatro, lo mismo.

Ese era yo. Hice lo que me dijeron: di un paso adelante, giré de

nuevo a la izquierda y a la derecha y volví a la fila.

—¿Le hemos pedido que retroceda, número cuatro?

Me adelanté de nuevo. Ya bastante vergonzoso era que me hubieran puesto en una rueda de reconocimiento antes de permitirme siquiera llamar a mi representante legal. Sorpresa, sorpresa.

—Muy bien, un paso atrás.

Retrocedí. Nos quedamos allí parados uno o dos minutos más, hasta que la puerta se abrió y nos dijeron que sacáramos el culo del escenario, aunque no con esas precisas palabras.

A los otros cuatro hombres les dieron permiso de continuar más allá de la puerta, pero Brindle estaba allí para impedir que yo los siguiera.

—Adivine qué —dijo—: Es el actor principal.

Me condujo por otro pasillo hasta una sala de interrogatorios. Eran cuatro paredes de color verde pálido, una mesa y tres sillas, dos de un lado de la mesa, una sola del otro. Él me puso en la silla individual y colocó otra delante de mí.

—Tengo algunas preguntas para usted —dijo Brindle.

—No tengo nada que decir. No hasta que venga mi representante legal. Ni siquiera me ha dicho por qué estoy aquí.

—¿No sabe por qué está aquí? ¿De verdad que no?

—De verdad que no. Pero puedo adivinarlo. Encontró algo en mi coche. Algo que no estaba allí cuando lo remolcó.

Él frunció el ceño.

—¿Por qué no me acompaña? Quizá pueda ayudarlo a recordar.

Pensé en una vieja viñeta de James Thurber en la que el fiscal presenta un canguro y le dice al testigo: «¡Quizás esto le refresque la memoria!». Pero supuse que Brindle no estaba a punto de mostrarme una criatura australiana.

Me sacó de la habitación y me llevó por otro pasillo. Yo sabía que nos dirigíamos a la entrada principal por las muchas veces que había estado en ese edificio, aunque en viajes que nunca habían incluido visitas a celdas de detención ni a la sala de reconocimiento.

Atravesamos otras dos puertas y salimos detrás del mostrador de recepción. En el otro extremo vi a un hombre y una mujer

acompañados de quien supuse que era su hijo: un chico de dieciocho años, de complexión delgada y alrededor de uno setenta y cinco de estatura. Llevaba el pelo corto de punta y vestía vaqueros, chaqueta deportiva, camisa blanca y corbata. Parecía muy respetable.

Yo sabía su edad, aunque eso no era todo lo que sabía de él. Sabía que el año pasado había estado con mi hijo en la escuela y que, durante el verano, se había mudado a Lockport. Sabía que se llamaba Russell Tapscott y que tenía su propio Audi descapotable. Azul, con interiores negros.

Sabía que no habían pasado cuarenta y ocho horas desde la última vez que lo había visto.

Estaba sentado en una de las sillas, junto a su madre. El padre iba y venía delante de ellos.

Russell fue el primero en verme.

—¡Es él! —gritó. Se puso de pie y me señaló—. Ese es el cabrón que intentó tirarme por las cataratas.

De acuerdo. Ya sabía por qué estaba ahí. No tenía nada que ver con el coche, en absoluto.

36

Hubo una vez, no hacía mucho, aunque me parecía como si hubiera transcurrido una vida entera, en la que estuve con mi propio hijo en la recepción del Departamento de Policía de Griffon. Scott tenía catorce años y lo acababan de detener por estar bajo los efectos de… algo —de inmediato no quedó claro de qué— en un lugar público.

El lugar era un barrio residencial de Griffon, y la hora, poco después de la medianoche. Scott había estado corriendo calle arriba y calle abajo, agitando los brazos como si intentara despegar. Y, dado que no alcanzó a apartarse del camino de un coche patrulla de Griffon, los policías lo arrojaron al asiento trasero y se lo llevaron al centro de la ciudad.

Resultó que, en ese momento, Augie estaba en el cuartel general. Cuando llevaron a su sobrino, lo reconoció. Les hizo señas a los policías para que se acercaran, les preguntó qué ocurría y los mandó de vuelta a la calle. Scott quedó bajo su custodia.

No quiso darle un disgusto a su hermana, así que me llamó al móvil. Yo, que había silenciado el timbre, oí vibrar el teléfono en la mesilla de noche. Logré contestar sin que Donna despertara.

Le dije a Augie que iría enseguida.

Él me entregó a Scott sin sermón alguno. El chico parecía estar flotando. Antes de reñirlo, esperé a que estuviéramos en el aparcamiento.

—¿Qué demonios te pasa?

Señaló al cielo nocturno.

—¿Ves esa cosa que se mueve? Una lucecita que va pasando por ahí. Podría ser un satélite o un avión.

—Te llevaré a casa.

—Espera. Tengo que ver adónde va. ¿Y si viniera a por mí?

—Madre de Dios.

Lo cogí del brazo, lo llevé a rastras hasta el coche y lo senté en el asiento delantero.

—Está bien —dijo—. No creo que haya venido a por mí. Se está alejando demasiado.

—¿Por qué te ha detenido la policía? ¿Qué puñetera estupidez has hecho?

—Estaban en mi camino.

—¿En tu camino?

—Estaban bloqueando la pista.

—Madre santa, estás totalmente ido, ¿verdad? ¿Cuándo vas a dejar de hacer gilipolleces como estas? Nos estás matando, ¿sabes? Me estás matando a mí, estás matando a tu madre.

Se giró lentamente y clavó sus ojos en mí, como si me viera por primera vez.

—No quiero mataros. —Sonrió—. Os quiero.

—Pues esta es una forma estupenda de demostrarlo.

—No volveré a hacerlo —dijo, e hizo un gesto categórico, como un movimiento de kárate, para enfatizar la afirmación, solo que acabó golpeándose la mano contra el salpicadero.

—Ouch. Mierda.

—Ya has dicho eso, Scott. Ni te molestes en repetirlo.

Volvió a mirar al cielo a través del parabrisas.

—Me gustaría ir al espacio. O tal vez no. Es posible que haga mucho frío. ¿Dónde está mamá?

Me pregunté si estaría despierta. Yo le había dejado una nota. Le había escrito que había salido para llevar a nuestro hijo a casa. Ni una palabra sobre que la policía lo había recogido.

—Está en casa, tal vez muy preocupada por ti.

Scott frunció el ceño.

—¿Por qué?

Suspiré. En aquel momento me preguntaba cuánto más duraría eso, si alguna vez veríamos la luz al final del túnel.

—Solo queremos que dejes de hacerte daño. Queremos que dejes de hacer lo que estás haciendo.

Asintió y, por un momento, pensé que me estaba entendiendo.

—Vale, vale —dijo por fin. Hizo una pausa, y luego—: A casa, Jaime.

* * *

Hank Brindle apareció para devolverme al presente.

—¿Las cosas están más claras ahora?

—Abogado —dije.

—Dios, es un maldito disco rayado —dijo. Me empujó a través de una puerta y me sacó de la zona de recepción—. Por lo visto, ese chico sabe quién es.

—Me da la impresión de que tiene algún problema conmigo.

—Sí que lo tiene. Tiene un pequeño problema con usted. Dice que intentó matarlo. —No respondí—. Lo que nos cuenta es que quedó con él y que, cuando se encontraron en un parque, no muy lejos de las cataratas, lo amenazó con tirarlo al río Niágara si no le confesaba que le había vendido drogas a su chico antes de que este saliera volando por los aires desde lo alto de Muebles Ravelson. —Seguí en silencio—. Dice que no le creyó cuando dijo que él no había sido y que, entonces, le espetó que, si él no había sido, quizás tenía una idea bastante buena de quién lo había hecho. Y todo el tiempo se estuvo preparando para echarlo al agua por arriba de la barandilla. ¿Eso le suena?

Me quedé mirando a Brindle sin ninguna expresión. Entramos en una sala de interrogatorios y me empujó sobre una silla. Dio la vuelta al otro lado de la mesa y se sentó.

—A ese chico le dio un susto de muerte, tengo que decírselo. Nos ha contado que le soltó algo, algo así como que, si le contaba a alguien lo que había pasado, o sea, su breve encuentro, que no solo lo negaría todo, sino también que le contaría a la policía lo que sabía, es decir, que era un narcotraficante, de manera que, si tenía en la cabeza la mitad de un cerebro, aunque fuera, lo mejor sería que mantuviera la boca cerrada. —Brindle se reclinó en su silla y sonrió—. Pero adivine qué. A este cabroncete no podía intimidarlo. ¿Sabe por qué? Porque su padre es abogado. Quizás no del tipo con el que quiere ponerse en contacto, pero es abogado, y el chaval sabe que, con mierdas como esa, no puede salirse con la suya, aunque ese Russell de los cojones fuera el jefe de todos los cárteles mexicanos de la droga. Que, por cierto, no lo es. No tiene ni siquiera

un cargo por llevar un porro en el bolsillo. —Miré a la puerta y luego a Brindle—. ¿Todavía no tiene nada que decir? Si le hiciera unas preguntas sencillas, quizás… ¿Dónde estaba anteanoche, a eso de las ocho?

—No estoy seguro.

—¿No lo recuerda? ¿No ha dicho antes que había estado haciendo un trabajo en Tonawanda?

—Sí.

—¿A qué hora terminó?

—No estoy seguro, no lo recuerdo.

—Parece que tiene serios problemas de memoria —dijo Brindle—. Pero Russell, no. Es capaz de describir lo que llevaba puesto, la marca de su coche y muchos detalles pertinentes. ¿Sabe lo que me parece más interesante? —Sacudí la cabeza—. Que da la impresión de ser un tipo bastante inteligente. Pero esto, esto de amenazar con tirar a ese chico al río, me parece una cosa muy, pero que muy estúpida. Supongo que está así de enfadado por lo que le pasó a su hijo, y quién podría culparlo, ¿verdad? ¿Esto tiene sentido para usted? —Como no respondí, continuó—: Sé que hace un rato, en el coche, he dicho que estaría fuera de circulación por un tiempo, y estoy dispuesto a admitir que tal vez me he equivocado. Un juez y un jurado podrían compadecerse de usted. Comprenderían sus motivos, aunque equivocados. Si se sincerara, si admitiera lo que ha hecho, pero dando una explicación del porqué, bueno, tal vez solo cumpla una pequeña condena, algo no muy largo. —Me estiré en la silla y me metí las manos en los bolsillos. Tenía la boca seca, pero a ese tío no iba a pedirle ni un vaso de agua—. Sin embargo, ahora que este chico ha dado la cara, me pregunto si otros harán lo mismo —prosiguió Brindle—. Porque supongo que no es el único al que le ha dado un susto de muerte. Si eso ocurriera, si consiguiéramos unos cuantos denunciantes más, y, de hecho, este chico ha dicho que conoce a otra persona, al menos, a un tal Len Edgerton o Eggleton o algo así, bueno, esto podría desenvolverse de forma muy distinta. Creo que lo más inteligente que podría hacer sería…

Se oyó un fuerte golpe en la puerta. Dos golpes separados. Brindle giró la cabeza a tiempo para ver abrirse la puerta.

Era Augustus Perry.

—Jefe —saludó Brindle.

—Oficial. —Perry entró en la habitación y se sentó junto a Brindle. Se quedó mirándome con una mezcla de desprecio y diversión—. Hace un rato pasé por la sala de reconocimiento y no pude evitar fijarme en una cara conocida.

—Estoy en medio de un interrogatorio, señor —dijo Brindle. Era evidente que la presencia de su jefe no lo intimidaba en lo más mínimo—. Estoy al tanto de su conexión con el señor Weaver, pero, de cualquier modo…

Augie levantó la mano para hacerlo callar.

—Entiendo. Está haciendo su trabajo. Y está bien. No me gustaría que se dijera que alguien ha recibido un trato especial por mi culpa, jamás.

Había un «pero» flotando en el aire. Eso me parecía. Al menos, era lo que esperaba, y Brindle también.

—Oficial —comentó Augie—, me acaban de informar de la denuncia contra el señor Weaver. Se trata de una acusación muy grave.

—Sí, señor. Así es. El denunciante ha sido muy específico en sus alegatos.

—¿Cuándo dice que tuvo lugar el incidente?

—Hace dos noches, entre las ocho y las nueve. El señor Weaver lo llamó antes para concertar una cita con el pretexto de comprar droga.

—¿Tenemos un registro de esa llamada?

—Lo tenemos. Está en el móvil de Russell Tapscott. Fue hecha desde un teléfono público.

—Un teléfono público —dijo Augie.

—Sí, señor.

—¿Y a qué hora fue el presunto suceso?

—Entre las ocho y las nueve.

El jefe de policía asintió, pensativo.

—Bueno, oficial Brindle, me temo que va a tener que soltar al señor Weaver.

—¿Cómo ha dicho?

—Se ha presentado un testigo que puede situar al señor Weaver en

otro lugar en ese preciso momento.

Donna.

Eso tenía sentido. Quinn debió de decírselo a Kate y ella a Donna, que a su vez habría ido a ver a su hermano para decirle que yo estaba con ella esa noche. Al menos hasta cerca de las diez. Ya un montón de gente sabía que a esa hora yo había recogido a Claire Sanders fuera del Patchett's.

Y, aunque era muy común que una esposa mintiera para proteger a su cónyuge, yo no estaba seguro de que el testimonio de Donna bastara para salvarme el pellejo.

Brindle negó con un movimiento enérgico de cabeza.

—Lo dudo, señor. Creo que el señor Weaver habría mencionado una coartada si la tuviera. En este momento parece estar sufriendo un grave lapsus de memoria. —Soltó un pequeño resoplido.

—¿No será que el señor Weaver pensó que su coartada significaría un abuso de autoridad?

—¿Jefe?

Brindle estaba perplejo, y no era el único.

—El señor Weaver estaba conmigo —dijo Augie, y me dedicó la sonrisa más fría que jamás le había visto—. A la hora que ha mencionado, ni más ni menos, estaba en mi casa, en el sótano, jugando al billar. ¿No es así, Cal?

37

—Lo había olvidado —dije—. Pensaba que nos habíamos juntado la noche anterior.

—No —dijo Augie—, fue anteanoche. —Sonrió—. Y, para que conste, eres el peor jugador de billar que he visto, maldita sea. —Se volvió hacia el oficial Brindle—. Así que ahora tendrá que salir y explicarle a ese chico y a sus padres que se ha cometido un error.

—Jefe, eso es una pat…

—Perdone, ¿qué pasa? —preguntó Augie—. ¿Está insinuando que lo que acabo de decir es mentira?

Brindle abrió la boca para alegar algo, pero de ahí no salió nada.

—No, por supuesto que no, jefe. —Puso tal énfasis a la última palabra que la falta de respeto sonó alta y clara.

—Estupendo. ¿Quiere ocuparse de ese asunto mientras paso un momento aquí, con el señor Weaver, y le ofrezco nuestras disculpas por este desafortunado error? Me parece que los Tapscott siguen en la recepción.

Brindle echó la silla hacia atrás. Se levantó con la cara roja de ira. No se creía ni una palabra.

—Sí, eso haré.

—Y de paso podría mencionarles que, si yo no estuviera hoy de un humor tan indulgente, el chico estaría enfrentando cargos por falso testimonio.

Era como si a Brindle acabaran de pegarle una bofetada con un pescado mojado, pero yo estaba demasiado estupefacto para regocijarme. No sabía a qué estaba jugando Augie.

—Sí —dijo el policía—, me pongo a ello.

Al darse la vuelta para marcharse, enganchó el pie en la pata de la silla. Luego dio otra patada. La silla patinó por el suelo y fue a dar contra la pared. Brindle salió de la habitación sin mirar atrás. Dejó que la puerta se cerrara con demasiado ímpetu, lo suficiente para hacernos parpadear.

No dijimos nada durante varios segundos. Solo estábamos

sentados, mirándonos.

—Voy a necesitar que me devuelvan el teléfono —dije.

—De nada —replicó Augie—. Y tú y yo deberíamos hablar.

* * *

Hubo un tiempo engañoso en que me consideraba a mí mismo un hombre honorable.

Creía tener ideales, que mi comportamiento se regía por una serie de principios elevados. Pero, a medida que uno se hacía mayor, empezaba a darse cuenta de que cada día estaba hecho de compromisos. No parecía que mereciera la pena perder el sueño por saltarse las normas.

Sabía cuándo había cruzado la línea: hacía un poco más de seis años. Pero que lo hubiera hecho entonces no significaba que fuera incapaz de retroceder. Pude haberme prometido a mí mismo hacerlo mejor. Y, quizás, durante algún tiempo, así fue, pero, en los dos últimos meses, no solo había vuelto a traspasar la línea: la había saltado con pértiga. Arrancaba hacia ella a toda velocidad y pegaba un salto. Había amenazado con arrojar a un joven a un río de fuerte corriente, encerrado a otro en un maletero y amenazado a un tercero con tirarle una cerilla encendida en los pantalones, después de habérselos empapado con gasolina sin plomo. También había convencido a un cuarto, a un chico que creía que solo tenía dieciséis años, de que añadiría su meñique derecho a mi colección de dedos.

Póngase una parte de luto, una parte de rabia, mézclese todo y… cuidado.

La primera vez que traspasé el límite fue antes de llegar a Griffon. Por eso me convertí en detective privado y dejé de pertenecer al cuerpo de Policía de Promise Falls.

Una noche, una calurosa noche de julio, me vi incapaz de tratar a un sospechoso con la delicadeza que exige la Constitución. Todo ocurrió en un instante. Incluso en ese momento seguía reproduciendo la escena en mi cabeza, pensando que, si me concentrara lo suficiente, podría hacer que las cosas hubieran sido de otra manera y reordenar el pasado.

Mandé a un hombre al hospital durante una semana. Lo esposé, lo tumbé sobre el capó de su coche y luego, que Dios tuviera compasión de mí, agarrándole la nuca como si fuera una pelota de baloncesto, le hundí la cabeza en el capó de su Mercedes negro.

Con mucha fuerza.

Quedó inconsciente, aunque antes no estaba lejos de estarlo. Iba muy borracho. Mamadísimo. En el doble del límite legal. Y eso explicaba por qué no se había fijado en la joven madre que, al otro lado de la calle, empujaba un cochecito dentro del cual estaba sentada su hija de dos años. Las mató a las dos al instante. Pisó entonces el freno durante medio segundo, para ver lo que había hecho, y luego aceleró a fondo.

Lo vi todo desde el otro lado de la calle. Estaba colocando una multa en el limpiaparabrisas de un Range Rover aparcado delante de una boca de riego. Usé la radio para pedir una ambulancia y salí tras el conductor, aunque no sin antes echar un vistazo a lo que el tipo había hecho. A veces, cuando veías a un pequeño muerto en la acera, algo se rompía en tu interior.

Detuve al borracho a cinco kilómetros al sur de la ciudad. Había recorrido más de un kilómetro y medio sin hacer caso a mi sirena ni a mis luces intermitentes, pero, cuando al fin se desvió hacia el arcén y sus ruedas derechas cogieron gravilla, perdió el control. El Mercedes dio un coletazo y el tipo pisó el freno. El coche derrapó, estuvo a punto de volcar y fue directo a la cuneta, donde se detuvo de golpe.

Cuando llegué al coche, él ya había abierto la puerta y estaba aplastando el *airbag* como si fuera un enjambre de abejas. Tenía la nariz ensangrentada. Salió del Mercedes y sus zapatos resbalaron en la hierba alta. Le costó ponerse de pie; sin embargo, en cuanto me vio, el hijo de puta se dio la vuelta para echar a correr. Si hubiera conducido un coche robado, venga, vale, pero uno no abandonaba su propio coche, con todos los documentos dentro, pensando que se iba a salir con la suya.

Lo agarré por detrás, del faldón de la chaqueta, y lo obligué a tumbarse sobre el capó.

No podía quitarme de la cabeza la imagen de la niña muerta. Y

debía haberme aguantado, pero, justo después de que le pusiera las esposas, el tío echó un vistazo a las salpicaduras rojas en el parabrisas y, con voz de desconcierto, dijo: «Espero que eso se quite».

Crac.

Estuve preocupado por un momento, porque creí que lo había matado. Su cuerpo inerte se deslizó desde el capó hasta la hierba. De inmediato llamé a una ambulancia y, antes de que llegara, pude comprobar que aún respiraba. Me sentí aliviado. Sin embargo, pasaron dos días antes de que el tipo recuperara la consciencia. Tenía una conmoción cerebral de miedo.

No se acordaba de nada. No recordaba haber atropellado y haber matado a dos personas. No recordaba las luces intermitentes en su retrovisor. No recordaba haber sentido mi mano en la nuca ni haber visto que el capó de su coche se le acercaba con una increíble rapidez. Qué fácil habría sido decir que se había resistido a la detención, que había tropezado y se había golpeado la cabeza con el capó. Después de todo, no había testigos. De hecho, en el informe, en mi versión de los hechos, eso fue lo que puse.

Pero no pude salirme con la mía. No del todo.

En el parabrisas delantero, mi coche tenía una cámara que lo grabó todo, justo en el lado derecho del encuadre. Yo debería haberlo sabido. Solo que no creía que mi coche estuviera en el ángulo adecuado para captar la escena. Mi jefe me llevó a su despacho y vimos el vídeo juntos. Varias veces. Sin palomitas de maíz.

«Encontraré la manera de hacer que esto desaparezca —me dijo—, pero, a cambio, tú también tendrás que desaparecer».

Para el público, mi excusa fue que había decidido pasarme al mundo privado. Y, aunque era una idea sobre la que había meditado a menudo, era poco probable que lo hubiera hecho. El sueldo fijo y las prestaciones hacían que me sintiera arropado. Y, sin embargo, desaparecieron, así que no me quedó más remedio que empezar otra carrera.

Me sentía avergonzado. Había defraudado a mi departamento, me había defraudado a mí mismo; pero lo peor era que había decepcionado a Donna, y también a Scott, que entonces tenía ocho

años. Hasta ese momento, no nos había ocurrido nada peor que eso, pero encontramos la fortaleza para superarlo. Donna era la que merecía el crédito. Tenía motivos para estar furiosa, para culparme de nuestra situación, y tampoco estaba contenta con lo que yo había hecho, pero había sucedido y teníamos que afrontarlo.

En un momento dado, incluso me dijo que ojalá hubiera una forma de contárselo a la familia de esa madre y esa hija muertos. «Creo que querrían darte las gracias», dijo. Quizás esa noticia los habría complacido más que la condena de doce años que le habían impuesto al conductor.

Decidimos irnos de Promise Falls. El hermano de Donna, que en aquel momento era subjefe, le dijo a mi mujer que había una vacante en las oficinas administrativas del departamento de Griffon. Yo estaba en pleno proceso de obtener la licencia de detective privado por el Estado de Nueva York, así que podría usarla tanto en la zona de Búfalo como al norte de Albany.

En realidad, no había nadie más a quien culpar por mi presencia ahí, ese día, en el despacho de Augustus Perry.

Augie cerró la puerta.

—¿En qué demonios estabas pensando? —preguntó. Su despacho parecía el proverbial rincón de las reprimendas.

—No tenías por qué hacerlo —le dije. Era la voz del orgullo, y yo lo sabía. Si mi cuñado no hubiera metido las narices en mis asuntos, vaya disgusto el que yo me habría llevado.

Me señaló con un dedo.

—¿En serio? —me reclamó—. ¿Crees que te habrías librado de esta? ¿Crees que habrías conseguido mantenerte fuera de la cárcel? Y ya no digamos conservar tu licencia… —Murmuré algo ininteligible. Cuando trago sapos, prefiero masticar con la boca cerrada—. Lo siento. No te he entendido. Así que déjame preguntarte otra vez: ¿en qué demonios estabas pensando? Y no vengas con el cuento de que ha sido una acusación falsa y que eres inocente. No me insultes, ¿vale? Los dos ya tenemos una edad como para identificar la mierda cuando la pisamos. ¿Nos estamos entendiendo?

Asentí.

—Sí.

—Vale. Entonces, cuéntame.

Me puse a pasear por la habitación, alejándome de Augie.

—Perdí la cabeza.

—Excelente. Estupenda defensa.

—Hay algo de verdad —le dije.

—¿En qué?

—En eso de que perdí la cabeza. —Me detuve y puse las nalgas en el borde de su escritorio.

—Quita tu culo de mi escritorio —dijo Augie.

Lo hice, aunque sin dar un salto.

—La muerte de Scott… me ha vuelto un poco loco.

Los duros ojos de Augie se ablandaron.

—Continúa.

—Sabes que he estado haciendo preguntas por ahí, intentando averiguar quién le vendió esas cosas.

—No sé si eres consciente, pero ese es nuestro trabajo.

—¿Y cómo lo lleváis? —pregunté.

—Estas cosas exigen tiempo —dijo Augie—. Puedes hacer toda la investigación activa que quieras y, de pronto, te tropiezas con algo. En la resolución de crímenes, el ochenta por ciento es suerte, y tú lo sabes.

—No me entusiasma quedarme a esperar a que las cosas se resuelvan por accidente. Cada vez que he conseguido un nombre, alguna pista buena, alguien que podría estar traficando, le he hecho una visita, he concertado una reunión.

—Como con este chico, Tapscott.

—Sí.

—Eso ha sido, uf…, ha sido una puta estupidez, Cal.

—Y los otros chicos han quedado demasiado asustados para hacer algo al respecto. Saben que les piso los talones y no han querido llamar la atención.

—¿Cuántos han sido?

—Cuatro en total —admití.

Asintió, pensativo. Luego rodeó el escritorio, se sentó y me pidió que yo me sentara también, porque le dolía el cuello de tanto hablarme de arriba abajo.

—No voy a decir que no admire tus tácticas, Cal. Es solo que, si las empleas como civil, corres algunos riesgos adicionales. Sabes que, si un par de policías decidieran echar mano de tus refinadas técnicas de interrogatorio, lo harían cubriéndose las espaldas. Tal como lo acabo de hacer por ti.

Conseguí pronunciar la palabra, aunque estuve a punto de ahogarme.

—Gracias. —Me fulminó con la mirada—. No creo que ahí dentro hayas hecho una buena amistad con Hank Brindle —le dije.

—Es un chico grande. Ya se le pasará.

—Brindle es un mal policía —añadí—, es un matón.

Augie negó con la cabeza.

—Es bueno. Dale cancha. Ha tenido unos meses duros. Su padre está enfermo y él ha tenido que tomarse unos días libres para ayudar a su madre a cuidarlo. Y no dejes que Haines te engañe. Es más tranquilo, pero de un tiempo a esta parte también se ha torcido.

—¿Qué le pasa?

—La chica con la que estaba saliendo lo dejó hace unas semanas, hizo las maletas y se mudó con su familia a Erie. Vaya pareja. ¿Pero sabes una cosa, Cal? Esta pequeña reunión nuestra no tiene nada que ver con ellos. Se trata de ti. Se trata de ti y de tu actitud.

Me sumergí en la silla.

—¿Por qué lo has hecho, Augie? —pregunté.

—¿Por qué he hecho qué?

—¿Por qué me has salvado el pellejo? En este momento tendría que estar enfrentando cargos graves.

Lo vi esforzarse por elaborar una respuesta.

—Madre mía.

—¿Qué?

—Eres mi cuñado. —Lo dijo con algo más que un poco de vergüenza—. Hablando en serio, no pienses, ni por un minuto, que lo he hecho por ti. Lo he hecho por Donna.

Eso era lo que yo creía. Pero aun así me tenía perplejo.

—Explícame esto, entonces, Augie: si de verdad estás pendiente de mí, ¿por qué demonios confiscaste mi coche?

—¿Que yo hice qué?

—Mi Honda. Aún lo tienes. Solo espero que no esté despedazado.

Augie se quedó con la boca abierta durante unos segundos.

—No sé de qué demonios estás hablando. ¿Quién ha confiscado tu coche?

—Haines y Brindle. Recibieron el mandato de Marvin Quinn, quien dijo que tú le habías dado la orden.

Augie se reclinó en la silla y entrelazó los dedos sobre el vientre.

—Y bien —dijo—, ¿esto no es una patada en los cojones con botas de alpinista?

38

—¿No le diste órdenes a Quinn de que me decomisara el coche?

Augie negó con la cabeza.

—No. Serás muchas cosas, Cal: un capullo, un gilipollas, un puto engreído donde los haya; y el más estúpido hijo de puta a quien he conocido hasta el momento, con esos intentos de asustar a los chicos de la manera en que lo has hecho; pero tú no mataste a esa chica.

—Es lo más bonito que me has dicho nunca.

—Sí, bueno, no te habitúes. ¿Por qué iba a hacer Quinn tal cosa? Entendería que alguno de mis agentes trajera un coche para hacerlo registrar. No necesitaría mi aprobación para eso. La pregunta es: ¿por qué habría dicho que yo quería que lo hicieran?

Nos quedamos callados por un momento.

—Quinn apareció mientras yo enfriaba mis ánimos en la celda, antes de la rueda de reconocimiento —le expliqué—. Es posible que aún esté en el edificio.

Augie cogió un teléfono.

—¿Dónde está Quinn? —Esperó unos segundos—. ¿A qué hora ha terminado el turno? —Me miró y vocalizó: «Diez minutos». Se quedó indeciso por un momento y luego volvió a hablar—. Llámalo a su casa o al móvil. Quiero hablar con él. —Pulsó un botón y dijo—: Comuníqueme con el recinto. —Otro momento de espera, y luego—: Soy el jefe Perry. ¿Tienes un Accord? Lo trajeron anoche, pertenece a Calvin Weaver. Sí, ese es… Ajá. Ajá. Vale. Ha venido a recogerlo. Te ruego que lo atiendas con toda cortesía. —Colgó—. No lo han tocado —anunció Augie—. Estaban esperando instrucciones.

—Supongo que podré seguir mi camino, entonces.

—¿Qué piensas hacer?

—Seguiré buscando a Claire.

—Tal vez es hora de dar un paso atrás, ¿no crees? Has estado a punto de que te denuncien. Quizás deberías agradecer las bendiciones y volver a casa por un tiempo.

—Le he dicho al alcalde que me quedaría en esto por…

Eso fue como haber pinchado a un oso con un palo afilado.

—Espera —me interrumpió Augie—, dime que, en realidad, no estás trabajando para ese hijo de puta.

—Lo siento, Augie. ¿Estás tan cabreado con él que no crees que tenga derecho a recuperar a su hija?

Hizo un gesto de enfado con la mano.

—Ya la estamos buscando. Tenemos un montón de preguntas que hacerle sobre el juego que se traían entre ella y Hanna Rodomski.

—Intentaré no ser un estorbo para tu gente —dije—, aunque eso puede volverse difícil, dada la campaña de acoso que has estado dirigiendo contra Sanders.

—¿De qué demonios estás hablando? —bramó.

—Hablo de tener patrullas aparcadas en su calle, vigilándolo, intentando intimidarlo; policías cacheando a su hija. Sanders está convencido de que incluso tienes su teléfono pinchado.

—Es la mayor gilipollez que he oído nunca.

—Sanders te culpa a ti y a toda tu vigilancia de que su hija haya tenido que esforzarse tanto para salir de la ciudad sin que os dierais cuenta.

Sus mejillas estaban enrojeciendo. Me recordaba una caldera a punto de explotar.

—Son puras mentiras —dijo Augie.

—Esta es la cuestión: si vas a una asamblea pública y le dices al alcalde que tus agentes nunca han violado los derechos de nadie, yo sé que es mentira, y también lo sabe todo el mundo en la sala, pero a nadie le importa un comino, porque todos están encantados de que trates la Constitución como si fuera papel higiénico. Así que, si te diera por atropellar a un puñado de gamberros de Búfalo, ¿qué? Pero, si yo sé que mientes, ¿cómo puedo saber que en este momento me estás diciendo la verdad?

—Esto de haberte ayudado… Tendrían que revisarme la cabeza.

Me acerqué a la puerta.

—Lo que estoy haciendo no tiene nada que ver contigo ni con Sanders ni con la mala sangre que hay entre vosotros. Yo solo

quiero encontrar a Claire. Cuando lo haya logrado, tal vez podamos averiguar quién mató a Hanna.

Augie parpadeó y una sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios.

—¿No lo sabes?

—¿No sé qué?

—Esta mañana hemos hecho un arresto.

—¿Han acusado a alguien del asesinato de Hanna? ¿A quién?

—Al novio.

—¿A Sean Skilling?

—Sí.

Dejé que mi brazo cayera del pomo de la puerta.

—El chico tiene una coartada. Uno de los tuyos lo paró por saltarse una señal de stop.

—He preguntado por ahí —dijo Augie—. No hay constancia de ninguna multa.

—Ya te lo he dicho, no lo multaron. Solo recibió una advertencia.

—¿Qué quieres que haga, Cal? —quiso saber Augie—. He preguntado por ahí y nadie recuerda haber detenido a ese chico en su Ranger.

—Mi instinto me dice que él no lo hizo.

—¿Tu instinto te diría otra cosa si supiera que los vaqueros y las bragas de Hanna aparecieron bajo el asiento de la camioneta?

39

Augie hizo lo necesario para que, a la salida, yo pudiera reclamar mi teléfono en la recepción. Tenía tres mensajes: dos de Donna, que, por supuesto, se había enterado de que yo estaba metido en algún lío; el otro era del gerente de la empresa de jardinería. Antes de devolver las llamadas, pedí un taxi para que me llevara al arcén de carretera donde había dejado el coche de Donna después de que me detuvieran Brindle y Haines. Luego volví a la comisaría y dejé el coche en el aparcamiento.

Entonces llamé a Donna.

—Tu coche está donde sueles dejarlo —le dije.

—Te he llamado dos veces.

—Estaba indispuesto.

—Por eso te he llamado. He oído que estabas en el edificio, y no en una de las salas donde celebramos las reuniones comunitarias.

—Sí, pero ya todo está solucionado. ¿Cómo te has enterado?

—Kate lo ha sabido por Marvin y me lo ha dicho. He llamado a Augie, pero, para entonces, ya estabas fuera.

—Él ha intervenido.

—No ha sido que hayan encontrado algo en el coche, ¿verdad? —preguntó Donna.

—No, ha sido otra cosa.

Pausa.

—¿Otra cosa?

—Sí. Creo que he estado tentando a la suerte. Uno de esos asuntos ha vuelto para darme una patada en el culo.

—¿Y cómo te ha sacado Augie de eso?

—Te lo contaré todo más tarde. De verdad.

—Claro. —No parecía haber ninguna emoción en su voz.

—¿Qué pasa?

—Lo de anoche no significa que todo esté bien —dijo.

—Lo sé.

* * *

El depósito donde tenían mi Honda era un gran aparcamiento rodeado de una alta valla de alambre de espino. A la espera de mi llegada, una mujer bajita llenaba un crucigrama en la oficina. Cogió mis llaves y me condujo al interior del recinto. Dejamos atrás coches fuera de servicio, algunos accidentados y unos pocos vehículos que, como el mío, estaban intactos.

En cuanto encontramos mi Honda, la mujer me acercó un portapapeles.

—Tiene que firmar aquí. —Obedecí. Me entregó las llaves, me deseó un buen día y me pidió que, al llegar a la puerta, tocara el claxon. Ella me la abriría.

No me puse al volante para irme de inmediato. Antes abrí el maletero, donde guardaba las herramientas del oficio: el portátil, el chaleco de tráfico naranja y el casco a juego, entre otras cosas.

No parecía que hubieran tocado nada.

Revisé la guantera y tuve la sensación de que ahí tampoco habían tocado nada. Tal como Augie había dicho, mi coche estaba intacto.

Aun así, me sorprendió ver que la peluca de Hanna seguía ahí, en el suelo, delante del asiento trasero. Quizás no constituía una prueba, ya que Hanna no la llevaba puesta en el momento de su muerte, pero formaba parte de todo lo que le había ocurrido.

No me faltaban cosas sobre las que reflexionar. ¿Por qué Quinn les había dicho a Haines y Brindle que remolcaran mi coche? Y, si él había creído que lo necesitaban para buscar pruebas, ¿por qué atribuirle las órdenes al jefe?

¿Y eso de que Sean Skilling hubiera sido arrestado por el asesinato de Hanna?

Me puse al volante. Metí la llave en el contacto, puse el motor en marcha, pisé un par de veces el acelerador y me quedé oyendo cómo giraba. Saqué el móvil para escuchar el mensaje del tipo del servicio de jardinería.

—Soy Bill Hooper. Le devuelvo la llamada.

Me había contactado hacía una hora y media. Toqué su número con el pulgar.

Está llamando a Bill Hooper. Ahora mismo no puedo atenderlo, pero déjeme un mensaje y lo llamaré en cuanto pueda.

Era la hora del teléfono estropeado.

Al llegar a la salida, toqué el claxon. La mujer, sin levantar siquiera la vista de su crucigrama, pulsó el botón y la puerta se abrió.

Quizás Sean no había dicho la verdad cuando relató que un policía de Griffon lo había detenido. Pero, entonces, si ese incidente nunca ocurrió, ¿por qué Sean no pudo llegar a tiempo al Patchett's para recoger a Claire y llevarla al Iggy's? Ese chico, al menos en el poco tiempo que yo había pasado con él, no me había dado la impresión de ser un redomado mentiroso ni un asesino.

Pero la ropa perdida de Hanna había aparecido en su camioneta. Eso no tenía buena pinta. No parecía…

Lo que ocurrió enseguida se lo achaqué a la distracción. A mi salida del aparcamiento de la comisaría, estuve a punto de chocar con un Escalade negro. Era un coche difícil de pasar por alto, puesto que resultaba lo bastante grande como para que lo orbitaran algunas lunas. El Escalade me esquivó y el hombre que venía al volante me enseñó el dedo medio.

Frené de golpe, lo suficiente para que chirriaran los neumáticos.

Debería haberlo visto. Pero no lo vi.

Me tomé un segundo para recuperar la serenidad y dejé que el Escalade se adelantara una manzana. Di al pedal del freno un par de toques suaves y tranquilizadores y seguí mi camino.

Había alguien a quien quería visitar, solo que no había tenido la ocasión. Presentía que esa persona no se alegraría mucho de verme.

Incluso era muy probable que aún no hubiera salido de la cama.

Cuando llegué a la casa que estaba buscando, vi, aparcado en la entrada, un Mustang rojo descapotable con la capota puesta. No había ningún BMW. Eso me reveló que Annette Ravelson estaba en el trabajo.

Menos mal. No la quería cerca mientras hablaba con Roman, su hijo. Aún podía sentir el golpe sordo en el lugar de la cabeza donde me había atizado, a la salida del Patchett's.

Toqué el timbre. Al cabo de diez segundos, volví a llamar. Entonces golpeé la puerta. Un minuto más tarde, volví a pulsar el timbre, solo

que esa vez dejé clavado el pulgar. Dentro de la casa, la campanilla sonaba sin pausa.

Yo era capaz de aguantar tanto como él.

Después de unos cinco minutos, una voz grogui gritó dentro de la casa.

—¡Vale, vale! ¡Joder! Ya voy.

Mi pulgar seguía pegado al botón. Oí girar una cerradura de seguridad. La puerta se abrió y metí el pie. Yo suponía que, en cuanto Roman me viera, intentaría cerrarla de golpe.

Y lo hizo.

La puerta dio en un lado de mi zapato, rebotó y atrapó los dedos de los pies de Roman.

—¡Mierda, mierda, mierda, joder! —gritó. Pegó un salto y cayó de espaldas.

Entré en la casa y cerré la puerta. Roman, desplomado en el suelo, sin nada más que unos calzoncillos de corazoncitos rojos, gimoteaba y se sujetaba el pie izquierdo con ambas manos.

—Hola, Roman —saludé—, ¿qué tal?

40

El hombre se pregunta quién estará en la puerta. Siempre siente curiosidad cuando oye que alguien llama o cuando arriba suena el timbre. Ha pasado tanto tiempo desde que tuvo la oportunidad de hablar con alguien… Al menos, con alguien que no fuera su mujer o su hijo.

El hombre se sienta en la cama para escuchar. Tal vez sea capaz de oír voces. Aquí ni siquiera tiene una radio ni una televisión. Hace mucho tiempo que no oye voces desconocidas.

Bueno, aparte de aquel visitante, justo la semana anterior. Pero el visitante había tenido tan poco que decir y había salido corriendo con tanta prisa… Muerto de miedo, tal vez.

El hombre apenas había tenido tiempo de pedirle ayuda. O de arrojarle su cuaderno. Pensó que, si el visitante necesitaba una prueba, el libro podría dársela.

Pero ha pasado todo este tiempo y nadie ha venido. Aun así, cada vez que oye a alguien en la puerta, se pregunta y espera.

Mientras tanto, la mayor parte del tiempo la pasa en la cama. A veces se sube a la silla y se desplaza un poco. ¿Pero adónde podría ir? ¿Qué sentido tiene?

Así que se queda en la cama y lee revistas.

Y duerme.

Y sueña.

Sueña con que sale.

41

—¡Me ha fracturado los dedos de los pies, tío!

Me arrodillé y eché un vistazo.

—Trata de moverlos.

Roman Ravelson movió los dedos de los pies.

—No creo que estén rotos —le dije—, pero, que lo sepas: no tengo título de médico.

Le ofrecí la mano para ayudarlo a levantarse, solo que prefirió arrastrarse medio metro hasta las escaleras y usarlas para ponerse en pie. Su piel era de un blanco lechoso, como si hubiera pasado los últimos años en una cueva. Quizá solo salía de noche. Sobre el elástico de sus bóxeres había un pequeño rollo de grasa, y en sus mejillas regordetas, pliegues.

—¿Te acabo de sacar de la cama? —le pregunté.

—Estuve fuera hasta tarde —se excusó—. Debería marcharse. Si no se va, llamaré a mi madre.

Saqué el móvil.

—¿Te presto mi teléfono? Aprovecha la llamada para contarle cómo estuviste a punto de noquearme anoche.

—Ese Sean, Dios santo, estaba intentando ayudarlo y me abandonó, así como así. Mi madre me dijo que usted me mandó saludos. Por fastidiar, ¿verdad?

Asentí.

—¿Tu padre está en casa? —Recordé lo que Annette me había dicho: que Kent Ravelson había salido de la ciudad.

Roman parpadeó un par de veces, como si le hubiera dado una patada en los ojos.

—Mi padre no está… Yo qué sé.

—¿Cuándo va a volver?

El joven se encogió de hombros.

—No lo sé. No le sigo la pista.

—¿Quieres ponerte una camisa o algo? Tengo algunas preguntas.

Roman suspiró.

—Qué mierda. Sígame.

Empezó a subir las escaleras. Lo seguí al segundo piso, luego por el pasillo y entré en su dormitorio. El golpe de la puerta en los dedos de los pies no parecía haberlo lisiado de por vida.

Su habitación estaba decorada al estilo huracán: la cama sin hacer, ropa por todo el suelo; revistas, videojuegos, todo sin orden ni concierto. Las paredes estaban tapizadas de carteles de cine: *28 días después, Los muertos andan, El despertar de los muertos, La noche de los muertos vivientes, Dance ot the Dead, Bienvenidos a Zombieland, Zombie.*

Me quedaba claro que ahí había una temática.

Junto a la cama, en el suelo y sobre un montón de ropa, había un portátil abierto. Roman lo cogió mientras buscaba algo que ponerse. Con el movimiento, la pantalla, que había estado dormida, cobró vida. Alcancé a vislumbrar un texto ordenado en formato teatral.

Un libreto.

Dejó caer el portátil a la cama. Luego encontró una camiseta negra que le convenció y se la puso. Le quedaba pequeña un par de tallas y apenas le cubría la panza. En el pecho ponía «Winchester Tavern».

Señalé la leyenda.

—No conozco ese lugar. No es de por aquí.

Me miró con cara de «qué estupidez»

—Es el pub donde se quedan atrapados en *El despertar de los muertos*. La ha visto, ¿verdad? Es una de las mejores películas de zombis que se han hecho. Da miedo, pero también es para descojonarse de risa.

—Lo siento —me disculpé. Señalé el portátil—. ¿Estás escribiendo el guion de una película de zombis?

—Puede ser —respondió Roman.

—¿De qué se trata? ¿Los zombis no son ya, y perdóname, un cliché bestial?

—Pues es cuestión de hallar un nuevo enfoque. Y yo tengo uno. —Esperé. Roman tomó aire—. Vale, con los zombis, la mayoría se contagian por una plaga, un experimento o algo así. Ahora bien, ¿y si fueran extraterrestres quienes convirtieran a la gente en zombis? Es una mezcla de dos géneros diferentes. Mi héroe es un tipo

llamado Tim. Él sabe lo que los alienígenas están haciendo e intenta detenerlos.

Asentí. Me parecía una chorrada, pero ¿cuándo las chorradas han impedido que una idea se convierta en película?

—Puede que haya algo ahí —concedí—. ¿Tienes un trabajo fijo, Roman?

—Este es mi trabajo. Soy guionista.

—Entonces, ¿cuánto ganas, no sé, a la semana, escribiendo guiones?

—No es así como funcionan las cosas —explicó—. En este trabajo no se trata de reponer estantes en una puta tienda de comestibles donde te dan un estúpido cheque al final de la semana. Escribes un guion, luego buscas un comprador y lo vendes. Así que no ganas dinero durante mucho tiempo, pero, en algún momento, podrías conseguir, no sé, unos cientos de miles o un millón o algo así.

Asentí de nuevo.

—Ah, vale. No entiendo cómo funciona Hollywood. ¿Cuántos guiones has vendido?

—Ya he dado algunos mordiscos —dijo Roman—. El otro día recibí un correo electrónico de la oficina de Steven Spielberg.

—¡No me digas! —exclamé—. ¿Cuándo tendrás una reunión?

—Vale, ese correo no era, digamos…, era, más bien, un «gracias por su interés», pero… ¿Usted ha venido solo a tocarme los cojones? —preguntó. Eso no habría sido difícil, en vista de lo que el chico llevaba puesto—. Porque, si está aquí para preguntar quién jodió a Scott, le juro que no he sido yo.

—No estoy aquí por eso —dije—. Tú estás, más bien, en el tema de las bebidas. Eso es lo que te respalda mientras escribes tus guiones.

Levantó las manos en señal de capitulación.

—Vale, me ha pillado. Compro cerveza, conduzco y la vendo. Vaya cosa. Soy un puto terrorista.

—Tenías a Sean y Hanna haciendo las entregas por ti, ¿verdad? ¿Por eso saliste anoche?, ¿porque no se podía decir que estuvieran disponibles?

—No sabía nada de eso. Llamé a Hanna y no me contestó, y

cuando llamé a Sean, tampoco lo cogió. Joder, no sabía que estaba muerta ni nada.

—¿Sabías que Sean ha sido arrestado por eso?

Abrió la boca, estupefacto, y se dejó caer en el borde de la cama.

—No me joda —murmuró—. Sean es mi amigo. Es imposible que lo hubiera hecho. —Sacudió la cabeza con incredulidad—. Sean quería mucho a Hanna. De verdad que la amaba. Qué putada.

—Si no ha sido Sean, ¿quién habrá sido?

Roman se encogió de hombros.

—No se me ocurre nadie capaz de hacer algo así. Esto es… Esto es una putada, tío.

De una silla de ordenador que había junto al escritorio, quité unos vaqueros sucios y me senté. Sobre el escritorio había un teléfono.

—¿Hanna te caía bien?

—Sí, claro, era agradable. Bueno, a veces me cabreaba un poco. Se retrasaba con los pagos, pero, vaya, no era para tanto.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, digamos que yo compro dos docenas de cajas de cerveza y las cargo en la Ranger de Sean, ¿entiende?, y salen por ahí a repartirlas. Sean es el conductor y Hanna es quien se ocupa del dinero. Y hay un margen de beneficio, ¿vale? Así que, al terminar una noche o un fin de semana, Hanna debe tener suficiente para pagarme todo lo que me debe y aún quedarse con algo de dinero. Por lo general, quedábamos al día siguiente.

—¿Y a veces no lo tenía?

Roman puso los ojos en blanco.

—Si, de camino a verme, pasaba por el centro comercial y a veces se distraía. Iba a comprarse alguna cosa. En un par de ocasiones, la gente intentó pagarle con algo que no era efectivo. Y, en toda regla, la mía es una operación en numerario, ¿sabe?

—¿Qué quieres decir? No me estarás diciendo que algunos niños querían pagarte con un cheque.

Otra vez, los ojos en blanco. Con una vez más que lo hiciera, esos ojos se quedarían mirándose el cerebro.

—Na, que si alguien no tenía suficiente dinero, le daba a Hanna

algo de hierba o alguna cosa así. Tuve que poner reglas. Yo no quiero esas cosas.

—¿Y Hanna alguna vez le quedó a deber dinero a otra persona, además de a ti?

—No tengo ni idea. No, que yo sepa. No sé a qué vienen tantas preguntas sobre cómo me gano unos dólares. A nadie debería importarle, y son cosas que no tienen nada que ver con lo que le sucedió a Hanna. —Se pellizcó el puente de la nariz, como para contener el llanto—. Ya le he dicho: no hay forma de que Sean lo hubiera hecho.

—Por eso tengo que encontrar a Claire —le dije—. Ella podría saber lo que pasó en realidad. Pero anoche, cuando su padre te llamó por teléfono, no ayudaste mucho.

Parpadeó.

—¿Cómo…?

—Hablé con él esta mañana. Dijiste, y te cito, que no sabías ni te importaba, cierro la cita, dónde estaba Claire.

—Vale, tiene que saber un par de cosas. La primera, que mi madre, antes de pedirme que lo llamara, no me dijo que Hanna estaba muerta. Y la segunda, nunca le he caído bien a ese tal Sanders. Él no pensaba que yo pudiera ser un buen partido para Claire.

Punto para Sanders.

—¿Durante cuánto tiempo estuvisteis saliendo Claire y tú? —Pasé el dedo por el borde del móvil que estaba sobre el escritorio.

—Unos cuatro meses o algo así. Hasta julio. —Apretó los labios—. Hasta que conoció a Dennis.

Estábamos llegando al motivo principal de mi visita.

—Háblame de Dennis.

—Bueno, se apellida Mullavey y es negro. Vino de algún lugar como Syracuse o Schenectady.

—Son lugares muy diferentes.

Roman se encogió de hombros.

—Bueno, no lo sé. Era un tío encantador. Me parecía muy guay.

Cogí el teléfono.

—Deje eso —pidió Roman.

—¿Haces fotos con esto? —pregunté.

—Todos los teléfonos hacen fotos. ¿Cuántos años tiene?

—¿Este es el que usaste para tomar una foto de tu pene y enviársela a Claire?

—¿Cómo dice?

—¿Esta de aquí es la aplicación de las fotos? —Salió disparado y me arrebató el teléfono de la mano. No hice ningún esfuerzo por aferrarme a él—. ¿Es eso lo que te hace guay, Roman? ¿Enviar fotos de erecciones?

Parado delante de mí, Roman estaba casi temblando.

—Claire y yo jugueteábamos a veces, eso es todo. Fue solo por diversión.

—¿Te envió fotos de ella desnuda?

—Claire no es tan lanzada para ese tipo de cosas. Pero le hizo gracia.

—¿Incluso después de haber roto contigo? —pregunté—. ¿Le pareció divertido que le recordaras lo que se estaba perdiendo? ¿Dennis se enteró de esa foto? ¿Te persiguió? ¿Sucedió entre vosotros algo que lo hizo abandonar la ciudad a toda prisa?

—¡No! —exclamó Roman—, no pasó nada de eso. Venir y sacar a relucir estas cosas es una gilipollez. No significan nada.

—De acuerdo —acepté, comprensivo—. Solo cuéntame lo que *pasó*. Háblame de Dennis.

—Apenas conocía a ese tipo. Sé que tenía un trabajo estúpido, que cortaba la hierba en verano.

—¿Con Hooper?

—Sí, así es. Y conducía una de esas *pick-up* anaranjadas.

—¿Y qué pasó?

—Ella empezó a salir con él mientras todavía salía conmigo, ¿lo pilla? Me di cuenta de que algo iba mal porque se estaba poniendo muy guapa, ¿sabe? Y luego me salió con aquello del «no eres tú, soy yo». Lo siguiente que supe es que estaba saliendo con Mullavey. Yo al tío quería reventarle los sesos, pero Sean me convenció de que no hiciera estupideces. De todos modos, nunca habría hecho algo así. Uno piensa ese tipo de cosas, pero, en realidad, nunca las hace.

—Pero, entonces, Claire y Dennis rompieron de repente.

—Sí —confirmó Roman—. Por lo que Sean me contó, él dejó el

trabajo un día y volvió a casa. Como si, de pronto, se hubiera dado cuenta de que cortar el césped era aburrido. Rompió con Claire. En ese momento, pensé que era bueno para ella. Ya sabe: así iba a saber lo que se siente.

—¿Intentaste volver con ella? ¿Hiciste algo más tentador que una foto de tu polla?

Roman vaciló.

—Yo, o sea, la llamé unas cuantas veces, lo admito.

—¿Hiciste algo más?

—¿Qué quiere decir?

—¿Te pusiste a seguirla?, ¿a acosarla?

Otro encogimiento de hombros.

—Yo no usaría esa palabra.

—¿Pero la seguiste?

—Solo quería hablar con ella, eso era todo. Porque creo que lo nuestro era bueno. No contestaba a mis llamadas, ¿qué se supone que uno debe hacer en esos casos?

—¿Ese Mustang que está delante de la casa es tuyo? —le pregunté.

—Sí.

—¿Tus padres te lo compraron?

—Sí, ¿por qué?

—¿Qué coche conduce tu padre?

—¿Qué coño? ¿Por qué lo pregunta?

Solo dímelo.

—Tiene un BMW. Él y mi madre. Los dos tienen BMW.

La BMW no hacía camionetas *pick-up*, pero yo habría apostado a que Muebles Ravelson tenía una o dos de esas para las entregas. Roman podría haber tomado una prestada.

—¿Sabes por qué Dennis rompió con Claire?

—Hombre, según lo que he oído, no creo que ni siquiera Claire haya sabido por qué. Supongo que era un imbécil.

Asentí.

—Sí, eso lo explicaría todo. Roman, tú conoces a Claire, saliste con ella. ¿Adónde habrá ido? Si tan solo tuviera miedo o si quisiera alejarse de todo el mundo, ¿adónde habría ido a esconderse? No cuentes la casa de su madre en Toronto.

Lo pensó.
—No se me ocurre nada —dijo por fin.
Me levanté de la silla del ordenador.
—Buena suerte en tu reunión con Steven.

42

Si Roman Ravelson no fuera tan antipático, burlarme de sus ambiciones me habría hecho sentir mal. Si yo tuviera una hija y este tipo le enviara una foto de su erección, lo habría obligado a comerse el teléfono. Y no podía imaginármelo enviando a Sean y Hanna, con la *pick-up* cargada, a vender alcohol por todos los condados de Niágara y Erie. Los exponía a innumerables riesgos, tanto legales como físicos. Si Roman quería ganar dinero vendiendo alcohol a menores, vale; pero no tenía por qué arrastrar a otros.

Me metí en el Honda pensando en la película de zombis de Roman y en su personaje llamado Tim, quien estaba dispuesto a salvar al mundo de un complot alienígena…

Tim. Timmy.

El nombre me cayó como salpicaduras de las frías cataratas en la proa del *Maid of the Mist*. Era el joven cojo que todas las noches, ya tarde, iba al Iggy's a cenar. Había salido del restaurante unos segundos antes que Claire.

¿Dónde había dicho Sal que vivía Timmy? En un edificio de apartamentos de cuatro plantas, por la misma calle, a tiro de piedra.

Quizá había visto algo.

Era una posibilidad remota, sin duda; y no solo había salido casi al mismo tiempo que Claire, sino también que Timmy había cogido la misma dirección que el conductor del Volvo.

Me alejé de la casa de los Ravelson con rumbo al Iggy's.

* * *

El lugar era inconfundible. A poca distancia del restaurante, solo un edificio coincidía con esa descripción. Ese tramo de Danbury, a todo lo largo, era comercial. Había locales de comida rápida, gasolineras, centros comerciales y, en la acera de enfrente, un Target. El complejo de apartamentos de poca altura se erigía como un lugar en el que podía vivir cualquier persona de la vecindad.

Quise recordar lo que Sal me había dicho: Timmy aparecía al final

de su jornada laboral, fuera cual fuera su turno. Supongo que no tenía coche. Si lo tuviera, probablemente conduciría al Iggy's de camino a casa, no iría andando. Así que debía de trabajar muy cerca de donde vivía, o bien, coger todas las noches el autobús desde el trabajo. En cualquier caso, eso significaba que quizás terminaba de trabajar sobre las nueve. Los turnos, en su mayoría, eran de siete u ocho horas.

El reloj marcaba las doce y media. Supuse que, si Timmy aún no se había ido a trabajar, en cualquier momento saldría por el vestíbulo de aquel edificio de apartamentos. Aparqué el coche en un sitio desde donde podía mirar. Si esa persona no aparecía en los quince o veinte próximos minutos, iría a buscarla al vestíbulo. Suponía que el directorio no me ayudaría mucho. Aunque los timbres del sistema de intercomunicación estuvieran rotulados con los apellidos, no conocía el de Timmy. Y, si no había portero, me iba a ver en la necesidad de llamar a todas las puertas. El edificio tenía, al menos, cuarenta apartamentos. Mi Timmy podía escabullirse por la puerta principal mientras yo deambulaba por los pasillos.

Solo tuve que esperar diez minutos.

Bajó los escalones cojeando y salió a la acera. Al llegar, no giró ni a la izquierda ni a la derecha, sino que permaneció atento a algún corte en el tráfico. Como no caminaba muy deprisa, la pausa prometía ser larga. Al otro lado de la calle estaba el Target. Varias tiendas se agrupaban a su alrededor como cachorros amamantándose de su madre.

Salí del coche y corrí hacia él antes de que cruzara.

—¿Timmy?

El hombre se volvió y me miró con curiosidad.

—¿Eh? —preguntó.

—¿Usted es Timmy?

Parecía tener miedo de decir que sí, pero, tras un instante de vacilación, asintió.

—Sí, soy yo.

—Me apellido Weaver. ¿Puedo hacerle un par de preguntas?

—¿Acerca de qué? ¿Quién es usted?

Le tendí una tarjeta.

—Soy detective privado. Necesito saber algo que aconteció hace un par de noches. ¿Cuál es su apellido?

—Gursky —dijo después de un titubeo—. Me llamo Timmy Gursky. ¿Esto tiene algo que ver con mi trabajo?, porque voy para allá ahora mismo y no quisiera llegar tarde.

Señaló. No el Target, sino uno de los otros negocios. Parecía una tienda de electrónica.

—¿El sitio de los estéreos? —pregunté.

—Sí.

—Esto no tiene que ver con el trabajo y usted no tiene ningún problema, pero pudo haber sido testigo de algo que estoy investigando. Hace dos noches, cuando usted salía del Iggy's, un coche partía del aparcamiento. Esperaba que se hubiera fijado en él.

—¿Fijarme en un coche? ¿Es una broma?

—Sí, ya sé que me estoy agarrando a un clavo ardiente.

—Para empezar, ¿cómo sabe que estuve allí? ¿Y de qué noche estamos hablando?

Le conté, en pocas palabras, que había revisado el vídeo de vigilancia del Iggy's en la búsqueda de una chica que se había subido a una camioneta ranchera Volvo plateada o gris. También le expliqué que Sal me había dicho que Timmy comía allí casi todas las noches, más o menos a esa hora.

—Sal, sí, es un buen tipo —dijo—. Sí, anteanoche. ¿Y sabe qué? Es curioso, porque me acuerdo de ese coche.

—¿En serio?

—Ese hijo de puta casi me atropella un pie. Como si yo necesitara más problemas. La rodilla me la jodieron en Irak. —Quería preguntarle por el coche, pero me sentí obligado a preguntarle primero por la rodilla. Sonrió—. Esa es siempre una buena frase para usarla ante las damas, ¿sabe? Suelo inventarles una historia mejor que la verdadera, que es la que le voy a contar. Estaba trabajando en un lugar que llamaban la Zona Verde, ¿sabe? Yo estaba dentro de la base militar, pero no con el ejército ni nada. Allí dentro tenían toda una ciudad, con todo estadounidense. Yo trabajaba en el Pizza Hut. Teníamos un remolque. Los soldados podían venir y comer como en

casa. Un día, al salir de la caravana, perdí el paso y caí justo sobre la rodilla. Se me hizo mierda.

—Lo siento mucho —le dije.

—Me sigue doliendo de cojones. Si hay que volver de ahí porque uno está herido, mejor que sea por un coche bomba, un misil o algo así, ¿no? Y yo tenía que quedar lisiado por haber salido de un remolque de *pizza*. Las mujeres *no* escuchan esa versión.

—Me ha dicho que el conductor del Volvo casi le pasó por encima del pie.

—Sí —confirmó, indignado—. Me fijé en el coche muy pronto, porque estaba aparcado con el motor en marcha y el escape echaba mucho humo, ¿sabe? Era un coche viejo, de motor ruidoso, y necesitaba una puesta a punto. Emprendí, entonces, el camino a casa, justo por aquí, a través del aparcamiento, que está bastante vacío a esa hora de la noche, y oí un ruido que venía de atrás, a mi derecha. Giré y, ahí, saliendo, estaba el coche del que está usted hablando. Por un segundo, pensé que estaba intentando atropellarme, pero creo que el imbécil que venía conduciendo no me vio, nada más.

—Era un hombre.

—Sí, eso se lo puedo asegurar. No lo vi muy bien, pero sí, era un tío.

—Con una chica en el asiento del pasajero.

—No la vi. Puedo afirmar que había alguien más, pero no sabría decirle si era Britney Spears o Sarah Palin.

—Aunque sí alcanzó a ver al conductor.

—Sí. No podría decirle mucho sobre él, pero creo que era negro.

—Vale. ¿Y la edad?

—No lo sé. No era viejo, pero, aparte de eso, no estoy seguro de nada. Excepto de que era un gilipollas. Pasó justo a mi lado. Pegué un salto atrás y le saqué el dedo. Luego me eché al suelo.

—¿El coche le dio un golpe?

Negó con la cabeza.

—Solo perdí el equilibrio. No me hizo daño. Pero supongo que el conductor se temió que me había atropellado, porque pisó el freno y se detuvo. Yo ya me estaba levantando y debió de haberme visto

por el espejo. Se habría dado cuenta, entonces, de que no me había matado, así que aceleró.

—¿Pudo ver la matrícula?

Timmy negó con la cabeza.

—¿Es cachondeo? Estaba oscuro. Creo que era una matrícula de Nueva York, pero no podría decirle más que eso. Escuche, ¿necesita algo más? Tengo que llegar al trabajo.

Le dije que no y le di las gracias.

Mi móvil sonó mientras me estaba abrochando el cinturón de seguridad.

—¿Hola?

—Hola, por fin. —Era un hombre, y esas tres palabras le habían bastado para transmitir exasperación—. Soy Bill Hooper.

—Señor Hooper —dije—, gracias por llamarme.

—¿Cómo puedo ayudarlo? De entrada, tengo que decirle que no puedo a aceptar ningún trabajo nuevo. Tengo todo lo que puedo gestionar por ahora. Estoy corto de personal y, de todos modos, la temporada está llegando a su fin. Lo que le sugiero es que pruebe en primavera. Puede que haya gente que se mude y cancele el servicio. Así podríamos ponerlo en la lista.

—No llamaba por eso. Necesito saber algo sobre Dennis Mullavey.

—Ah —exclamó—, sobre él.

—Sí. ¿Trabajaba para usted?

—No me puedo creer que Dennis me haya puesto como referencia. Hay que tener cojones. El tipo me abandonó sin el menor aviso. Yo me lo pensaría mucho antes de contratarlo. Quiero decir, es un buen trabajador y tal, es un buen chico, pero tendría que estar preparado para que lo abandonen así como así.

—Aquí no tengo su currículum. ¿Tendrá usted un número donde pueda localizarlo?, ¿una dirección? Deduzco que no es de Griffon.

—No tengo nada de eso a mano —dijo Hopper—, pero podría pedirle a mi chica que lo llame. Creo que Dennis es de los alrededores de Rochester. Vino a trabajar para mí durante el verano; incluso alquiló una habitación en mi casa. Mire, es un buen chico. Me caía bien, trabajaba bien, era de fiar…, hasta el final. Y, ahora que todo el mundo ha vuelto al colegio, no podré conseguir que nadie

más trabaje para mí hasta que empiecen las nevadas. Solo tengo a otro. Se dice que hay una enorme tasa de desempleo, pero ¿cree usted que puedo encontrar a alguien dispuesto a empujar un cortacésped, montar en tractor o manejar un soplador de hojas? Estoy atrasado. Tengo clientes a los que no atiendo desde hace dos semanas.

—Qué fuerte. —Pensé en la casa de Phyllis Pearce y su hierba larga. Así que le pregunté—: ¿Usted atiende la casa de la señora Pearce?

—Sí, esa es una. Estoy muy retrasado con ella.

—¿Y por qué renunció Dennis?

—No tengo ni idea. Lo único que hizo fue dejarme una nota: «Gracias por el empleo, siento haberme ido». Eso fue todo. Yo todavía le debía algo de dinero. Sepa usted que, aunque un tío me abandone, no voy a dejarlo tirado con lo que le debo. Sin embargo, no creo que mi chica haya podido ponerse en contacto con él. Despejó su habitación y se marchó.

—¿Esa chica que ha mencionado es con quien ya he hablado?

—Sí, Barb. Le diré que usted la va a llamar.

—Muchas gracias. Permítame una última pregunta: ¿Dennis tiene coche?

—Sí —contestó Hopper—, pero, si ha de usarlo para trabajar, no sé hasta qué punto es fiable. Aquí lo tuvo aparcado todo el verano. Yo, si tenía disponible una de las *pick-up* fuera del horario de trabajo, lo dejaba usarla. Él siempre le llenaba el depósito, dicho sea a su favor.

—¿Qué coche tiene?

—Un Volvo. Una ranchera.

—Gracias, señor Hopper. Llamaré a Barb enseguida.

—Vale —dijo él, y colgó.

Me quedé sentado un momento, pensando. Si Dennis Mullavey había estado cuidando los terrenos de Phyllis Pearce, ¿por qué ella no tenía ni idea de quién era? Por otra parte, quizás ella nunca llegó a saber el nombre del joven que cuidaba su propiedad, o bien, estaba en el Patchett's cuando el equipo de Hopper llegaba a…

Mis pensamientos se vieron interrumpidos con otra llamada telefónica.

—¿Hola?

—¿Señor Weaver? Soy Sheila Skilling. —Le temblaba la voz—. Han arrestado a Sean. Creen…

—Sí, lo sé —le dije—, y lo siento.

—Tiene que ayudarnos —suplicó—. Tiene que ayudarnos como sea.

En ese momento, yo no sabía qué hacer para ayudar a los Skilling, pues mi prioridad era encontrar a Claire. Lo que Sean necesitaba era un buen abogado. Sin embargo, yo sí que tenía algunas preguntas para Sheila y Adam Skilling; por ejemplo, ¿cuánto sabían de lo que Sean y Hanna hacían para Roman Ravelson? Y también había una pregunta que quería hacerle a Adam Skilling en privado: ¿por qué aparecía en el vídeo de vigilancia del Iggy's, de pie ante el mostrador, tan poco tiempo después de que Claire y Hanna hubieran intercambiado identidades?

43

—Voy a preguntarte algo y necesito que seas del todo sincero conmigo —dice la mujer.

Él se sienta en la silla de ruedas y esquiva su mirada.

—Por supuesto —responde.

—¿Has escrito en ese libro algo fuera de lo habitual?

—Yo… Ya te lo he dicho, no lo encuentro. Necesito que me traigas una libreta nueva para que pueda volver a anotar cosas.

—Sé que se la diste al chico. Tú mismo lo admitiste la otra noche. Lo que quiero saber es qué escribiste ahí.

—Como he dicho, lo de siempre. No tienes nada de qué preocuparte.

—Pero siempre anotabas las fechas.

El hombre no dice nada.

Ella pone los brazos en jarras.

—¿En qué demonios estabas pensando? ¿Puedes decírmelo?

—No lo sé. —Él habla tan bajo que ella apenas puede oírlo.

—Si ese chico le diera eso a alguien, a alguien que recuerde tus pequeños hábitos… Te juro que no sé qué te está pasando.

—Perdona. De verdad, estoy…

Ella no oye el resto. Sale de la habitación, cierra la puerta y echa el candado. El hijo está ahí, junto a la lavadora y la secadora.

—Este hombre va a matarme —dice la madre—. ¿Qué haces aquí?

—El detective podría estar acercándose, eso creo.

La madre asiente.

—Tengo la sensación de que no se rendirá así como así.

—Pero esto es bueno —comenta el hijo—. Dejaré todo por un tiempo, por un período indefinido, supongo, mientras veo a dónde va.

—Necesitamos un plan de contingencia —responde ella, y baja la voz hasta que se vuelve un susurro—. Si la chica, e incluso el chico, aparecieran por su cuenta, antes de que Weaver los encuentre, tendremos que estar preparados. Tendremos que poder de negarlo

todo. Tendremos que ser capaces de exhibir al chico como un mentiroso. Diremos que no sabemos de qué habla.

El hijo se apoya en la lavadora, cruza los brazos sobre el pecho y sacude la cabeza.

—¿Estás hablando de llevarnos a papá a otro lado?

La mujer duda.

—Supongo que podrías expresarlo así.

—¿Adónde lo trasladaríamos? ¿Adónde podríamos llevarlo que aún pudiéramos cuidar de él? —La madre no dice nada. Su silencio sí que lo dice todo—. No, madre, eso no lo podemos hacer.

—No puedo seguir así —dice ella—. No puedo, eso es todo.

—Mira, déjame ver cómo se desenvuelve esto con Weaver. Si vamos a tener que deshacernos de alguien, prefiero que nos ocupemos de él y de los demás, no de papá.

—Por supuesto —afirma ella—. Ni qué decir tiene.

—Ese tal Weaver, madre mía, es tan pesado como lo era su hijo. Al menos, con ese chico todo salió como tenía que salir.

44

Camino a casa de los Skilling, mientras imaginaba lo que debían de estar pasando con su hijo, me acordé de cuando Scott tenía solo seis años, mucho antes de que empezaran nuestros problemas.

Por aquel entonces, él tenía muchas pesadillas y entraba en nuestra habitación en mitad de la noche.

—He tenido un sueño espeluznante —decía cada vez.

Donna y yo lo dejábamos meterse en la cama con nosotros, pero nos preocupaba sentar malos precedentes, ser demasiado blandos y que le diera por acurrucarse con nosotros todas las noches hasta la universidad.

Pero decidimos que de eso nos preocuparíamos más tarde, y, al pensarlo, me alegro de haberlo dejado deslizarse en nuestra cama, subirse las mantas hasta el cuello y meter la cabeza en el hueco entre nuestras almohadas.

Una noche fui yo quien tuvo la pesadilla. Era una recurrente, una que sigo teniendo de vez en cuando. Me veo golpeando contra el capó del coche la cabeza de ese conductor borracho. Lo agarro por el pelo, con fuerza, y golpeo su cabeza una y otra vez hasta que es evidente que ya no está unida al cuerpo. Entonces me doy cuenta de lo que acabo de hacer, giro la desmochada cabeza y la miro a los ojos.

—Ya he aprendido mi lección —dice, y sonríe—, ¿y tú?

Siempre me hacía despertar sudando frío. Pero esa noche, en particular, no desperté a Donna dando vueltas en la cama, como hacía a veces, ni pegando gritos. Tenía miedo de volver a dormirme por temor a que aquella cabeza apareciera de nuevo, así que me escabullí de debajo de las sábanas y bajé a la cocina. Puse un poco de agua del grifo en un vaso y me senté a la mesa, a pensar en los errores que había cometido y en cómo habíamos acabado en Griffon.

Cuando llevaba unos diez minutos allí sentado, me di cuenta de que alguien me estaba observando. Vi a Scott de pie en la puerta y me

dio un vuelco el corazón. Hice lo que pude por no darle a entender que acababa de darme un susto de muerte.

—¿Qué haces levantado? —pregunté.

—He visto una luz encendida —respondió.

—No deberías deambular por la casa de noche.

—¿Qué estás haciendo? —quiso saber.

—Estoy aquí sentado, nada más.

—¿Has tenido una pesadilla?

Titubeé.

—De hecho, sí.

—¿Y de qué se trataba?

—La verdad es que no quiero hablar de eso.

Él asintió.

—¿Tienes miedo de que, si vuelves a la cama, empiece otra vez?

—Un poco.

Pensó por unos segundos, y entonces me propuso una solución.

—Puedes venir a dormir conmigo.

Tomé un sorbo de agua y dejé el vaso.

—De acuerdo —acepté.

Esperó a que pusiera el vaso en el fregadero y apagara la luz. Me cogió de la mano y me llevó a su habitación, como si yo no conociera el camino.

Su cama era pequeña. Me tumbé de lado, con la espalda apoyada en la pared. Scott se subió a la cama y se arrimó a mí.

—No ronques —me dijo—. Roncas mucho.

—Intentaré no hacerlo.

Volvió a dormirse en segundos. Sentía su cuerpo hincharse y deshincharse con cada respiración. Pronosticando sus ritmos, me fui tranquilizando. Al poco rato, yo también estaba dormido, y, al menos durante el resto de aquella noche, las pesadillas desaparecieron.

* * *

Me encontraba, una vez más, sentado en el salón de los Skilling. Adam y Sheila se acomodaron en las sillas frente a mí. Yo estaba en el sofá. En la mesilla, entre nosotros, había café. Sheila debía de

haberlo preparado en cuanto había terminado de hablar conmigo y había colgado el teléfono. Vertió un poco en una taza de porcelana y el vapor se elevó.

—¿Crema? ¿Azúcar? —preguntó, ansiosa por tener mi atención.

El azúcar estaba justo delante de mí, al igual que algunas galletas. A veces, en momentos de estrés extremo, había que mantenerse ocupado con alguna actividad: haz café, hornea galletas, limpia un armario.

—Por el amor de Dios, déjalo servirse el azúcar él mismo —espetó Adam Skilling.

Sheila se sentó enseguida, se tapó la boca con la mano y apretó con fuerza, como si estuviera tratando de contener un grito.

—Señor Weaver —dijo Adam—, nuestro hijo puede ser un poco idiota a veces, como todos los chicos de su edad, pero él no mató a Hanna.

—Dígame lo que ha pasado —le pedí.

Poco después de que dejara a Sean, él había llamado a sus padres desde el puente donde habíamos encontrado el cuerpo de Hanna y ellos habían acudido de inmediato. Ramsey y Quinn —los Skilling habían anotado los nombres que aparecían en las placas de los agentes— seguían intentando interrogarlo, pero, al parecer, Sean había seguido mi consejo de mantener la boca cerrada.

Unas seis horas más tarde, cuando los Skilling se estaban levantando de la cama —tampoco era que alguno hubiera podido dormir—, Sheila se había dado cuenta de que la policía estaba fuera, husmeando en el Ranger de Sean. Los agentes ya habían abierto las puertas y estaban registrándolo por dentro.

—¿Eran los mismos policías que habían interrogado a Sean la noche anterior?

Sheila había conseguido contener el grito que llevaba en la garganta. Se quitó la mano de la boca para responder.

—Eran otros. Dos hombres, en lugar de un hombre y una mujer.

—¿Tomó nota de sus nombres?

—Uno era… —Hizo una pausa—. Uno se llamaba Haines, y…

—El otro era Brindle —intervino Adam.

—¿Cómo abrieron la *pick-up*? —pregunté.

—Sean debe de haberla dejado sin cerrar —respondió Adam—. Cuando usted vino y le ordenamos que volviera a casa, entró tan rápido que quizás ni siquiera pensó en cerrarla.

—¿Así que se habría quedado abierta toda la noche? —quise saber.

Los dos se miraron entre sí, luego me miraron a mí y asintieron.

—Es posible —aceptó Adam.

—De modo que usted los vio ahí fuera. Entonces, ¿qué pasó?

—Corrí a la habitación de Sean para decírselo —explicó Sheila—. Él estaba en la cama, aunque no dormía. Salió corriendo con lo que llevaba puesto, que eran unos calzoncillos, y yo tras él, en bata. Adam ya estaba fuera, vestido y listo para la jornada, antes que nosotros.

—Les pregunté qué demonios estaban haciendo —añadió él—. y les dije que necesitaban una orden para registrar un coche. El mayor, Brindle, me miró y se rio. Entonces Sean salió corriendo. También él empezó a gritarles que no tenían derecho a meterse en su *pick-up*. Brindle se interpuso para que Sean no pudiera impedir que Haines examinara el interior de la guantera y mirara bajo los asientos. —Antes de continuar, Adam soltó una maldición en voz baja—. La verdad es que ese hijo de puta de Brindle empujó a Sean. Le puso las manos encima. Creo que deberíamos acusarlo de agresión. Ya se lo he dicho a mi abogado. Me parece que deberíamos ir tras ese tipo. No puedo entender un trato así. Yo siempre he tenido una buena relación de trabajo con la policía de Griffon. Todos sus coches me los compran a mí. Tenemos personal de servicio allí, todo el tiempo, ayudándolos cada vez que tienen un problema. ¿Cómo se atreve uno de los suyos a tratar así a Sean?

Moví la cabeza de lado a lado.

—Tiene cosas más importantes de las que preocuparse.

—Allí estuvimos mientras desmontaban el coche —dijo Sheila—, con una gran sensación de impotencia. No sabíamos qué hacer.

—Primero llamé a mi abogado habitual —explicó Adam Skilling—. En ese mismo instante. Lo saqué de la cama. Pero él no maneja asuntos criminales, así que me dio el nombre…

—Nuestro hijo no es un *delincuente* —interrumpió Sheila.

—Dios, ya lo sé —dijo él—. Pero no querrás que un abogado que

suele manejar bienes raíces represente a tu hijo en una acusación de asesinato.

Al oír «asesinato», Sheila volvió a taparse la boca con la mano.

—Háble me de lo que encontraron —pedí.

Adam tomó la palabra.

—El más joven, Haines, dijo algo así como: «¿Qué tenemos aquí?». Estaba rebuscando bajo el asiento del copiloto y sacó un bulto. Resultaron ser unos vaqueros y unas…, ya sabe…, unas bragas. —Sheila hizo un gesto de dolor. Adam continuó—: Pensé que iba a vomitar. No podía creer lo que estaba viendo. En el puente, cuando esperábamos a que la policía terminara con Sean, ya habíamos descubierto que la chica, Hanna, no llevaba nada de…, ya sabe, de aquí para abajo. —Se tocó el cinturón.

—¿Qué hizo Sean?

—Estaba aturdido. Se dio cuenta de lo que Haines tenía en las manos, así que empezó a gritarle que no había manera de que él hubiera puesto esa ropa allí, que era imposible. Acusó a la policía de haberla plantado.

Si, de verdad, Sean Skilling era el asesino de Hanna, estábamos obligados a aceptar que era tan estúpido como para guardar, durante todo un día, la ropa de la chica bajo el asiento delantero de su camioneta. Si fuera un asesino y hubiera tenido la intención de guardar un recuerdo de su crimen, ¿no habría encontrado un lugar mejor que la *pick-up* para esconderlo? ¿Y no la habría cerrado con llave, al menos? ¿Y, si hacía tiempo que Sean tenía relaciones sexuales con Hanna, tenía sentido que sintiera la necesidad de guardar un pequeño trofeo del suceso?

—¿Sean es el único que conduce la Ranger? —pregunté.

—Yo la uso de vez en cuando —dijo Sheila—, y Adam también. Pero, sobre todo, es el coche de Sean.

—Creo que, si su hijo hubiera hecho aquello y hubiera escondido la ropa en el coche, se estaría arriesgando a que uno de ustedes dos la encontrara. No creo que Sean sea así de tonto.

Adam asintió.

—No lo es. Los chicos son bastante buenos para cubrir sus huellas cuando no quieren que sus padres se enteren de lo que están

tramando. —Hizo una mueca—. Y Sean es tan bueno como cualquiera.

—¿Qué pasó entonces?

—Brindle puso la ropa en una especie de bolsa de pruebas —continuó Adam. Hizo una larga pausa, como si temiera derrumbarse antes de poder continuar—. Y entonces arrestaron a nuestro chico.

—Le pusieron esposas —dijo Sheila—. No tenían por qué hacerlo. ¿Qué pensaban que iba a hacer? ¿Atacarlos o algo así?

Adam suspiró.

—Como ha dicho Sheila, lo esposaron, lo metieron en el coche y se lo llevaron. Fuimos a verlo más tarde. Está hecho un completo desastre.

—Tiene que sacarlo de la cárcel —rogó la mujer—. Podría ocurrirle cualquier cosa ahí dentro.

—¿Y después de eso se marcharon? —quise saber—. ¿Registraron la *pick-up*, arrestaron a Sean y se largaron?

Ambos asintieron. Sheila resopló.

—¿La policía no registró nada más?

—¿Cómo qué? —preguntó Adam.

—¿No registraron la habitación de Sean? ¿No miraron dentro de su armario? ¿No se incautaron de su ordenador? ¿Registraron el garaje? ¿Algo más?

Adam negó con la cabeza.

—No, solo la Ranger.

Haines y Brindle habían hallado lo que habían ido a buscar y lo habían encontrado con una notable velocidad. ¿Ese registro del vehículo habría sido parte de una investigación general y habían tenido suerte? ¿Alguien los había avisado de que las pruebas estaban allí? ¿Y la acusación de Sean, de que las pruebas habían sido plantadas, tenía base? Y, de ser así, ¿quién podría haberlas plantado? ¿Los propios policías?

Me resultaba difícil entender todos los diversos aspectos de este caso.

—Quiero hacerles unas preguntas que pueden o no estar relacionadas con todo esto —les dije.

Los padres de Sean tenían el semblante de quien espera los

resultados de unas radiografías.

—¿Sabían que Sean y Hanna ganaban dinero repartiendo cerveza y licor a menores de edad?

—¿Qué? —preguntó Sheila—. Eso no es cierto… Es una ridiculez.

—Es verdad. Roman Ravelson, que tiene la edad legal para comprar los productos, hacía que Sean condujera por todas partes para hacer las entregas. Ponía un sobreprecio a las bebidas y Sean y Hanna se quedaban con una parte.

Sheila negó con un violento movimiento de la cabeza.

—No, no le creo. —Adam Skilling no decía ni una palabra—. Y si eso fuera cierto, ¿por qué habría de ser relevante? —preguntó la madre de Sean.

—Todo es importante en este momento —expliqué—. Conducir por todas partes, hacer negocios en efectivo con la gente…, hay un montón de oportunidades para que surjan problemas. La gente puede sentirse estafada, defraudada. Son transacciones en efectivo. Tal vez alguien con quien Sean y Hanna trataron les guardaba algún rencor. No lo sé. Necesito averiguar todo lo que pueda.

—Para poder ayudar a Sean —dijo Adam Skilling—, para probar que es inocente.

Titubeé.

—Quisiera que Sean recibiera toda la ayuda posible, pero, en este momento, no estoy trabajando para él ni para ustedes. Estoy dedicado a encontrar a Claire Sanders. Y, cuando lo haga, eso podría ser útil para Sean, porque es posible que Claire sea capaz de llenar los huecos. Lo que ustedes necesitan es un buen abogado.

—Tenemos uno —respondió Adam—. Hemos contratado a Theodore Belton.

Yo conocía a Teddy Belton.

—Es un buen hombre. Con él, están en buenas manos. —Me puse de pie—. Seguiremos en contacto. Si llegaran a enterarse de algo, acerca de Claire o de cualquier otra cosa, háganmelo saber, por favor. Y si llego a averiguar algo que pudiera ayudar a Sean, los llamaré enseguida. —Luego me dirigí a Adam—. ¿Podemos hablar fuera?

Antes de dirigirme a la puerta, le di a Sheila Skilling un apretón en

la mano. Adam me siguió.

—He notado que usted no tuvo nada que decir cuando mencioné lo que Sean ha estado haciendo —dije ya fuera de la casa, en el camino de entrada.

—Lo admito: tenía un presentimiento —respondió—. Un día encontré un par de cajas de cerveza en la batea de su camioneta, bajo la cubierta, y lo enfrenté. Dijo que solo las estaba guardando, que el tal Ravelson había comprado la cerveza y que, en ese momento, no había tenido forma de llevársela a casa. Sean me contó que había prometido llevársela más tarde.

—Y usted no le creyó.

Adam apretó los labios.

—No. No quisiera decir nada malo de esa pobre chica, que Dios la tenga en su gloria, pero culpo a Hanna. Era una mala influencia. Le gustaba el dinero y no le importaba saltarse las normas para conseguirlo.

—Sean pudo haberle dicho que no.

El hombre me lanzó una mirada fulminante.

—¿Se acuerda de cuando tenía esa edad? ¿Qué habría hecho para tener contenta a una chica tan mona?

La puerta del garaje estaba medio abierta. Alcancé a distinguir que había un vehículo dentro, una camioneta. Me sorprendió que la policía no la hubiera confiscado, cosa que sí habían hecho con mi coche. Parecía haber razones poderosas para haberse llevado la Ranger de Sean, dado que ahí habían encontrado la ropa de Hanna.

—¿No se llevaron la *pick-up* de Sean? —pregunté.

—¿Qué? —dijo Adam, y siguió mi mirada—. Esa no es la de Sean. Esa es mía. —Entrecerré los ojos. Al examinarla más de cerca, pude ver que era de color gris oscuro, no negra, como la de Sean. Y era más grande que la Ranger. Era una F-150—. No es exactamente mía —aclaró Adam—. Solo la he tomado prestada del lote por un par de días. Cojo un coche diferente cada semana.

—Hace dos noches —murmuré con voz pausada y tirando de las palabras—, ¿qué estaba haciendo usted?

—No lo recuerdo —respondió—. Tal vez estaba en casa, con Sheila.

—¿No estaba conduciendo por ahí?

Pareció pensarlo.

—Es posible, en realidad.

—No estaba siguiendo a Sean y Hanna, ¿verdad?

Adam alzó la voz, ofendido.

—Por supuesto que no. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque usted estuvo en el Iggy's. Estuvo allí no mucho después de que Claire entrara y Hanna saliera para subirse a mi coche.

Lo dejé sin palabras. El hombre necesitaba unos segundos.

—¿Cómo…? ¿Quién le ha dicho eso?

—Está en el circuito cerrado del Iggy's. Lo he visto. ¿Qué hacía allí? Me parece un momento raro para salir de casa e ir a por una hamburguesa.

—No pedí… Pedí solo un café —protestó.

—Me importa un bledo lo que haya pedido. Quiero saber por qué estaba allí.

—De acuerdo —aceptó, resignado, Adam Skilling—. Había estado conduciendo por los alrededores. Esperaba ver a Sean, ver su *pick-up*. En tiempos recientes, no he tenido un buen presentimiento sobre lo que estaba tramando, así que salí de casa sobre las nueve y media y empecé a pasar por lugares donde sé que pasa el tiempo. No lo encontré, nunca lo vi en ninguna parte. Luego, cuando me volvía a casa, paré en el Iggy's a comprar un café para llevar. Tan sencillo como eso.

—Tan sencillo como eso —repetí.

—¿Qué cree usted…? ¿Qué está pensando?

—Me parece curioso que usted no haya mencionado nada de esto antes: que estaba conduciendo por Griffon en busca de su hijo mientras sucedían todas estas cosas.

—No había nada que mencionar. El caso es que no quería preocupar a Sheila por cualquier cosa que Sean estuviera haciendo, así que le dije que iba a ir al concesionario a hacer algo de papeleo. Eso fue todo.

—A usted lo enfadaba que Hanna se quedara en su casa —dije—. Ya me lo ha dicho. No le gustaba que desfilara en ropa interior.

Sus mejillas se sonrojaron.

—No era… Nunca dije «desfilar». Lo que estaba pasando no me

parecía correcto, y eso era todo. Señor Weaver, ¿está intentando sacar algo de todo esto? Pensaba que había venido a ayudarnos. Pensaba que estaba de nuestro lado.

—Estoy del lado de Hanna —aclaré—. Y de Claire. Creo que aún no sé de qué otro lado ponerme.

45

Salí de casa de los Skilling y, poco después, ya estaba entrando en el aparcamiento del Iggy's. No se trataba de hacer más preguntas. Tenía que llamar por teléfono y, tal vez, tomar algunas notas, solo que no quería hacerlo sentado en el coche.

Además, tenía hambre.

Cerca de la entrada, pasé por delante de dos motos. A primera vista, me pareció que eran las de los motoristas a quienes Quinn y Ramsey echaron de la ciudad aquella noche, después de que Roman me golpeara la cabeza delante del Patchett's.

En cuanto entré, los vi sentados junto a la ventana, comiendo hamburguesas, patatas fritas y aros de cebolla. Cada uno tenía delante un vaso de refresco que parecía más grande que los depósitos de gasolina de sus motos. Debían de tener unos cuarenta años. Llevaban el pelo corto, y no los largos mechones que cabría esperar de algunos aspirantes a Ángeles del Infierno, y pesaban unos cuarenta kilos más de la cuenta.

Fui al mostrador y pedí un bocadillo de pollo y una Coca-Cola. Luego me senté a una mesa desde donde podía ver tanto las motos como a los motoristas. Saqué mi cuaderno y anoté las matrículas. Le di un mordisco al bocadillo, cogí el móvil y llamé a Barb a la oficina de Hooper.

—Sí, hola —dijo—. Estaba esperando su llamada. ¿Necesita información sobre Dennis?

—Dennis Mullavey, exacto.

—Vale, espere… Tenía esto aquí en mi escritorio, y entonces… Aquí está. ¿Piensa contratarlo o algo así? Tengo su fecha de nacimiento: 17 de septiembre de 1995. No sé si podría darle su número de la Seguridad Social…

—Lo que necesito, sobre todo, es la forma de ponerme en contacto con él.

—Muy bien, tengo un número de móvil. —Lo garabateé mientras ella lo leía—. Y su dirección. Vale, es algo así como Rochester, pero,

en realidad, está al noreste, en un punto del mapa llamado Hilton. —Me dio una dirección postal y un número de casa.

—Esta dirección en Hilton, ¿es la casa de sus padres? —pregunté.

—La de su padre —respondió Barb—. Que yo sepa, al menos. Creo que me contó que su madre había muerto hace años y que ahora vivía con su padre; o, más bien, que vivía con él mientras no estaba trabajando para nosotros. Aunque no sé si esto le servirá de algo.

—¿A qué se refiere?

—Lo que quiero decir es que, si usted *está* tratando de hacerse con él para un trabajo, le deseo buena suerte. Aún le debemos una última paga. Como yo pensaba enviársela a la dirección de su padre, primero lo llamé para asegurarme, pero él me dijo que no sabe dónde está Dennis. Y, cada vez que lo llamamos al móvil, salta el buzón.

—¿No tiene una novia en Griffon? Ella podría saber dónde encontrarlo.

—¿Está hablando de Claire? —preguntó Barb.

—Creo que así se llama.

—Claire Sanders. Es la hija del alcalde. No tengo su número, pero el alcalde sí, por supuesto. Llame al ayuntamiento. El hombre es bastante accesible. Dennis estaba loco por esa chica; al menos, eso parecía antes de que nos abandonara.

—Gracias por todo.

—No hay de qué. Y, mire, si lo ve, dígale que Barb le manda saludos. El chico me sigue cayendo bien, aunque al jefe le gustaría retorcerle el pescuezo por haberse largado así, de improviso.

—Lo haré —dije. Colgué y dejé el teléfono sobre la mesa.

Le di un mordisco al sándwich.

Los motoristas seguían comiendo.

Probé con el número de móvil que Barb acababa de darme. Fue directo al buzón.

Decidí no dejar ningún mensaje.

Seguí observando a los motoristas.

Que la policía de Griffon echara de aquí a la gente, en pleno abuso de su autoridad, no significaba que esas personas fueran del todo

inocentes. Quizás estos motociclistas daban problemas. Tal vez venían a Griffon a vender cosas.

Yo no había tenido ningún miedo a la hora de interrogar a los contemporáneos de Scott. Siempre había dado por hecho que el éxtasis lo había conseguido de uno de sus amigos. En ese momento suponía que era posible que lo hubiera conseguido de un par de tipos como esos. Quizá Scott había estado una noche en el Patchett's. Pudo haberle comprado algo a alguno de ellos, aunque Phyllis Pearce me había sugerido que a los chicos que parecían demasiado jóvenes, como era el caso de Scott, los sacaban a patadas. Eso explicaba por qué mi hijo prefería las fiestas en casas y azoteas para emborracharse y drogarse.

Sin duda, esos dos motoristas tenían un aspecto más formidable que el de los jóvenes a los que yo había metido el miedo en el cuerpo.

Los jóvenes a los que había intimidado y aterrorizado.

Pero esos motociclistas, por lo que yo sabía, podían ir armados.

—¿Señor Weaver?

Era Sal, el encargado con quien había hablado la noche en que vi el vídeo de vigilancia. Estaba junto a mi mesa, mirando de arriba abajo y sonriendo.

—Hola, Sal —saludé—. Creía que trabajaba de noche.

—El chico del día está enfermo. Lo estoy sustituyendo.

—Espero que no sea por nada que haya comido aquí —le dije.

Sal me lanzó una mirada de reproche.

—No bromee.

—Lo siento —me disculpé—. ¿Tiene un minuto?

Asintió. Entonces le hice un gesto con la mano para invitarlo a sentarse frente a mí.

—Espero que haya encontrado lo que estaba buscando la otra noche —comentó—. ¿Era una persona?

—Sí. Sigo en ello. No quiero que mire a su alrededor, pero hay dos moteros sentados por allí.

Sal giró la cabeza de todos modos.

—Ay, lo siento. No puedo evitarlo. No estoy acostumbrado a sus métodos de trabajo.

—¿Esos dos vienen a menudo?

Se encogió de hombros.

—Los he visto. A veces, por la noche. Quizá una vez por semana.

—¿Qué sabe de ellos?

—No mucho. Les gusta pasear en sus motocicletas.

—¿Alguna vez hacen negocios aquí? ¿Quizá no dentro del restaurante, sino fuera, en el aparcamiento?

Sus ojos se entrecerraron.

—¿Qué tipo de negocio? ¿Drogas? —Asentí. Sonrió—. La próxima vez que esté frente a un ordenador, busque en Google «Pilkens, Gilmore» y «lotería estatal». Ah, y añada la palabra «gay». Seguro que encuentra una historia sobre ellos.

—Si sabe lo que voy a encontrar, ahórreme la molestia. Compraré un batido.

—Son una de esas parejas del mismo sexo. Hace un par de años les tocó la lotería estatal, dejaron el curro, se compraron unas motos y se dedican a vagabundear a tiempo completo. La primera vez que vinieron, los reconocí por las noticias.

—¿Así que no están traficando?

Se rio entre dientes.

—Si usted tuviera unos seis millones de dólares en el banco, ¿arriesgaría todo por venderles droga a los chicos de Griffon?

* * *

Abrí la aplicación de mapas de mi teléfono y encontré Hilton. Supuse que podría conducir hasta allí en una hora y media. Por lo general, para ir a los alrededores de Rochester, pondría rumbo al sur y cogería la I-90 hacia el este. Pero Hilton estaba en el lado norte de Rochester y me pareció que sería igual de bueno dirigirme hacia el noreste para coger Lake Road. Esa se convertiría en Roosevelt Highway y, después, en Lake Ontario State Parkway. Eran carreteras más lentas y había más paradas, pero, sin duda, la ruta sería más pintoresca.

Llamé a Donna.

—Voy a Rochester. No sé cuándo volveré a casa.

—Vale.

A menudo, Donna no me preguntaba adónde iba. Sabía que mi trabajo podía llevarme de manera inesperada a casi cualquier parte. No dije nada durante un par de segundos.

—¿Cal? —habló—, ¿estás ahí?

—Deberíamos irnos —dije.

—¿Qué?

—Deberíamos hacer un viaje.

—¿Hacer un viaje adónde?

—No lo sé. ¿Adónde te gustaría ir?

—No tengo ni idea —respondió.

—¿Qué te parece España?

Se rio a medias.

—¿Por qué has dicho España?

—Es lo primero que se me ha ocurrido. Podríamos ir a Australia.

—Que nos vayamos al otro lado del mundo no significa que todo vaya a ir bien —replicó Donna.

—Dijiste algo durante nuestro desayuno de medianoche —le recordé—. Dijiste que nunca volveríamos a ser felices.

—Cal, lo siento. Yo…

—No, espera. Dijiste que nunca volveríamos a ser felices, pero quizá podríamos ser más felices de lo que somos ahora. —Sentí que se me hacía un nudo en la garganta—. Yo quiero ser más feliz. Por el momento, me conformaría con eso.

El silencio se hizo en el otro extremo de la línea. Esperé unos segundos antes de pronunciar su nombre.

—Aquí estoy —dijo. Otra pausa, y luego—: San Francisco.

—¿Qué?

—Me gustaría montar en el tranvía de cable. Quiero ir por fuera, agarrada del pasamanos. Eso es lo que quiero.

—Eso haremos, entonces.

—¿Cuándo?

Lo pensé.

—Creo que… Podría estar equivocado, pero creo que estoy llegando a alguna parte en esto de encontrar a Claire. Cuando termine,

haremos ese viaje, en caso de que puedas hacerte con algo de tiempo libre.

—Puedo conseguir el tiempo libre —aceptó Donna.

—Podrías empezar a buscar hoteles y esas cosas cuando termines —le sugerí.

—Vale.

—Tal vez uno de esos pequeños hoteles boutique.

—Vale. —Cada vez que decía esa palabra, sonaba más triste—. No podré dejar de pensar en él.

—Lo sé. Yo tampoco.

—Quiero *pensar* en él. Lo que no quiero es pensar en él… *cayendo*.

Nunca podía dejar de pensar en la caída de Scott.

46

De camino al norte de Griffon, me pareció volver a ver aquel coche en el espejo retrovisor: ese Hyundai plateado de los cristales tintados. Sin embargo, ya fuera del centro y donde la distancia entre los edificios se hacía cada vez más grande, el coche dio un brusco giro a la derecha y desapareció.

Tardé dos horas en encontrar la casa de Dennis Mullavey en Hilton. A la entrada del pueblo, todavía había algunos carteles que anunciaban la fiesta anual de la manzana, de hacía un par de semanas.

Bajo la fresca brisa que llegaba del lago Ontario, subí los escalones de la casa de ladrillo rojo de una sola planta. En la entrada vi un oxidado Ford Explorer verde del siglo pasado. Llamé al timbre y esperé. Segundos después, abrió la puerta un hombre negro, alto y muy delgado. Vestía unos caquis blancos, pulcramente arrugados, y un jersey rojo de Gap. Tenía el pelo corto y canoso y llevaba unas gafas de lectura asentadas en la nariz. Calculé que andaría por los setenta años, pocos más, pocos menos. Estaba jubilado, sin duda, dado que acababa de encontrarlo en casa a media tarde.

—¿Sí? —dijo.

—¿Es usted el señor Mullavey?

—Así es —respondió—. Doug Mullavey.

—Me llamo Cal Weaver. —Saqué el carné y lo sostuve delante de él. Le di tiempo suficiente para que lo viera bien.

—¿Es usted un detective privado? —preguntó.

—Sí, señor.

—¿Y qué trae a mi puerta a un tipo como usted?

—Esperaba poder hablar con su hijo Dennis.

—Dennis no está aquí.

—¿Y a qué hora espera usted que llegue?

El hombre se encogió de hombros.

—No vive aquí.

—¿Tendrá su dirección?

—No.

Sonreí.

—Si quisiera ponerse en contacto con él, ¿cómo lo haría?

—Supongo que lo llamaría al móvil.

—No lo coge. Eso es lo que nos está ocurriendo a mí y a su antiguo empleador.

—Podría estar en un lugar donde no hay una buena señal —sugirió Doug Mullavey.

Me apoyé en la barandilla que corría por el lateral de los escalones.

—¿Podemos hablar con toda franqueza, señor Mullavey?

—No me gustaría que fuera de otra manera —aceptó.

—Estoy tratando de encontrar a Claire Sanders, una chica de Griffon. Su padre es el alcalde de allí. Dennis salía con ella y, por lo que sé, puede que aún lo haga. Claire ha desaparecido, así que espero que su hijo tenga información que me lleve hasta ella. Incluso es posible que estén juntos.

—Ojalá pudiera ayudarlo.

—La cosa es, señor Mullavey, que Claire hizo todo lo posible para escabullirse sin que nadie la siguiera. Recibió ayuda de una chica llamada Hanna Rodomski, solo que esa chica ahora está muerta.

Eso llamó la atención del hombre.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Fue asesinada más o menos al mismo tiempo que Claire desaparecía. Y yo creo que Claire se ha ido con Dennis. Subió a una vieja camioneta Volvo. La descripción del conductor coincide con la de su hijo. ¿Él tiene un coche así?

—No estoy seguro de qué tipo de…

—Señor Mullavey, por favor. Usted y yo sabemos que ningún hijo se compra un coche sin la aportación y la orientación de su padre. Así que usted está admitiendo que es el coche de su hijo. No tengo ninguna razón para creer que Claire o Dennis tuvieran algo que ver con la muerte de esa chica, pero estoy dispuesto a apostar a que uno de ellos, o ambos, saben algo que podría estar relacionado con ello. Y si el asesinato de Hanna Rodomksi está vinculado con la desaparición de Claire, es muy posible que esa chica esté en peligro.

Y, si Claire está en peligro y su hijo está con ella, entonces, su hijo también…

—De verdad, no creo…

Alcé la voz.

—… *también* está en peligro. Por lo tanto, si tiene alguna idea de dónde está su hijo, haría bien en decírmelo.

Doug Mullavey, con la boca apretada, se pasó la lengua por los dientes. Sus labios se entreabrieron y habló.

—Qué horrible lo de esa chica. Es sencillamente horrible.

—Ayúdeme —pedí en voz baja.

—No lo conozco, señor Weaver. No sé quién es usted, no sé nada de usted. No sé qué intereses representa, en realidad; y, si le preguntara para quién trabaja, no sé si me daría una respuesta veraz. Así que me temo que no tengo nada que decirle.

Incliné la cabeza con cansancio y miré al hombre a los ojos.

—No quiero hacerle daño a su hijo. Estoy tratando de mantenerlo al margen de los problemas, al igual que a Claire. ¿De qué tiene miedo? ¿Por qué se esconde su hijo?

—Me temo que esas son preguntas que no puedo responder. Tal vez, con el tiempo, usted se vuelva una persona de confianza para mí.

—Podría venir más gente a hacerle las mismas preguntas —le dije.

—¿Y usted cree que es el primero? —replicó, y en su rostro asomó algo cercano a una sonrisa.

—¿Quién más ha estado aquí?

—¿Supone que si no le he dicho nada a la policía hablaré con usted?

—¿La policía ha estado aquí? —pregunté—. ¿Qué policía? ¿Del Estado? ¿De Griffon?

Sacudió la mano como si nada de eso fuera importante.

—Alguien ha venido a buscar a Dennis. Dijo que mi chico había hecho algunas cosas que sé que no son ciertas: que robaba en las casas cuando cortaba el césped si los propietarios no estaban en casa. Eso es mentira. Lo mandé a paseo.

—Debe de haber sido un policía de Griffon —supuse—. ¿Le dijo su nombre? ¿Y cuándo fue eso?

Mullavey se pasó una mano por la coronilla.

—¿Sabe?, yo trabajaba para Kodak. Me jubilé hace diez años. Mi mujer, la madre de Denny, falleció dos semanas después de que yo dejara de trabajar. —Miró en dirección al lago Ontario, aunque no podíamos verlo desde ahí—. Me alegro de no haber estado en Kodak al final, cuando la compañía dejó de existir porque la gente ya no necesitaba películas. Yo solía decir una frase… Quizá no podría aplicarse hoy en día, ya que todo es digital y eso, pero, cuando alguien me preguntaba qué iba a suceder después, yo le decía: «Supongo que todo se revelará en el futuro». Esperemos, señor Weaver. Esperemos a ver qué nos revela el futuro, pero, mientras tanto, no tengo nada que decirle.

—Yo no soy el enemigo —alegué.

—¿Y el enemigo me diría «yo soy ese»? —replicó Doug Mullavey.

—No —reconocí—, no lo haría.

Le di una de mis tarjetas de visita y, para mi sorpresa, la aceptó. Luego, cuando ya iba de camino al coche, me gritó.

—¡¿Señor Weaver?!

Me giré.

—¿Sí?

—Dennis es un buen chico.

—Espero que sea más que eso —dije—. Espero que sea inteligente. Porque parece que no solo se está responsabilizando de su propia seguridad, sino que ahora también es responsable de la de Claire Sanders. Espero no tener que volver aquí para informarlo de que a ella le ha pasado algo, o a su hijo, y que usted pudo haberme dicho algo que lo habría evitado.

Seguí mi camino sin mirar atrás.

* * *

De vuelta a Griffon, Donna llamó para decir que llegaría tarde a casa; hacia las nueve, tal vez. Si lo de irnos de viaje iba en serio, ella tenía mucho trabajo que adelantar en la oficina. Había hecho planes de quedarse hasta tarde ese día, el viernes y el lunes, de modo que,

quien tuviera que hacer el trabajo en su ausencia, no la liara parda. Le propuse que, cuando llegara a casa, pidiéramos una *pizza*.

No hubo discusión.

Le dije que tal vez no estaría en casa mucho antes que ella, y resultó ser cierto. Cuando llegué a la entrada, a las siete menos cuarto, su coche no estaba allí. Ya era de noche y las farolas estaban encendidas. Sentía que había hecho todo lo posible por ese día. Me estaba quedando sin nada. Esa noche haría unas llamadas desde casa e intentaría averiguar algo sobre Dennis Mullavey en Internet. Lo rastrearía, tal vez, en una página de Facebook para averiguar quiénes eran algunos de sus amigos. Con suerte, los habría aquí mismo, en Griffon. Y esa misma noche, si me quedara un resto de energía, iría a buscarlos.

Eran muchos «quizás». Todo dependía de que, una vez cruzada la puerta principal, pudiera mantenerme despierto. En mi futuro, vislumbraba un desplome de cara en el sofá.

Se me ocurrió entonces que de verdad le debía una llamada a Bert Sanders. Si yo fuera él, estaría pegado al teléfono a la espera de oír algo, cualquier cosa. Así que eso haría en primer lugar.

No. En segundo. Lo primero sería coger una cerveza de la nevera.

Aparqué el coche, saqué la llave y me quedé sentado durante casi diez segundos.

Descompresión.

Por fin, abrí la puerta y salí.

—¿Sr. Weaver? —dijo alguien detrás de mí.

Me di la vuelta y vi el bate de béisbol un milisegundo antes de que me diera en la nuca, justo debajo del cráneo.

Entonces las cosas se pusieron mal de verdad.

47

No me desmayé del todo. No tengo ninguna duda de que, al principio, estaba bastante confundido. Pero podía oír cosas, como cuando duermes la siesta en el sofá y, a la distancia, sigues pendiente de lo que ocurre alrededor.

Oí a alguien decir: «¡Cabrón!».

Una segunda voz dijo: «Ya lo tengo».

Voces masculinas.

Al llegar al camino de entrada, di con las palmas en el asfalto. Intenté levantarme, pero una fuerte patada en el costado inutilizó mis esfuerzos y me dejó sin aliento. Me dejé caer y rodé de lado. Podía oír gemidos lastimeros.

Los míos.

Abrí los ojos y los vi mirándome como un par de rascacielos. Desde mi punto de vista era difícil juzgar cuán altos eran. Podían haber medido poco más de metro y medio y, aun así, parecer gigantes. Fornidos, brazos gruesos. Sus rostros eran un misterio. Llevaban pasamontañas, así que solo podía verles los ojos y la boca. Uno llevaba una máscara roja con copos de nieve, mientras que el otro se había tapado la cara con una máscara azul.

—¿Qué te parece, eh? ¿Te ha gustado? —dijo Máscara Roja.

—Será mejor que compruebes si lleva un arma —lo previno Máscara Azul.

—Mierda, sí, vale. —Se arrodilló y me cacheó—. Nada.

Menos mal que ese día había decidido no llevar la Glock. Tenía posibilidades de sobrevivir a una paliza, pero era mucho más difícil recuperarse de un balazo en la cabeza. Intenté golpear a Rojo en la cara, solo que él me desvió la mano. Luego quise quitarle la máscara. Traté de deslizar los dedos por debajo del borde inferior. Bajo su barbilla, la barba incipiente me rozó como papel de lija.

—¡Vete a la mierda! —gritó. Me apartó el brazo y me dio un revés en la mejilla.

—Siéntate encima de él —dijo Azul—. Sujétalo.

Se puso a horcajadas sobre mí. Me agarró las muñecas y, con todo su peso, las inmovilizó contra el pavimento. Entonces oí el inconfundible sonido de cinta americana arrancada de un rollo. Lo siguiente que sentí fue la cinta enrollándose alrededor de mis tobillos, inmovilizándome las piernas.

—¡Sujétalo!

—Lo tengo. Rápido, antes de que venga alguien.

Azul se acercó a mi cabeza. Me ató con cinta las muñecas mientras su compañero las afianzaba en cruz. Lo hizo bastante bien: enrolló la cinta media docena de veces. Sin embargo, no se le ocurrió que, en cuanto yo bajara los brazos, tendría las muñecas al frente. Eso era mucho mejor que tenerlas atadas a la espalda. Arrancó un par de tiras más y me las puso en la boca.

—Vale, hijo de puta, levántate.

Tuvieron que ayudarme a ponerme en pie. Luego me tumbaron sobre el capó de mi coche, de modo que lo único que podía ver era metal. Azul me retuvo así mientras Rojo salía corriendo. Segundos después, oí arrancar un motor y, a continuación, el ruido quejumbroso de un coche que retrocedía a toda velocidad. Conseguí girar la cabeza lo suficiente para notar que se ponía justo detrás de mí, aunque no pude identificar la marca. Se abrió un maletero.

Rojo saltó del coche y, con la ayuda de Azul, me levantó del capó y me dio la vuelta. De improviso, alcé los brazos y, con las muñecas aún cruzadas, traté de golpear a Azul en la cabeza. Le di, pero no tan fuerte como para hacerle daño. El tipo volvió a coger el rollo de cinta y dio varias vueltas por mi cintura hasta inmovilizarme los brazos.

Mierda.

Me llevaron a rastras hasta la parte trasera de su coche, al maletero abierto y listo para recibirme.

—Sí, a ver si esto te gusta —dijo Azul.

Me levantaron en vilo. Quedé tumbado de costado, mirando hacia arriba.

—La diversión no ha hecho más que empezar —dijo Rojo.

Y entonces todo se oscureció.

* * *

A través de la tapa del maletero, alcanzaba a oír un parloteo sordo. Enseguida, las dos puertas se abrieron y se cerraron. Nos alejamos disparados del camino de entrada como un velocista partiendo de los bloques de salida. Me vi zarandeado, me golpeé la cabeza.

El coche aceleró, dio varias vueltas y, en cinco minutos, íbamos a una velocidad que, calculo, sería de unos cien kilómetros por hora o más. Estábamos en una autopista. ¿Sería la Robert Moses? Eso era lo más probable, pero ¿hacia dónde? En ese momento, yo no podía hacer otra cosa que adivinar.

Los imbéciles me habían registrado en busca de un arma, pero no habían cogido el teléfono. Eso me decía que no estaba lidiando con verdaderos profesionales, si bien tenía que admitir que habían sido lo bastante listos como para adelantárseme.

En el bolsillo interior de la chaqueta, el móvil no me servía de mucho. No podía alcanzarlo, e incluso, si de algún modo escapara para aterrizar en el suelo del maletero, me iba a ser muy difícil manipularlo.

La mayoría de los coches fabricados en esos últimos años tenían los maleteros equipados con un pestillo de escape que podía activarse desde el interior. No sé si los fabricantes pensaban, sobre todo, en víctimas de secuestro o solo querían que los niños encerrados por accidente pudieran salir antes de asfixiarse.

Yo no sabía cuán reciente era ese coche ni si tendría ese pestillo. Y, aunque lo tuviera, no sabía cómo encontrarlo. Si tan solo hubiera podido desatarme, habría empezado a buscarlo dando palmaditas. Tampoco era cuestión de salir rodando mientras el coche estaba en movimiento, pero alguien detrás de nosotros habría podido ver la tapa del maletero levantarse, descubrir que yo estaba dentro y llamar a la policía. Si no, habría tenido la posibilidad de ponerme en posición, esperar a que el coche se detuviera y a que abrieran el maletero, y entonces darle a uno de esos hijos de puta con todo el talón en la cara.

Debajo, los neumáticos zumbaban en el pavimento. El ruido era mucho más audible ahí que detrás del volante. Oí un golpeteo

rítmico cuando pasamos por encima de unas juntas de expansión. Pero, entonces, el sonido cambió, se hizo más hueco: estábamos pasando por un puente.

Luego volvimos al asfalto sólido.

No sabía adónde íbamos, pero tenía un presentimiento. Y también una idea de quiénes eran mis secuestradores: mis gallinas, que volvían a su dormidero.

El coche frenó, giró, aceleró y volvió a girar. Acababamos de dejar la autopista después de unos veinte minutos de viaje.

Mi móvil se activó. Lo sentí vibrar contra el pecho, solo que no podía hacer nada al respecto. Me preguntaba si el timbre se oiría dentro del coche, si los incitaría a parar, a abrir el maletero y a quitármelo. Pero podía detectar una charla muy apagada en los dos asientos delanteros, y, como no se detuvieron, supuse que no habían oído nada.

Yo seguía luchando con la cinta. Sentía que estaba logrando algunos avances, pero no lo bastante rápido. De haber podido liberarme las muñecas primero, me habría deshecho del resto de la cinta en segundos; de haber podido romper la que me envolvía, habría podido llevarme las manos a la boca, habría despegado ese tramo de cinta y habría cortado a mordiscos la que me sujetaba las muñecas.

El coche frenó. En ese momento rodábamos sobre grava. El caucho crujía contra las piedras.

Yo seguía moviéndome y flexionando los brazos. Tenía el cuerpo empapado de sudor. Algunas gotas se me habían metido en los ojos y me escocían muchísimo.

Nos detuvimos y el motor se apagó. Las dos puertas se abrieron y se cerraron de golpe.

—Este sitio es bueno —dijo uno.

—Me gusta.

—Vuelve a ponerte el pasamontañas.

—Ah, sí.

Aunque el motor estaba apagado, yo alcanzaba a oír algo. Un rumor sordo. No era el tráfico de una autopista cercana. Era algo más. Algo no muy lejano.

Hice un último esfuerzo para romper la cinta que me envolvía el cuerpo.

No conseguí nada.

El maletero se destrabó. Una mano se deslizó bajo el borde y abrió del todo la tapa. Rojo y Azul estaban allí, mirándome.

—Casi se ha soltado —dijo Azul.

—Traeré el rollo.

Desapareció diez segundos. Cuando volvió, los dos me sacaron las piernas por encima del parachoques. Quedé sentado, con el culo aún en el suelo del maletero. Rojo me puso más cinta alrededor del cuerpo y otro poco en las muñecas.

Al terminar, me sacaron del maletero y me pusieron en pie. Estábamos en una zona boscosa; un parque, tal vez. Parpadeé un par de veces, ya que había pasado casi media hora en la oscuridad total del maletero.

Identifiqué el lugar donde estábamos. Yo había estado ahí un par de noches antes. Ahora todo tenía sentido. Sabía lo que era ese rugido de fondo.

Agua.

Millones y millones de litros moviéndose muy muy rápido.

Un río. El río Niágara. Estábamos a poca distancia de las cataratas, río arriba.

—Vas a tener que saltar —dijo Máscara Azul—. Eso o tendremos que llevarte a rastras hasta la barandilla.

—Llevémoslo a rastras —sugirió Máscara Roja—. Hacerlo saltar nos va a llevar una puta eternidad.

Y eso fue, tal cual, lo que decidieron hacer: me agarraron por los brazos, uno de cada lado, y me llevaron a rastras hacia el río.

48

—He estado pensando —dice la mujer, que acababa de desbloquear la puerta para entrar en la habitación del hombre.

—¿Qué? —pregunta él, grogui. Está acostado, con las mantas recogidas y una revista abierta sobre el pecho. Se había quedado dormido leyendo. Duerme cada vez más.

—Que tal vez sería bueno que tomaras un poco de aire fresco.

Él la mira con recelo.

—¿Hablas en serio?

—Por supuesto. Llevas mucho tiempo encerrado aquí.

—Ya ni siquiera… sé cuánto tiempo ha sido.

—Se pasa volando —dice la mujer—. Parece que fue ayer.

—Me encantaría sentarme en el porche. ¿Puedo sentarme en el porche?

—Vaya, estaba pensando en algo mucho mejor que eso. Estaba pensando que podríamos ir a dar una vuelta. No solo tú y yo, sino los tres.

Él se sienta y balancea las piernas sobre el lateral de la cama.

—¿Adónde iríamos?

—¿Adónde te gustaría ir?

—Yo… No tengo ni idea. El simple hecho de salir de casa sería maravilloso. Solo para dar una vuelta y… ¿Sabes lo que me encantaría hacer?

—¿Qué?

—Me encantaría ir a tomar un helado. —Frunce el ceño—. Aunque supongo que no podemos ir a ningún sitio donde me vean.

—No sé si deberíamos preocuparnos por eso. Si pudieras tomarte un helado, ¿qué tipo querrías?

El hombre se lo piensa.

—De chocolate, supongo. Lo compraría de chocolate.

—Puedes pedir más de un sabor, lo sabes. Podrías pedir un tazón grande. Quizás hasta dos o tres sabores.

Es como un niño a quien le han prometido un viaje al pueblo de

Papá Noel.

—¿Qué otros sabores hay?

Ella se ríe.

—¿Por dónde empezar? Hay muchos. Jamoca Almond Fudge. Fresa. Heavenly Hash. Tienen helados con caramelos desmenuzados.

—¿De verdad?

—Y también galletas.

Él sacude la cabeza, como si fuera demasiado.

—Chocolate. Eso es todo lo que quiero. Si pudiera probar tres cucharadas, quisiera que todas fueran de chocolate.

—Está hecho, entonces —dice ella.

—¿Cuándo? —pregunta él.

—Pronto. Muy pronto. Solo tengo que resolver un par de cosas.

El hombre sonríe. Le cuesta. Hace tiempo que no mueve los músculos que el cuerpo usa para producir una sonrisa.

—Me has alegrado el día. Es una gran noticia. —Junta las manos—. Casi puedo saborear el helado.

—Sigue pensando en eso —dice la mujer; se retira de la habitación y vuelve a cerrar la puerta.

49

Me resistí hasta el límite de mis posibilidades.

Me revolví, me retorcí, pataleé e incluso me convertí en un dolor de muelas. El problema era que, aun liberándome, mis tobillos seguirían atados. No habría podido correr. No podía esperar nada mejor que retrasar lo inevitable.

En un momento dado, Rojo me soltó y caí de costado. Azul no podía sostenerme solo, así que fui a dar al sendero de tierra.

—Capullo —dijo Azul. No supe si se dirigía a mí o a su compañero.

Miré hacia atrás, adonde estaba aparcado el coche. Era un Civic rojo. Yo había esperado ver un Hyundai plateado, pues suponía que quienes me habían estado siguiendo eran esos dos.

Volvieron a cogerme por los brazos para llevarme a rastras. Alcanzaba a ver dónde acababa de estar, pero no adónde me conducían. Clavé los talones en la tierra, con fuerza, en un intento de generar más resistencia.

El rugido del agua se hacía más fuerte.

Entonces se detuvieron, me irguieron, me hicieron girar y me dieron un empellón.

Madre mía.

El susto fue de muerte. Quedé tumbado contra la barandilla, con los barrotes presionándome las rodillas y el pecho. Debajo, delante de mí, corrían las caudalosas aguas del río Niágara.

El sonido era casi ensordecedor.

Ambos se pusieron detrás de mí y me inmovilizaron contra la barandilla. Rojo acercó su boca a mi oreja.

—Da bastante miedo, ¿verdad? —preguntó.

Asentí.

Luego fue el turno de Azul. Podía sentir su aliento a un lado de mi cara.

—¿Sabes lo que alguien me dijo una vez? —Esperé—. Un imbécil me dijo una vez que, a menos que vayas en un barril, estás bastante jodido; y, aun en un barril, tus posibilidades no son nada buenas.

Podrías intentar agarrarte a una roca antes de llegar al borde, pero el golpe sería tan fuerte que quizás te mataría, de todos modos. Se dirigió a Rojo—. ¿Qué te parece?

—Supongo que este es un momento tan bueno como cualquier otro.

Se arrodillaron al mismo tiempo, me cogieron por las rodillas y me levantaron.

Yo estaba haciendo un ruido infernal de protesta detrás de la cinta. Hice fuerza con las manos que, atadas juntas delante de mí, quedaban un poco altas, lo suficiente para trabarlas en la barandilla superior.

—¡Suéltate! —me gritó uno de ellos.

Me abracé a la barandilla con todas mis fuerzas. Me dejaron caer un poco e intentaron izarme de nuevo, pero volví a hacer lo mismo.

El agua sonaba como un 747 volando bajo.

—¡Joder! —exclamó Rojo.

Volvieron a bajarme los pies hasta el suelo.

—Dale la vuelta —sugirió Azul—. Vamos a lanzarlo de espaldas.

Sin embargo, esa vez, mientras se agachaban, conseguí lanzarme hacia delante. Caí al suelo y rodé.

—¡Maldita sea!

Vinieron a mí desde ambos lados, me acorralaron y volvieron a ponerme de pie.

—Vale —dijo Azul—. Esta vez lo cogemos bien de los brazos y lo levantamos.

—Gilipollas.

Segundos después, ya estábamos de nuevo en la barandilla, y yo tenía la espalda pegada a ella. Pero, como nos llegaba hasta el pecho, tenían que levantar tanto las manos que no podían hacer palanca.

—Vale, esto no está funcionando —dijo Azul—. A la de tres, lo cogemos por las rodillas y, ahora sí, lo arrojamos por encima.

Sacaron las manos de debajo de mis brazos y, en un instante, ya me tenían sujeto por las rodillas.

—Una… Dos…

Empecé a retorcerme de nuevo.

—¡Tres!

No despegué los pies del suelo. De espaldas a la barandilla, ya no había nada a lo que pudiera agarrarme. La cabeza y los hombros empezaron a pasarme por encima del borde.

Pensé en Scott.

Supongo que ya lo había mencionado, pero valía la pena repetirlo; aunque no soy un tipo especialmente religioso, en ese momento pensé: «Quizá vuelva a ver a mi hijo».

Tal vez no en el cielo, sino en algún tipo de lugar etéreo, en alguna dimensión de otro mundo. Supuse que, fuera donde fuera, yo no tardaría mucho en llegar. Si no caía por las cataratas ya muerto, moriría poco después.

Pensé en Donna. Me preguntaba si ella alguna vez se enteraría de lo que me había pasado. Me preguntaba cómo sería eso: el no saber.

La echaría de menos, hasta que viniera a reunirse con Scott y conmigo.

Me preguntaba cómo sería pasar por el borde. ¿Uno sentía que caía o era, más bien, la impresión de que uno flotaba? ¿Y si uno pasaba por allí como víctima de un asesinato, su nombre aparecía en los libros de historia o ese honor correspondía solo a los temerarios que saltaban por cuenta propia?

Estos y otros pensamientos pasaban por mi cabeza a tal velocidad que no sabía en qué estaba pensando justo cuando sonó el disparo.

Un solo disparo. Y, luego, un grito.

—¡Bájenlo!

Supuse que era Augie. De algún modo, se habría enterado. Tal vez iba a casa justo cuando estos dos payasos me estaban agarrando. Y los habría seguido hasta aquí.

—¡Mierda! —exclamó Rojo.

—Pero ¿qué…? —dijo Azul.

No solo me bajaron. Me arrojaron al suelo con fuerza. Di la vuelta y giré el cuello para echar un vistazo.

Al principio, no pude reconocerlo. Estaba oscuro y el hombre se recortaba contra la luz de la luna. Lo que sí podía ver era el arma en su mano.

—Vaya imbéciles —masculló.

—¡No íbamos a hacerlo! —gritó Azul—. ¡Solo lo estábamos asustando!

—Es verdad —dijo Rojo—. ¡Queríamos pegarle un susto de muerte, nada más!

—Eso no es lo que me ha parecido.

Se acercó unos pasos. Ahora estaba tan cerca que pude distinguir quién era.

Y no era Augie.

Con un arma en la mano, estuve a punto de no reconocerlo. La última vez que lo vi, blandía un cuchillo de carnicero.

50

—Quítenselas —dijo Tony Fisk, que apuntaba con una pistola a mis dos secuestradores.

—¿Qué?

—Las máscaras. Quítense los putos pasamontañas.

Obedecieron con lentitud y una evidente reticencia. No me sorprendió ver a Russell Tapscott y Len Eggleton.

Tenía que reconocerles algo: la ejecución de su plan, que había estado a punto de terminar con mi propia ejecución, había sido apropiada punto por punto.

A Tapscott lo había amenazado con lanzarlo sobre esta misma barandilla. A Eggleton lo había metido en mi maletero, aunque solo por un par de minutos. Sus nombres habían surgido mientras yo preguntaba por ahí sobre chicos que pudieron haberle vendido drogas a Scott. Los dos iban un par de años por delante de él en el instituto y ambos procedían de familias acomodadas. Y, aunque Brindle afirmaba que el chico de los Tapscott nunca se había metido en líos, yo seguía creyendo que estos dos habían hecho alguna que otra venta. Por otro lado, también me sentía satisfecho en el sentido de que ninguno de ellos le había vendido nada a Scott.

Tony, el exempleado de Brott's Brats, apuntó a Tapscott y luego sacudió el arma en mi dirección.

—Desátalo.

—Claro.

El chico se arrodilló a mi lado y empezó a rasgar la cinta con la que me habían envuelto. Entonces pude levantar la mano y dar un suave tirón a las tiras que tenía pegadas a la boca. Tapscott se puso a trabajar en mis tobillos. Cuando terminó, le tendí las muñecas para que me las liberara.

En cuanto terminó de desatarme, retrocedió de prisa. Sin duda, se preguntaba si en ese mismo instante me vengaría de él. Pero lo que más me preocupaba era conseguir que la sangre volviera a fluir por

mis dedos. Sacudí las manos, recogí los trozos de cinta adhesiva que tenía pegados a la ropa y me puse en pie con lentitud.

Miré a Tony.

—Gracias —dije.

—No sé si hay algo que agradecer —replicó—. He estado a punto de dejarlos terminar.

—Escuche, señor Weaver —dijo Eggleton—, lo sentimos muchísimo. Le juro por Dios que lo teníamos todo planeado: íbamos a colgarlo por el borde y a recuperarlo enseguida.

—¡Es verdad! —añadió Tapscott—. Solo queríamos darle una cucharada de su propia medicina.

Me acerqué poco a poco a Tony y me puse a su lado.

—¿Qué quieres hacer con ellos? —me preguntó este.

—Déjalos ir —le pedí.

—¿Qué? ¿Es coña? —Tony parecía dispuesto a matarlos con que yo se lo pidiera.

—Déjalos ir —repetí.

—Aguarda. ¿Yo pierdo mi trabajo por unos filetes y estos tipos casi te matan y se van de rositas?

Asentí con cansancio.

—Sí.

—No lo entiendo —dijo Tony.

—Lo sé.

Me acerqué a Tapscott y Eggleton. Los dos retrocedieron un paso.

—Esto termina aquí —ordené.

Asintieron tan rápido que parecían muñecos cabezones.

—Lo sentimos mucho —dijo Tapscott.

—Sí —dijo Eggleton—, como le hemos dicho, nunca…

—Largaos —dije.

Corrieron hacia el coche. Tapscott se puso al volante, arrancó el Civic y, en el despegue, roció gravilla con los neumáticos delanteros.

Me volví hacia Tony, que ya tenía la pistola apuntando al suelo.

—Me vendría bien que me llevaras —comenté—. Y te estaría muy agradecido si me dejaras invitarte a una copa.

* * *

Me subí en el lado del pasajero de su Hyundai plateado.

—Me has estado siguiendo… ¿Cuánto?, ¿un día y medio?

—Más o menos —respondió—. ¿Necesitas ir a un hospital o algo?

Sentía dolor. Me habían dado golpes en el vientre y en la cabeza, además de que la estancia en el maletero me había provocado calambres. Pero no tenía tiempo para pasar una noche esperando a que me miraran en urgencias. A la primera oportunidad, me tomaría un puñado de Advil.

—Estoy bien —contesté.

Salimos del bosque. De vuelta en la carretera principal, vi un lugar donde podíamos tomar algo. Era un pequeño bar, con carteles de neón de Schlitz y Genesee brillando borrosos en la ventana.

Nos sentamos a una mesa y no nos dijimos nada hasta que tuvimos las bebidas delante.

—Sé que no te has puesto a seguirme a la espera de una oportunidad para salvarme la vida —dije.

—No —aceptó Tony.

—¿Cuál era el plan?

Dio un largo trago a su cerveza.

—No estoy seguro. Estaba enfadado.

—Claro —le dije—. Has perdido tu trabajo. Si esperas que me disculpe por eso, no lo voy a hacer. Me contrataron para averiguar quién robaba a Fritz y lo hice. —Hice una pausa.— Corriste el riesgo y te salió mal.

Clavó la mirada en la mesa,

—Sí —contestó—, pero me echaste la culpa. —Tony levantó la vista y me miró—. Fritz es un capullo. Un asqueroso y miserable gilipollas.

—Puede ser.

—Si hice eso fue para cobrársela; por aquella vez que me atracó, cuando mi hija estaba enferma. Que me despidiera por eso no fue justo. Y tú lo hiciste posible. —No abrí la boca—. Estaba muy cabreado. Mi mujer apenas hace nada. Si dejo de aportar dinero, estamos totalmente jodidos. Quería que alguien pagara por lo que me había pasado y no podía pensar en otra cosa.

—Así que decidiste empezar conmigo, no con Fritz.

Tony Fisk se encogió de hombros.

—Pensé que tal vez estarías vigilando el lugar de Fritz; cubriéndole las espaldas, quizás. Así que tenía más sentido que tú fueras la prioridad.

—Has traído un arma.

—Eso ha sido solo… No lo sé. Tú me apuntaste con una en el despacho de ese tipo. Así que yo necesitaba estar preparado para cualquier cosa que pudiera ocurrir.

—Descubriste quién era yo, dónde vivía.

Otro trago, otro asentimiento.

—Sí. Te he seguido por aquí y por allá. Pero esta tarde te había perdido la pista. ¿Adónde has ido?

—He conducido casi hasta Rochester.

—Yo estaba, pues, en la calle, a la espera de que llegaras a casa, y me di cuenta de que había otro coche con esos dos chicos dentro. En cuanto has aparcado, se han bajado. Así que me he preguntado «¿Qué coño? ¿Qué piensan hacer?». Después he visto cómo te metían en el maletero. He decidido ir a ver qué estaba pasando.

Tomé un sorbo.

—Te preocupaba que ellos hicieran lo que tú querías hacer.

Hizo una mueca.

—El caso es que, mientras te seguía, he tenido mucho tiempo para pensar. Al principio, sí, quería vengarme de ti. No matarte, tal vez, pero algo, ¿sabes? Y todo el tiempo, mientras te he estado siguiendo, me iba preguntando qué hacer. Y cuanto más te seguía, más me preguntaba qué coño estaba haciendo—. Seguí escuchándolo—. ¿Qué sentido tenía? Supongamos que te hubiera dado una paliza. Yo seguiría sin trabajo. Si la policía hubiera llegado a descubrir quién te había atacado, yo habría ido a dar la cárcel. Y las cosas se pondrían mil veces peor para mi mujer y mi hija. Esta noche, cuando iba saliendo de tu calle, iba pensando que tal vez era hora de hacer algo más útil con mi tiempo.

Sonreí.

—Sí, bueno, debo agradecer que no hubieras llegado a esa conclusión ayer.

—Cuando te han metido en el maletero, he pensado en lo que *quería* hacer y en lo que *debía* hacer. En parte me decía que no, que

a la mierda, que esto no era asunto mío. Pero luego he pensado que quizá estaba allí por alguna razón, ¿me entiendes?

—Continúa.

—¿Tú crees en ese tipo de cosas? ¿En que las cosas pasan por algún motivo?

Era una buena pregunta. En otra circunstancia cualquiera, si me preguntaban eso, siempre decía que no. No creía en la suerte. No creía en el destino. Las cosas sucedían en este mundo sin ton ni son. Pero estaba experimentando un sutil cambio de opinión. Si Fritz Brott no me hubiera contratado para averiguar quién lo estaba estafando, Tony Fisk no habría aparcado su coche en mi calle esa noche.

Así que, si Fritz Brott no me hubiera contratado, podría estar muerto.

—Estoy reconsiderando mi opinión al respecto —respondí.

—He pensado: «Si estoy aquí es, tal vez, porque se supone que debo salvar el lamentable culo de este tío».

Incliné la copa y la choqué con la suya.

—Puede que tengas razón.

—Porque, ¿sabes?, creo que nunca te habrían encontrado.

—¿Qué quieres decir? ¿Esos dos tipos?

—No, no —dijo Tony—. Después de que hubieran hecho lo que estaban haciendo, es decir, después de arrojarte por las cataratas, es posible que nunca te hubieran encontrado. He leído mucho sobre eso, sobre gente que ha caído. Algunos, a propósito, otros, por accidente. Uno supone que el cuerpo aparecerá en algún sitio, ¿no es así? Pero hay quienes han caído y nunca han sido recuperados. Ni tu mujer ni nadie habría sabido lo que te ocurrió.

Pensé en Harry Pearce sacando su bote una noche, hace siete años. ¿Lo habrán encontrado? ¿Y yo habría acabado donde él?

Con el pulgar, Tony limpió la humedad exterior de su vaso. Me daba cuenta de que aún tenía algo en mente.

—¿Qué pasa? —quise saber.

—Me preguntaba, ya sabes, si podrías hablar con él.

—¿Perdona?

—¿Hablarías con Fritz? ¿Podrías decirle que lo siento y que le

devolveré la carne que me robé? ¿O que trabajaría una semana gratis o algo así? —Tragó saliva. Me daba cuenta de que eso no estaba siendo fácil para él—. Necesito el trabajo. Necesito el trabajo.

—Sí —dije—, lo haré.

Enarcó las cejas.

—¿En serio?

—Sí. No creo que cambie de opinión. Pero lo haré.

—Gracias, tío —dijo Tony—. Y déjame preguntarte algo.

—Claro.

—¿Por qué has dejado ir a esos chicos?

Hice una pausa.

—Si los denunciara, yo tendría que testificar. Y eso significaría confesar cosas que he hecho.

Entrecerró los ojos.

—Así que tú tampoco eres una blanca palomita.

—No —reconocí.

Con lentitud, Tony subió la cabeza y la bajó. Sonrió.

—¿Sabes?, otra razón, y no digo que sea la única, por la que no he intentado nada contigo es que alguien te ha estado cubriendo las espaldas. Aunque creo que yo tendría que discutir algún tema con ese tío. Debería haberte cuidado esta noche.

—¿De qué hablas?

—El tipo de la camioneta negra. Hoy te estaba vigilando. Pero es bueno: ha sido capaz de quedarse muy atrás, donde nunca nunca lo habrías visto. ¿Qué has hecho? ¿Le has dicho dónde ibas a estar?

—¿Has podido ver bien al conductor? —quise saber.

Tony negó con la cabeza.

—Espera, ¿entonces no te está cuidando?

—Describe el coche.

—Es solo una camioneta negra. Un color oscuro, como sea. Cristales tintados. Podría ser azul.

—¿Número de matrícula?

—No, no he tomado nota. —Sonrió—. Entonces, ¿hay alguien que *no* te haya estado siguiendo?

51

De vuelta a Griffon, saqué el teléfono. Había sonado una vez mientras estuve atado en el maletero. Tenía un mensaje.

—Hola, Cal. —Augie—. Llámame cuando tengas un minuto.

Podía esperar.

Al llegar a casa, intenté darle algo de dinero a Tony. Fue un signo de debilidad, lo sé. Algo así como: «Oye, me has salvado la vida, aquí tienes cuarenta pavos». Saqué la cartera, dispuesto a darle los dos billetes de veinte que llevaba, pero se negó.

—Piensa en esto como dinero para gasolina —le dije.

—No, solo haz eso por mí.

—De acuerdo —acepté—, pero tendrá que ser en persona. No es algo que pueda hacer por teléfono. Así que podrían pasar un par de días. Tengo otras cosas que terminar.

Tony asintió. Cuando se marchó, eché un vistazo calle abajo y vi el coche de Donna doblar la esquina. Esperé, la vi entrar en el garaje, me acerqué a la puerta del coche y la abrí.

—Hola —dijo—. ¿Has pedido la *pizza*?

—Todavía no —contesté.

—¿Qué has estado haciendo? Me muero de hambre.

—Esto y aquello —le dije.

—¿Qué demonios le has hecho a tu ropa? ¿Has estado jugando al fútbol o algo así?

No respondí nada. Solo la estreché entre mis brazos y la abracé con fuerza.

—¿Qué ha pasado?—preguntó, y su voz, de repente, rebosaba preocupación—. Dime que todo va bien.

—¿Recuerdas lo que dijiste la otra noche? Estaba de acuerdo contigo, pero ahora no estoy tan seguro.

—¿A qué te refieres, Cal? ¿De qué hablas?

—Ahora mismo, en este preciso instante, soy feliz.

Enterró la cara en mi pecho y lloró.

* * *

Donna tenía preguntas. Vio el moratón de mi cara, el puñado de analgésicos que me había tragado, los gestos de dolor que hacía al moverme.

—Tuve un encontronazo con alguien —confesé—. Nada importante. —Sonreí—. Deberías ver al otro tipo.

—No quieres que lo sepa —dijo ella.

Sonreí. No podía contarle la verdad de lo que había pasado. Ella no podía saber cuán cerca había estado de perderme. En ese momento no. Quizá nunca.

Pidió la pizza.

—Esta noche voy a empezar a investigar lo del viaje. Si encuentro algo, ¿lo reservo? —dijo mientras esperábamos.

—Dame una semana para terminar las cosas. Después de eso, en cualquier momento.

—Vale.

La *pizza* tardó cuarenta minutos en llegar. Abrimos una botella de *pinot grigio*. Después de cenar, ella estuvo trabajando un rato en sus bocetos de Scott al carboncillo. Llevó tres fuera, a la terraza, y, a un brazo de distancia de ellos, los roció de fijador. Después extendió los dibujos sobre la mesa de la cocina.

—Son buenos —aprobé.

Guardó silencio un momento.

—Todavía no lo capto. Tengo que lograrlo. Quiero hacerlo bien. Antes de irnos. —No dije nada—. —Es suficiente por ahora —dijo—. ¿Dónde está el portátil? Tengo deberes.

Aunque Augie me había llamado, a quien primero telefoneé en cuanto estuve en mi despacho fue a Bert Sanders.

—Dios, ¿qué está pasando? —preguntó—. He estado esperando noticias tuyas.

—Si hubiera encontrado a Claire, ya te habría llamado, créeme. ¿Has averiguado algo?

El alcalde dijo que no.

—No mucho, y no sé a quién más llamar. Nadie sabe adónde pudo haber ido, pero el nombre de Dennis ha aparecido varias veces.

—Sí. Hoy he ido a ver a su padre. No quiere decirnos nada. Estoy… —La llamada en espera emitió un pitido—. Tengo que colgar —le dije —. En cuanto me entere de algo, te llamaré.

—Pero…

—Te llamaré.

Pulsé el botón, aunque pensando que quizá había esperado demasiado y que había perdido la otra llamada—. ¿Hola?

—Jesús, ¿no devuelves los mensajes?

Augustus Perry.

—Tú eras el siguiente en mi lista.

—Sí, claro, te creo —dijo Augie—. He hablado con Quinn. Está aquí abajo.

—¿Y?

Lo ha negado.

—¿Qué parte?

—Quinn dice que nunca les pidió a los oficiales Brindle y Haines que se llevaran tu coche.

—Alguien está mintiendo —repliqué.

—Gracias, Cal —comentó Augie—. Qué bueno eres en esto.

—¿Has hablado con Brindle y Haines?

—No los he podido traer. Haines está enfermo.

—Así que solo has hablado con Quinn. ¿Y le crees?

Augie vaciló.

—No lo sé. Nunca me ha caído bien. En este tipo hay algo y no sé qué es. Pero alguien quería que trajeran tu coche. Quiero saber quién tomó esa decisión.

—No lo tocaron —expliqué—. Todo estaba en su sitio.

—¿Dónde has estado?

—Buscando a Claire.

Augie gruñó.

—Cuando hables con Bert, dile que dije que venga a rascarme los cojones.

—Me hubieras llamado antes. Acabamos de colgar. Ahora tendrás que llamarlo tú mismo.

Augie colgó sin despedirse.

Me quedé pensando.

¿Por qué llevarse mi coche si no tenían intenciones de registrarlo?

Me vino a la cabeza algo que Tony me había dicho en el bar: «El tipo de la camioneta negra. Hoy te estaba vigilando. Pero es bueno: ha sido capaz de quedarse muy atrás, donde nunca nunca lo habrías visto. ¿Qué has hecho? ¿Le has dicho dónde ibas a estar?».

Me levanté y bajé a la cocina. Donna me miró por encima del portátil.

—¿Qué te parecería una caminata por el puente Golden Gate? ¿Te apuntas?

No me lo pensé mucho.

—Claro.

Cogí las llaves del coche, salí y pulsé el botón para desbloquearlo. Abrí el maletero y las cuatro puertas, como si me dispusiera a aspirarlo. Las luces interiores se encendieron. Luego retrocedí un paso y me quedé mirando el coche.

Estaba buscando cualquier cosa que pareciera diferente.

Las gafas de sol seguían en el compartimento, delante de la palanca de cambios. El cable con que cargaba mi teléfono estaba ahí, igual que el mechero. La peluca de Hanna permanecía en el suelo del asiento trasero.

Miré en el maletero. Todas mis cosas parecían estar en orden.

Me arrodillé junto al neumático delantero derecho y palpé el guardabarros por dentro. Si alguien hubiera querido colocar un dispositivo GPS, ese era un buen lugar. El aparato podría estar equipado con un imán, de modo que alguien habría metido la mano por debajo para fijarlo en cuestión de segundos. Pasé la mano por los huecos de las cuatro ruedas, tanteando.

Nada.

Habría sido muy fácil colocar un dispositivo de seguimiento bajo el guardabarros. No habría hecho falta llevar el coche al garaje. Así que debería de estar escondido en un lugar mucho mejor. Tal vez.

Fui a la puerta del conductor, me arrodillé y metí los dedos bajo el asiento. Pasé la mano por la moqueta y luego la metí entre los muelles de la tapicería.

Donna, que también había salido, me estaba observando.

—Siempre es el último lugar donde miras —comentó.

—Sí.
—¿Y se puede saber qué has perdido?
—Nada —respondí.
Estaba de nuevo ante el maletero abierto. ¿Pondría alguien un dispositivo de rastreo dentro de una rueda de repuesto? La rueda estaba remetida bajo el suelo del maletero. Despejé el camino lo bastante como para levantar la trampilla y echar un vistazo. Sin visión de rayos equis, era difícil de confirmar, pero me parecía poco probable. ¿Y si yo hubiera pinchado y tuviera que poner la rueda de repuesto? El rastreador se habría puesto a girar hasta quedar inservible. Y habría desequilibrado la rueda.
Pensé en aquella escena de *Contra el imperio de la droga,* en la que desmantelaban un Lincoln Mark III en busca de heroína. Al final, encontraban la droga en los paneles bajo las puertas, a lo largo del bastidor. (Lo único que nunca entendí de esa película fue cómo habían vuelto a montar el coche tan rápido y con tal perfección antes de devolvérselo al desprevenido francés. ¿O habían reemplazado el coche con un duplicado exacto? Y si era así, ¿cómo habían conseguido uno tan rápido? ¿Y, de verdad, la policía de Nueva York tenía dinero para comprar coches Lincoln de repuesto?).
Fui a la puerta delantera, del lado del pasajero, y miré el panel inferior. Si alguien hubiera arrancado la moldura de plástico y perforado el metal con un martillo neumático, sin duda habría dejado algún rastro. Pasé la mano por encima y no sentí nada fuera de lo normal.
Quizá me estaba dominando la paranoia. Volví a alejarme del coche y me quedé mirándolo. Donna hizo lo mismo.
Miré la peluca.
Había algo en esa peluca.
Cuando estuve con Sean y la encontré, la arrojé al asiento trasero. En ese momento estaba en el suelo. En todo el coche, ninguna otra cosa parecía haber sido tocada. Por supuesto, la peluca pudo haberse caído del asiento. Pero me hacía pensar que había otro sitio donde merecía la pena buscar.
Me metí en el coche y arrojé la peluca al otro lado de la barra cardán. Apoyé las rodillas en el suelo para meter los dedos en el

hueco que quedaba entre los cojines del asiento y el respaldo, como cuando uno busca la calderilla perdida en un sofá. Pasé los dedos por el asiento, a todo lo ancho, y no encontré nada.

Así que metí las dos manos en el hueco, agarré bien el cojín y tiré. Todo el asiento se echó hacia delante. Al descubierto quedaron el chasis del Honda y varios cables que serpenteaban hacia las luces traseras.

Y algo más: un transmisor GPS sujeto al chasis con una tira de cinta adhesiva. Lo arranqué y salí del coche. Iba sujetándolo entre las manos, con delicadeza. Una pequeña luz roja parpadeaba silenciosa en un extremo.

—¿Qué es eso? —preguntó Donna, de pie junto a la puerta abierta del lado del copiloto.

—Un GPS —respondí—. Para que alguien sepa dónde estoy en todo momento. Para no tener que seguirme de cerca.

Parpadeó.

—¿Quién ha puesto eso ahí?

—Esa es una buena pregunta —comenté. Yo seguía sosteniendo el aparato y estudiándolo como si fuera un artefacto antiguo.

Donna dirigió la vista hacia el panel bajo la puerta, el que yo acababa de investigar. Al menos, me pareció que estaba mirando. Metió la mano entre el marco de la puerta y el asiento del copiloto, cogió algo y me lo mostró.

—¿Habías perdido el teléfono? —preguntó.

Puse el dispositivo GPS en el techo del Honda y palpé la chaqueta en busca del móvil. Aunque sentí que lo tenía, metí la mano para estar seguro y lo saqué.

—Aquí tengo el mío —respondí.

—Bueno, este no es mío —dijo Donna.

—¡Qué cabronada! —exclamé.

52

Donna me pasó el móvil. Era del mismo tipo que el mío. Intenté encenderlo, pero la batería estaba agotada. Si pertenecía a la persona que yo suponía, llevaba un par de días en mi coche. Incluso antes de que se hubiera quedado sin carga, yo no habría podido oírlo, porque el interruptor lateral estaba puesto en «silencio».

—¿De quién es? —preguntó Donna.

—Supongo que de Claire —respondí—. Lo tenía sobre las rodillas antes de salir del coche. Por rápido que se hubiera dado cuenta de que lo había perdido, en cuanto Hanna estuvo fuera, le habría sido imposible volver de prisa a buscarlo. Con Hanna dentro no.

No tenía que cargar por completo la batería para ver qué pistas podía contener. Solo necesitaba llevarlo a la cocina y enchufarlo a mi cargador.

Donna señaló el techo del Honda, donde estaba el GPS.

—¿Qué vas a hacer con eso? —preguntó.

—Por ahora —contesté—, lo dejaré encendido y lo guardaré en el coche.

—¿No vas a apagarlo? ¿A aplastarlo? ¿A hacerle algo?

—Todavía no. No quiero que quien lo haya puesto allí sepa que lo he encontrado —dije. Metí el dispositivo bajo el asiento del copiloto, cerré el coche y bloqueé las puertas—. Vamos a ver lo que hay en este pequeño.

Volvimos a la casa. Mi cargador estaba en la encimera de la cocina, junto al teléfono. Lo enchufé en la base. La pantalla se iluminó y apareció el icono de una batería agotada del todo.

—Puede que le lleve un minuto —comenté—, dado que estaba vacía.

Tardó la mitad. Si el teléfono estaba protegido con algún tipo de contraseña, el bloqueo no se había activado.

Y, como lo tenía conectado a una toma de corriente, tenía que examinar el móvil inclinado, con los codos sobre la encimera de la cocina. Apareció una pantalla llena de aplicaciones e iconos. De

inmediato pude ver que Claire había perdido innumerables llamadas telefónicas y que tenía varios mensajes en el buzón. Habría apostado a que la mayoría de esas llamadas y mensajes eran de sus padres, preguntándole dónde estaba.

Me habría sido difícil recuperar los mensajes de voz, ya que no conocía la contraseña de cuatro dígitos de Claire. Pero, para consultar sus mensajes de texto, no necesitaba ninguna.

Fui enseguida al bocadillo verde de dibujos animados, a los mensajes que guardaba, y toqué la pantalla táctil. Noté que estaba un poco manchada del maquillaje que Claire llevaba en la mejilla.

Surgió una conversación específica. En la cinta de la parte superior de la pantalla leí la palabra «Roman». A la izquierda, los mensajes en gris pálido eran los suyos, mientras que los de color azul pálido, a la derecha, eran los de Claire. Donna estaba acurrucada a mi lado, tan curiosa como yo por lo que pudiéramos encontrar.

Los textos más recientes decían así:

Roman: *¿k se siente, entcs?*
Roman: *vamos, dime*
Roman: *t perdono volvamos*
Roman: *mrzco algo mjr*
Claire: *déjame en paz*

Fui más atrás para leer conversaciones anteriores.

Roman: *no es tan listo*
Roman: *¿k le ves?*

Luego, una foto con texto.

—Si eso es lo que creo que es, espero, por su bien, que esté a escala —comentó Donna.

Miré otra pantalla llena de los mensajes que Roman le había enviado a Claire. Ella solo le había dado dos repuestas y en ambas le pedía que la dejara en paz. Puse el dedo en la pantalla para ver con quién más podía haber chateado.

Toqué en el nombre «Dennis».

Su último mensaje decía: «Ok. tqm».

El texto anterior era de Claire: «En busca d k me lleven, espero llgar prnto».

Donna estaba a mi lado, apoyada en la encimera, con los hombros casi tocando los míos.

—Retrocede un poco, cógelo desde el principio —pidió.

Eso hice. Me di cuenta de que el palique parecía remontarse al principio de los tiempos. Me decidí por un punto de partida cualquiera y empecé a leer.

Dennis: *Yo tmb t echo de mns*
Claire: *enojada contigo de veras. te kité de amigo en FB*
Dennis: *lo sé. qdo t vea t explico*
Claire: *mejor*
Dennis: *lo haré. no kise irme así me siento mierda*
Claire: *eres 1 mierda*
Dennis: *ya t dije q t lo voy a explcr. solo tengo q verte*
Claire: las cosas apestn akí
Dennis: ¿xq?
Claire: *la pasma me vigila td el tpo enfadados con mi pp kieren asustarnos pq pp sigue en pleito con el jefe*
Dennis: *no*
Claire: *?*
Dennis: *tal vz no x tu pp*
Claire: *¿K cñ?*
Dennis: *m buscan a mí*
Claire: *¿la cana?*
Dennis: *Sip*
Claire: *¿xq?*
Dennis: *ahora no pdo dcr pq. me escapé de repente. no pdo explcr*
Claire: *¿k hiciste?*
Dennis: *nda*
Claire: *Entonces, ¿xq?*
Dennis: *no pdo decir ahora. tengo que verte tengo k averiguar cómo*
Claire: *vale. ven a verme entncs.*
Dennis: *no es tan simple*

Claire: *no entiendo*
Dennis: *k la pasma t vigile no tiene nada k ver con tu padre*
Claire: *¿Eh?*
Dennis: *te vigilan xq creen que los llevarás a mí*
Claire: *no es psble*
Dennis: *sí, así k podemos vernos, pero tienes k burlar pasma*
Claire: *¿k hiciste?*
Dennis: *nda*
Claire: *así k la pasma me sigue para encontrarte y no hiciste nada*
Dennis: *t he dicho t explco lgo*
Claire: *lgo hablams*

En el flujo de mensajes había un hueco. La conversación se reanudaba al día siguiente.

Claire: *dnd estás*
Dennis: *no en casa.*
Claire: *eso supuse dnd estás ahora*
Dennis: *t akuerdas de la cabaña de jeremy en canoga springs*
Claire: *¿en el lago?*
Dennis: *sí es sguro akí*
Claire: *sguro de k*
Dennis: *x f, t lo diré qndo t vea, ¿ya sabes cómo brlar a la cana?*
Claire: *hanna me está ayudando*
Dennis: *k plan*
Claire: *tdv tienes coche*
Dennis: *sí*
Claire: *Te llamaré qdo sea el día.*
Dennis: *ok*
Claire: *a las 10 aparca atrás del iggy's dnd nadie pueda verte*
Dennis: *T echo de mnos. tqm*
Claire: *yo tmbn*

Otro desfase de unas horas. Entonces:

Claire: *¿estás ahí?*
Dennis: *akí*

Claire: *ok. t v pronto. sty en patchett's buscando viaje. sean lleva a hanna a su puesto*
Dennis: *ok*
Claire: *¿hambre?*
Dennis: *lol. algo*
Claire: *no hy tmpo de cmer en el igg*
Dennis: *cdo lleguemos a la carretera*
Claire: *ok. solo kro komert a ti*
Dennis: *oh sí*
Claire: *mierda*
Dennis: *?*
Claire: *han parado a Sean.*
Dennis: *k pasa*
Claire: *camioneta desconocida m vigila*
Dennis: *no pdo ir a x ti no es seguro*
Claire: *mierda*
Dennis: *autostp*
Claire: *eso busco, llgo prnto espero*
Dennis: *ok. tqm*

—El portátil —le pedí a Donna.

Lo trajo de la mesa de la cocina y lo puso delante de mí. Entré a Google Maps y escribí «Canoga Springs».

—Está en medio de los Finger Lakes —expliqué—. Sí, aquí estamos. Al oeste del lago Cayuga. A un par de horas de aquí, tal vez. No muy lejos de donde vive el padre de Dennis. Qué buen lugar para esconderse.

—¿Crees que todavía estén allí? —preguntó Donna.

—Apostaría a que sí.

Me metí en Facebook, volví a la página de Claire Sanders y escribí «Jeremy» para ver si tenía un amigo con ese nombre. Encontré a un tal Jeremy Finder, que vivía en Rochester. Entonces fui a la guía telefónica en línea, a ver si en la zona de Cayuga Lake estaba listado alguien con ese nombre. Encontré un M. Finder en North Parker Road. Volví a la página del mapa y localicé la calle.

—Tachán —canturreé mientras señalaba la pantalla. Saqué el móvil

y llamé.

—¿No acabamos de hablar? —me preguntó Augie al otro lado de la línea.

—¿Por qué buscas a Dennis Mullavey?

—¿A quién?

—A Dennis Mullavey.

—No tengo ni idea de quién hablas —dijo en tono brusco.

—Enviaste a uno de los tuyos casi hasta Rochester para localizarlo.

—Me tienes en blanco, Cal.

Estuve a punto de decirle lo que había encontrado en mi coche, bajo el asiento trasero, pegado con cinta adhesiva al bastidor, pero preferí morderme la lengua. En estos últimos días, Augie parecía estar jugando limpio conmigo. Y me había sacado de un apuro en la sala de interrogatorios. También me había puesto al día sobre Quinn.

Pero la policía de Griffon estaba buscando a Dennis Mullavey. Y los mensajes de texto entre Claire y Dennis parecían confirmar que a ella la estaban siguiendo con la esperanza de que los llevara hasta él.

Augie sabía que yo estaba buscando a Claire. ¿Por qué no poner un GPS en mi coche y dejarme hacer el trabajo de su departamento? Quizá esa era la razón de que hubiera mentido, de que hubiera salvado mi pellejo después de que Haines y Brindle me detuvieran por haber amenazado a Russell Tapscott. Augie me necesitaba en el campo.

—¿Sigues ahí?

Él respondió cortante.

—Sí.

—¿No hay nada más? De verdad, ¿por qué mentiste para sacarme de ese lío, Augie?

—¿Qué?

—¿Porque soy parte de la familia o porque necesitabas que hiciera el trabajo por ti?

—Por Dios, eres un puto dolor de muelas.

Colgó.

Antes, cuando Augie y yo habíamos hablado, me había explicado que Quinn negaba haberles dicho a Brindle y Haines que el jefe

quería que mi coche fuera remolcado. Entonces salí con mi brillante deducción de que alguien tenía que estar mintiendo. Yo estaba pensando en Quinn, Brindle o Haines.

Pero me había dejado a alguien.

—No le has contado a mi hermano lo del GPS —dijo Donna.

—No —le dije—, se me ha olvidado.

53

Aunque sí que llegué a planteármelo, decidí no marcharme a Canoga Springs en ese preciso momento. Llegaría después de la medianoche y no quería darles un susto de muerte a Dennis Mullavey y Claire Sanders. Solo quería encontrarlos. Además, no tenía la dirección exacta de la casa de campo en North Parker Road. Necesitaba la luz diurna para buscar la vieja ranchera Volvo de Dennis.

Puse el despertador a las cinco. A pesar de eso, cada treinta minutos me despertaba para mirar el radio-reloj y consultar la hora. A las cuatro y media decidí levantarme. No era mi intención molestar a Donna, pero ya estaba despierta.

—Está bien —dijo—, puedes encender la luz.

—No, no, vuelve a dormir. Puedes quedarte en la cama otro par de horas más antes de tener que levantarte para ir a trabajar.

—Hoy es sábado, Sherlock.

Aun así, dejé las luces del dormitorio apagadas. La del cuarto de baño la encendí solo después de haber cerrado la puerta. Me duché y me afeité. Apagué la luz antes de salir del baño. Suponía que, aun en la oscuridad, podía ir a la cómoda a buscar lo que necesitaba. En eso me di cuenta de que Donna ya no estaba allí. Desde la cocina me llegó el olor a café.

Me vestí y bajé las escaleras. Donna tenía puesto un albornoz azul. Estaba sentada a la mesa de la cocina, con el dedo índice engarzado en una taza. En la otra mano tenía un lápiz y, delante, un boceto.

—Hace frío —dije—. ¿No funciona el radiador?

—El termostato tiene algo. Si lo meneas, enciende. Voy a tener que llamar a alguien. He puesto dos rebanadas en la tostadora. Lo único que tienes que hacer es bajar la palanca.

—Solo iba a ir a coger…

—Cómete una tostada. —Se levantó, sirvió café en una taza y me la dio. Luego sacó mermelada de fresa de la nevera y un tarro de mantequilla de cacahuete del armario—. Tenemos un amplio abanico de opciones.

Me acerqué para ver lo que mi esposa había estado dibujando. Se me adelantó y metió el dibujo en una carpeta.

—¿Qué? —pregunté.

—No quiero que veas este —dijo—. Hasta que esté terminado no. —Le brillaban los ojos—. Creo que este podría ser el bueno.

Me tomé ese comentario de dos maneras: o bien ese podría ser el mejor dibujo de Scott que ella había hecho nunca, o bien, si ese era el caso, ese sería el boceto que le permitiría seguir adelante, dar el siguiente paso, fuera cual fuera.

Retrocedí.

—De acuerdo —acepté.

Después de que saltaran las tostadas, unté una con mermelada y la otra con mantequilla de cacahuete. Acompañé mi desayuno con el café.

—Hay algo que siempre me ha preocupado —comentó Donna, y dejó la frase ahí, a medias.

—¿Qué? —pregunté.

—Lo queríamos —respondió—, lo queríamos sin reservas.

—Por supuesto que sí.

—Lo que no sé es si… No sé si era adorable —murmuró—. Para los demás. No tenía muchos amigos.

—Donna.

—Siempre fue… Ya sabes cómo, un poco chivato.

—Lo sé —contesté con una sonrisa forzada—. Quizá solo intentaba meter a la gente en cintura.

Parecía decepcionada.

—¿A qué te refieres? —Sacudió la cabeza—. Se destruyó a sí mismo.

La miré desde otro lado de la mesa sin saber qué decir ni qué hacer. Dos pasos adelante, uno atrás. A veces, tan solo te quedas sin gasolina.

—Tengo que irme —anuncié.

* * *

Aunque mi coche ya estaba en la entrada, abrí el garaje. Saqué el

GPS, que seguía activo debajo del asiento delantero y lo puse en el estante donde guardaba el equipo de jardinería. Quienquiera que estuviera vigilando esta cosa, desde donde quiera que fuera, si era capaz de detectar un movimiento tan pequeño, pensaría que yo acababa de aparcar el Honda.

Y, si bien dejé atrás el GPS, no salí sin mi Glock. Para ese viaje, la llevaba en la guantera.

Al otro lado de Búfalo, el sol ya estaba empezando a salir. Me cegaba en el camino hacia el este. Para no tener que entrecerrar los ojos, bajé la visera y me puse las gafas de sol. De parada de boxes me sirvió una de esas áreas de servicio que hay en las autopistas interestatales. Volví al coche con otro café y una magdalena de arándanos.

Ya pasada la última de las salidas hacia Rochester, iba atento a la señal de la intersección 41, la de Waterloo-Clyde. Me detuve, pagué el peaje y seguí hacia el sur por la 414. Esa carretera me llevó más allá del parque nacional de Seneca Meadows Wetlands. Continué hacia el este, por la 414, hasta Seneca Falls, y luego, a través del aeropuerto regional de Finger Lakes, hacia el sur de la ciudad. Al llegar a la calle Canoga, cogí hacia el este, a través de tierras de cultivo, hasta la 89. Al fin, encontré la ruta a lo largo de una estrecha carretera y llegué a la orilla del lago Cayuga y North Parker Road.

Cayuga era uno de los lagos llamados Finger, orientados de norte a sur; un lugar popular donde gente de todo el estado de Nueva York compraba propiedades de verano. Algunas de las cabañas parecían tener decenios de antigüedad, mientras que otras ya no eran cabañas en absoluto, sino casas propiamente dichas, construidas, sin duda, en sustitución de viviendas rústicas que no valía la pena reparar.

Recorrí el camino a paso lento. En muchos de los accesos no había ningún coche. La temporada de verano había quedado atrás. Algunas de las cabañas estaban tapiadas y nadie volvería a abrirlas hasta la primavera.

Llegué al final de la carretera sin haber visto la Volvo. Di la vuelta y regresé a un paso igual de lento, por si me hubiera perdido algo.

Aunque el camino estaba tapizado de follaje, aún quedaban muchas hojas aferradas a los árboles. Sin haber visto el coche, me encontré de nuevo donde había girado en North Parker.

Quizás Claire y Dennis habían estado ahí, pero se habían trasladado a otro lugar. Sentado en el coche, con el motor a ralentí, me preguntaba si ese viaje no había sido una pérdida de tiempo. Decidí dar una vuelta más: ir hasta el final y regresar.

En el trayecto de ida, al pasar por una de las cabañas, en una zona donde parecía haber poca vida y donde no había ningún coche aparcado fuera, vi el humo.

Era un fino hilo gris que salía de una chimenea.

Detuve el coche, retrocedí treinta metros y di la vuelta. El camino de entrada era un par de surcos con hierba en medio. Mientras conducía entre los árboles, alcanzaba a oír las puntas de las hojas de hierba rozar los bajos del coche. La casita era una simple caja rectangular de una planta, pintada de marrón oscuro. Más allá, junto el borde del agua, había un edificio separado. Parecía un lugar destinado para guardar un bote, pero las grandes puertas de ese lado sugerían que, con la misma facilidad, podía alojar un coche.

Aparqué, apagué el motor, abrí la guantera y saqué la Glock. Una vez fuera del coche, metí la pistola en la funda del cinturón y la cubrí con la chaqueta.

La cabaña estaba en silencio. Supuse que mi coche no había hecho mucho ruido al entrar. Además, era posible que quienquiera que estuviera dentro siguiera durmiendo. Decidí ir primero al cobertizo.

En lo alto de la puerta había dos ventanas. Me asomé al interior.

El Volvo estaba allí. Con el coche encerrado de esa manera y la puerta del cobertizo atrancada, no iban a poder huir a toda velocidad. A pocos pasos del garaje había un muelle de madera y, atado a él, un bote de aluminio, un catorce pies, supuse. Atornillado al espejo de popa tenía un pequeño motor fueraborda Evinrude.

Fui a la casa, subí a una terraza que daba al lago y golpeé con los nudillos una de las puertas correderas de cristal. No había cortinas, así que me puse la mano de visera y miré dentro. Parecía haber una habitación grande que servía al mismo tiempo de cocina y de sala de estar, con un enorme televisor de pantalla antigua, no plana, que

daba la impresión de pesar un cuarto de tonelada. A la habitación daban tres puertas: dos dormitorios, tal vez, y un cuarto de baño. Lo que parecía una puerta de dormitorio estaba abierta. En el fregadero había platos sucios y, en la mesa del comedor, una caja de *pizza*.

Vi una pequeña pila de leña en un extremo de la habitación principal, muy cerca de una estufa. De ella salía un tubo negro que serpenteaba por el techo.

Volví a golpear, esa vez un poco más fuerte. En eso, oí un crujido de hojas detrás de mí. Me giré a tiempo para ver a un joven negro, vestido solo con calzoncillos azules y zapatillas, que de un salto subía los tres escalones de la terraza y cargaba contra mí.

La noche anterior me habían pillado desprevenido, pero esa vez estaba preparado. Se abalanzó sobre mí blandiendo el puño derecho, pero, antes de que pudiera conectarme, yo ya había levantado el brazo izquierdo para parar el golpe. Al mismo tiempo, me lancé hacia delante y, con el puño derecho, alcancé a darle justo bajo las costillas. Frené un poco antes de darle. No quería hacerle mucho daño.

Él se dobló y retrocedió un par de pasos, aunque no se había rendido. Levantó la cabeza y se preparó para un nuevo ataque, solo que en ese instante se encontró con el cañón de la Glock.

—Hala —dije, con el brazo en posición. El hombre se quedó helado.

Oí entonces que, detrás de mí, la puerta de cristal se deslizaba. Di unos pasos a un lado para no perder de vista al hombre y seguir viendo a quienquiera que estuviera en la puerta.

Era Claire, vestida con unas bragas y una camiseta.

—Está bien, Dennis —dijo ella—, es el señor Weaver.

Dennis Mullavey miró de Claire a mí y de nuevo a Claire. Bajé lentamente la Glock.

—¿Tienes café? —pregunté.

54

La mujer despierta de un sueño profundo. Mira el reloj y ve que son las cinco y cuarenta y cinco de la mañana. Coge el teléfono que tiene junto a la cama.

—¿Hola?

—Creyó ser más listo que yo —dice el hijo.

—¿De qué hablas?

—Encontró uno, pero no el otro.

Ella aparta las sábanas y se sienta.

—¿Qué?

—Encontró el que puse debajo del asiento trasero, pero no el que puse dentro del reposacabezas.

—¿Dónde estás?

—De viaje. Creo que ha descubierto algo. El tipo se fue hace media hora. Tengo un buen presentimiento.

La mujer no se permite más que un cauto optimismo. Los éxitos de su hijo suelen ir seguidos de catastróficos errores de juicio. La otra noche, sin ir más lejos, él le dijo que esa sería la noche en que Claire se encontraría con el chico, pero, antes del amanecer, ya le habían dado esquinazo. Y, bajo el puente, cuando intentó que la otra chica le dijera adónde había ido Claire, perdió la compostura. Además, aquel programa que había descargado en el teléfono de Claire se suponía que le permitiría ver sus mensajes de texto, e incluso rastrear su posición, pero no hizo más que dejarlo escuchar las llamadas telefónicas.

Con todo, la madre estaba dispuesta a admitir que haber puesto un segundo rastreador GPS en el coche de Weaver había sido un movimiento astuto.

—¿Adónde crees que va? —preguntó ella.

—No tengo ni idea. Pero, dondequiera que esté, podré encontrarlo. Nunca me verá en su espejo retrovisor.

—Sabes que, cuando los encuentre, si es que los encuentra, ya serán tres personas quienes lo sepan. Si hubiéramos podido

encontrar a Dennis y tratar con él… Pero él se lo habrá contado a la chica, y ellos dos se lo dirán a Weaver.

—Lo sé —dice él.

—Tienes que ponerme al corriente. En cuanto hayas terminado.

—Lo sabrás. Eso haré. No te preocupes, mamá. Todo va a salir bien.

Pero ella va a seguir adelante con su plan alternativo. Va a empezar a mover las cajas hasta dejarlas justo fuera de la puerta cerrada.

55

—¿Por qué no os ponéis algo de ropa? —les sugerí a Claire y a Dennis—. Yo haré el café.

Los dos volvieron al dormitorio. No había mucho con qué hacer café. Todo lo que tenían era un tarro de instantáneo. Así que enchufé la tetera y lavé tres tazas que habían estado reposando en el agua gris del fregadero. En el frigorífico, un cacharro enorme que debía de ser de los años cincuenta, busqué crema y encontré leche.

Puse un poco de café instantáneo en cada una de las tazas. Cuando los dos reaparecieron, vertí el agua y removí la mezcla. Dennis Mullavey lucía presentable, con vaqueros y camiseta negra, pero Claire, que iba vestida de forma parecida, solo que con una camiseta azul, tenía el pelo revuelto. Era como si hubiera llegado ahí después de atravesar unos arbustos de zarzas. Llevaba un pequeño cuaderno negro en la mano izquierda, aunque lo que de verdad me llamó la atención fue el corte, ese que Hanna no tenía en la mano cuando se subió a mi coche. Se estaba curando bien.

Se sentaron, les puse las tazas delante y me dirigí a Claire.

—He encontrado tu teléfono.

—Ay, mi madre, me estaba volviendo loca tratando de encontrarlo —dijo, y dejó el cuaderno sobre la mesa.

—Pero no podías volver, ¿verdad?, puesto que Hanna ya estaba en mi coche.

—Ya se habrá hecho una idea de todo, supongo.

—Más o menos.

—Estuvo a punto de encontrarme —explicó—. Cuando entró en el baño a buscarme, yo estaba en la última cabina. Ahí fue cuando me di cuenta de que había perdido el móvil, de que todavía estaba en su coche. Pero no podía llamar a Hanna y decirle que me lo llevara. De todos modos, no era tan importante, porque, en cuanto me largara, no iba a poder usarlo.

Miré a Dennis, que también había tomado asiento.

—Y tú estabas estacionado atrás, esperando.

Asintió con parsimonia. Por lo visto, aún no estaba preparado para confiar en mí, a pesar de que yo había alcanzado a oír a Claire que, en el dormitorio, intentaba convencerlo de que yo era uno de los buenos.

Señalé el cuaderno con un gesto.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Ojalá lo supiera —respondió Dennis, y negó con la cabeza—. Yo diría que es el diario más loco de la historia.

Antes de que yo pudiera examinarlo, Claire se me adelantó.

—¿Ha hablado con mis padres?

—Están muy preocupados —le dije.

La culpabilidad se reflejó en su cara.

—Pensé que, como apenas se hablan, si le decía a mi padre que iba a ver a mi madre, podría pasar días sin que ninguno de los dos supiera lo que estaba ocurriendo.

—No deberías contarle eso —le recriminó Dennis.

—Lo *sabe*, ¿vale? —Me miró y puso los ojos en blanco—. Supongo que Hanna debe de habérselo contado todo. Lo que quiero decir es que, en cuanto me hubiera ido, ya no importaba nada, puesto que a Hanna no le dije a dónde iba. Y todo funcionó, porque estamos aquí. Aparte de usted, nadie nos ha encontrado.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—¿Has hablado con *alguien* desde que te fuiste? —le pregunté.

Claire negó con la cabeza.

—No.

Miré a Dennis.

—¿Y tú?, ¿has estado en contacto con tu padre?

—A usted no le voy a decir nada —contestó, y añadió—: Él sabe que estoy bien. No sabe lo que ha pasado. Le dije que necesitaba tiempo para resolverlo.

—Así que no os ha dado noticias de Griffon.

—No.

Pude ver que la preocupación nublaba el rostro de Claire.

—¿Qué ha pasado? ¿Le ha sucedido algo a mi padre?

—No —le dije—, tu padre está bien. —No quería ser yo quien diera

la noticia a la hija del alcalde. Tragué saliva y continué—: Hanna está muerta, Claire.

La chica abrió la boca, pero no emitió ningún sonido.

—La asesinaron. Su cuerpo apareció bajo un puente. La asesinaron poco después de que vosotros dos lograrais vuestra hazaña.

Claire se tapaba la boca con la mano, pero seguía sin emitir sonido alguno.

—Me di cuenta de lo que habíais montado, del cambio que habíais hecho para evitar que alguien os siguiera, y se lo dije. Ella quiso salir de mi coche, trató de saltar mientras estábamos en movimiento. Huyó. No me dejó llevarla a casa. —Hice una pausa—. Lo siento.

Los lamentos comenzaron como una sirena. Fuertes y penetrantes.

—¡Ay, Dios! —gritó, y rompió a llorar—. Ay, Dios, ay, Dios.

Dennis parecía aturdido e intentó coger a Claire entre sus brazos, pero ella lo apartó de un empujón.

—¡Déjame en paz! —gritó—. ¡Déjame en paz, joder!

Abrió la puerta de cristal, salió sin cerrarla y corrió hacia el lago.

Dennis echó la silla hacia atrás y quiso ir a perseguirla, pero yo lo alcancé y le puse una mano en el hombro.

—No, ya has hecho bastante —le dije.

—¿Qué coño significa eso?

—En lo que se refiere a Hanna, todos llevamos un fardo, pero, por lo que veo, nada de esto habría pasado si no hubieras dado una importancia tan brutal a que Claire se escapara para vivir contigo aquí.

No había acabado de decirlo y ya me estaba arrepintiendo. Sabía que ahí había algo más que lujuria adolescente. Pero yo estaba muy disgustado. Enfadado por haberme metido en esto, enojado por todo el dolor y los desastres que las maniobras de estos chicos habían originado. Enfadado por lo de Hanna.

—¿Cree que se trata de eso? —gritó Dennis—. ¿En serio?

—Quizá deberías contármelo todo, entonces. ¿Por qué demonios te fuiste de Griffon? ¿Qué coño ha pasado? ¿Por qué te busca la policía?

Se dio la vuelta.

—Mierda —murmuró.

—¿No quieres confiar en mí? No sé a quién más vas a encontrar, entonces —dije—. Puedo ayudarte. ¿Por eso te escondes aquí? ¿En lo que averiguas cuál debe ser el siguiente paso? ¿Cuánto tiempo te vas a quedar aquí? ¿Una semana? ¿Un mes? ¿Un año? ¿Cuál es el plan, Dennis?

Volví a dirigir mi vista hacia el lago. Claire estaba de pie al final del muelle, mirando el agua. Me ponía nervioso verla allí, saber lo intranquila que tenía que estar en ese momento.

—No te muevas —pedí, y corrí hacia la ribera.

Al llegar al muelle, aminoré el paso. No quería que Claire sintiera que yo pisoteaba las tablas, que embestía contra ella como un toro. Caminé con cuidado y, aun así, el muelle seguía rebotando un poco bajo mis pies.

—Claire.

Le temblaban los hombros. Me coloqué a medio metro detrás de ella, lo bastante cerca para que notara mi presencia, aunque sin tocarla.

Se sorbió la nariz.

—Todo es culpa mía —dijo.

—Acabo de decirle a Dennis que todos nos sentimos culpables en lo que respecta a Hanna. Sé que yo lo soy.

—¿Han cogido a quien lo hizo? —preguntó. Giró la cabeza y se limpió la nariz en el hombro de la camisa.

—Han arrestado a Sean.

Claire se dio la vuelta, con los ojos enrojecidos. La pena se había convertido en conmoción.

—¿Qué? Es una broma. Qué locura. De ninguna manera. Él intentaba ayudarnos. Nos estaba ayudando a Hanna y a mí. Iba a recogerme, pero lo pararon, y por eso le pedí a usted que me llevara y…

—Lo sé —la interrumpí—. Yo tampoco creo que Sean lo haya hecho. Pero la policía encontró pruebas en su *pick-up*. Cosas de Hanna.

—¡¿La policía?! —chilló—, ¿la puta policía de Griffon? Ah, bueno, si la policía Griffon lo ha arrestado, supongo que todo está resuelto, entonces. Todos son unos malditos imbéciles.

Asentí.

—Dennis y tú tenéis que volver conmigo. Debemos solucionar todo esto.

Sacudió la cabeza con un movimiento airado.

—No *hay forma* de que vuelva allí. No hay manera.

—¿Qué ha pasado, Claire? ¿Qué ha pasado? ¿De qué huía Dennis? ¿Por qué lo busca la policía? ¿Y sabes quién mató a Hanna?

Sorbió la nariz.

—Nunca debí pedirle ayuda. Nunca, nunca, nunca.

Las lágrimas seguían corriendo por sus mejillas. La nariz le goteaba sobre el labio superior. Encontré pañuelos limpios en el bolsillo y se los di.

—Tenemos que volver y solucionar esto —repetí—. Por Hanna. Y por Sean.

Claire empezó a hacer respiraciones cortas y rápidas. Temí que se desmayara. Se echó hacia mí y me aferré a ella. Me rodeó con los brazos y me apoyó la cara en el pecho.

—Todo es tan horrible… —susurró—. Todo es tan horrible, joder…

Le di unas ligeras palmaditas en la espalda. Un gesto tan vacío como lamentable.

—Volvamos —le pedí—. ¿De acuerdo? Vayamos de vuelta. Tú y Dennis podréis explicármelo todo por el camino. Y si él no quiere venir, que se quede, pero no pienso regresar sin ti. —Su cara subió y bajó en mi pecho—. Venga.

Me agarré a Claire en nuestra vuelta a la orilla. Teníamos que andar con cuidado, ya que el muelle era apenas lo bastante ancho para los dos. Caminamos con pasos lentos por la hierba y remontamos una ligera cuesta hasta la cabaña. Subimos los escalones de la terraza. La puerta corredera de cristal seguía abierta. Yo esperaba que Dennis estuviera allí, esperándonos, pero no lo vi.

—¡¿Dennis?! —gritó Claire.

No hubo respuesta.

Nos faltaban otros tres pasos para llegar a la puerta cuando agarré a Claire por los hombros y la hice detenerse en seco.

Había algo en el suelo de la cabaña.

Algo que serpenteaba, húmedo, oscuro y sinuoso.

Sangre.

56

De improviso, me llevé a Claire hacia la izquierda, lejos de la puerta.

—¿Sabes? —le dije—, necesito comprobar algo antes de que nos vayamos de aquí.

—¿Qué está usted…?

Yo tenía la certeza de que no ella había notado la sangre. De haberla visto, habría reaccionado, habría entrado corriendo, habría gritado, algo. De todos modos, me di cuenta, por la tensión de su cuerpo, de que presentía que algo iba mal.

—Chitón —ordené. Luego, con un tono más normal y un poco más alto de lo necesario—: No sé si deberíamos coger los dos coches o si deberíamos marcharnos todos en el mío.

Estábamos apoyados contra la pared de la cabaña, entre las puertas de cristal y un par de ventanas. Ahí había un segundo tramo de tres escalones que bajaban desde la terraza.

—Métete bajo la terraza —susurré con la Glock en la mano.

Empezó a preguntarme por qué, pero me llevé el dedo a los labios, le dirigí una mirada severa y urgente y señalé. Claire bajó los escalones, se puso de rodillas y se arrastró bajo el suelo de la terraza todo lo que pudo: un poco más de medio metro.

Yo también bajé los escalones, pero seguí caminando por el borde de la cabaña sin dejar de hablar con ella.

—Vamos a necesitar que tú y Dennis hagáis una declaración completa, que expliquéis todo esto desde el principio. Sé que no os va a ser fácil hablar del tema, pero, de verdad, no tenéis otra opción.

Quienquiera que lo hubiera hecho le había puesto un silenciador al arma. Cuando estaba en el muelle con Claire, no había oído ningún disparo. Tampoco era que las armas con silenciador no sonaran, pero, ahí abajo, junto al agua, el disparo no habría hecho mucho más ruido que el de una ramita al romperse. Y tampoco había oído llegar ningún coche. Nuestro tirador habría aparcado un poco más adelante para luego acercarse a pie.

Había mantenido los ojos clavados en el espejo retrovisor a lo largo de todo el camino. Hubo largos tramos en la interestatal, así como en la bajada hacia la zona del lago Cayuga, en que no hubo ningún otro coche en la carretera.

Pero alguien sabía que yo estaba ahí. Alguien me había seguido. Tenía que haber un segundo dispositivo GPS en mi coche, no solo el que estaba debajo del asiento trasero. Tendría que haber revisado los paneles laterales, tendría que haber echado un vistazo dentro de la maldita rueda de repuesto.

Mientras me arrastraba por el borde de la cabaña, iba haciendo todo lo posible por oír si alguien se movía dentro: el crujido de una tarima, una puerta que se abriera o se cerrara; cualquier cosa que me diera una idea de dónde estaba el tipo. Miré hacia delante, luego hacia atrás, luego hacia la puerta corredera abierta y de nuevo hacia delante. El suelo estaba cubierto de hojas caídas. Si alguien hubiera salido por la parte de atrás para echar a andar alrededor de la cabaña, yo habría podido oírlo. Eso era lo más probable.

La cabaña se asentaba sobre unos cimientos altos, así que, cada vez que llegaba a una ventana normal, a diferencia de esas puertas de cristal que iban del suelo al techo, me bastaba con agacharme unos cuantos centímetros para que no me vieran. No me apetecía que me pegaran un tiro en la cabeza.

Eché un rápido vistazo a Claire Sanders, acurrucada bajo la terraza, con los ojos muy abiertos por el miedo.

Continué con mi monólogo.

—Sé que no tienes buena opinión del jefe Perry, pero es un buen hombre y podemos confiar en él. —Que yo dijera esas cosas no significaba que estuviera obligado a creerlas—. Lo primero que vamos a hacer es decirle a tu padre que estás bien. Y a tu madre. Este ha sido un trance muy difícil para los dos.

Acababa de llegar a la esquina de la cabaña, con la espalda aún pegada a la pared. Me asomé por el borde y, como no vi a nadie, me deslicé hasta el otro muro. Desde ese punto, apenas podía ver la carretera. Entre los árboles alcancé a distinguir una *pick-up* oscura de cristales tintados.

—Y no lo estoy diciendo porque el jefe sea mi cuñado. Eso, si

acaso, me lleva a pensar que es un completo gilipollas. A veces lo es, y sé que él y tu padre no han dejado de pelear, pero el hecho es que, cuando se trata de la ley, creo que sabe lo que hace, más o menos.

Tarde o temprano, a alguien podría parecerle extraño que Claire no estuviera participando en esa conversación.

—Mi esposa, Donna, lo defendería contra viento y marea, pero creció con él y sabe de lo que…

Crujido de hojas. A la vuelta de la siguiente esquina. Alguien se estaba deslizando por la pared trasera de la cabaña.

—… es capaz, así que solo porfiaría en defenderlo por un tiempo, ¿sabes?, y…

Sucedió rápido.

Lo primero que apareció fue el cañón del arma y, tal como había imaginado, tenía un silenciador. Un milisegundo después, vi el arma entera y la mano que la sostenía. Vislumbre del puño de una chaqueta.

Disparé.

La detonación resonó en el aire fresco de la mañana. Desde los árboles cercanos, los pájaros echaron a volar, asustados.

Había sido más un reflejo que otra cosa. Tendría que haber esperado otro medio segundo, hasta que apareciera un cuerpo. Con eso habría tenido una mejor oportunidad de darle a algo. Pero la verdad era que nunca había disparado el arma en un acto de servicio. No como policía, ni siquiera desde que me había convertido en soldado raso.

Así que no me sorprendió no haberle dado a esa mano. Al oír el disparo, el tipo la retrajo al instante. Crujieron más hojas; más rápido esa vez. Corría.

Y hubo otro ruido, uno que yo habría deseado no oír. Era Claire, que gritaba.

—Señor Weaver, ¡¿qué ha sido eso?!

El hombre —ya me había imaginado que era un hombre, y el vistazo a la mano me lo había confirmado— estaba en movimiento. Corría alrededor de la cabaña. Me fui por el otro lado. No quería que

el tirador llegara antes que yo adonde se escondía Claire. La había oído, tendría una buena idea de dónde buscarla.

Volví a la primera esquina que había doblado, eché un vistazo al otro lado y me pegué a la pared que daba al lago. Desde ahí podía ver la terraza. Claire estaba saliendo a rastras.

—¡Quédate ahí abajo! —grité.

No me hizo caso.

—¡Dennis! —chilló—. ¡Dennis, alguien está disparando!

Se agarró a la barandilla, empezó a subir los escalones de la terraza en dirección a las puertas correderas de cristal.

—¡Maldita sea! —le grité.

En la esquina más alejada de la cabaña apareció el cañón de una pistola y, enseguida, dos brazos extendidos.

—¡Claire!

La chica me devolvió la mirada.

Oí un ruido, uno solo, como si alguien hubiera dado un leve martillazo a un clavo. Un disparo. Muy cerca de la mano de Claire, la barandilla de madera se astilló.

La chica cayó.

Aterrizó con el tronco en el suelo de la terraza, en tanto que sus piernas quedaron extendidas sobre los escalones.

—¡No!

Esa palabra se me escapó como un primitivo grito de angustia.

Pero, entonces, Claire se revolvió y se levantó. No le habían dado. Había tropezado en las escaleras.

Levanté la Glock y disparé por encima de la chica. La bala se alojó en la esquina de la cabaña. Volví a disparar. Y otra vez. Pensaba que tal vez podía darle a ese hijo de puta a través del edificio.

Me acerqué a la esquina, pegado a la pared, bien agazapado. En cuanto él echara un vistazo, mi cabeza estaría más baja de lo que él esperaba. Yo seguía empuñando la Glock con ambas manos. Contenía la respiración, a la espera de oír algo más que los latidos de mi corazón en los tímpanos.

Más crujidos.

Pasos veloces a la distancia.

Me asomé por la esquina.

El tipo estaba corriendo.

Había llegado casi al final del camino que conducía a la cabaña. Iba a toda velocidad. Pantalones oscuros, cazadora negra con capucha. Fui tras él. Pude ver que se dirigía a su *pick-up*.

De repente, se detuvo, se giró y apuntó la pistola hacia mí. Me eché al suelo, como si estuviera placando a un jugador de fútbol imaginario. Una bala cortó el aire por encima de mi cabeza.

Más carreras.

Cuando me puse en pie, él ya había llegado a su camioneta y se estaba montando. Arrancó a toda velocidad, con los neumáticos levantando gravilla. El vehículo desapareció al otro lado de una curva de la carretera antes de que yo estuviera lo bastante cerca para ver la matrícula

Escuché otro grito que provenía de la cabaña.

Volví a toda prisa y entré por la puerta del frente. Claire estaba inmóvil ante las puertas correderas. Miraba hacia el interior, con una de las manos delante de la boca.

No tuvo que entrar para enterarse de lo que le había pasado a Dennis. El chico estaba tumbado de lado, junto a la mesa de la cocina, de espaldas a nosotros. Había volcado una silla al caer. La sangre que corría hacia el centro de la habitación procedía de un agujero en la nuca.

—No, no, no —susurró ella.

—Quédate aquí —le dije. Deslicé la puerta y entré con delicadeza en la habitación, cuidando de no pisar la sangre. Me arrodillé al lado de Dennis y le puse dos dedos en un costado del cuello. Era un gesto inútil, lo sabía, pero tenía que asegurarme. Miré a través de la puerta del dormitorio. En la mosquitera de la ventana, en la pared del fondo, había un pequeño agujero. El asesino no había entrado en la casa. Solo había apuntado desde fuera y había apretado el gatillo. Tampoco había tenido que disparar a través de un cristal, y por eso no habíamos oído nada desde el lago.

Me puse de pie, vi el cuaderno negro sobre la mesa de la cocina, lo cogí y me lo metí en el bolsillo de la chaqueta.

—Dennis —susurró Claire. Estaba de pie justo detrás de la puerta —. ¿Dennis?

—Tenemos que irnos de aquí —le dije—. Ese hombre podría volver; o podría estar esperándonos en el camino. —Con las dos manos delante de la boca, Claire temblaba. Me preocupaba que pudiera entrar en shock—. Claire, escúchame. Tenemos que salir de aquí.

Yo ya tenía decidido no llevarme mi propio coche. Todavía tenía un dispositivo GPS escondido en alguna parte. Ahí estaban las llaves del Volvo, pero había una sola salida, por North Parker Road, y eso podría conducirnos a una emboscada.

Miré hacia el lago.

—¿Qué hay allí? —pregunté.

—Tenemos que llevarlo al hospital —sugirió Claire en voz baja—. Tenemos que conseguir un médico.

—Claire, Dennis está muerto. Lo que tenemos que hacer es sacarte de aquí. La otra ribera parece estar a menos de dos kilómetros. ¿Qué hay allí?

—Union Springs —susurró.

—¿Es un pueblo?

—Uno pequeño.

La agarré por la muñeca con la mano izquierda. En la derecha aún tenía la pistola.

—Tendremos que usar el bote. Corremos como locos hasta el muelle y nos subimos. ¿Sabes si hay gasolina en el depósito?

—¿Cómo sabe que está muerto? —preguntó—. ¿Cómo puede estar seguro?

—¡Claire! —dije con brusquedad—. ¿El bote tiene gasolina?

—Yo… Creo que sí. Dennis y yo lo usamos ayer. Fuimos a pasear por ahí.

—Venga.

Bajamos corriendo la colina hasta el muelle. Lo primero fue hacerla subir el bote. La puse en medio de los tres asientos. Monté, enderecé el motor para que la hélice quedara bajo el agua y apreté varias veces la perilla de la bomba de combustible. Luego puse el motor en punto muerto, activé el estrangulador y di un tirón a la cuerda del arranque.

Funcionó a la primera. Quité el estrangulador, hice retroceder la embarcación y desaté del muelle los cabos de popa y proa. De un

empujón, aparté el bote del muelle, puse la marcha adelante y di gas. Hacía frío en el lago y Claire no tenía chaqueta. Me quité la mía y se la di. Ella, con movimientos robóticos y los ojos vidriosos, metió los brazos.

Solo tardamos unos cinco minutos en cruzar el lago Cayuga. Encontré un puerto deportivo más adelante. Había muchos muelles, pero en el agua solo quedaban unos cuantos botes. Justo frente a la orilla, vi el gran edificio donde la gente almacenaba las embarcaciones durante el invierno. Encontré un sitio para abarloar, salté al muelle y ayudé a Claire a salir.

—¿Hay un área comercial? —pregunté.

Ella levantó un dedo débil.

—Por ahí, creo.

Subimos a paso ligero por Basin Street hasta North Cayuga, que parecía ser la avenida principal de la zona. Al otro lado de la calle encontré un concesionario de coches usados. No tenía que agarrar a Claire por la muñeca todo el tiempo; ella me seguía el ritmo, pero estaba tan aturdida que tuve que cogerla de la mano para cruzar la carretera. La chica no estaba en un estado mental como para confiar en que miraría a ambos lados.

Nos dirigimos a la oficina de ventas. Detrás de un escritorio se levantó un hombre corpulento de traje azul mal ajustado. Esbozó una sonrisa como acabada de encender mediante un interruptor y se acercó a nosotros. Sin embargo, la sonrisa no le duró mucho. No parecíamos unos clientes típicos. Claire tenía los ojos rojos de tanto llorar y yo iba sudando a mares.

También estaba el pequeño detalle de la Glock ajustada a mi cintura.

—Necesitamos un coche —expliqué.

Clavó los ojos en el arma.

—Llévese el que quiera —dijo.

—No he venido a robarlo. Quiero alquilarlo. —Saqué la billetera, le enseñé el carné de detective privado y le tendí la tarjeta Visa—. ¿Quinientos están bien?

Cogió la tarjeta.

—Claro. Necesito ver su carné de conducir.

—Tendrá que hacerlo rápido.

—Por supuesto.

Y así lo hizo. En dos minutos me estaba entregando el juego de llaves de un sedán Subaru blanco.

—Llame a la policía —pedí—. Ha habido un asesinato justo al otro lado del lago. Cabaña marrón. Las puertas que dan al lago están abiertas. Dígales que el tirador aún podría estar en la zona. Es un varón de alrededor de un metro ochenta. Conduce una *pick-up* oscura. Negra o azul oscuro, cristales tintados. ¿Me ha entendido?

—Sí —respondió.

Metí a Claire en el asiento delantero del Subaru y me puse al volante.

—Nos vamos a casa —le dije.

* * *

Nos dirigimos hacia el norte, cruzamos el pueblo de Cayuga, y luego cogimos hacia el este, a través del parque nacional de vida silvestre Montezuma. En cuanto llegamos al otro lado, encontré el camino de regreso a la autopista. Era la misma intersección por la que había ido. Antes de pasar por el peaje y recoger el recibo, le pregunté a Claire si necesitaba algo.

—No lo sé —contestó.

Paré en una gasolinera, puesto que acababa de alquilar un coche con menos de un cuarto en el depósito, y reposté. Luego corrí a la tienda y me aprovisioné de agua embotellada, chocolatinas y patatas fritas. Cualquier cosa que nos ayudara a seguir adelante.

—Come lo que quieras —ofrecí en cuanto estuve de vuelta en el coche.

Después de haber cogido el recibo del peaje, cuando aceleraba por la rampa para volver a la autopista, vi que Claire miraba dentro de la bolsa y sacaba una barrita Mars. Me alegré de que abriera el envoltorio y le diera un mordisco a la barrita.

—Tengo preguntas, Claire. ¿Puedes responder a algunas?

Masticó un poco del dulce, tragó y me miró sin expresión alguna.

—Eso creo. —Sonaba como si estuviera en trance.

—¿Sabes quién era? ¿Sabes quién mató a Dennis?
—No le he visto —dijo.
—Pero ¿tienes alguna idea?
Asintió.
—¿Quién?
—El hijo de Phyllis Pearce —respondió.
—¿Qué? ¿Tiene un hijo? ¿Quién es?
—¿No lo sabe? —preguntó. Me quedé esperando—. Ricky Haines. El policía. Es, tal vez, el tipo más espeluznante de la fuerza policial de Griffon, porque es todo amabilidad, pero, cuando empieza a manosearte, te das cuenta de que tal vez no es quien pretende ser.

57

Conduce a tal velocidad que, cuando hace una maniobra para pasar del camino de grava al asfalto, la camioneta patina sobre las ruedas traseras y está a punto de volcar. Pero gira el volante, consigue enderezar el vehículo y, una vez en el asfalto, pisa el acelerador a fondo.

Ahora, mientras conduce en línea recta, puede usar el teléfono. Lo coge con la mano derecha, marca un número y se lleva el móvil a la oreja.

—¿Hola? —contesta su madre con urgencia.

—Soy yo —dice.

—¿Qué ha pasado, Richard? ¿Los has encontrado?

—Los he encontrado —dice Ricky Haines.

—¿Y?

—Les he dado.

—¿De verdad?

—Le he dado a Mullavey. Y estoy bastante seguro de que también a la chica.

—¿Bastante seguro? —A Phyllis Pearce solo le gusta tratar con absolutos—. ¿Qué quieres decir con «bastante seguro»?

—La he visto caer. Solo que no he podido tomarle el pulso, puesto que Weaver me estaba disparando.

—¿Y él? ¿Qué has hecho con él?

—Te lo acabo de decir. Me estaba tiroteando. Tenía que irme de allí. No he podido apuntarle bien.

—¿Y el cuaderno?

—No lo tengo.

—¡Madre de Dios, no tienes remedio! ¿Dónde estás?

—En la carretera. Camino a casa.

—¡No! —dice ella—. ¡Tienes que volver! ¡Tienes que terminar el trabajo!

—No, escucha. Me he quedado un rato al final de la carretera, en la única salida, esperando. He supuesto que Weaver acabaría saliendo.

He escondido la camioneta y me he metido en el bosque. Como no han aparecido, he regresado al lugar y he visto que el bote ya no estaba. Por eso he decidido que lo mejor era largarme.

—¿Bote? ¿De qué estás hablando?, ¿qué bote?

—Los había seguido hasta una cabaña en el lago Cayuga. Weaver debe de haber huido en un bote.

—¿Te ha visto?

—No lo sé. Tal vez. Y no sé si Mullavey y la chica le han dicho algo antes de que yo llegara.

—Dios mío, qué desastre —dice Phyllis.

—No es tan malo, mamá. El único que podría saber algo es Weaver.

—Y también podría tener la libreta. —Ya no puede contenerse un momento más—: ¡Deberías haber atrapado a Mullavey desde el primer día! Eso es lo que deberías haber hecho.

Ricky cree que su madre está perdiendo la compostura. Pero la conoce. Sabe que se asusta al principio y luego se calma, que piensa las cosas. Mamá siempre tiene un plan. Como no ha oído nada de ella durante varios segundos, está seguro de que eso es lo que está maquinando.

—Ya lo sé —dice él—. Sé que he cometido algunos errores. Pero en algunas cosas he acertado, y tú lo sabes.

—Cállate —ordena Phyllis—. Cállate y déjame pensar.

Él espera. Siente que se le saltan las lágrimas. Parpadea varias veces para aclararse la vista. Piensa en todo lo que se podría haber hecho mejor, en las diferentes decisiones que tendrían que haber tomado. Y no solo él. Ella también tiene una buena parte de la culpa, pero se enfada mucho si él se lo hace ver.

—Vuelve a casa. Veré qué puedo hacer —decide por fin.

Ricky deja caer el móvil en el asiento de al lado. No se siente aliviado, pero sí un poco mejor.

A mamá se le ocurrirá algo.

58

Ricky Haines.

De pronto, todas las piezas encajaron en su lugar.

Si Ricky nos había seguido hasta Cayuga Lake, lo más probable era que hubiera sido él quien hubiera colocado el dispositivo de rastreo en mi coche. Incautar el Honda tuvo que haber sido idea suya. Para evitar sospechas, había dicho que la orden se la había transmitido Quinn y que este, a su vez, la había recibido de Augie.

En cuanto el coche estuvo en el depósito, Ricky tuvo acceso a él y plantó los rastreadores. Y, como nadie había dado la orden de registrar el coche, nadie los iba a encontrar antes de que me lo devolvieran.

Era de suponer que Brindle no estaba en esto con su compañero. De haberlo estado, no se habría cabreado tanto cuando el jefe me mandó a casa por el asunto de Tapscott. Esto también explicaba por qué Haines se había ofrecido a llamar a mi abogado. No tenía ningún interés en que yo permaneciera detenido. Me necesitaba fuera para guiarlo hasta Claire y Dennis.

¿Qué más habría hecho Ricky?

Yo sentía que debía llamar a Augie, pero aún tenía eso que podríamos llamar «problemas de confianza». Antes de acudir a alguien de la policía de Griffon, quería oír lo que Claire tuviera que decirme.

Ella empezó su narración más o menos desde el principio.

—Yo tenía un trabajo de verano en Smith's. ¿Conoce la heladería?, ¿cerca del agua?

Asentí. En las tardes cálidas de verano, Donna, Scott y yo solíamos ir ahí después de cenar.

—Eso está cerca de la oficina de Hooper, y Dennis se pasaba todos los días después del trabajo a tomar un helado. Iba tan a menudo que me di cuenta de que yo le gustaba, y, de todas formas, las cosas entre Roman y yo no iban muy bien. ¿Conoce a Roman?

—Sí.

—No sé en qué estaba pensando. Es bastante idiota, para serle franca, pero el tipo quería ser guionista de cine y, supongo, eso me pareció guay, ¿sabe? Solo que estaba metido en algunas cosas raras, como… Vale, quizás no debería decirle nada de esto, pero Roman tiene veintiún años y gana dinero comprando cerveza y…

—Lo sé todo —la interrumpí—. Sé que tenía a Sean y a Hanna repartiendo para él y que ellos se quedaban con una parte de los beneficios.

—Vaya, vale. De cualquier modo, no me gustaba la forma en que mandaba a Hanna a ocuparse de las cosas. Y había otros temas con Roman. A veces me daba escalofríos.

—Los mensajes de texto.

—Madre mía, ¿ha visto eso en mi teléfono? No fue solo la foto. Siempre me pedía que le enviara fotos mías y yo no quería. Así que empecé a salir con Dennis, y Roman se cabreó bastante.

Íbamos a toda velocidad por la interestatal, a ciento treinta. Búfalo quedaba a casi una hora, y Griffon, media hora después.

—Las cosas entre Dennis y yo iban bastante en serio. O sea, nos caíamos muy bien, incluso hablábamos de su regreso a casa al final del verano, de si volvería o no, y, de repente, un día se fue.

—¿A qué te refieres?

—Un día desapareció, así como así. En un mensaje me dice que lo nuestro no está funcionando y me sale con aquello de «no eres tú, soy yo», ¿vale? —Sorbió por la nariz y buscó pañuelos en la guantera, pero en el Subaru no había nada. La guantera, los ceniceros, la consola… Todo estaba vacío.

—He cogido algunas servilletas. Mira en la bolsa.

Claire las encontró, se sonó la nariz y se secó las lágrimas.

—Eso debió de doler: que rompiera contigo de pronto, sin motivo aparente —le dije.

—Sí. Y yo pensé ¿qué he hecho? Todo parecía estupendo. Estaba como destrozada, deprimida, todo. Entonces, pasan un par de semanas y, de pronto, tengo noticias suyas.

—Te envió un mensaje —comenté.

—Sí. Dijo que tenía que explicarme algo, que había tenido que dejar Griffon por culpa de la policía, que había pasado algo. Yo no

tenía ni idea de lo que estaba hablando, pero tenía muchas ganas de verlo; al menos, para saber por qué me había dejado de repente. Y todo eso estaba ocurriendo al mismo tiempo que el asunto entre su cuñado y mi padre. Los coches patrulla de la policía vigilaban nuestra casa todo el tiempo. Papá pensaba que era el jefe Perry intentando fastidiarnos, ¿sabe?, que quería asustarnos, hacernos saber que él y su gente nos vigilaban todo el tiempo. Yo también supuse que se trataba de eso, hasta que Dennis me dijo en sus mensajes que probablemente me estaban vigilando a mí.

—Porque pensaban que, como vosotros dos teníais un asunto, tú podrías llevarlos hasta él.

—¿Un asunto? —preguntó.

—Que había algo entre vosotros, que erais pareja.

—Oh sí, tal cual. —Hizo una pausa—. Entonces me dijo que, si la idea era reunirnos, yo tenía que asegurarme de que la policía no me estuviera vigilando. Ahí fue cuando se me ocurrió dar el cambiazo con Hanna.

—Se suponía que Sean iba a recogerte, así que, cuando él no pudo ir, hiciste autostop conmigo.

Claire asintió.

—No quería involucrarlo, de verdad. Me habría ido con cualquiera. Pero, cuando vi que era usted, que era el padre de Scott y que el viaje era seguro para mí… —Hizo otra pausa—. Aunque usted haya ido por ahí asustando a todo el mundo…

—Eso se acabó —confesé.

—Entonces, ¿ha logrado averiguar quién le dio las drogas a Scott? —preguntó.

—No. Prosigue con tu historia.

—No hay mucho más sobre esa noche. El cambio funcionó; al menos, desde mi punto de vista. —Miró por la ventanilla. No quería que yo le viera la cara—. Hanna… salió y se subió a su coche. Yo me escabullí por detrás y me escapé con Dennis. Fuimos directamente a la cabaña.

—Entonces, ¿quién te seguía esa noche en una camioneta? ¿Ricky?

Claire asintió.

—Lo había visto un par de veces. Una, cuando él estaba vigilando

nuestra casa desde un coche patrulla de Griffon. Me acerqué, lo miré por la ventanilla y le dije algo así como «Vete a la mierda y deja en paz a mi padre». En aquel momento me imaginaba que ese era el motivo por lo que nos vigilaban, que todo se trataba de mi padre. Quizás el jefe había pedido a todos los del cuerpo que nos lo hicieran pasar mal. Y luego, en otra ocasión, ya no estaba en un coche patrulla, sino en una camioneta. Era Ricky de nuevo. Pero incluso esa vez me imaginé que estaría haciendo cosas fuera del servicio para el jefe. Esa fue la noche en que usted me llevó. Para ser policía, no es muy hábil pasando inadvertido.

Conmigo lo había hecho mejor. Pero Claire no tenía coche.

Así que fue Ricky quien entró en juego cuando Hanna se subió en mi coche. Fue Ricky quien se quedó en mi estela.

Fue Ricky quien vio a Hanna saltar del Honda.

Fue Ricky quien vio a Hanna arrancarse la peluca de la cabeza y arrojarla por ahí.

Entonces se dio cuenta de que lo habían engañado, de que Claire había escapado y de que, con toda seguridad, se había ido con Dennis.

Ricky fue tras Hanna para averiguar dónde está Claire.

Las piezas seguían encajando.

Tenía una pregunta urgente para Claire.

—¿Hanna tenía alguna idea de adónde ibas con Dennis?

—No —contestó—. Dijo que lo mejor sería que nadie lo supiera.

Ricky agarró a Hanna e intentó sacarle una revelación, pero Hanna no tenía ni idea. El tipo se enfadó, se frustró y terminó estrangulándola. Aun así, tuvo la presencia de ánimo de desnudarla de la cintura para abajo, de sembrar la idea de la agresión sexual y de meter la ropa en el coche de Sean Skilling.

Claire siguió con su relato.

—No fue hasta que Dennis me puso al corriente de todo que me di cuenta de que Haines solo me estaba vigilando a mí, y no a mi padre y a mí. De hecho, no noté que me estuviera observando ningún otro policía de Griffon.

—Cuéntame lo de Dennis.

Asintió.

—Vale, Dennis… Él no sabía qué hacer. Había estado escondiéndose en la casa de campo desde que se había ido de Griffon. Fue a ver a su padre una sola vez. Se apareció de repente. Su padre vive cerca de Rochester.

—Ya nos hemos conocido —le dije—. Parece un buen hombre.

Los ojos de Claire se abrieron de par en par.

—Vaya, sí que ha hablado con todo el mundo. Y, sí, el señor Mullavey es muy agradable. —De nuevo apartó la mirada—. Cuando se entere de lo de Dennis, se va a morir. —Yo no tenía nada que decir a eso—. Le contó a su padre que estaba metido en un lío, pero que no había hecho nada malo, que recordara eso cuando la policía fuera a buscarlo. Le dijo que necesitaba tiempo para decidir qué hacer y que quería hablarlo conmigo.

—¿Qué pasó, Claire?

—Un día, Dennis estaba cortando la hierba en la casa de Pearce.

—Phyllis Pearce.

—Así es. La dueña y gerente del Patchett's.

—Correcto.

—Por lo general, Hooper envía un equipo, ¿vale? Tendrían que haber sido dos, pero, ese día, el tipo que normalmente salía con Dennis estaba enfermo, así que Dennis dijo que podía arreglárselas solo. Llega a la casa de Pearce y se da cuenta de que no hay nadie, porque no están los coches. Se pone a cortar la hierba y, en eso, nota que por una de las ventanas del sótano sale algo que parece humo. —Claire abrió una de las botellas de agua y bebió un largo trago. Se quedó con la botella en la mano—. Dennis, entonces, corre y va a aporrear la puerta, aunque sabe que no hay nadie, ¿verdad? Pero lo hace, por si acaso. No quiere irrumpir, ¿sabe? Solo que, como no va nadie, piensa que lo mejor será hacer algo, así que abre la puerta de una patada y se da cuenta de que el humo viene del sótano. Baja corriendo y encuentra que el fuego sale de alrededor de la secadora.

—Continúa.

—De hecho, hay un extintor en la pared, así que Dennis lo agarra y tira del pequeño pasador o lo que sea que tengan esas cosas.

—Vale.

—Rocía toda esa substancia espumosa y logra apagar el fuego bastante rápido.

—Bien pensado —aprobé—. Aunque una idea más inteligente habría sido quedarse fuera y llamar a los bomberos.

—Claro. Y, bueno, sin duda, ahora piensa eso es lo que debió haber hecho. —Claire se dio cuenta de que acababa de hablar de él en presente y se mordió el labio. Las lágrimas brotaron de sus ojos casi al instante. Yo quería mantenerla centrada en la historia, así que le pregunté qué había pasado después—. Fue entonces cuando Dennis oyó toser a alguien.

Me giré y la miré.

—¿Así que *había* alguien en casa?

—Sí.

—¿Phyllis Pearce?

—No —contestó—. Era un hombre. Un anciano. Al principio, Dennis no sabía que era un anciano. Solo oía a alguien toser. El sonido venía del sótano, del fondo del pasillo de la lavandería. —Bebió otro sorbo de agua—. Así que Dennis va a la puerta, pero se encuentra con un candado. De esos de llave, ¿sabe? Uno como esos que ponemos en las taquillas del colegio, pero sin combinación. Detrás de la puerta había alguien encerrado. Tosía y gritaba «¡Fuego!», pero no podía gritar muy alto porque había mucho humo y era muy viejo y estaba enfermo.

—¿Qué hizo Dennis?

—Supuso que debía sacar al tipo de inmediato, que le diera un poco de aire fresco. Miró alrededor en busca de una llave y la vio justo ahí, descansando en el alféizar de una ventana, por lo que era muy fácil de encontrar. Quitó el candado y abrió la puerta, y lo que vio lo dejó alucinado.

Claire detuvo su relato. Parecía temerosa de continuar.

—¿Qué encontró Dennis, Claire?

Ella tragó saliva.

—En primer lugar, según me contó Dennis, el humo era lo de menos. Lo que lo dejó sin aliento eran los otros olores: mierda y orina y cosas así. Así que hay un tipo allí dentro. Tiene como setenta u ochenta años o por ahí, y en la habitación también hay una silla de

ruedas. El tipo está sentado en la cama y no puede caminar ni nada. Quiere que Dennis lo saque de allí si el lugar está en llamas. Dennis lo tranquiliza, le dice que el fuego está apagado, pero se siente como… qué coño, ¿no? ¿Quién es este tipo y qué hace aquí abajo?

Saqué el móvil y se lo di a Claire.

—Abre Safari —pedí—. Busca en Google «Harry Pearce, Griffon, Cataratas del Niágara», a ver qué encuentras. Mientras esperamos, sigue hablando.

Pulsó la aplicación y escribió las palabras en el campo de búsqueda.

—Está tardando un poco.

—No hay problema.

—De todos modos, cuando el viejo se da cuenta de que no se va a quemar, le dice a Dennis que tiene que sacarlo de allí, que tiene que hacerlo rápido, antes de que vuelva su mujer, porque se va a enfadar mucho. En eso, Dennis oye un ruido en el piso de arriba. Alguien se está moviendo de prisa dentro de la casa. Verá, Dennis se figuró que la casa tenía uno de esos sistemas de alarma que, en lugar de acudir a una empresa de seguridad, se limitan a enviar un mensaje a un par de personas.

—Phyllis Pearce y Ricky Haines —dije.

—Sí. El viejo sabe que alguien se acerca, así que le lanza algo a Dennis: el cuaderno que él estaba a punto de enseñarle.

Me di un golpecito en el pecho.

—Aquí lo tengo.

—Vale. Así que Dennis coge la libreta y se la mete en el bolsillo un instante antes de que Ricky aparezca gritando «¡Papá, papá, papá!». Cuando Ricky entra en la habitación, se encuentra a Dennis allí en medio. Se queda patidifuso, como diciendo «¿quién diablos eres tú?» Dennis le dice que ha habido un incendio y que, por cierto, ¿qué coño es esto? ¿Tienes a un viejo prisionero en tu sótano? —Claire bajó la mirada a su teléfono—. Vale, están saliendo algunas cosas. Aquí hay una historia sobre las tragedias en las cataratas del Niágara.

—Mira lo que dice sobre Harry Pearce.

Con el pulgar, Claire desplazó la historia hasta la parte alta de la pantalla.

—Sí, aquí dice que una noche salió en un bote, que no llevaba remos y que el motor no funcionaba, así que cayó.

—¿Qué más?

—Mmm, que esto fue hace como siete años y…

—¿Qué dice sobre el cadáver?

—¿Cadáver?

—¿Lo encontraron?

—Aguarde. —Siguió leyendo—. Bien, el bote apareció, pero el cuerpo nunca fue encontrado. —Claire levantó la vista de la pantalla —. Entonces, ¿es él? ¿Es el hombre del sótano?

—Eso me parece evidente —respondí.

—Vaya embrollo —comentó.

—Así que Ricky encuentra a Dennis, que estaba con Harry Pearce. ¿Y después?

—Ricky le dice algo así como: «Eres hombre muerto», y va a por él, solo que Dennis sigue con el pequeño extintor en las manos, ¿vale? Apunta hacia arriba y dispara la mierda directo a la cara de Ricky. Eso le da tiempo suficiente para pasarle por un lado y huir de ahí.

—¿Por qué Dennis no fue enseguida a la policía? —pregunté.

Claire me miró como yo si fuera un idiota.

—¿Cuántas razones quiere que le dé? Lo primero que me dijo Dennis fue que, cuando uno es negro, *nunca* debe acudir a la policía. Para nada, jamás. Lo segundo es que Ricky *es* la policía. Cuando Dennis va hacia la salida, Ricky le grita: «¡Si denuncias esto, estás muerto, completamente muerto!», y también le dice que, si Dennis llegara a acudir a la policía, Ricky terminaría enterándose. —Eso no me convenció. Si Dennis no se sentía seguro ante la policía de Griffon, podía haber acudido a la policía estatal—. Y hubo algo más —me contó Claire—: Ricky le dijo: «Si le cuentas esto a alguien, voy a encontrar a tu novia, a la hija del puto alcalde —así me dijo Dennis que le había dicho—, y le voy a rebanar las malditas tetas». —Le lancé una mirada a la chica—. —Sí. Muy fuerte, ¿eh?

59

—Ese es el motivo por el que Dennis tenía que verme. Tenía miedo por mí y no sabía qué hacer —dijo Claire.

—Después de un par de días, debes de haber tomado alguna decisión.

Claire asintió. Buscó otra servilleta y se sonó la nariz.

—Le dije que deberíamos hablar con mi padre, que él sabría qué hacer. Aunque papá no confiaba en la policía de Griffon, era posible que conociera a alguien en el FBI o algo así.

—Era un buen plan —opiné.

—Yo seguía teniendo miedo, pero estuvimos hablando de ello horas y horas, analizando los pros y los contras. Ambos nos dábamos cuenta de que no podíamos seguir así para siempre, escondiéndonos.

—No.

Claire asintió.

—No puedo creer que los dos estén muertos. Hanna y Dennis. Mi mejor amiga y mi novio. —Sollozó en voz baja.

La dejé llorar durante los siguientes kilómetros. Supuse que eso la ayudaría a desahogarse. Tampoco era como si los sollozos fueran a terminar antes de nuestra llegada a Griffon. Seguiría lamentándose durante semanas. Cuando su llanto se calmó un poco, saqué el teléfono e hice una llamada.

Pensé que ya era hora.

Augustus Perry me contestó.

—¿Qué?

—No sabía que uno de tus chicos, Ricky Haines, era hijo de Phyllis Pearce.

—Si vas a empezar a contarme cosas que no sabes, vamos a estar hablando por teléfono todo el día —replicó.

—¿Por qué no se apellida Pearce?

Augie dejó escapar un largo suspiro.

—¿Qué coño tiene que ver esto?

—Ten paciencia, ¿vale?

—Vale. Por lo que sé, Phyllis se casó primero con un tipo de apellido Haines. Tuvieron a Ricky, pero, cuando era niño, el padre sufrió un cáncer de pulmón o un infarto o algo así. A los pocos años, Phyllis empezó a vivir con Harry Pearce y acabó casándose con él, pero quiso que el niño mantuviera el apellido del verdadero padre. Y Harry Pearce también está muerto.

—Lo que me lleva a mi siguiente interrogante. Cayó por las cataratas hace siete años.

—¿Por qué me haces perder el tiempo si ya sabes todo esto?

—Nunca encontraron su cuerpo, ¿verdad?

Casi podía oír a Augie pensando al otro lado de la conexión.

—Así es. Solo pedazos del bote.

—Eso tiene una explicación —le dije—: Harry Pearce está vivo. Está metido en el sótano de Phyllis.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Ha estado allí durante años. Es una especie de inválido. No puede caminar. Lo han tenido encerrado.

—¿De dónde has sacado esa mierda?

—¿Crees que me estoy inventando todo esto, Augie? Si tuviera tiempo de explicártelo todo, lo haría.

—¿Dónde estás?

—A una hora de Griffon. He encontrado a Claire Sanders. Su novio, Dennis Mullavey, cortaba el césped de Pearce. Un día vio que salía humo de la casa. Entró, apagó el fuego y encontró a Harry Pearce encerrado en el sótano.

—Madre santa, ¿También tienes a Mullavey contigo?

—No —le dije—, está muerto. Haines lo mató.

—¿Qué?

—Y a Hanna Rodomski, también, por lo que parece.

—¿Qué? —repitió Augie—. Bien sabes que tenemos al chico Skilling. Encontraron…

—Sé lo que encontraron. Creo que Haines plantó las cosas. Pudo haberlo hecho en cualquier momento de la noche. —Otra larga pausa de Augie que yo llené—: Tan pronto como deje a Claire, iré a esa casa. Voy a sacar a Harry Pearce de ahí.

—Sin mí no —ordenó mi cuñado en voz baja.

—Estupendo —acepté—. Nos vemos en la esquina de los Pearce. Todavía estoy a una hora de distancia.

—Allí estaré —dijo Augie, y colgó.

Claire me miró mientras yo guardaba el teléfono. Tenía la mano llena de pañuelos húmedos.

—¿De verdad confías en él?

—No del todo —le confesé—, pero, ahora mismo, tengo que hacerlo.

Volví a meter la mano en el bolsillo de la chaqueta y le tendí el teléfono.

—Llama a tu padre.

Tecleó el número y se acercó el teléfono a la oreja.

—No, papá, soy yo —dijo. Bert Sanders debía de haber consultado el identificador de llamadas y esperaba oír mi voz.

—Estoy bien, estoy bien. Pero Dennis, ay, papá, Dennis está muerto. —Rompió a llorar de nuevo.

Volví a meter la mano en la chaqueta para sacar el cuaderno negro. Con una mano puesta en el volante, lo abrí. Me lo puse sobre el regazo, metí el pulgar en el centro para que no se cerrara y luego lo coloqué en el salpicadero para poder echar un vistazo tanto a las páginas como a la carretera.

Leí algunas partes al azar.

—¿Qué demonios? —susurré.

En la parte superior de cada página había una fecha diferente escrita con letra pequeña y precisa. Luego:

Desayuno: Rice Krispies con leche, zumo de naranja, plátano, café con nata. Comida: Sándwich de mantequilla de cacahuete en pan blanco, dos galletas de chocolate, leche, manzana. Cena: Lasaña, ensalada césar, tarta de chocolate, té.

Pasé a otro día.

Desayuno: Avena con pasas y azúcar moreno, zumo de naranja, café con nata. Comida: Big Mac, patatas fritas, Coca-Cola, tarta de

manzana. Cena: Pollo al horno, arroz con mantequilla, guisantes, un vaso de agua, sin postre.

Todas las páginas eran iguales.

Harry registraba cada cosa que comía.

* * *

Claire llevaba unos cinco minutos hablando con su padre. Cuando me pasó el teléfono, ya le había contado lo que había hecho y dónde había estado.

—Quiere hablar con usted.

—Hola —saludé.

—Weaver, no puedo agradecérselo lo suficiente. Le ha salvado la vida.

No creo que hubiera necesitado que la salvara si yo no hubiera guiado a Haines a la cabaña.

—Pronto estaremos ahí.

—Nos encontraremos a la entrada —dijo—. Quiero verla lo antes posible.

—De acuerdo —le dije—. La policía va a querer hablar con ella. Y creo que lo primero que debería hacer es llevarla al médico. Podría estar sufriendo un shock leve. Ha pasado por muchas cosas.

—Por supuesto —dijo Sanders—. No sabe cuánto se lo agradezco.

Recordé que, de camino, pasaríamos por el hospital justo al sur de Griffon. Le dije a Sanders que se reuniera conmigo en la entrada de urgencias. Suponía que no nos iba a llevar más de cuarenta minutos.

—Allí estaré —dijo.

En cuanto colgué, me volví hacia Claire.

—Ya casi estamos en casa.

Asintió, cansada.

Le pasé el cuaderno.

—¿Has mirado esto?

—Sí. Dennis y yo lo revisamos todo. Es una cosa muy loca.

—¿Lo has leído completo?

—Sí.

—¿Hay algo más? ¿Escribió sobre lo que le hacían, sobre que lo

estuvieran manteniendo encerrado?
—No. Todo gira en torno a la comida. Lo que le daban cada día. ¿Por qué alguien haría eso?
—Podría ser una especie de trastorno obsesivo-compulsivo —aventuré.
—Dennis y yo nunca entendimos por qué se lo quiso dar.
Pensé en eso.
—Tiene fechas. Y alguien podría reconocer la escritura. Y esta obsesión de Harry Pearce con su dieta podría ser anterior a su supuesta muerte. Es la prueba de que está vivo, de que lo ha estado durante los siete últimos años. —Quise darle otro rumbo a la conversación—. Hace un rato has dicho algo que no has explicado. Acerca del oficial Haines, has dicho, y cito tus palabras, algo acerca de manosearte. ¿De qué iba eso?
—Ah, sí —dijo—. En realidad, la historia tiene que ver con Scott.
—¿Scott? ¿A qué te refieres?
—Vale. La otra noche le dije que yo no conocía muy bien a Scott.
La miré por un instante.
—Ajá.
—Y no lo conocía muy bien, pero a veces salía conmigo, con Hanna y con Sean. No mucho, pero a veces. —Hizo otra pausa—. Era bueno. Un poco diferente, un poco raro, pero estaba bien.
—Gracias.
—El caso es que una vez me defendió de verdad. Y el asunto tuvo que ver con Ricky Haines.
—¿Qué quieres decir con que te defendió?
—Como que me protegió, una cosa así.
Le dirigí una mirada que suplicaba por más información.
—¿Cuándo ocurrió eso?
—No lo sé. No mucho antes de que él… Ya sabe, de que él muriera.
—¿Qué sucedió?
—Estábamos unos cuantos en el Patchett's… Vale, vale, éramos menores, lo acepto, pero es que todo el mundo lo hace. Así que una noche habíamos salido y Scott estaba allí, merodeando. Yo cogí por un costado del edificio, hacia el aparcamiento, ¿sabe?
—Sí, lo sé.

—Entonces Haines me detuvo y me dijo: «Tenemos que registrarte, a ver si llevas drogas».

—¿Y llevabas algo?

—Cielos, no —contestó—. Así que Haines viene a decirme que me tiene que registrar y yo le digo que no tiene derecho, pero usted ya conoce a nuestros polis: como si alguna vez se hubieran preocupado por ese tipo de mierdas.

—Continúa.

—Me pone entonces contra la pared, con los brazos abiertos y todo, y empieza a darme palmaditas. Va ascendiendo por mi cuerpo y, cuando llega aquí —se señaló los pechos—, empieza a palparlos de verdad. —Puso las palmas como tazas—. Así. —Las mejillas se me sonrojaron de rabia—. Como sea, Scott, que había estado observando todo el asunto, notó entonces que el policía, ya sabe, empezaba a excitarse, y se puso como loco.

—¿Qué… hizo? —pregunté. Recordé a Scott contándonos esa historia.

—Empieza a gritar «¡Oye, degenerado!, ¿por qué no te agarras a ti mismo?» y otras cosas, como «¡Violador!» y, en general, cosas como para que me dejara en paz —explicó.

Sentí un pequeño nudo en la garganta.

—¿Qué pasó, entonces? —pregunté.

—El policía lo miró y le dijo que se largara, o, usted ya sabe, cosas peores, y entonces Scott le dijo algo así como «Se lo voy a contar a mi tío» y «Me acordaré de ti». Ese tipo de cosas.

—¿Scott lo amenazó?

Claire asintió.

—Sí, más o menos. Más tarde, Scott me dijo que debería acusar a ese tipo de agresión sexual, pero es que no quería meterme en eso. O sea, todo era demasiado complicado, con mi padre en plena pelea política con el jefe. Por eso pensé: venga, si digo que un policía me ha agredido, el jefe solo va a decir que mi padre me ha metido en esto para hacer quedar mal a los policías. Sería como remover la mierda, ¿sabe? Así que nunca se lo conté a mi padre. Estaba segura de que se volvería loco. Pero Scott, tío, qué tipazo, amenazando a ese policía con hacer que lo despidieran. Y, cuando se lo dijo, ni

siquiera estaba drogado. —Hizo una mueca de dolor—. Lo siento. No quería decir eso ni nada parecido. Pero quería que usted lo supiera. De verdad, Scott odiaba a ese policía. Incluso tuvo otro encontronazo con él. Lo vio en su coche patrulla, lo señaló y volvió a llamarlo pervertido. Luego echó a correr cuando el policía se bajó del coche para perseguirlo. Se notaba que Haines odiaba de verdad a Scott. Quizás por eso me echó la bronca una segunda vez, no hace mucho, para vengarse de lo que Scott le había hecho. Se llevó mi bolso. Tuvimos que ir a buscarlo al día siguiente. —Me sentí entumecido—. Ah, sí, y hay otra cosa —dijo Claire—. Scott me contó que esa vez, cuando vio a Haines en su patrulla, el policía le hizo esa seña de dispararle con el dedo.

Ricky Haines, el policía que había encontrado el cadáver de Scott en el aparcamiento de Muebles Ravelson, el policía que había ido a nuestra puerta para darnos las malas noticias, el policía que, ya lo sabía, no tenía miedo de matar a nadie que supusiera una amenaza para él.

Conocía a nuestro hijo y le tenía manía.

60

Me puse muy nervioso cuando esos chicos estuvieron a punto de tirarme al río Niágara. Y, hacía un par de horas, mientras nos acechaban en la cabaña, estaba más que conmocionado.

Pero eso no era nada comparado con lo del momento presente.

Todo ese tiempo habíamos creído que Scott se había suicidado. Quizá no en plena consciencia, pero pensábamos que había sido el autor de su propia desgracia, como suele decirse. Estaba bajo los efectos del éxtasis, así que, o bien había saltado de aquel tejado pensando que podía volar o bien estaba tan colocado que había tropezado con el borde.

No era fácil vivir con algo así.

Pero eso lo cambiaba todo. Lo que Claire acababa de contarme sugería que la muerte de Scott no había sido un simple infortunio. Lo que Claire acababa de decirme sugería que Scott había sido asesinado con toda intención.

—Señor Weaver, ¿se encuentra bien? —preguntó Claire.

Estábamos rodeando Búfalo por la circunvalación 290, hacia el norte, casi hasta el puente de Grand Island. Mi vista estaba nublada por una mezcla de rabia y ansiedad, como si alguien hubiera empañado el interior de las ventanillas del Subaru con aerosol rojo sangre. Tuve que sacudir la cabeza para despejarme. Tenía las manos tan apretadas alrededor del volante que me dolían los brazos.

«Ese hijo de puta. Ese maldito hijo de puta».

«Tiró a mi hijo del tejado».

«No —me dije—, no lo sabes. No lo sabes, en absoluto. No tienes ninguna prueba».

Pero, en mis entrañas, una sensación parecida a un cáncer me decía lo contrario.

Haines pudo haber visto a Scott como una amenaza seria. Claro, los policías de Griffon se tomaban muchas libertades y a los lugareños no les importaba hacer la vista gorda. Pero eso era diferente. Una cosa era que un policía se cargara a un vándalo junto a la torre de

agua y le rompiera unos cuantos dientes, pero ¿un policía que iba por ahí toqueteando a jovencitas? ¿Magreándolas? Eso era algo totalmente distinto.

Y Haines tenía que saber que el tío de Scott era su jefe. ¿Y si mi hijo se lo contó a Augie? ¿Cuántas otras veces, desconocidas para Claire, Scott se había cruzado con Haines? ¿Cuántas veces lo había provocado?

Un chivato.

Así debía de haberlo visto Haines. Un chivato que podría descarrilar su carrera, hacer que lo acusaran.

Imaginé varios escenarios.

«¿Habrá visto Haines a Scott caminando por la calle?, ¿habrá salido de su coche para ir a perseguirlo? ¿Y Scott, con la llave que tenía, habrá entrado en Muebles Ravelson para subir corriendo al tejado, pensando que podía escapar? ¿Haines lo habrá perseguido hasta allí para luego lanzarlo por el lateral?».

«¿O quizás Scott ya estaba allí, haciendo ruido, causando disturbios? ¿Y en ese momento habrá pasado Haines y habrá visto algo sospechoso en el techo? Y, cuando estuvo ahí y descubrió que era Scott, ¿habrá visto su oportunidad?».

—De verdad, señor Weaver, dígame algo.

Miré a Claire, de repente, como si fuera una hipnotizadora que acabara de chasquear los dedos para sacarme de un trance.

—¿Qué?

—¿Se siente bien?

—Sí.

—En cuanto he mencionado a Scott, se ha puesto como raro.

—No ha sido nada —dije—. Solo que… cuando has hablado de él, me han asaltado algunos recuerdos.

—Madre mía, lo siento. Solo quería decirle algo agradable.

—No, está bien. Me alegro de que lo hayas hecho. De verdad. —Intenté concentrarme—. ¿Dijo Scott alguna vez algo en el sentido de que tenía miedo de Haines? ¿Que pensaba que Haines podría hacerle daño?

Claire negó con la cabeza.

—No. O sea, todos los de mi edad, en Griffon, nos imaginamos que

la policía nos va a hacer algo en algún momento. Somos adolescentes, así que debemos de ser culpables de algo, ¿no?

No dije nada. Seguía luchando contra la niebla roja, decidido a entregar a Claire a su padre sin desviarme de la carretera antes de llegar al hospital.

—Me siento bien, ¿sabe? Quiero decir, me siento fatal, pero no creo tener nada malo —dijo Claire, como si me hubiera leído el pensamiento.

—Tu padre y tú podréis decidir qué hacer.

Me preocupaba haber sonado como si ya no me importara, como si en ese momento, que había encontrado a Claire, que había enfrentado la carga de responsabilidad que sentía desde que esa chica se había subido a mi coche, hubiera dejado de ser asunto mío. Como si, una vez entregada a su padre, pudiera alejarme de todo.

Eso no era lo que yo sentía. No, de verdad. Pero sobre mi desordenado escritorio había pasado un gran brazo que había barrido con todo hasta arrojarlo al suelo.

Y ya no tenía nada más que a Scott.

Cruzamos Grand Island sin decirnos nada hasta pasar por delante de los centros comerciales de saldos de las cataratas del Niágara, que quedaban a nuestra derecha.

—¿Quién se lo va a decir al padre de Dennis? —preguntó Claire.

Otro padre que estaba a punto de experimentar un dolor inimaginable. Sentí como si todos fuéramos absorbidos por un agujero negro de vacío infinito.

—No lo sé —respondí—. La policía estatal, quizás, una vez que descubran lo que ha pasado en la cabaña.

—¿No debería ayudarlos con esto? —sugirió—. ¿No debería ser usted quien vaya a ver al padre de Dennis?

Mientras viva, lamentaré lo que dije a continuación.

—¿No he hecho bastante? —espeté, girándome hacia ella—. Si no hubieras tocado mi maldita ventanilla, no me habría visto arrastrado a nada de esto.

Su rostro se demudó y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Lo siento mucho. Lo siento. ¡Nadie le pidió que viniera a

buscarme! ¡Nos las habríamos arreglado! ¡No lo necesitábamos! ¡Dennis ni siquiera estaría muerto si no fuera por usted!

—Claire…

—Déjeme en paz —dijo—. Solo lléveme con mi padre. Quiero ver a mi padre.

Vi la «H» azul en el horizonte. Cuatro minutos después, estábamos en la entrada de Urgencias. Bert Sanders estaba allí de pie, sin saber qué coche buscar. Sin embargo, cuando vio a Claire en el asiento del copiloto, empezó a saludar y corrió a nuestro encuentro.

Abrió la puerta de Claire antes de que ella pudiera tocar el picaporte. La cogió entre sus brazos. Los dos echaron a llorar.

Sanders me miró por encima del hombro de su hija y sonrió.

—Muchas gracias, Wea…

Me estiré para cerrar la puerta del pasajero.

—Más tarde —dije, y pisé el acelerador.

61

Augie me esperaba en la esquina, a unos cientos de metros de la casa de los Pearce, muy erguido en su Suburban blanco. Me detuve a su lado y bajé la ventanilla del pasajero. Pero él, que tal vez está al tanto de lo que conducía todo el mundo en Griffon, miró el Subaru.

—Con toda la mierda que está pasando, ¿has tenido tiempo de comprarte un coche nuevo? —comentó.

Señalé la calle.

—¿Has visto si hay alguien en la casa? —pregunté.

—No ha entrado ni salido nadie, pero tampoco hay ningún coche. Yo diría que no hay nadie en la casa. —Hizo una pausa—. Excepto, desde luego, Harry, que estará en el sótano. —Me miró con escepticismo y, en realidad, ¿quién podía culparlo?

—Hay algo más de lo que necesito hablarte —le dije—. Se trata de Scott.

—¿Tiene algo que ver con lo que crees que está pasando en esa casa?

—No del todo —respondí.

La expresión de Augie se volvió ligeramente comprensiva.

—Nadie se preocupa más por Scott que yo, Cal, pero ¿podríamos abordar una cosa a la vez?

Aunque lo de Ricky Haines me revolvía por dentro, entendí su punto de vista. Estábamos ahí para encontrar a Harry Pearce.

En lugar de contestarle, conduje calle arriba y aparqué delante de la casa de Phyllis Pearce. Augie, que me había seguido, se detuvo junto al porche. Al reunirme con él, volví a darme cuenta de lo larga que estaba la hierba. Tras la marcha de Dennis, Hooper's se había quedado sin el personal que necesitaba para satisfacer las necesidades de todos sus clientes.

Subimos juntos los escalones del porche. Dado que Augie era el jefe de la policía, dejé que caminara delante y que fuera él quien tocara el timbre.

—Has dicho que no había nadie —dije.

—Por si acaso —respondió.

Pasaron veinte segundos sin que nadie viniera a atendernos. Augie intentó abrir la puerta, solo que estaba cerrada con llave. No fui tan ingenuo como para preguntarle a mi cuñado si necesitaba una orden. Y no me habría gustado tener que esperar a que nos concedieran una.

—Vamos a dar la vuelta —dijo—. Antes de derribar una puerta, preferiría ver si se han dejado otra abierta.

Fuimos a la parte de atrás y probamos, pero también estaba cerrada. Tampoco encontramos ventanas accesibles para forzarlas. A ras de suelo había varias ventanas del sótano, pero Augie no tenía ningún interés en romper un cristal.

—Soy demasiado viejo para meterme así en una casa.

Así que volvimos a la puerta principal.

—Allá vamos —dijo. Se echó hacia atrás y, con el tacón de la bota, dio una patada justo bajo el pomo. La puerta no se abrió.

—Mierda —exclamó—. He estado a punto de romperme la rodilla.

—Déjame intentarlo. —Golpeé la puerta con tanta fuerza que la jamba empezó a astillarse. Entonces Augie se dio otra oportunidad y por fin cedió.

—Es posible que Phyllis me envíe una factura por esto —dijo.

Entramos en la casa. Augie pegó un grito.

—¿Hola? ¡Policía! ¿Hay alguien en casa? —No oímos ninguna respuesta.

Abrimos varias puertas. Un par de ellas daban a armarios, otra, a un cuarto de baño. La cuarta puerta, junto a la entrada de la cocina, daba a unas escaleras descendentes.

—Después de ti —dijo Augie.

Encendí una luz. El sótano era de techo bajo y estaba inacabado. Tenía las bombillas desnudas, en lugar de apliques. Las paredes eran de bloques de cemento sin recubrir. Había media docena de habitaciones. Una era un taller, con herramientas colgadas en la pared. En otras dos había muebles viejos. Otra estaba atestada de archivadores metálicos. Augie abrió el cajón superior de un archivador y echó un vistazo.

— Transacciones del Patchett's —anunció.

En otra habitación había una lavadora, una secadora y un perchero. Una estantería, manchada de suavizante y detergente líquido derramados, estaba repleta de limpiadores y productos químicos.

—Aquí es donde comenzó el fuego —comenté.

—¿Qué?

—Lo que trajo a Dennis aquí: el humo que salía de la secadora. Pelusa que estaba incendiándose, tal vez. Mira. Ahí, en esa pared, está el extintor.

Más allá del lavadero había un pasillo corto y, al final, una puerta.

—Augie —llamé.

Él miró primero la puerta y luego a mí.

—Supongo que deberíamos echar un vistazo.

Me le adelanté. De la puerta colgaba un candado. Lo usé para golpear.

—¿Señor Pearce? ¿Está ahí? ¿Señor Pearce?

Augie se unió.

—Soy Augustus Perry, Señor Pearce. Jefe de la policía. Vamos a sacarlo de ahí.

Había una ventana sótano poco profunda. Estaba junto a la puerta y bajaba unos treinta centímetros con respecto al techo. Tal como había dicho Claire, en el alféizar había una llave. La cogí, la encajé en el candado, di un giro y la cerradura se abrió. Puse el candado en el alféizar, junto con la llave.

Tenía que esforzarme para que no me temblara la mano.

Augie cogió el pomo y empujó.

—Uf —dijo, cuando a ambos nos llegó un tufo desagradable que alguien había intentado enmascarar con Lysol. Era una mezcla de moho, ratones muertos, orina y Dios sabía qué más.

La puerta quedó abierta de par en par. Yo no estaba preparado para lo que me tocaría ver. No era lo que esperaba, en absoluto.

La habitación estaba llena de muebles extraños, pilas de revistas viejas, un tocadiscos descompuesto y sin brazo y una caja de cintas de ocho pistas. Había también una vieja cama plegable de metal, doblada por la mitad, y, atrapado en ella, un colchón de aspecto sucio. La cama estaba remetida en una esquina, detrás de más cajas

de cartón. Vi un trastero iluminado por una bombilla sin pantalla que colgaba de un casquillo expuesto en el techo.

Y eso era todo.

Harry Pearce no estaba ahí.

Augie se volvió y me miró.

—Cuando Phyllis me envíe la factura de su puerta principal, te la pasaré a ti.

62

Phyllis abre la puerta y, con una amplia sonrisa en la cara, le dice:

—Hoy es tu día de suerte.

Harry Pearce se sienta en la cama.

—¿De qué hablas?

—Helado —dice—. Vamos a tomar un helado.

Harry no parece creérselo.

—No me tomes el pelo.

—Es verdad. Vamos a ir.

Es como un niño que acabara de recibir un cachorro nuevo.

—Este es el mejor día de mi vida.

A veces, ella se sorprende de lo infantil que se ha vuelto con el tiempo. Antes, tan contencioso y maltratador; ahora, tan complaciente, tan cautivado con la pura idea de los placeres más cándidos.

Phyllis asiente.

—Ya es hora —dice—, de verdad que ya es hora. Pero va a costar un poco de trabajo sacarte de aquí No es que hayamos instalado rampas a lo largo de estos años.

—No hay problema —responde él. Saca las piernas de la cama y se echa hacia delante para agarrarse al brazo de su silla de ruedas—. Ya se nos ocurrirá algo.

El hombre se levanta de la cama, gira y se deja caer en la silla. Si bien, con el paso de los años, sus piernas se han convertido en palos, tiene los brazos musculosos de tanto subir y bajar de la silla de ruedas. Tampoco es que haya tenido mucho espacio para dar vueltas. La habitación donde vive desde hace siete años mide tan solo tres por tres metros, y no es el entorno más hospitalario: suelo de cemento frío, paredes de bloques de hormigón. De vez en cuando, ella lo ha dejado pasearse por el sótano para que haga ejercicio, lo ha dejado pasar junto a la lavadora y la secadora, entrar en el cuarto de costura o en ese taller del que disfrutó en algún

tiempo, con sus llaves inglesas y otras herramientas ordenadas a la perfección.

Pero incluso esos breves momentos fuera de los muros de la celda la han puesto nerviosa. Si alguien apareciera de improviso, tendría que esconderlo al instante, cerrar la puerta y echar el cerrojo a toda prisa.

Hacía esfuerzos por convencerse de que la habitación no era una celda. Durante mucho tiempo, fue la sala de recuperación de Harry, donde ella y Richard lo trataban, lo cuidaban y le devolvían la salud. Claro, él ya nunca fue como antes. No estaba ni cerca, siquiera. Pero lo hecho hecho está. Uno tiene que sacar lo mejor de una mala situación, ¿y no habían hecho por él todo lo posible? ¿Todo este tiempo?

En retrospectiva, seguro que había cosas que podían haber hecho de otra manera. Tal vez, si hubieran llamado a una ambulancia de inmediato, justo después de que Harry rodara por las escaleras, habrían podido hacer algo por él. Pero ¿quién iba a saber que estaba paralizado de la cintura para abajo y que, con toda probabilidad, tenía rota la columna vertebral? ¿Cómo iban a saberlo? Además, había otras cosas en juego. Después de todo, Richard acababa de unirse a la policía de Griffon. Tenía todo un futuro por delante. ¿Iba a renunciar a todo eso por un lapsus momentáneo? ¿Era justo?

En muchos sentidos, Harry solo podía culparse a sí mismo. La mayor parte del tiempo había sido un buen hombre. Había estado al lado de Phyllis años atrás, cuando murió su primer marido; la había consolado, la había ayudado con los asuntos del patrimonio, la había llevado a cenar; los había invitado, a ella y a su hijo, a acompañarlo en viajes a California y México. Había tratado a Richard como si fuera su propio hijo. Harry amaba al niño, y en ello no había nada de falso, y Richard, que con tanta desesperación necesitaba una figura paterna, le había correspondido. En todo caso, el vínculo que los unía fue lo que convenció a Phyllis de permitir que Harry se mudara con ella y, en un momento dado, de aceptar su propuesta de convertirse en su segundo esposo.

Debería haber prestado más atención a las señales. Algo no encajaba con Harry. Antes de casarse, la obsesión de ese hombre

por llevar un registro, por guardar todos los recibos (y los tenía de tiendas de dónuts, de seis años atrás, por el amor de Dios), no parecía más que una encantadora excentricidad. De hecho, iba a ser una verdadera adquisición para el bar, alguien que se aseguraría de que los libros cuadraran. Pero había otras cosas: esos cuadernos en los que anotaba cada cosa que comía, con esa letra tan pequeña y precisa y siempre con la fecha por delante. No le importaba cuánto se burlaran de él las gentes del Patchett's. Entonces, a Phyllis no se le había ocurrido que Harry era, tal vez, obsesivo-compulsivo.

Y si eso hubiera sido todo, las cosas habrían podido llevarse. Pero estaban los cambios de humor. Un día quería llevar a Phyllis y a Richard al cine o al centro comercial y gastar algo de dinero, para sumirse, al siguiente, en las profundidades de la depresión. Y, con la depresión, a menudo venía la ira. Y la bebida. El hombre se negaba a ver a un médico; mucho menos a un psiquiatra o un psicólogo. Phyllis pensó entonces que, además de padecer el trastorno obsesivo-compulsivo, Harry podría ser bipolar o maniaco-depresivo. Con el tiempo, se convirtió en un compendio de tics psiquiátricos.

En sus momentos más bajos, nada era demasiado trivial como para encontrarle defectos: las luces encendidas sin ninguna necesidad o subirse al coche después de que lo hubieran usado Phyllis o Richard y encontrar menos de un cuarto de gasolina en el depósito. Phyllis tenía que asegurarse de que las cucharas quedaran verticales en la rejilla de secado para que el agua no se quedara estancada. Si algo así ocurría, Harry se volvía loco. Creía que Phyllis y su hijo hablaban de él a sus espaldas, lo cual, por supuesto, era cierto.

Y, aunque sucedió en raras ocasiones, hubo violencia.

Como la vez que Phyllis perdió la factura del teléfono. Harry, que pagaba las cuentas cada dos semanas, no entendía por qué esa no estaba con las demás. Buscó en la papelera y resolvió que Phyllis la había tirado sin querer, junto con el correo basura. Se puso furioso. En un arrebato de ira, agarró a Phyllis por la muñeca, puso la mano de la mujer sobre la mesa de la cocina y la golpeó con una taza.

No le rompió ningún hueso, pero ella no pudo mover la mano durante una semana. Harry se arrepintió al instante. Se convirtió en el marido más atento del mundo. Hizo todas las comidas durante

días. Le compró flores a Phyllis. Llevó a Richard a un partido de los Bills para demostrar que era un padrastro de una pieza.

Pero no podía aguantar todo el tiempo, sobre todo si había bebido demasiado. A veces no era más que una bofetada. Y, en una ocasión, cuando iba al volante y ella pensó que se había dejado una plancha enchufada, él le dio un puñetazo en el muslo. Y ella no se había dejado la plancha enchufada, solo que eso no hizo otra cosa que exasperarlo más.

Sin embargo, a pesar de todo, Phyllis y Richard no lo odiaban. Phyllis se disculpó en su nombre. Dijo que tenían que darle un poco de cancha. Era una persona atormentada. Había estado en Vietnam, había visto cosas que nadie debería ver, había hecho cosas que nadie debería hacer. A menudo, en la mitad de la noche se despertaba gritando, con el colchón empapado en sudor, mientras revivía algún horror ocurrido allí a finales de los sesenta.

«Harry trabajó por su patria —decía Phyllis a menudo— y eso le dejó una marca».

Ella también estaba ocupada con Richard. Acaso, cuando tu verdadero padre ha muerto y eres solo un niño, tu cabeza se desordena. O bien, cuando tu nuevo padre tiene un montón de problemas, encuentras la forma de heredarlos, aunque no haya ningún vínculo genético. ¿Quién lo habría dicho? Pero, a medida que Richard avanzaba en la adolescencia, mostraba signos de no ser capaz de controlar ciertos impulsos. Hubo aquel par de incidentes, dos de los que Phyllis tuvo noticias, al menos, en los que su hijo toqueteó a algunas chicas del cole. Vale, hay que usar la palabra correcta: las magreó. Hubo reuniones con el director, disculpas y una suspensión. Por suerte, la cosa no pasó de ahí. Y luego estaba la propensión de Richard a estallar de ira. Era calma y serenidad en la superficie, pero hervía a fuego lento en el fondo, como la lava que burbujea en un volcán inactivo. Entonces, pum. Phyllis también quiso llevarlo a ver a alguien, pero Harry se opuso.

—Es solo un niño —le dijo—. Se está desahogando.

Y eso, ni más ni menos, fue lo que ocurrió aquella noche, hacía siete años.

Harry padecía una depresión muy profunda, es decir, había caído

«en las garras del perro negro», según la famosa frase de Winston Churchill, y había estado así durante la mayor parte de la semana. Phyllis y Richard habían hecho todo lo posible para mantenerse alejados de él. Ella se estaba ocupando del Patchett's sola. A su marido le insistía en que se quedara en casa hasta que se sintiera más animado.

Un lunes, con el personal puesto a cargo de la gestión del Patchett's para que los Pearce pudieran disfrutar de una noche libre, Harry, después de haber anotado en su cuaderno lo que Phyllis había servido de cena (resultó ser chuletas de cerdo, macarrones con queso y guisantes en conserva), anunció que quería helado.

Phyllis le dijo que no tenían. Harry quiso saber cómo era posible, ya que había preparado a su esposa una lista de la compra y sabía que en ella había escrito «helado».

—Se me pasó —dijo ella—. Compraré la próxima vez.

—¿Qué sentido tiene —quiso saber él— que yo escriba cosas en tu lista de la compra si no vas a consultarla ni a leer lo que pone? A lo mejor lo compraste y se te ha olvidado. —Se puso a hurgar en el congelador, en la parte superior del frigorífico. Iba dejando caer al suelo filetes congelados y envases de zumo de naranja Minute Maid.

—Maldita sea.

—Harry —dijo Phyllis.

Richard estaba mirándolos desde la puerta, entre la cocina y el comedor, con los brazos cruzados. Ya era miembro del departamento de Policía de Griffon, aunque llevaba pocos meses. Aún como habitante de la casa de sus padres, no se había quitado el uniforme después de un día de poner multas y dirigir el tráfico en el lugar de un accidente.

Harry seguía tirando cosas.

—¿Es mucho pedir que siempre tengamos helado aquí? —preguntó. Una cubitera fue a dar al suelo y esparció pequeños bloques de hielo por el linóleo—. ¿Y el congelador de abajo? ¿Tenemos alguno ahí abajo?

—No —dijo Phyllis.

De todos modos, él abrió de golpe la puerta del sótano.

Hasta ese momento, Richard no se había movido ni un milímetro.

Harry giró sobre sí mismo, dio un paso hacia Richard y le apuntó con un dedo. Lo puso a cinco centímetros de su nariz.

—Después de todo lo que he hecho, de todo lo que os he ayudado a ti y a tu chico todos estos malditos años, ¿es mucho pedir? ¿De veras? Juro por Dios que si yo…

Todo ocurrió en menos de diez segundos.

—¡Cállate! —gritó Richard. Entró furioso en la habitación, agarró una de las sillas de madera de la mesa de la cocina y, habiéndola sujetado por el respaldo con ambas manos, la usó contra su padrastro como un bate.

Este, por instinto, se dio la vuelta. La silla lo golpeó en la espalda. Muy fuerte. Harry Pearce se fue de boca y su pie aterrizó en uno de los cubitos de hielo.

Aquello, en un episodio de los Tres Chiflados, habría sido cómico.

A Harry se le resbaló el pie. Salió despedido hacia delante y atravesó la puerta abierta del sótano. Cayó con un gran estrépito. Sin embargo, cuando ya estaba en el fondo, el silencio fue total.

Phyllis soltó un chillido.

—¡Papá! —gritó Richard, y arrojó la silla a un lado.

Los dos bajaron corriendo los escalones y encontraron a Harry hecho en un bulto retorcido. Tenía los ojos cerrados y no se movía.

—Dios mío, está muerto —dijo Phyllis.

Richard se arrodilló y apoyó un costado de la cabeza en el pecho de su padre.

—No, no, aún respira. Le late el corazón.

Phyllis también se arrodilló y apoyó la cabeza en el pecho de su esposo. Necesitaba confirmarlo por sí misma.

—Sí, lo oigo. Lo oigo. ¿Harry? Harry, ¿puedes oírme?

Harry, que había adoptado la forma de un pretzel, no respondía.

Richard se levantó.

—Llamaré a una ambulancia —dijo. Subió los escalones de dos en dos y, cuando acababa de desaparecer en la cocina, su madre lo llamó.

—Espera —le dijo.

La cabeza de Richard reapareció bajo el marco la puerta, silueteada contra las luces de la cocina.

—¿Qué?

—No… Quiero decir, solo… espera.

—Mamá, cada segundo cuenta.

—Se pondrá bien —dijo Phyllis—. Solo necesita un minuto. Ayúdame a enderezarlo.

—No deberíamos moverlo —opinó el hijo.

—Lo haremos con mucho cuidado. Tenemos una vieja cama extra en la habitación del fondo. La sacaré. Podremos acostarlo ahí.

—Mamá…

Richard volvió a bajar hasta la mitad de las escaleras.

—Richard, escúchame —explicó ella—. Si pides una ambulancia, llamarán a la policía.

—Yo soy la policía —respondió él.

—Lo sé, pero vendrán otros. Y, cuando Harry se despierte y les cuente lo que has hecho…

—Yo… No era mi intención. Me ha enfadado mucho. He pensado que iba a golpearte.

—Lo sé, cariño, lo sé. Lo entiendo a la perfección. Pero la policía no lo va a entender. No va a entender nada. Acabas de empezar y no estaría bien, no sería justo que te echaran esto en cara.

—Yo… No sé…

—Prepara la cama. Ponla aquí. Yo lo enderezaré.

Richard llevó la cama. Las ruedas oxidadas chirriaban en señal de protesta. La abrió y la puso lo más plana posible. Dio unas palmaditas en el colchón para alisarlo.

—Ayúdame a levantarlo —dijo Phyllis. Juntos, lo subieron a la cama —. Todavía respira. Parece estar respirando bien.

—No podía soportar lo que estaba haciendo —se justificó Richard—. No había modo de que parara. No podía dejarlo continuar. Él…

—No pasa nada. Todo va a salir bien. Vamos a cuidar de él. Quizás vuelva a estar bien en unas horas. Tendrá un fuerte dolor de cabeza, y eso será todo. Espera y verás. No tiene sentido darle más importancia de la que tiene en realidad.

—Si eso es lo que tú crees, mamá… —aceptó Richard. Ella siempre parecía saber lo que había que hacer.

Pero ¿era lo correcto? En aquel momento, daba la impresión de

serlo. Pero Harry no se puso bien en pocas horas. No recobró el conocimiento hasta pasados dos días. Y, cuando lo hizo, ya no era el mismo. Era alguien más simple, de alguna manera.

Luego, Richard y Phyllis intentaron sacarlo de la cama, solo para descubrir que no podía mover las piernas.

—Deberíamos llamar a un médico —dijo Richard—. Quizás haya que hacerle una radiografía o algo así.

—Le daremos unos días más —insistió Phyllis—. Tal vez… Podría ser que lo que quiera que se le haya roto, eso que no deja funcionar las piernas, se arregle solo.

Ninguno de los dos lo creía de verdad, pero estaban dispuestos a intentarlo.

En el Patchett's, la gente preguntaba por Harry.

—Tiene esa gripe desagradable que ha estado rondando por aquí —les decía Phyllis—. Lo último que quiero es que venga a estornudar sobre las alitas de pollo.

Al cabo de una semana, Phyllis y Richard se convencieron de que tenían un verdadero problema entre manos.

Habían esperado demasiado para pedir ayuda. ¿Cómo explicar sus actos? ¿Haber visto a un hombre caer por las escaleras y no haber pedido ayuda? Era un poco tarde para alegar defensa propia. Si el acto de Richard hubiera sido salvar la vida de su madre, aquella misma noche habrían podido llamar a la policía. Después de todo, como el novato que era, tenía una idea bastante clara de lo que constituía la defensa propia.

Pero no lo hicieron.

Y, aunque Harry Pearce estaba un poco más aturdido que antes, cada vez que Richard bajaba las escaleras para ver cómo iba, el hombre levantaba un brazo con un movimiento débil y lo señalaba.

—Tú, qué hijo de puta —le soltaba.

Y no lo decía en sentido figurado.

En ese momento conseguirle atención médica suponía un riesgo considerable para Phyllis y su hijo; pero, sobre todo, para él.

Y, en el trabajo, la gente seguía preguntando: «¿Cómo está Harry? ¿Dónde diablos está? ¿Cuándo va a volver?».

—¿Qué hacemos? —preguntó Richard una noche mientras él y su

madre estaban sentados a la mesa de la cocina, escuchando los ronquidos de Harry en el piso de abajo.

—No lo sé —dijo ella.

—La gente va a seguir preguntando y preguntando dónde está papá.

—Tenemos que impedirlo. Esto tiene que terminar de alguna manera —opinó ella.

Richard se recostó en su silla.

—¿Qué dices? No estarás pensando que deberíamos…

—No, no, claro que no. Pero todos tienen que creer que ha pasado algo, algo permanente, para que no nos vuelvan a preguntar dónde está.

—Como, no sé, que ha ido a ver a su primo, tal vez —sugirió Richard—. En Calgary.

Phyllis negó con la cabeza.

—La gente seguirá preguntando cuándo va a volver. No, tenemos que contar una historia que consiga que dejen de hacer preguntas de una vez por todas. —Tensó la boca—. Hoy he ido a la biblioteca. He descubierto algo interesante. He descubierto que, a lo largo de los años, muchas personas han caído al río por accidente y han terminado despeñándose por las cataratas. Algunas nunca fueron encontradas.

—Espera —dijo Richard—. Acabas de decir, me parece, que no haríamos algo así. No vamos a arrojarlo por las cataratas. No podemos… O sea, es mi padre. Vale, no mi verdadero padre, pero es lo que él ha sido para mí durante mucho tiempo.

Ella le cogió la mano.

—Lo sé. Lo que estaba pensando es que, si conseguimos que la gente crea que se ha caído por las cataratas, podremos seguir cuidándolo. Aquí mismo.

—¿Por cuánto tiempo?

—El que sea necesario.

—Pero podría… ¿Y si de verdad mejora?, ¿lo suficiente como para, ya sabes, subir las escaleras y salir a la calle?

—Richard, no va a mejorar. Tiene rota la columna vertebral. También le ha pasado algo en la cabeza. Se ha vuelto un poco bobo.

Ni siquiera está obsesionado con las cosas de siempre, fuera de que sigue anotando en esa estúpida libreta todo lo que come. No se va a levantar un día, ya te digo, para salir de casa y contarle a todo el mundo lo que le ha pasado.

Entonces se les ocurrió la idea del bote: que Harry se emborrachó una noche y decidió llevar su embarcación al río. Aparcarían su coche y su remolque en la orilla. Dejarían los remos en el coche para que, más tarde, cuando el bote con el depósito de gasolina vacío apareciera cataratas abajo, las autoridades pudieran reconstruir la historia. La gente buscaría el cuerpo, quizá durante varios días, antes de darse por vencida.

Y eso hicieron.

Apareció un artículo en el periódico, hubo notas en cada una de las emisoras locales. Incluso la CNN se hizo eco de la noticia. Hubo un funeral, aunque sin cadáver que enterrar. Phyllis lloró. Richard la abrazó y la consoló.

Recibieron mucha atención durante unos diez días.

Y, luego, todo el mundo siguió con su vida. No hubo más preguntas sobre lo que le había ocurrido a Harry.

Poco después, Richard se hizo con su propio apartamento. No soportaba estar en esa casa las veinticuatro horas del día. Pero volvía casi a diario, en algún momento de la jornada; por lo general, antes de empezar el turno o justo al terminarlo, para ver cómo estaba su padrastro. Le llevaba la comida, lo ayudaba a ir al baño, limpiaba lo que había que limpiar y le buscaba libros y revistas para leer; sobre todo, revistas, ya que a Harry le costaba concentrarse en los libros.

Todo parecía marchar bien.

Hasta una noche en que Phyllis llegó a casa tarde, después de haber cerrado el Patchett's, y allí, a tres metros de la puerta, arrastrándose por la alfombra del salón, encontró a Harry.

Casi le dio un infarto.

Veinte minutos más y el hombre habría llegado al porche delantero. Y otros diez minutos después, se habría arrastrado hasta la acera, donde cualquiera podía haberlo visto.

A partir de ese día, la puerta de la habitación del sótano se cerraba

con llave.

Uno hacía lo que tenía que hacer.

—¿Qué va a pasar —preguntó Richard en una ocasión— cuando él…, ya sabes, fallezca por fin?

Eso era algo en lo que Phyllis ya había pensado, en definitiva.

—Lo llevaremos al bosque —explicó—, cavaremos un bonito hoyo para él, lo cubriremos y le haremos nuestro pequeño funeral privado. Eso haremos.

Pero hoy, siete años después, Phyllis ha decidido que tal vez sea necesario acelerar un poco ese proceso.

Porque es una simple cuestión de tiempo que alguien empiece a atar cabos, que llegue a la casa armado y con una orden de registro y encuentre a Harry en esa habitación.

Ahora, la prioridad es deshacerse de las pruebas.

Y Harry es la prueba.

Si la policía apareciera alegando que le han contado una historia disparatada sobre un Harry escondido en el sótano, ella podría decir: «¿De qué habláis? Bajad y echad un vistazo. Es un sinsentido».

Nadie lo había visto ahí abajo, salvo Dennis. Y Dennis se lo habría dicho a Claire. La buena noticia es que Richard se ha ocupado de los dos. Ahora, lo único de lo que tienen que preocuparse es de ese detective y esa libreta.

Phyllis apuesta a que la tiene él. Si pudiera ocuparse de ambos asuntos a la vez, quizá encontraría la forma de escapar de todo esto. Por ella misma y por su hijo.

Va a llamar a Cal Weaver, pronto, pero todavía no. Hay asuntos más urgentes.

—¿Qué son todas estas cajas? —pregunta Harry después de que ella lo ha sacado de su dormitorio, mientras pasan junto a la lavadora y la secadora.

—Te voy a poner arriba —dice—. Contigo fuera del sótano, puedo guardar más cosas en esa habitación.

—¿Dónde? ¿De qué hablas?

—He pensado en darte el dormitorio de Richard. Ha estado vacío durante mucho tiempo. Tendrás una ventana, vistas y brisa fresca cuando quieras.

—No sé qué decir. ¿En serio?

—Espera aquí unos minutos mientras me ocupo de tu antigua habitación.

—¿No volveré a entrar ahí?

—Puedo prometerte, Harry, que no dormirás ahí ni una sola noche más.

Ella siente que algo se le atasca en la garganta. Vuelve a la habitación con una bolsa de basura y la rellena con todo lo que dice «Harry»: ropa, pañales para adultos, restos de comida, una bolsa de galletas, pañuelos usados, ropa de cama.

Pliega otra vez la cama rodante, la empuja hasta un rincón y amontona delante algunas cajas. Lleva más cajas que ha estado almacenando en otras habitaciones. Rocía un poco de ambientador, lo huele y llega a la conclusión de que la cosa no está tan mal. Ha trabajado de manera febril y ha dedicado más de veinte minutos a hacerlo todo, pero es una mujer fuerte. Atribuye su vigor a los años de cargar cajas de cerveza.

—Vale, ya podemos irnos —dice. Cierra la puerta y echa el candado, más por costumbre que por otra cosa— Voy a necesitar ayuda en las escaleras.

Lleva la silla hasta el último escalón. Phyllis le pone las manos bajo los brazos y lo levanta. Él se agarra a la barandilla con la mano derecha y, con Phyllis a su izquierda, consigue llegar a la cocina. Se arrastra por el suelo y se queda quieto mientras ella baja corriendo, pliega la silla de ruedas y la sube.

Harry escudriña la cocina.

—Frigorífico nuevo —comenta.

Ella había tenido que triturar somníferos y ponérselos en la comida el día que fueron a poner el frigorífico nuevo en reemplazo del otro, que se había estropeado. Al menos, así habían sido las cosas ahí arriba. Cuando falló la caldera del sótano, no solo drogó a Harry, sino que lo ató a la cama y le tapó la boca con cinta adhesiva, por si acaso llegaba a despertarse, cosa que, gracias a Dios, no ocurrió. Cuando se estropeó la lavadora, hizo que Richard investigara en Internet y la reparara él mismo. El aparato aún goteaba un poco, pero cumplía su función.

Phyllis lo vuelve a sentar en la silla y lo conduce hacia la puerta trasera.

—¿No vamos a salir por delante? —pregunta él.

—De este modo será más fácil subirte al coche —explica ella.

Al poner las manos en las empuñaduras de la silla de ruedas, se da cuenta de que le tiemblan. Se pone delante de Harry, abre la puerta, y luego vuelve a situarse detrás de la silla para empujarla hacia fuera. Phyllis echa la silla de ruedas un poco hacia atrás para bajar los dos escalones.

El coche está ahí. Lo ha llevado marcha atrás hasta el escalón inferior. El maletero está abierto.

—¿Por qué has forrado de plástico todo el maletero, Phyllis? —pregunta Harry.

El borde de este maletero es bajo. Phyllis inclina a su esposo, como si estuviera vaciando una carretilla. La mitad superior de Harry cae dentro. Él echa las manos hacia delante y trata de bracear.

—¿Qué demonios estás haciendo, Phyllis? Maldición, me he golpeado la cabeza.

—Lo siento, cariño —dice ella—. No puedo dejar que nadie te vea de camino a Baskin-Robbins.

—¡Por el amor de Dios, puedo agazaparme en el asiento!

Ella termina de volcar la mitad inferior del cuerpo de Harry en el coche, aparta la silla, la pliega y la pone en el asiento trasero del sedán.

—¡Phyllis! ¡Sácame de aquí!

—Un segundo —pide ella. Vuelve corriendo a la casa y abre el cajón de la cocina donde guarda los cuchillos.

«He sido buena con él —se dice a sí misma, y sus ojos se llenan de lágrimas—. He hecho lo mejor que he podido».

Coge el cuchillo que suele usar para trinchar el pavo de Navidad y sale corriendo.

63

—Phyllis debe de habérselo llevado a otro sitio —le dije a Augie—. Tenía que saber que veníamos, así que lo sacó de aquí.

—Esto es una locura —protestó él.

Moví algunas cajas.

—Creo que esto lo acaban de poner en este sitio. No hay polvo en el suelo, alrededor de las cajas. Y…, espera, hay medio sándwich ahí abajo, y el pan no está mohoso. ¿Vendrías a comerte un bocadillo a esta habitación si nadie te obligara?

—Apenas puedo respirar —comentó mi cuñado—. Aguarda un segundo.

Salió de la habitación.

—¡¿Qué?! —exclamé.

—Hay marcas —anunció—. Como si algo hubiera circulado por aquí. Pasó sobre el agua que estaba en el suelo, la que gotea de debajo de la lavadora…

—Una silla de ruedas —deduje.

—Tal vez.

—No me estoy inventando esta mierda.

—Volvamos arriba —dijo. Nos reunimos en la cocina—. Creo que Phyllis conduce un Crown Vic, uno de color canela. Es como un coche de policía, aunque sin sirenas ni luces.

Sacó el teléfono y le dijo al despachador de la policía de Griffon que pusiera a todo el mundo a buscar el auto de Phyllis Pearce.

—Probad primero en el Patchett's. Si lo veis, no hagáis nada. Solo hacédmelo saber. —Colgó el teléfono—. De todos modos, podríamos ir allá.

—Necesito hablar contigo sobre la otra cosa.

Augie apartó una silla de la cocina y se dejó caer. Me hizo un gesto para que yo hiciera lo mismo, así que obedecí.

—Adelante —pidió con voz de cansancio.

—Creo que Ricky Haines mató a Scott.

Con los años, ya había descubierto que era casi imposible

escandalizar a Augustus Perry. Provocarlo, sí, pero no escandalizarlo. Incluso si consiguieras sorprenderlo con algo, haría todo lo posible por mantener su cara de palo.

Esa vez no pudo ocultar la reacción.

—¿Qué?—bramó—. ¿De qué coño estás hablando?

—Una noche, Haines estaba registrando a Claire Sanders detrás de Patchett's. Usó eso como excusa para manosearla. Scott vio la escena y amenazó a Haines con denunciarlo, quizás ante ti, por agresión sexual. Cada vez que lo veía por la ciudad, le gritaba que era un pervertido. Así que Haines se la tenía jurada.

—Venga —rebatió Augie—. Podrían ser inventos de Claire.

—Scott nos contó la misma historia, aunque nunca dijo de qué policía se trataba. Por lo visto, mi hijo era un puñalito clavado todo el tiempo en el costado de Haines. Una noche, Haines tuvo la oportunidad de enfrentarlo.

Augie hacía movimientos lentos de cabeza, negando.

—Sigo sin creérmelo.

—¿Crees que es una simple coincidencia que la noche en que Scott cayó del tejado de Muebles Ravelson hubiera sido Haines quien lo encontrara? No estaba respondiendo a ninguna llamada. No fue ninguna otra persona quien encontró a Scott, fue Haines. Y luego vino a nuestra puerta a darnos la noticia. Esa es otra cosa que me inquieta. Haines debe de haber sabido que eras el tío de Scott. Cualquiera diría que, si acabas de encontrar el cadáver del sobrino de tu propio jefe, lo normal sería llamarlo. Tal vez, incluso, llevarlo a darle la noticia a la familia. Pero él no quiso llevarte. Tal vez estaba demasiado nervioso para hacer algo así.

—¡Madre santa! —exclamó Augie.

—Antes, quizá no me habría creído nada de esto —dije—, pero ahora sé de lo que es capaz Ricky Haines. Creo que él asesinó a Hanna Rodomski. Sé que asesinó a Dennis Mullavey e intentó matarnos a Claire y a mí. Colocó dispositivos de rastreo en mi coche para poder seguirme hasta donde estaban escondidos Dennis y Claire. Cuando amenacé al chico Tapscott, Haines no esperaba que me detuvieran. Incluso se ofreció a llamar a mi abogado. Necesitaba que yo estuviera libre para guiarlo hasta Claire y Dennis.

Augie hizo un gesto de dolor.

—Fue Ricky quien me dijo que estabas bajo custodia. Justo antes de que yo fuera a mentir por ti como un bellaco.

—Él y su madre han mantenido a un prisionero en esta casa durante siete años. ¿Creerías que alguien capaz de hacer todo eso no arrojaría a mi hijo de ese tejado?

Eso lo dejó sin nada que alegar. Vi cómo se le enrojecían las mejillas.

—El muy cabrón —dijo por fin—. ¿Por qué demonios no lo denunció Claire Sanders?

—¿En serio? ¿Con toda la mierda que hay entre su padre y tú? Pensó que era lo último que él necesitaba. Me dijo que, si lo hubiera denunciado, tú habrías alegado que lo había hecho obligada por su padre con tal de hacerte quedar mal.

Suspiró.

—Mierda. —Echó hacia atrás la silla y se levantó—. Tenemos que buscar a Haines y a su madre, traerlos y resolver todo esto. Créeme, si ese cabrón mató a Scott… —Augie, a su costado, apretó el puño —. Yo también lo quería, ¿sabes? Era el hijo de mi hermana.

—Lo sé.

—Llegaremos al fondo de esto. Lo juro por Dios.

—No te preocupes —le dije—, eso pretendo.

—Vamos a buscarlos —ordenó, y se dirigió a la puerta.

Sonó mi móvil. Lo saqué del bolsillo de la chaqueta y vi que la llamada era de casa.

—Hola —saludé.

—Hola —contestó Donna. Su voz sonaba plana, carente de animación.

—¿Qué pasa?

—Necesito que vengas a casa.

—Augie y yo estamos en medio de algo.

—Aun así, necesito que vuelvas a casa —repitió—. Tengo una visita.

—¿Una visita? Donna, solo dime qué está pasando y…

Oí que alguien sacudía el teléfono y, luego, una segunda voz.

—¿Weaver? Soy Phyllis Pearce. Tenemos algunas cosas que discutir.

Y vas a ayudarme, porque, si no, lo que le pase a tu mujer será culpa tuya.

64

Tampoco era como si Phyllis hubiera querido usar un cuchillo. Habría preferido una pistola, pero temía que el ruido llamara la atención, sobre todo si tenía que dispararla fuera de casa. Era posible que su hijo tuviera un silenciador para alguna de sus armas, pero ella no, seguro. Y no es una experta en venenos. Había pensado en asfixiarlo con una almohada, pero tenía miedo de que él se resistiera demasiado y no ser capaz de terminar el trabajo.

Al final, el cuchillo parecía la mejor opción.

Ahora, el hombre está en el maletero, envuelto en plástico. Más tarde, Phyllis conseguirá que Richard la ayude a enterrarlo en el bosque. Sabe que sus fuerzas no son suficientes para cavar una tumba. Richard es todavía un muchacho robusto; para él, eso no debería ser ningún problema. Phyllis ya ha metido una pala en el coche. Y un par de guantes de jardinería, para evitar las ampollas. Y, aunque había decidido no usar armas contra su esposo, también lleva una pistola en el bolso.

Solo espera que a Richard no lo moleste mucho que ella haya decidido hacer algo con Harry. Era algo que había que hacer en ese momento. Durante siete años, ella ha llevado el fardo de la culpa por las acciones de Richard, por haber sido tan servicial con el padrastro de su hijo. Sabe que él aún lo quiere, que recuerda buenos momentos entre los malos, cuando Harry se comportaba como un verdadero padre.

Richard tendrá que habituarse a la idea.

Phyllis tiene una parada más que hacer.

Irá a casa de Weaver, cogerá a la esposa como rehén, llamará al detective por teléfono y le exigirá que lleve la libreta. En cuanto la tenga en su poder, podrá enterarse, a través del detective, si alguien más sabe lo de Harry. Si no, la matanza podría terminar con los Weaver.

No puedes ir por ahí cargándote a todo el mundo. En algún punto tienes que poner el límite. Se sentirá aliviada de haber llegado a ese

extremo con los Weaver. Entonces, ella y Richard podrán seguir con sus vidas.

Será bueno que las cosas vuelvan a la normalidad.

Mientras conduce, siente la carga extra en el coche. Al tomar las curvas, nota que la parte trasera pesa, que se balancea un poco. Ya ha buscado la dirección de Weaver. En su camino a esa parte de la ciudad, hace una llamada por el móvil.

—¿Sí, madre?

—¿Dónde estás? —le pregunta a su hijo.

—Casi en casa, a punto de llegar.

—¿Sabes dónde vive el señor Weaver?

—Sí.

—Voy allá. Tú también ve y aparca al otro lado de la calle. Y, si llegas a ver algo sospechoso, me llamas.

—¿Qué vas a hacer?

—Por ahora, solo déjame manejar las cosas.

—¿Y papá? ¿Está bien? ¿Está en la casa?

—Ya no, hijo. Lo he trasladado.

—¿Trasladado?, ¿adónde?

—Te lo contaré todo más tarde. Ve a casa de Weaver.

Phyllis cuelga el teléfono.

Encuentra la casa del detective, se acerca al bordillo y aparca. Va a la entrada y toca el timbre. Segundos después, la puerta se abre.

—¿Sí?

—¿Señora Weaver? —pregunta Phyllis.

—Sí, soy yo.

—No puedo creer que nunca nos hayamos conocido, y, si lo hemos hecho, perdóneme por no recordarlo, por favor. Soy Phyllis Pearce. Soy la dueña del Patchett's.

—Ah, claro, hola. ¿En qué puedo ayudarla? —pregunta Donna Weaver.

—¿Puedo pasar?

Donna abre la puerta de par en par y la deja entrar. Lleva una chaqueta amplia, de manga larga, abotonada por delante, y siente la necesidad de disculparse por ello.

—Acabo de ponerme esto. Es de mi marido. Se ve horrible, pero en

casa hace frío. Algo raro le pasa al termostato.

—Yo tampoco soy un figurín —dice Phyllis—. Usted parece estar muy cómoda.

Donna señala la mesa del salón.

—Disculpe el desorden —dice. La tiene cubierta de bocetos, todos de la misma persona vista desde distintos ángulos, todos en diferentes fases de acabado. Hay lápices de carboncillo, fijador en aerosol, un grueso cuaderno de papel de dibujo y un pequeño bloc de notas adhesivas amarillas. Uno de los bocetos tiene pegada una nota amarilla con algunas palabras garabateadas.

—¿Qué son? —pregunta Phyllis.

—No son más que… dibujos. De nuestro hijo.

—Ah, sí —dice Phyllis—, lo siento mucho.

El intento de sonrisa de Donna se convierte en un gesto torcido.

—Gracias.

—Ha tenido que ser un momento muy difícil para usted. ¿Cuánto hace que falleció?

—¿Hay algo en lo que pueda ayudarla, señora Pearce?

—Phyllis, por favor. —Sonríe—. Entiendo que la muerte de su hijo fue un desgraciado accidente, que estaba bajo los efectos de las drogas cuando se cayó del tejado.

En un delicado ademán, Donna se lleva una mano al pecho, como si tuviera una indigestión.

—No quiero hablar de eso, la verdad.

—Solo lo he mencionado porque usted y yo tenemos algo en común, en cierto modo. Lo que quiero decir es que su hijo debe de haber sido una terrible decepción para usted. Las cosas que podría haber hecho… Todo tirado a la basura. Ahora, mi Richard, usted lo conoce, por supuesto, porque procesa sus cheques, sigue vivo, pero le juro que si hay algo que sabe hacer es fastidiarlo todo.

—Creo que debería irse.

—Necesito hablar con su marido —dice Phyllis.

—Me aseguraré de decirle que usted ha estado aquí.

—Ha venido un par de veces a hablar conmigo. Tengo la impresión de que nos llevamos bien. Necesito que lo llame ahora y que venta de inmediato.

—Lo siento —dice Donna—, pero no lo haré. Si quiere hablar con él, llámelo usted misma. Y, repito, creo que debería marcharse.

Phyllis pone el bolso en el suelo, lo abre y saca una pistola. Apunta a Donna.

—Llámelo —ordena.

Donna está haciendo todo lo posible por mantener la calma, pero nunca le habían apuntado con un arma y siente que sus entrañas están a punto de derretirse.

—¿Qué quiere de él?

—Eso es entre él y yo —responde Phyllis—. ¿El teléfono está en la cocina?

—Sí.

—Entonces será mejor que vayamos a la cocina.

Donna se acerca al teléfono de la cocina, se pone el auricular en la oreja y pulsa el botón de memoria que la conecta con el móvil de su marido. Intercambia unas cuantas palabras con él antes de que Phyllis le arrebate el auricular.

—¿Weaver? Soy Phyllis Pearce. Tenemos algunas cosas que discutir. Y vas a ayudarme, porque, si no, lo que le pase a tu mujer será culpa tuya.

—Déjala en paz.

—Tienes que saber que hay gente vigilando tu casa. Es mejor que vengas solo. Si aparece alguien más, tu esposa se muere. Y trae contigo la libreta.

—¿Qué libreta?

—Por favor, no me salgas con eso. Estoy segura de que la tienes. La que mi marido le dio a aquel chico. Necesito recuperarla.

—¿Dónde está Harry? —pregunta Weaver.

—¿Qué has dicho? —Phyllis abre mucho los ojos.

—No está en su habitación, en el sótano. ¿Dónde lo tienes?

—Ven aquí —dice Phyllis, y cuelga.

—Haya pasado lo que haya pasado, haya hecho lo que haya hecho —dice Donna cuando regresa al salón—, debería entregarse. Consiga un abogado. Él podría hacer los arreglos para su entrega. Podría solucionar algo.

—No lo creo —responde Phyllis. Donna se ha inclinado sobre la

mesita y ha comenzado a apilar sus dibujos—. ¿Qué está haciendo? —De espaldas a la mujer, Donna, que ha seguido recogiendo los dibujos en una pila ordenada, los desliza dentro de una carpeta—. Acabo de preguntarle qué está haciendo —pregunta Phyllis.

—No me gusta que mire los retratos de mi hijo.

Phyllis va al otro lado de la mesita de centro y le exige a Donna que deje de hacer lo que está haciendo y se siente. Luego va a la ventana, descorre la cortina un par de centímetros y echa un vistazo a la calle.

La pick-up negra de su hijo está aparcada en la acera de enfrente.

Phyllis suspira aliviada.

—Richard ya está aquí. —Parece reflexionar:— Espero que entienda lo que he tenido que hacer.

65

Le hice señas a Augie para que oyera las dos partes de la conversación. Él estaba acurrucado cerca de mí, con la oreja pegada a la mía. Cuando Phyllis colgó, nos miramos.

—¿De verdad has hablado con Donna? —preguntó.

Se había perdido los primeros segundos de la conversación.

—Sí —respondí—. Por la voz diría que está bien, pero asustada.

—Ha dicho que la casa está bajo vigilancia. Ha de ser Ricky. ¿Qué demonios quiere?

—A mí —contesté—. Y la libreta. Ricky debe de creer que mató a Claire, o Phyllis también me habría preguntado por ella.

—¿Qué libreta?

Me di una palmada en el pecho para asegurarme de que todavía estaba metida en el bolsillo de mi chaqueta.

—Una especie de diario que Harry llevaba. Es la prueba de que ha estado vivo todos estos años.

Eché a andar hacia la salida.

—¿Qué haces? —preguntó Augie.

—Voy a por Donna.

—¿Y cuál es el plan? —me preguntó mientras yo seguía caminando.

—No tengo ni idea, pero quedarnos aquí no es parte de ningún plan.

Me siguió hasta el coche y, en cuanto abrí la puerta del Subaru, me agarró del brazo.

—Espera —dijo—. ¿Y tú crees que, si le devuelves esa libreta, ahí se va a acabar todo? Piensa en lo que ya sabes. En lo que ella *sabe* que tú sabes. ¿Crees que se va a meter en su coche y a marcharse?, ¿así, sin más? Si vas con esta precipitación, Donna y tú acabaréis muertos.

Hice un alto.

—Dime cómo manejarlo.

—En primer lugar —dijo Augie—, me ocuparé de Ricky.

—¿Cómo?

—Ya me las arreglaré. Dame cinco minutos de ventaja para localizarlo y ponerme en posición.

—Cinco minutos —le dije.

—Te llamaré.

Decidimos detenernos a un par de manzanas de mi casa. Yo me quedaría esperando a que Augie encontrara un sitio desde el que pudiera ver a Ricky. Le daría cinco minutos para llamarme y luego conduciría a mi casa.

Me detuve cuando estábamos a un poco menos de medio kilómetro. Augie se puso a mi lado en la Suburban, levantó una mano abierta y se marchó.

Clavé los ojos en el reloj del salpicadero. Dos minutos. Tres minutos. Parecían, más bien, tres horas.

«Aguanta, Donna».

Volví a mirar el reloj. Cuatro minutos.

No estaba dispuesto a esperar más. Encajé la marcha.

Sonó el teléfono.

—Estoy listo.

—¿Dónde?

—En una casa, en la sala de estar. Estoy vigilando a Ricky en su camioneta. Está dos casas más abajo de la tuya, al otro lado de la calle.

—¿Cómo te has metido en una…?

—Por la fuerza. Ve.

Me puse en marcha.

Había un Ford Crown Vic aparcado delante de nuestra casa. Y, justo calle arriba, mirando hacia donde yo estaba, vi la camioneta negra de Ricky. A través de los cristales tintados, pude distinguir que había alguien al volante. Giré en el camino de entrada y, cuando me bajaba del coche, noté que una mano descorría unos cuantos centímetros la cortina del salón.

¿Debería llamar a la puerta? Era mi propia casa, y era obvio Phyllis podía verme. Así que, en cuanto llegué a la entrada, giré el pomo y entré.

De pie, a tres metros de la puerta, Phyllis me estaba esperando con el arma desenfundada. Con tal de sostenerla firme, la tenía sujeta

entre ambas manos. Su cara estaba demacrada y ojerosa. Era como si hubiera envejecido diez años desde la última vez que la vi. Unas gotas de sudor le perlaban la frente, aunque ahí no hacía tanto calor.

Eché un vistazo al salón y vi a Donna sentada en el sofá. Su boca era como una línea discontinua.

—Saca tu arma —dijo Phyllis. —Busqué la Glock y la saqué de la funda. Señaló la mesilla del vestíbulo, donde solemos dejar las llaves y la correspondencia—. Ponla ahí, justo ahí. —Hice lo que me pedía. Entonces señaló el salón—. Entra.

Obedecí con movimientos lentos.

—¿Estás bien? —pregunté a Donna. Me pareció raro que no se levantara. Se quedó sentada, sujetándose la muñeca derecha con la mano izquierda.

—Estoy bien —murmuró.

Le miré la muñeca.

—¿Te ha hecho daño? —le pregunté.

—No, estoy bien.

—Siéntate —ordenó Phyllis.

Accedí. Desde mi lugar podía ver a Phyllis y a Donna, así como vislumbrar la calle a través de los visillos.

—Lo más inteligente que puedes hacer, Phyllis, es salir por esa puerta, subirte a la camioneta de tu hijo e ir a entregarte.

—La libreta —dijo.

Metí la mano en la chaqueta, poco a poco, y arrojé la libreta a los pies de Phyllis. Ella se arrodilló y la recogió.

—No es una lectura muy interesante —dije mientras se ponía en pie, apuntándonos aún con la pistola.

—Lamento mucho todo esto —dijo—, de verdad que lo siento. Pero tengo que hacer lo que tengo que hacer.

—¿Crees que tienes el pozo casi tapado? —le pregunté—. ¿Qué te ha dicho Ricky? ¿Que acabó con Dennis y Claire? ¿Que nadie más sabe lo que ocurrió, que soy el último que queda? ¿Y, ahora, que ya tienes esa prueba en tus manos, crees que cuando te hayas ocupado de Donna y de mí todo estará bajo control?

Su mandíbula tembló apenas.

—Algo así.

—Claire está viva —anuncié—. Ricky no le dio. Y ahora mismo está en casa, con su padre. Así que Sanders también lo sabe. Y he hablado con Augie, y él también lo sabe. Antes de terminar con esto, Phyllis, acabarás matando a medio Griffon.

Se le estaba yendo el color de la cara.

—Mientes.

—No —contesté con calma—. No estoy mintiendo.

—No queríamos que nadie saliera herido —se justificó ella—. Ha sido culpa de ese chico. No tenía nada que hacer en nuestra casa.

—Ricky mató a Hanna Rodomski, ¿verdad? —le pregunté—. La mató cuando descubrió que las chicas le habían tendido una trampa.

—Ella no quiso revelarle adónde había ido Claire —dijo Phyllis—. A veces se enfada, pero la mayor parte del tiempo es un buen chico. Y es un oficial de *policía*. Siempre hace lo correcto.

Yo quería saber si Ricky le había contado lo sucedido entre él y nuestro hijo, pero no podía sacar el tema; en esas circunstancias, con Donna presente, no. Lo que ella estaba viviendo ya era bastante traumático. Ese no era un buen momento para enterarse de que todo lo que creíamos saber sobre el asunto de Scott estaba equivocado.

—Seguro que se lo tendrán en cuenta —dije—. No empeores las cosas haciéndole daño a nadie más. Todo tiene que terminar aquí. Ricky y tú tendréis que responder por lo que habéis hecho; y no será fácil, pero todo esto podría acabar sin estruendo alguno, o bien, acabar muy mal.

—Has traído ayuda, ¿verdad? —preguntó Phyllis.

—He venido solo.

—¡Mientes! —gritó, y sacudió la pistola—. Ahí fuera hay alguien más.

Me levanté a medias de la silla y aparté los visillos para tener una vista despejada de la calle.

—¿Ves a alguien?

Phyllis miró hacia fuera.

—No te creo.

Volví a sentarme y miré a Donna. Tenía el rostro tenso.

—Phyllis, ríndete.

Sacudió la pistola hacia Donna.

—Podría… Podríamos llevárnosla con nosotros —dijo—, hasta que encontremos un lugar seguro.

—Piénsalo bien, Phyllis. ¿Tienes cuentas bancarias secretas en alguna parte? ¿Identificaciones falsas? No me parece que esto sea lo tuyo.

Volví a mirar por la ventana. Algo acababa de llamar mi atención, algo relacionado con el Crown Victoria de Phyllis.

—En esta ciudad soy una persona notable —dijo ella—. Soy Phyllis Pearce. Sé cosas sobre la gente.

Me volví hacia ella.

—¿Crees que sabes lo suficiente para salir de este lío?

Esa vez, miré por la ventana con los ojos entrecerrados. Del maletero del coche de la mujer, cerca del parachoques, caían gotas. Una cantidad suficiente como para que se hubiera formado un pequeño charco en la parte trasera del coche.

—Parece un sitio raro para que un coche pierda aceite —le comenté a Phyllis.

—¿Qué? —Se acercó a la ventana y miró hacia fuera—. Ay, no —se quejó en voz baja.

En ese momento, Phyllis sostenía la pistola por un costado, de espaldas a Donna y a mí. Me quedé pensando: «Esta es tu oportunidad. Sáltale encima, ahora».

Y estaba a punto de saltar cuando me di cuenta de que Donna ya se había puesto en marcha. Metió la mano en la manga del jersey prestado y sacó algo: la pequeña lata de fijador en aerosol.

Donna ya tenía el dedo índice en la boquilla, así que, cuando Phyllis se dio la vuelta, solo tuvo que apretar.

66

Donna levantó el bote, lo puso a una cuarta de la sorprendida cara de Phyllis, y soltó el líquido. Esa sustancia, que me dejaba sin aliento cada vez que mi esposa la rociaba en casa demasiado cerca de mí, nubló por completo la boca, la nariz y los ojos de Phyllis.

La mujer pegó un grito y empezó a jadear.

El arma ya se estaba moviendo en nuestra dirección, así que, antes de que Phyllis pudiera apuntar a ninguna parte, me puse en pie, le agarré con ambas manos el antebrazo derecho y lo estampé contra el alféizar de la ventana.

La mujer estaba aferrada a la pistola. Volví a azotar su muñeca contra el alféizar, esa vez con más fuerza, y el arma cayó de su mano. Donna seguía rociándola. Era como si todo el brazo de mi esposa, a raíz de un espasmo, se hubiera congelado en esa posición.

Phyllis tosió y se arañó la cara con ambas manos. En cuanto se tocó las mejillas, se le quedaron los dedos pegados e hizo esfuerzos por separarlos.

Fui a por el brazo de Donna y lo aparté de la cara de Phyllis.

—Todo está bien —le dije—. Bien hecho.

Ella arrojó la lata al suelo y me rodeó el cuello con los brazos.

—Ay, Dios, ay, Dios.

Por mucho que quisiera abrazarla, tenía que soltarla para coger la pistola antes de que Phyllis se dejara caer y empezara a palpar el suelo hasta encontrarla. Era algo que se habría sentido impulsada a hacer en cuanto consiguiera despegar las manos de su cara.

Daba chillidos.

Donna acababa de acercarse a la ventana.

—Cal —anunció—, ahí viene Ricky.

Corrí hacia la puerta principal y, de camino, pasé por la mesita del pasillo a recoger mi Glock. Salí y miré la calle.

Ricky, desde el lugar donde había aparcado, no podía distinguir con claridad lo que estaba ocurriendo, pero debió de notar cierto revuelo

a través de la ventana mientras yo forcejeaba con su madre. Ya se había bajado de la camioneta e iba hacia nosotros, pistola en mano.

La puerta de la casa más cercana a su *pick-up* se abrió de golpe y Augie salió disparado.

—¡Haines! —bramó—. ¡Haines!

Ricky miró hacia atrás y vio a Augie, pero no se detuvo.

—¡Quieto! —volvió a gritar Augie en un momento en que Ricky no estaba dispuesto a obedecer las órdenes de su jefe.

Había en el aire una sensación de que el infierno estaba a punto de desatarse.

Me sentía expuesto, así que corrí hacia el coche de Phyllis para ponerme a cubierto. Me arrodillé a un lado del parachoques trasero y estuve a punto de clavar una de mis rodillas en el charco de sangre.

Ya me había hecho una idea bastante buena de quién estaba dentro de ese maletero.

Alcanzaba a oír los gritos que provenían de la puerta principal de mi casa. Miré hacia allí y vi a Phyllis Pearce salir a trompicones. Tenía las manos sueltas, pero su cara estaba manchada de sangre donde se había arrancado pedazos de piel con los dedos. Donna apareció en la puerta, detrás de Phyllis, todavía con la pistola en la mano. Levantó el brazo en un gesto de inutilidad, como si me estuviera diciendo «no he podido pegarle un tiro».

Ricky ya estaba cerca del coche de su madre. Yo, aún de rodillas, levanté el arma por encima del maletero.

—¡Alto! —grité.

Ricky alzó la pistola y apretó el gatillo.

Me agazapé detrás del coche. Oí un segundo disparo. No podía estar seguro de nada, pero creí que era Augie tratando de detener a Ricky.

Haines pasó del otro lado del coche, giró el arma hacia mí y disparó a lo loco. No me dio. Luego hizo un alto, pivotó y volvió a apuntar a Augie. Levanté la cabeza y vi a mi cuñado correr hacia donde nosotros estábamos.

Subí la Glock, apunté al centro del cuerpo de Ricky y apreté el gatillo.

Una vez.

Otra.

El policía se tambaleó hacia atrás, como si alguien le hubiera dado un golpe con un invisible saco de arena. Se desplomó a su izquierda y alcanzó a extender un brazo para amortiguar la caída, pero tocó el pavimento con la palma sin que eso lo ayudara a ofrecer resistencia. Quedó abatido como un fardo.

Augie se le echó encima un segundo después y le puso un pie sobre la mano que aún aferraba la pistola. Haines ya no se movió.

Phyllis pasó corriendo junto a mí, pegando alaridos. Cayó de rodillas al lado de su hijo, le rodeó el cuerpo con los brazos y empezó a llorar. Augie se agachó. Arrancó la pistola de los dedos muertos de Haines y echó a andar hacia mí.

De repente, su cara era toda una señal de alarma. Miraba más allá de mí.

Me di la vuelta.

Donna estaba de pie, a tres metros de distancia, mirando hacia abajo. Tenía la mano apretada contra el vientre, donde crecía una mancha oscura.

Me miró a los ojos.

—Cal, algo no va bien. Creo que algo va mal —murmuró.

Dos semanas después

67

Phyllis Pearce sobrevivió y toda la historia salió a la luz. Se supo que una noche su hijo había despedazado una silla en la espalda de Harry Pearce y que luego había tirado a su padrastro por las escaleras. También se supo cómo habían encubierto el crimen, fingido la muerte de Pierce y cuidado de él durante siete años.

El resto lo sabíamos, más o menos.

Phyllis se enfrentaba a una serie de cargos; entre ellos, el confinamiento ilegal y el asesinato de su marido, Harry Pearce. Y, aunque ella no había estrangulado a Hanna Rodomski con sus propias manos ni le había pegado un tiro a Dennis Mullavey, también le cayeron acusaciones de complicidad por esos delitos.

El Patchett's estaba en venta.

Augustus Perry presentó su dimisión como jefe de la policía de Griffon y Bert Sanders se la aceptó. Mi cuñado creía que los actos del agente Ricky Haines reflejaban tan mal su propio liderazgo que no tenía autoridad moral para seguir dirigiendo el departamento. Hablaba de mudarse con Beryl a Florida.

Tenía tantas ganas como yo de dejar Griffon atrás. Ambos nos llevábamos una pesada carga de ese lugar.

Éramos hombres carcomidos.

Haines no tendría que enfrentarse a un juicio, por supuesto. Cuando llegó a Urgencias, ya no tenía signos vitales. Creo que, antes de caer al pavimento, ya estaba muerto.

Nunca quise verme en la necesidad de matar a un hombre, pero me costaba sentir remordimientos por lo que había hecho. En primer lugar, lo hice porque Haines estaba tiroteando a mi cuñado.

Así que, como se dice por ahí, tenía un buen motivo.

Pero algo más me rondaba por la cabeza las dos veces que apreté el gatillo, momentos antes, momentos después: «Esto es por Scott».

Lo que no sabía, y no lo sabría hasta unos segundos más tarde, era que también lo había apretado por Donna.

Sucedió en aquella ronda sin control de Haines, cuando salió

corriendo más allá del coche. La bala que había pasado junto a mí y junto a Phyllis Pearce había terminado por alojarse en el vientre de Donna.

Yo le había dicho que se quedara en casa.

Se lo había dicho.

Y lo bien que las cosas pintaban minutos antes… Pensé que Phyllis le había hecho algo a Donna en la muñeca, pero, en realidad, estaba cogiendo el jersey para evitar que la lata de fijador se le escapara por la manga.

Qué lista.

Alguien me ha sugerido, por horrible que pareciera, que quizá debería consolarme, aunque fuera un poco, que Donna se hubiera ido tan rápido.

La gente, cuando intentaba consolarte, te decía muchas cosas tan estúpidas que causaban asombro. A veces resultaba difícil aceptar que lo hacían con buena intención. Pensaban, suponía, que, en el esquema general de las cosas, en el transcurso de toda una vida, cinco minutos era poco tiempo.

No lo era.

No, cuando habías puesto tu mujer en el suelo, con toda delicadeza; cuando te habías remangado la chaqueta para ponérsela debajo de la cabeza, a modo de almohada; cuando habías aplicado presión sobre la herida y le habías dicho que todo iba a ir bien; cuando esperabas oír la sirena de una ambulancia que se acercaba y te preguntabas por qué tardaba tanto en llegar; cuando, de rodillas, le tocabas el pelo y la cara y le decías que la querías, que solo tenía que aguantar, que la ayuda llegaría pronto; cuando acercabas la cabeza a su boca para oír, en un susurro, que ella también te quería, que estaba asustada, que necesitaba saber qué era lo que querías decirle, y tú le respondías que estabas ansioso por montarte en uno de esos tranvías de cable y que, en cuanto ella se pusiera bien, iríais, y ella decía que eso sonaba estupendo, pero que aún no tenía nada que ponerse y que tampoco se sentía muy bien, que digamos, y tú le decías que lo iba a superar, que la ambulancia estaba a punto de llegar, aunque aún no la oyeras, y ella encontraba fuerzas para levantar una mano y tocarte la mejilla y decirte que ya no le dolía

tanto y que, después de todo, no estaba tan asustada, que las cosas iban a salir bien, y tú le pedías, una vez más, que se callara, que aguantara, y entonces la mano desaparecía de tu mejilla y le caía sobre pecho, y se le ponían vidriosos los ojos, y por fin oías que la ambulancia estaba llegando, pero ya no importaba.

Cinco minutos. Era mucho tiempo.

68

Al funeral acudió más gente de la que yo había esperado. Cien personas, al menos. Donna era más querida por sus colegas y por todo el Servicio de Policía de Griffon de lo que yo nunca habría imaginado.

Sabía que Augie iba a aparecer; al fin y al cabo, Donna era su hermana. Sin embargo, me sorprendió verlo entrar en la iglesia acompañado de Beryl. Lo que me asombró no fue su asistencia, sino la velocidad con que lo habían afectado los acontecimientos de los últimos días. Su esposa era un retoño al lado de ese altísimo roble que era Augie, pero, de camino al banco, parecía sostenerlo.

La culpa y los señalamientos nos devoraban a todos, como un cáncer. El alcalde Bert Sanders sentía lo mismo. Tenía que estarse preguntando por qué no había vigilado más de cerca a Claire, por qué se había dejado engañar con tanta facilidad cuando ella le dijo que iría a Canadá a ver a su madre.

Annette Ravelson también apareció, y, junto con ella, Kent, su marido. Puso todo su empeño en no sentarse cerca del alcalde Bert Sanders.

Y, cuando Sanders se ofreció a decir unas palabras sobre Donna, me sentí aliviado. Yo no habría sido capaz de mantener la compostura, bien lo sabía, y, cuando le pregunté a Augie si él quería decir algo, mi cuñado solo consiguió negar con la cabeza.

—La oscuridad ha venido de visita a nuestra ciudad —dijo Sanders —. Nos ha tocado a todos, aunque a unos más que a otros, y estamos de luto por ellos. —Hablaba también de Hanna, por supuesto.

Pero no de Ricky.

En lugar de ofrecer uno de esos panegíricos del tipo «ponga aquí el nombre del difunto», Sanders se había informado acerca de Donna, sobre todo entre los compañeros de trabajo de mi esposa, y había elaborado un breve y conmovedor retrato de una mujer que ya había perdido mucho.

Además del ministro, hubo otra oradora: una mujer con la que Donna había mantenido el contacto a lo largo de los años y con la que había cursado el instituto y otros estudios. Pronunció unas cuantas bonitas perogrulladas. Algunos me dijeron que fueron agradables, al menos. Yo ya había dejado de escuchar. Me imaginaba a mí mismo en otro sitio. En algún lugar con Donna y Scott. Sentado en esa iglesia, me hacía daño creer en los principios que habían llevado a su construcción. Qué pocas esperanzas tenía de reunirme con ellos algún día…

Los Skilling también acudieron. Sean, por supuesto, había salido de la cárcel veinticuatro horas después de la muerte de Donna. Sus padres amagaban con una demanda masiva que incluía tanto a la ciudad de Griffon como a Augie en persona. Yo habría apostado a que los Rodomski terminarían sumándose.

Harían lo que tuvieran que hacer.

Al terminar la misa, la gente salió de la iglesia a darme el pésame.

Me sorprendió ver a Fritz Brott, el dueño de la carnicería. Me tomó la mano entre las suyas y la apretó.

—Lo leí en el periódico —dijo—. Siento mucho tu pérdida.

—Gracias —le dije—. Quería llamarte por una promesa que le hice a alguien hace unos días.

—Tony —dedujo Fritz.

—Así es. Tony Fisk. Yo estaba en un lío… y me ayudó. Le prometí que hablaría contigo, que te pediría que reconsideraras, quizás, que accedieras a darle otra oportunidad. No le prometí que tendría éxito, pero sí que, al menos, haría el intento.

Fritz asintió.

—Vino a verme.

—¿De verdad?

—Sí, vino. Al día siguiente de que lo vieras, tal vez. Dijo que vendrías a hablar conmigo y que me obligarías a devolverle el trabajo.

—No —negué—, ese no era el trato.

—Me lo imaginaba, y se lo dije. Entonces sacó una pistola y empezó a sacudirla y a insultarme y, por un segundo, pensé que me pegaría un balazo.

Sentí que se me hundía el corazón.

—No.

—Cuando se fue, llamé a la policía. Ha sido arrestado. Ahora mismo, Tony está en la cárcel.

Uno llegaba a creer que no podía sentir más tristeza. Pero sí.

Fritz siguió de largo y algunas personas más se detuvieron a estrecharme la mano; no sabría decir quiénes eran ni qué dijeron. Supuse que en Tony Fisk había algo de bondad, pero no la suficiente como para dejar de ser tan impulsivo.

Llegó entonces Sean, acompañado de sus padres. Los tres me dieron la mano, me dijeron las cosas que la gente supone que debe decir en estos casos y siguieron adelante. Pero Sean hizo un alto.

—¿Puedo hablar con usted un momento? —preguntó.

—Claro.

—¿Podríamos hablar en privado?

Lo cogí del hombro y lo llevé de vuelta a la iglesia, que ya estaba vacía.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Bueno, antes que nada, quiero darle las gracias de nuevo —dijo— por haberme sacado de la cárcel.

—En realidad, no he sido yo.

—Vale, en teoría, pero sí que fue usted. Encontró a Claire y tal, y eso hizo que lo demás sucediera.

Seguí esperando para enterarme de lo que, en realidad, quería decirme. Se miraba los zapatos, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón del traje. La chaqueta le apretaba los hombros. Ese traje le habría quedado bien hacía seis meses, tal vez, pero Sean estaba en la edad en que uno está dando sus últimos estirones.

—Hay algo que tengo que decir.

—Algo que no has querido decirme delante de tus padres.

—Sí, eso creo. Pero, a lo mejor, usted se lo va a decir de todas formas, y, si lo hiciera, creo que tendré que vivir con ello. Pero ha sido una buena persona conmigo y siento que le debo la verdad.

—¿Qué pasa, Sean?

Se lamió los labios y levantó la cabeza para mirarme a los ojos.

—Fui yo. Fui yo quien lo hizo.

Agaché la cabeza hacia él y le puse una mano en cada hombro; más que nada, para tranquilizarme a mí mismo. ¿De qué demonios estaba hablando ese chico? No había duda de que Haines había matado a Hanna y de que después había plantado la ropa de la chica en la camioneta de Sean. Ya detenida, Phyllis Pearce había confirmado esos detalles.

¿De qué estaba hablando Sean, entonces?

—Sean, ¿qué me estás diciendo? ¿Tú mataste a Hanna?

Hizo un movimiento impetuoso de cabeza y abrió los ojos de par en par.

—No, por Dios, no, yo no hice eso. De ninguna manera. Yo quería a Hanna. Ojalá hubiera llegado a tiempo, ojalá hubiera podido recogerla antes… —Movió, triste, la cabeza y volvió a bajar la mirada.

—Entonces, ¿de qué estás…? —Ahí fue donde me di cuenta—. Scott —murmuré, y le quité las manos de los hombros.

Levantó la cabeza con lentitud y asintió. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—A veces, cuando Hanna y yo íbamos por ahí repartiendo cerveza y recogiendo dinero, nos encontrábamos con algún que otro gilipollas que no tenía efectivo. Un tipo quería pagarle a Hanna con un par de tabletas, y ella lo dejó hacerlo. Cuando volvió al coche con el éxtasis, le dije que era idiota, que Roman no iba a aceptar nada que no fuera efectivo y que íbamos a tener que cubrir la diferencia. Pensé entonces en Scott, porque sabía que eso era lo suyo. Me puse en contacto con él y me dijo que sí, que él podía quedárselas. —Sean me miró. Esperaba una reacción, pero yo estaba demasiado atontado con los sucesos del día como para reaccionar. Así que siguió hablando—: Ni siquiera sé si, cuando saltó, se había metido lo que le vendí. Yo no fui el único de quien consiguió esas cosas. Pero sé que es posible que hubiera sido yo. —Las lágrimas corrían por sus mejillas—. Lo siento mucho. Si quiere pegarme o algo así, me parece bien. Les diré a mis padres por qué ha tenido que hacerlo. Me lo tengo merecido. Pero lo siento, señor Weaver. Madre mía, lo siento mucho.

—No voy a pegarte —le dije.

—Es que… Es que no sé por qué lo hice. —Sollozaba en voz baja—. Podría haber cubierto la diferencia con mi propio dinero, ¿sabe?, y haberme deshecho de esa mierda. Tendría que haberla arrojado al retrete o algo así. Pero estaba pensando… No sé en qué estaba pensando.

Le temblaron los hombros. Levanté los brazos con timidez. Luego rodeé con ellos al chico y lo atraje hacia mí. Lo abracé con fuerza y apreté los brazos mientras él lloraba en mi pecho.

Sentí que Donna me estaba observando. Sentí que era lo que ella habría querido que hiciera.

—En estos últimos días, todo el mundo ha hecho alguna cosa bastante tonta —reconocí.

Sentí que él me estrechaba la espalda con los brazos.

—Me desprecio a mí mismo —dijo Sean—. Me odio mucho.

—Hoy en día, todos nos odiamos.

Al abrazar a Sean, un chico de la misma edad y complexión que Scott, casi podía imaginarlo como hijo mío. Recordé la sensación de estrechar a Scott entre mis brazos, de esos estrujones de padre e hijo que algunas veces compartimos.

¿Perdonar a Sean significaba perdonar también a Scott por lo que nos había hecho pasar? Y, de todos modos, ¿no era verdad que tenía que perdonar a Scott por menos cosas de las que una vez había creído?

—No pasa nada —volví a susurrar—, está bien.

Porque ya no creía que Scott hubiera saltado. Sabía, con todo mi corazón, que lo habían empujado.

Arrojado.

Y había una persona más, una con la que ya estaba dispuesto a hablar. Tenía la esperanza de que esta persona pudiera arrojar algo de luz sobre lo ocurrido aquella noche.

* * *

Se llamaba Rhonda McIntyre.

Había oído su nombre por primera vez cuando Annette Ravelson me llevó a casa aquella noche en que la sorprendí en el dormitorio de

Bert Sanders. Annette me había contado que no solo había sido uno de tantos ligues del alcalde, sino que también había estado saliendo con un policía de Griffon, quien no sabía nada de los amoríos de Rhonda con Bert. Recordaba a Annette explicándome que Rhonda había roto con el policía porque le había parecido un poco «raro».

Ese policía había resultado ser Ricky Haines. El nombre de la mujer surgió cuando la policía de Griffon se puso a investigar a fondo los antecedentes de Ricky. Encontraron la dirección de correo electrónico de Rhonda en el ordenador de la casa del agente, así como en su móvil.

Cuando ella rompió con Haines, que fue, más o menos, cuando también dejó de ver al alcalde, renunció a su trabajo en Ravelson y volvió a vivir con su familia en Erie.

Yo quería hablar con ella.

Así que conduje hasta Erie. Fue un viaje de hora y media, más o menos. Antes había vuelto al lago Cayuga a devolver el Subaru alquilado y recuperar mi Honda de la cabaña donde Dennis y Claire estuvieron escondidos.

Rhonda McIntyre vivía con sus padres en Saybrook Place, justo al oeste del centro de la ciudad industrial, en una preciosa casa junto al lago. No la llamé primero. No tenía ni idea de si estaría dispuesta a hablar conmigo y no quería darle la oportunidad de desaparecer.

Sabía que era una posibilidad remota, pero esperaba que Haines le hubiera contado algo, si no le había confiado de manera explícita los detalles que rodeaban la caída de Scott desde el tejado de Muebles Ravelson.

Pensaba, no sé, que, si ella se había enterado de lo que Ricky había hecho, ese podía haber sido el motivo para romper con él y volver a la seguridad de su familia.

La casa estaba detrás de un seto alto y bien cuidado que protegía a los McIntyre de las miradas indiscretas de los transeúntes. Subí en coche por el largo camino pavimentado y aparqué a pocos pasos de la puerta principal.

Salió una mujer guapa de unos cincuenta años.

—¿Señora McIntyre? —pregunté.

Asintió, así que le dije quién era yo y le expliqué que había ido a

hablar con Rhonda.

—Acerca de todo este sórdido lío —dedujo.

—Sí.

—No creo que sea una buena idea.

—Supongo que le será más fácil hablar conmigo que con la policía —dije. Había una amenaza implícita que a veces daba resultados.

Y esa vez funcionó.

Atravesamos la casa hasta un solárium que daba al lago Erie. El cielo estaba nublado. El viento del norte levantaba olas blancas. Por las ventanas se colaban corrientes de aire frío.

—Traeré a Rhonda —anunció.

Momentos después, una mujer de veinticinco años, menuda y delgada, entró ansiosa en la habitación. La madre iba justo detrás.

—¿Sí?

—Hola, Rhonda —la saludé—. Necesito hacerte unas preguntas.

—Lo siento. He olvidado su nombre —dijo la madre.

—Weaver —contesté—, Cal Weaver.

Rhonda parpadeó. Su nivel de ansiedad pareció dar un salto. Pensé que le sería más fácil hablar conmigo sin la presencia de su madre.

—Señora McIntyre, ¿le importaría dejarnos hablar en privado?

—Bueno, creo que yo debería estar aquí si…

—Está bien, mamá —interrumpió Rhonda—, estaré bien.

La mujer se retiró de mala gana. Rhonda y yo nos sentamos en sillas de mimbre blanco con mullidos cojines de flores amarillas.

—Tendría que haberme llamado antes —dijo.

—Rhonda, ahora sabemos muchísimo sobre Ricky y su madre, así como lo que los dos estuvieron tramando durante más de una década. Pero todavía hay algunas lagunas en lo que sabemos, en lo que a mí me gustaría saber. Estoy enterado de que estuviste saliendo con Ricky durante un tiempo.

Se puso a la defensiva.

—Salimos algunas veces, pero nunca pude… Nunca me lo tomé muy en serio. Había cosas de él que no cuadraban. —Me quedé esperando—. En primer lugar, esa relación con su madre… Era un poco enfermiza, ¿sabe? Siempre estaba intentando complacerla, siempre salía corriendo a su casa. Ahora entiendo, claro, por qué

acudía siempre: iba a ayudar a su madre a cuidar de su padrastro en el sótano. Eso explica muchas cosas.

—¿A qué te refieres?

—Nunca me llevó a casa de su madre. Una vez quiso presentármela, pero nos vimos en una cafetería. Nunca fuimos a su casa. Otra vez, yo iba pasando por allí y vi la camioneta de Ricky en la entrada. Así que me detuve y llamé a la puerta para saludarlo. Salió al porche y se puso como loco.

—No podían correr el riesgo de que alguien entrara —comenté.

—No me diga… Pero había algo más: era como dos personas. Si le convenía, era capaz de fingir amabilidad, pero, en el fondo, no sentía nada. Excepto ira, quizá. A veces se notaba que, bajo la superficie, se estaba cociendo a fuego lento. Creo que nunca entendió lo que significa ser otra persona.

—¿Podrías explicármelo?

—Ponerse en la piel de otro. No sentía, ya sabe, compasión. Todo giraba en torno a sus propias sensaciones. No le importaba lastimarte, herir tus sentimientos, sobre todo, porque él no los tenía; excepto en todo lo relacionado con la loca de su madre. Era capaz de hacerte daño. Como le dicho, siempre estaba preocupado por darle gusto a esa mujer. —Rhonda miró hacia el lago Erie—. En realidad, no veo cómo podría ayudarlo. Esto es todo lo que tengo que decir, de verdad.

—La cosa es —dije— que no he venido por nada de eso. Estoy aquí por un asunto más personal.

Giró la cabeza un poco hacia mí.

—¿Qué asunto personal?

—Se trata de mi hijo. Yo tenía un hijo llamado Scott. Murió hace un par de meses. Quizá te enteraste.

Rhonda asintió.

—Por supuesto. Yo seguía trabajando en Ravelson Furniture. A todos nos hizo sentir fatal. Era un buen chico.

Su voz empezó a temblar. Me incliné un poco más hacia ella.

—He venido hasta aquí con la esperanza de que me digas si sabes algo de lo que pasó aquella noche en el tejado. Durante mucho

tiempo creí que Scott se había caído porque estaba drogado. Pero ya no lo creo.

La cara de Rhonda parecía a punto de hacerse añicos.

—¿Y por qué habría de saber algo? —preguntó.

—Por el hombre con quien salías en ese momento —respondí.

Rhonda se tapó la cara con las manos.

—Ay, Dios, ay, Dios —se lamentó—. Sabía que vendría. Sabía que al final se daría cuenta.

Extendí la mano y, con suavidad, le quité la suya de la cara.

—Cuéntamelo, Rhonda.

—Nunca debió ocurrir —dijo—, nunca.

—¿Lo hizo porque Scott lo había amenazado?

Asintió. Le solté los brazos para que pudiera limpiarse los ojos.

—Su hijo, Scott, dijo que iba a delatarlo. No paraba de decir «¡Eh, ya verás cuando todo el mundo se entere!», ¿sabe?

Rhonda estaba describiendo el incidente del Patchett's. ¿Había estado allí? Parecía poco probable que Ricky le hubiera contado la historia del cacheo a Claire.

—¿Tú viste lo que pasó? —pregunté.

Asintió una vez más, cogió un pañuelo de papel de una mesa cercana y se secó los ojos y la nariz.

—¿Estuviste en el Patchett's?

Eso la sobresaltó.

—¿Qué? —En ese momento, el sorprendido era yo—. ¿Qué tiene que ver el Patchett's con esto? —preguntó.

Mi mente estaba pasando apuros.

—Espera —dije. Tenía una teoría—. No en el Patchett's, estabas en el tejado.

Su cabeza subió y bajó. Cogió otro pañuelo.

—¿Estabas allí cuando a Scott lo empujaron desde el tejado? —Bajó la cabeza. No sé si de tristeza o de vergüenza. Seguí presionando—. ¿Viste a Ricky hacerlo?

Levantó la cara y abrió la boca. Parecía tan sorprendida como si yo le hubiera dado una bofetada.

—¿Ricky? —dijo—. ¿Usted pensaba que había sido Ricky?

69

Estaba oscuro. Eran las diez y media. Desde lo alto de Muebles Ravelson podía ver, a lo lejos, la Torre Skylon. Era un lugar tranquilo. Apenas se oía el ruido de los coches que pasaban por el centro de Griffon. Yo tenía un pie en la cornisa y otro en el tejado, justo en el lugar desde donde Scott tuvo que haber caído.

Había llamado a Kent. Él me dejó subir. Y también dejó un par de puertas sin bloquear para que alguien más pudiera reunirse conmigo en el tejado.

Mi acompañante estaba por llegar en cualquier momento. Rhonda McIntyre había accedido a hacer una llamada telefónica para concertar esa reunión. Cuando oí pisadas en los escalones, me alejé de la cornisa hasta ocultarme y me quedé vigilando la puerta que daba a la azotea. Di unos cuantos pasos para quedar más cerca de la salida cuando se abriera la puerta.

Cosa que ocurrió unos cuantos segundos después.

—Hola, Bert —dije.

Bert Sanders apareció en el tejado. Sus zapatos hicieron crujir la grava adherida con alquitrán.

—¿Qué…? Cal, ¿qué haces aquí?

—Te esperaba. Pero supongo que tenías la ilusión de ver a otra persona. —Empezó a volverse hacia la puerta, pero lo rodeé y le cerré el paso—. Esperabas ver a Rhonda McIntyre.

—No sé de qué hablas —dijo Bert.

—Bert, por favor. Fui a verla a Erie. Charlamos. Le pedí que organizara este encuentro. —Movía los ojos de un lado a otro en busca de una escapatoria—. ¿Por qué no me cuentas tu versión de lo que pasó? —pregunté.

—No sé qué te ha dicho Rhonda —respondió—, pero tienes que entender las cosas por el lugar de donde vienen. Ella tiene intereses personales. Lo que diga esa chica no te lo puedes tomar al pie de la letra. Yo ya estaba —miró a su alrededor para asegurarse de que nadie más lo estuviera escuchando— saliendo con Annette, y ese

asunto con Rhonda no iba a ninguna parte. Lo que quiero decir es que sí, que follamos…

—Y lo hacíais aquí arriba.

Sanders asintió, un poco cortado.

—Es cierto. Nos reunimos aquí unas cuantas veces. Ya sabes, era sexo del tipo furtivo y frenético, el que resulta aún más excitante porque el lugar es tan… diferente. —Intentó sonreírme como un amigo de la infancia, como si quisiera decirme «ya sabes cómo es eso».

—Así que subisteis aquí los dos, bien entrada la hora, y os pusisteis a lo vuestro —le dije—. Rhonda tenía llaves, igual que Scott. ¿Y él ya estaba aquí arriba o subió después?

Sanders tragó saliva.

—Después.

—Explícame todo, entonces. ¿Dónde estabas?

En el tejado había una pequeña estructura con puerta para proteger la escalera. Sanders señaló a un costado.

—Ahí estábamos tumbados. De repente, oímos pasos y la puerta se abrió de golpe. —Hizo una pausa—. Era tu hijo.

—Continúa —le pedí.

—Venía colocadísimo, Cal. Daba saltos y llevaba en la mano una botella con algo. Se sentía exultante. —Bert hablaba con un tono un tanto acusador, como sugiriendo que Scott no habría ido ahí arriba si lo hubiéramos vigilado mejor.

—Así que estaba colocado —dije—. ¿Y entonces?

—Rhonda y yo sabíamos que teníamos que volver abajo sin que nos viera. Solo teníamos que escabullirnos y lo habríamos logrado. De hecho, casi lo conseguimos, pero, al doblar la esquina, uno de los tacones de Rhonda se quedó atascado en la grava por un instante. Tropezó. Fue entonces cuando Scott se dio la vuelta y nos vio.

—¿Qué dijo?

—Al principio, nada. Estaba tan sorprendido de vernos como nosotros de que hubiera salido por esa puerta. Era como si nos hubiéramos pillado mutuamente haciendo cosas indebidas. —Sacudió la cabeza con pesar—. Supongo que, en plena intoxicación, superó el estupor con bastante rapidez y se centró en nosotros. Él

conocía a Rhonda. Trabajaban juntos, la veía todo el tiempo. Y estoy seguro de que también sabía quién era yo. Nos señaló con el dedo, así, y dijo algo como: «Me cago en la leche». Así que no estaba tan colocado como para no advertir que nos había pillado en algo que no queríamos que se supiera.

—¿Qué pasó entonces? —pregunté.

Aunque soplaba una brisa fresca, cuatro pisos por encima de la calle, yo sentía calor.

—Le dije: «Oye, Scott, esto no es lo que parece». Y Rhonda dijo lo mismo: que habíamos subido a ver las estrellas. Pero la cosa era que la blusa de Rhonda estaba desabrochada, igual que mi cinturón, y tu hijo no era tonto. —Bert Sanders forzó una sonrisa—. De hecho, Cal, era un buen chico. Ya sabes, metió la pata alguna vez, pero era un buen chico. En Ravelson, todos decían lo mismo. Y Rhonda también decía que…

—Cállate, Bert.

Me paseé tranquilo delante de él, imaginándome la escena. Viéndolo todo en mi cabeza.

—Así que no se lo creyó —dije—. ¿Y qué más?

—Decía incoherencias, que no podía creer que fuéramos pareja. Me preguntó si yo no estaba casado. Le dije que no. Y no creo que Scott supiera que Rhonda salía con Ricky Haines. ¿Tú lo sabías?

—Sí, lo sabía —respondí, y pensé que Bert podía tener razón. Creo que Scott no se habría burlado tanto de Haines de haber sabido que el policía salía con una de sus compañeras de trabajo.

—Le dije: «Scott, no puedes decirle a nadie que nos has visto juntos». Me preguntó por qué y le respondí que eso no llevaría a nada bueno. Y entonces Rhonda dejó escapar algo: dijo que, si Ricky descubría que me estaba viendo, la mataría. A lo que Scott preguntó: «¿Ricky? —y añadió—: ¿Te refieres a Ricky Haines, el policía?». Rhonda dijo que sí. Ella le rogó: «Por favor, no digas nada». Porque algo no estaba bien en ese tío. Ahora todos lo sabemos, ¿no?, que Haines estaba mal de la cabeza o algo así. Con eso de que tuvo a su padrastro en el sótano durante casi un decenio. Hay que tener algunos tornillos sueltos. —Se dio dos golpecitos en la sien con el dedo índice.

»Y había más, ya sabes. O sea, ahí estaba yo, en plena batalla con el jefe Perry, atacándolo por la manera en que dirigía el departamento, pero tonteando con la novia de uno de sus oficiales. Las cosas no tenían buena pinta. Rhonda corría peligro, y yo, por mi parte, me iba a ver muy comprometido si lo nuestro salía a la luz. El jefe podría haber encontrado la forma de usarlo contra mí.

—Scott —dije—. ¿Qué pasó con Scott?

—Me preocupaba si cumpliría su promesa o no, por más que me dijera que no iba a contarlo. Cuando se le pasara el efecto de la droga, ¿recordaría lo que había visto pero no lo que había prometido?

Sanders intentaba parecer lo más serio posible, como si estuviera convencido de que aún podía contar con mi voto en las próximas elecciones.

—¿Cómo ocurrió, Bert? Necesito oírlo de ti.

Tartamudeó.

—Fue un accidente. De verdad. Tropezó y…

Me acerqué al alcalde, lo agarré por el cuello y lo llevé cerca del lugar desde donde Scott había caído. Trastabilló, pero se detuvo a unos tres metros del borde.

—Cal —rogó—, por favor.

—Si te sinceras conmigo, si admites lo que has hecho, no te arrojaré —le dije.

—Él solo… empezó a gritar. No era él mismo, eran las drogas. Pero gritaba nuestros nombres. *A todo pulmón*. De haber seguido así, habría atraído a alguien hasta este lugar. A la policía, a una empresa de seguridad…

Le di otro empujón y se enredó en sus propios pies. Aterrizó a poco más de un metro del borde. Lo miré, me quité la chaqueta y saqué la Glock. La había llevado conmigo esa noche.

—Cal, por el amor de Dios.

—¿Qué sucedió?

—Intenté hacerlo callar. Lo sujeté y le tapé la boca con la mano. Luchamos. Nos pusimos a pelear. Estábamos aquí, justo aquí. Intenté cerrarle la boca con la mano y ¡me mordió! Me mordió la

mano. La retiré y, lo juro, fue puro instinto. Fue una especie de gesto defensivo, pero le di un empellón.

—Lo empujaste.

—Juro por Dios que nunca… Nunca quise…

Seguía apuntándole con la pistola.

—Levántate —le ordené. Sanders se puso en pie y se quitó algunos trozos de grava que se le habían adherido a los pantalones de vestir —. Así que lo empujaste justo aquí. —Sanders asintió—. Súbete ahí.

—Cal.

—Ponte ahí, en el pretil.

—No se me dan bien las alturas —protestó.

Le di un empujón.

—¿Así de fuerte lo empujaste? Debiste de haber usado más fuerza. No te has caído.

—Por favor, Cal. Por favor.

—Sube.

—No puedo.

—Te voy a meter un balazo. Voy a apretar el gatillo si no te subes ahí. Lo voy a hacer, lo juro por Dios. Ya he matado a una persona desde que empezó todo esto. Quizá el segundo sea más fácil. —Bert puso el pie derecho en el pretil—. Muy bien. Ahora, el otro.

Su zapato izquierdo se arrastró por la grava.

—No… Creo que no puedo hacerlo.

—No mires abajo —le aconsejé—. Solo mira a la distancia. Mira la torre. Es bonita a esta hora de la noche.

Sanders estaba de pie, de espaldas a mí, con los brazos extendidos a los lados para mantener el equilibrio. Levanté la Glock y le toqué la nuca con el cañón.

—Pum —dije.

70

No sé qué hacer. Dicen que no hay que precipitarse, que uno debe tomarse su tiempo y decidir después.

Pero no veo nada que me detenga. Aquí, en Griffon, no queda nada para mí. No quiero vivir en esta casa y no quiero quedarme en esta ciudad.

Augie y Beryl ya han puesto su casa en venta. Ni siquiera sé si han decidido adónde irán. Sigo apostando por Florida. Augie no estaba tan lejos de la jubilación y, en el pasado, habían hablado de mudarse por los rumbos de Sarasota. Él tendrá que lidiar con el mismo problema que yo. Vayas adonde vayas, tus recuerdos y tus remordimientos se van contigo.

Estoy pensando en volver a Promise Falls. En unirme a la policía no; no me aceptarían, y, de todos modos, eso no es lo que quiero. Puedo seguir ganándome la vida como lo he estado haciendo en los últimos años, solo que prefiero hacerlo en un lugar donde me sienta un poco más a gusto.

Tampoco es que no tenga que volver aquí. Sanders irá a juicio. Rhonda McIntyre ha llegado a un acuerdo con el fiscal para testificar contra él. Lo dejé allí, en el tejado. Se dio la vuelta y se marchó. Yo sí que tenía ganas de empujarlo, de darle un leve empujoncito con el cañón de la Glock. Pero, al final, no pude. En esa milésima de segundo en la que tuve que tomar una decisión, llegué a preguntarme si me sentiría mejor unos segundos después, al llegar al aparcamiento.

Decidí que tal vez sí.

Pero algo me impidió hacerlo: *Claire*. A Claire no podía hacerle algo así. No podía matar a su padre. Podría verlo acusado, podría verme testificando contra él y podría verlo ir a la cárcel. Y también podría verla a ella teniendo que lidiar con todo eso, apoyada por su madre.

Pero no podría verla lidiando con la muerte de su padre.

Ya había habido demasiadas muertes.

Así que ahora estoy pensando qué hacer. Estoy casi seguro de que

eso significará mudarme a algún sitio. Si no es Promise Falls, será entonces Tombuctú, o algo así. Mientras tanto, tendré que empezar a revisar todo en la casa: ver qué debo guardar, de qué debo deshacerme.

No puedo quedarme con todo.

Desde la muerte de Donna, no había tocado las cosas que dejó en la mesilla. Supongo que las estuve evitando. Mirar sus dibujos de Scott era demasiado doloroso. No fue hasta después de la detención de Sanders cuando tuve tiempo y fuerzas para examinar los objetos.

Recogí su carpeta de dibujos y la sopesé. Había tantos bocetos… La dejé caer de nuevo sobre la mesita y la abrí. Un par de lápices salieron rodando y aterrizaron en el suelo.

Arriba había un dibujo. Un boceto de Scott, por supuesto, pero con una nota amarilla pegada. Leí la nota y miré el boceto.

Donna había acertado con la nariz. Me gustaron los mechones de pelo que caían por la frente, cómo los había captado. Por un momento pensé que los labios eran demasiado carnosos, pero, cuanto más los miraba, más me daba cuenta de que el equivocado era yo. Algunas tonalidades me dejaron sorprendido.

Supongo que la intención de Donna era dejar esto a la vista para mí. Quizá para cuando yo volviera a casa y ella ya estuviera acostada.

En la nota adhesiva, a lápiz, había escrito: «Cal, creo que este es el indicado. He terminado. ¿Qué te parece?».

Siempre me dijo que pararía cuando creyera que ya no podría hacer ningún dibujo mejor.

—Es perfecto —dije.

Agradecimientos

Los autores que lo hacen todo por su cuenta son autores que no venden libros. He tenido mucho apoyo.

Gracias a Mark Streatfeild, Brad Martin, Alex Kingsmill, Spencer Barclay, David Young, Danielle Perez, Eva Kolcze, Valerie Gow, Kara Welsh, Malcolm Edwards, Bill Massey, Elia Morrison, Helen Heller, Juliet Ewers, Heather Connor, Gord Drennan, Cathy Paine, Kristin Cochrane, Susan Lamb, Nita Pronovost, Paige Barclay, Margot Szajbely Jenner, Duncan Shields, Ali Karim, Alan K. Sapp, Ken Bain y Lindsey Middleton.

Y los libreros. Ah, sí, los libreros.



Nunca apartes la mirada

Barclay, Linwood
9788742812280
400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

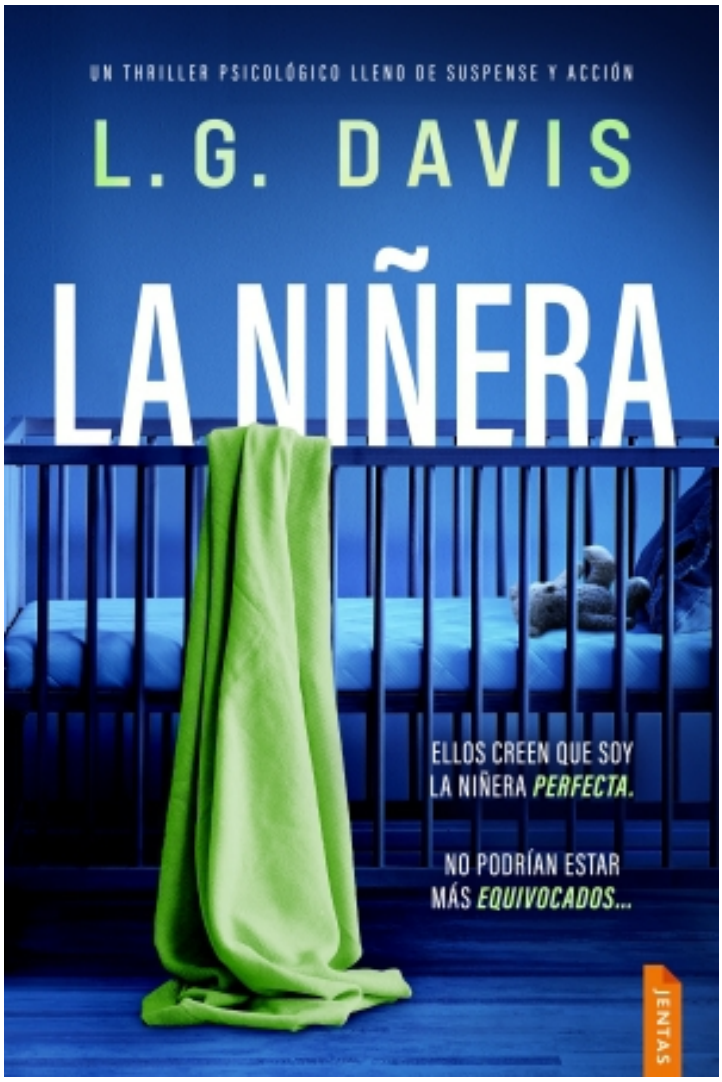
Hay veces en que el peligro se oculta donde menos lo esperas…

Una cálida tarde de sábado. Un parque de diversiones. David Harwood tiene esperanzas de que un día sin preocupaciones ayudará a disipar la reciente depresión de su esposa, Jan, que la ha llevado a contemplar el suicidio. Pero el día de diversión con el hijo de ambos, Ethan, se convierte en una pesadilla.

Cuando Jan desparece del parque, los peores miedos de David parecen haberse vuelto reales. Acude a la policía para denunciar su desaparición, pero los hechos comienzan a indicar algo muy diferente. Los registros del parque indican que solamente vendieron dos boletos y las cámaras de circuito cerrado no muestran pruebas de que Jan haya ingresado en el sitio. De repente, la historia de David comienza a resultar sospechosa y la policía se pregunta si Jan no estará muerta, asesinada por su esposo.

Para demostrar su inocencia y evitar que le quiten a su hijo, David tendrá que desenterrar el pasado y enfrentarse a una terrible tragedia de la infancia, pero si lo hace, corre el riesgo de destruir todo aquello que tiene valor para él.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La niñera

Davis, L.G.
9788742813744
400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Ellos creen que soy la niñera perfecta. No podrían estar más equivocados…

Algunas personas se pondrían nerviosas ante la idea de mudarse a un remoto pueblo en la montaña para trabajar para una familia que solo han visto una vez, pero los Mayer me reciben con los brazos abiertos. Y eso es bueno. Significa que no saben por qué estoy aquí realmente.

La fantástica casa de Robin y Paul me impresiona, así como su lujoso estilo de vida. Viven de una manera que ni siquiera podría permitirme en mis sueños. Al fin y al cabo, no todos han tenido el privilegio de disfrutar de tartas de manzana, amor y risas, protegidos y resguardados detrás de vallas blancas.

Me esfuerzo para ser la niñera perfecta para su hijo Wyatt. Cuando me sonríe tímidamente y comienzo a ganarme su confianza, sé que hice bien en venir aquí. Me recuerda tanto al dulce niño que perdí hace muchos años… Al hijo perfecto que me fue arrebatado tan de repente.

Pero, cuanto más tiempo paso con Wyatt, más noto que Robin me observa. Sé que está tratando de controlarme. Primero, me pide que no hable con la gente del pueblo. Luego, me dice que no deje que

Wyatt salga de la casa. Y, finalmente, me entero de que su última niñera desapareció...

Pronto me doy cuenta de que no tengo ni idea de lo que Robin es capaz de hacer. Pero al menos ella no sabe la verdad sobre mí. Vine aquí por una única razón. No me iré sin Wyatt. Él es mi hijo y haré lo que sea necesario para salir de esta casa con vida.

«**FANTÁSTICO... Fenomenal. Extraordinario. Notable. Excepcional. Sin igual**. No, las palabras no son suficientes. **TODA la trama es increíble**... Terminé este libro hace tres días y aún sigue en mi mente».
@bok_briljans_xo ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**¡Me mantuvo en tensión todo el tiempo! ¡No pude dejar este libro!** Davis creó tantos giros inesperados que la cabeza me dio vueltas... **¡Un trabajo sobresaliente! ¡Me encantó esta historia!**».
@travel_thru_books ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Empecé a leer a las 18:30 y no paré hasta la medianoche. **Una historia fascinante que te atrapará y te hará experimentar mil emociones**

por minuto».
@dogearedandwinestained ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Te atrapa desde la primera página**, realmente no pude soltarlo… **¡Literalmente me dejó con la boca abierta!**».
@bookscoffeemorebooks ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Lo leí en un día. Tenía que averiguar qué iba a pasar. Todos tenían un secreto… **Este libro me atrapó desde el principio y me mantuvo cautiva mientras la tensión crecía**».
The Book Review Crew ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Hay taaaantos giros**. Justo cuando crees que sabes lo que está pasando, te das cuenta de que no es así. Estaba completamente equivocada… **Es simplemente fascinante, te mantiene en vilo hasta el final**».
@läs_medkat ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**L. G. Davis sirvió este retorcido, malvado y oscuro drama**, y yo lo devoré como si fueran palomitas de maíz en Halloween… **Agárrate, amigo, porque esto se pone intenso**. ¡Es un verdadero muerdeuñas! Me divertí mucho leyendo este libro. **Es muy entretenido y encontré el**

estilo de L. G. Davis cautivador y adictivo».
megsbookrack ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Sus tumbas favoritas

Cleave, Paul
9788742813720

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Para atrapar a un asesino, puede que tengas que convertirte en uno…

La vida del sheriff Cohen se está desmoronando: su padre ha quemado por accidente la residencia de ancianos donde vivía, su mujer se ha mudado porque no soporta tener a su suegro en casa y su hijo está haciendo bullying a otros chicos.

Cuando secuestran al adolescente Lucas Connor en el instituto, Cohen ve una oportunidad para hacerse con el dinero de la recompensa ofrecida por la captura del secuestrador y así volver a encauzar su vida y recuperar a su mujer.

Pero, a medida que aumenta el número de víctimas, el sheriff tendrá que tomar una decisión difícil…, una decisión con consecuencias mortales…

«Cleave escribe thrillers oscuros e intensos que nunca quiero que terminen».
Simon Kernick

«Avanza a un ritmo frenético[…] Todo lo que quieres de un thriller; te deja sin aliento».
Helen Fields

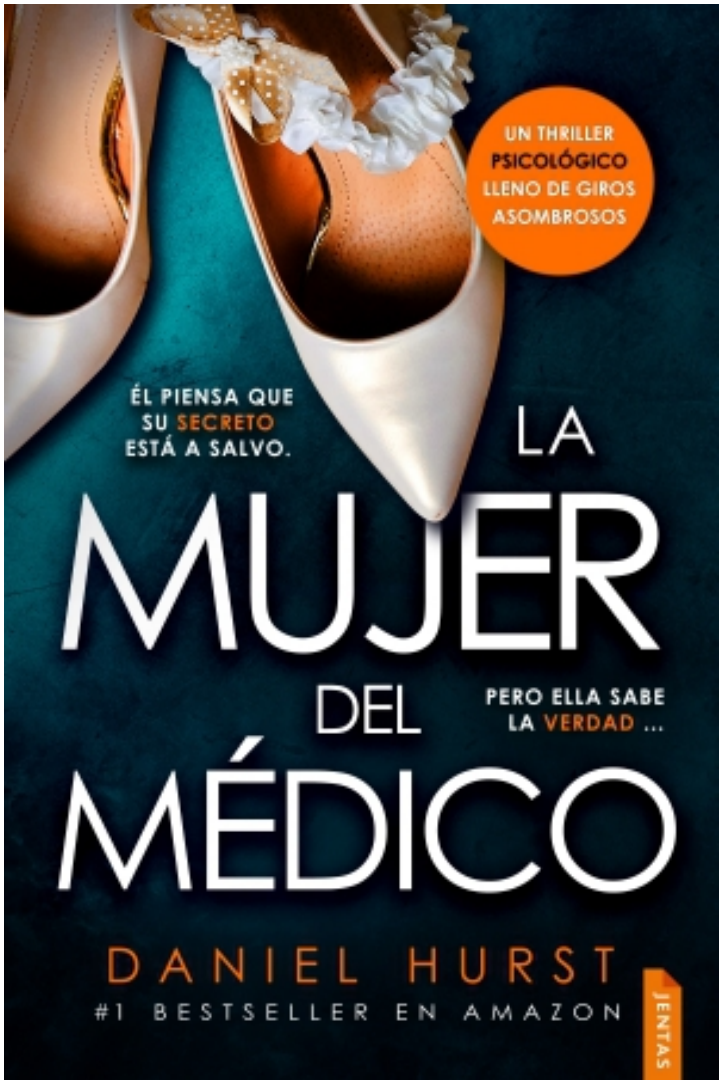
«Impactante».
Crime Monthly Magazine

«Utiliza las palabras como armas letales».
The New York Times

«Paul Cleave es una lectura obligada para mí».
Lee Child

«Nuestras simpatías oscilan de un lado a otro, y el giro final es ingenioso».
Literary Review

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La mujer del médico

Hurst, Daniel
9788742812716
282

[Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)]

Él piensa que su secreto está a salvo. Pero ella sabe la verdad… Mi marido es médico. Es inteligente y encantador, y todo el mundo confía en él. Excepto yo. A simple vista, parece que lo tengo todo: el matrimonio perfecto, el marido perfecto, la vida perfecta. Pero nada más lejos de la realidad. El doctor Drew Devlin no es la persona respetable que parece ser. La razón por la que nos mudamos a esta preciosa y antigua propiedad con vistas al mar fue porque necesitábamos dejar atrás nuestro pasado. Debería haber sido un nuevo comienzo para los dos. Sin embargo, he descubierto que ha empezado a mentirme de nuevo. Está usando el poder que le proporciona su trabajo para manipular a las personas y conseguir exactamente lo que quiere, sin importarle a quién hace sufrir. Pero me ha subestimado. Sola en esta casa grande y aislada, he tenido mucho tiempo para pensar en todos sus errores. Y mi marido no tiene ni idea de lo que soy capaz y de lo que está a punto de suceder… "La mujer del médico" es un thriller psicológico lleno de giros asombrosos que te mantendrá leyendo hasta altas horas de la noche.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El ahorcado

Kernick, Simon
9788742813522
400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Siete víctimas, tres asesinos y el secreto que los une.

Tres meses después de encontrar los restos de sietes mujeres en una granja remota en lo que los medios han bautizado como el Campo de Huesos, las víctimas siguen sin ser identificadas.

Un testigo que puede ser clave ha desaparecido. El agente Ray Mason y la detective privada Tina Boyd deben encontrarlo antes de que lo hagan los asesinos.

En una carrera a contrarreloj repleta de cadáveres y traiciones a cada paso, Ray está dispuesto a arriesgarlo todo para dar caza a los culpables.

Pero a veces el precio a pagar es demasiado alto…

«**Brutal, contundente y brillante**».
The Sun ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Kernick tiene una habilidad envidiable para crear thrillers** policiales de fácil lectura, con **grandes escenas de acción, personajes cautivadores y un argumento sólido**, y "El

ahorcado" no es una excepción».
Crime Review ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Cada vez que leo uno de sus libros, me sumerjo en un viaje sin respiro y sin pausa, repleto de pura acción cargada de adrenalina**…, ¡y me encanta!».
The Crime Warp ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Tiene suficiente **acción** y **suspense** para ser un libro de lo más adictivo».
Sunday Mirror ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Aumenta el ritmo y la tensión hasta que no puedes más**… **Un thriller policíaco espectacular** que deja margen para seguir la serie».
Sunday Sport ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)